ANTÓNIO LOBO ANTUNES

Hasta que las piedras se vuelvan más ligeras que el agua





ANTÓNIO LOBO ANTUNES

Hasta que las piedras se vuelvan más ligeras que el agua

Traducción de Antonio Sáez Delgado



RANDOM HOUSE

Zé Luís. Zé Jorge. Vivos para siempre.
Mis camaradas.

Mi madre era prima hermana suya, es decir prima hermana del padre, no del hijo negro que no fue nunca su hijo aunque lo tratase como a un hijo y el negro lo tratase como a un padre, el primo de mi madre se lo trajo de la guerra en Angola con cinco o seis años, yo aún no había nacido, llegué después y recuerdo a mi padrastro respondiéndome, cuando le pregunté por qué motivo el primo había vuelto con un niño a lo mejor más feliz en los eriales donde lo encontró, que casi todos los soldados volvían con recuerdos, una máscara, un muñeco de madera, una oreja en una botella de alcohol, un niño, un brazo menos, silencios en medio de conversaciones en las que se apartaban muy lejos para seguir allí y en la lejanía me parecía que casi se oían tiros y gritos, mi padrastro no estuvo en África por culpa de los pies equinos pero vecinos aquí del pueblo sí estuvieron y eran diferentes a él, huidizos, bruscos, casi todos raros que se escuchaban las quejas de las mujeres, sentados en una piedra, en medio de la huerta, mirando no sé qué o escuchando hojas de árboles que yo no conocía, uno cualquiera en vez de apartar al perro con la bota lo degolló con el sacho

–Déjame

y se quedó junto al cadáver del animal sin fijarse en él, fumando, cuando se le acabó el cigarro me dio la impresión de que permaneció un tiempo fumándose los dedos, la sobrina le dejó la comida al lado sin que tocase la cazuela, eran los parientes, por la noche, quienes trabajaban la tierra a escondidas y el sujeto en casa bebiendo o con una rabia muda contra ignoro qué enemigo, algunos acabaron en el pozo o ahorcados en la viga del gallinero balanceándose lentamente, un pie con zapato, el otro descalzo y las crías picoteando el zapato con movimientos bruscos, soy yo quien cuida la tumba del primo de mi madre en el cementerio pegado a la primera colina de la sierra desde que ella murió, con tantos pinos susurrando lentamente cuesta arriba

y pájaros y arbustos al sol, tan mansos, tan suaves que se llega a envidiar a los difuntos, y allí están ambos, el padre blanco y el hijo negro, más de dos o tres parientes antiguos que desconozco quiénes pueden haber sido

(espero que oigan igualmente los pinos y los arbustos o al menos el viento por la noche arañando, arañando)

de esos reducidos a fotografías poco nítidas

(¿cuándo vivieron?)

con el marco roto, colgados de un clavo, torcidos en las paredes, criaturas viejas a las que nadie presta atención

(a lo mejor lo que oigo por la noche son ellos quejándose de no poder ser tierra)

como nadie se acuerda ya de lo que pasó hace diez años en la época de la matanza, cuando el hijo negro asesinó al padre blanco con el cuchillo todavía lleno de la sangre del animal, no otro cuchillo, el mismo cuchillo y el mismo cuchillo me pareció que para él otro cuchillo muy antiguo, juraría que en su cabeza otro cuchillo muy antiguo, el hijo negro gritándole al padre blanco

–¿Se acuerda de lo que hizo se acuerda de lo que hizo?

intentando atarle las piernas después con la cuerda con la que ataron al cerdo hasta que los hombres, en un torbellino de empujones y patadas, lo empujaron, lo agarraron, lo tiraron al suelo, le rompieron los huesos, le aplastaron la nuca con el hacha, le perforaron el cuello, el pecho, la boca, el vientre, lo dejaron al lado de su padre blanco bajo el cerdo, casi sin sangre, que gimió hasta que la última gota cayó en el barreño y se quedaron los tres solos en la bodega mientras de repente marzo alcanzaba el marco de la ventana abierta.

1

Y esta noche, como tantas veces desde hace cuarenta y tres años, he vuelto a soñar con África, no ataques que empezaban siempre con la ametralladora que los soldados llamaban costurera cantando junto a la pista, o sea en los cien metros de tierra batida donde saltaba la avioneta, ni minas ni emboscadas, yo solo junto a la alambrada de espino pensando en Lisboa, viendo el río, los barcos, las casas

(tejados y tejados)

desde la ventana del salón de mis padres, las palomas volando alrededor de la iglesia, mi madre en la cocina

–Chico

para que le abriese la tapa del bote de compota

–Ten paciencia no soy capaz

y la pila de lavar la ropa en la terraza, el baño lleno de camisas mojadas, un vestido de ella, dos vestidos, en el alambre del tendedero, el taller del señor Abílio, gaviotas al fondo y en esto Angola solo con un milano quieto en lo alto, en esto yo despierto

–¿Dónde estoy?

tardando un tiempo en entender que aquí ya se acabó la guerra, se acabó la guerra, mi mujer palpando la mesilla de noche hasta que el despertador

–¿Tan tarde?

le aparece en la mano, no la chica con la que durante veintisiete meses mantuve una relación de noviazgo por carta, exactamente aquella con la que me casé y que no era esta, con restos de maquillaje pidiendo

–No me dejes

en las mejillas desprotegidas de las gafas, tristes, dentro de nada voy a encontrar un algodón con restos de pintura olvidado en el lavabo junto a la pasta de dientes llena de pegotones en la punta de la rosca

(no recuerdo una pasta de dientes por estrenar, que agujereamos

con un palito, el vaso con los cepillos, el tuyo, el mío y otro más, medio calvo, que seguro te perteneció porque tiro los míos al cubo, me encanta pisar el pedal cromado y ver cómo aquello se abre con una energía repentina)

y que se va momificando allí, mi mujer por las cejas subidas, no por la boca, mirando siempre el reloj

–Tan tarde

mientras un pelotón entraba en la habitación de vuelta de la selva, indiferentes a mí, sin afeitar, agotados, algunos arrastrando las culatas aunque yo, colocándose el flequillo

–Cuidado con la alfombra

y desapareciendo en la choza de madera y zinc mientras el alférez hablaba en voz baja con el capitán señalando cualquier cosa más allá del poblado sobre el que volaban cóndores, cinco, seis, y la ordenanza del comedor de oficiales, que murió hacía un tiempo debido a un ataque, mi madre

(la ordenanza del comedor, Bichezas, Bichezas)

agitaba platos de aluminio abollados en el cubículo que llamábamos cocina, mi mujer, más inteligente tras sus gafas

–¿Te bañas tú primero o voy yo?

y por tanto cada pestaña una pata pero los ojos no corrían por la cara, escapando uno del otro con miedo de mí, me miraban parecía que alarmados

–Odio cuando me observas de ese modo

tal vez en su cabeza de una forma demasiado brusca porque

–Perdona

con la boca temblando un poquito y qué horror la boca temblando un poquito, si al menos fuese capaz de sentir pena, fuese capaz de sonreírte, cogerte el mentón qué sé yo, besarte la frente por ejemplo pero no puedo, desconozco el motivo pero no puedo, el alférez que vino de la selva tumbado en la cama observando el techo sin pensar en Lisboa, ni río, ni barcos, ni casas, ni tejados, al darle la vuelta a la iglesia, en bandadas, las palomas cambiaban de color, a lo lejos negras, de cerca blancas, si andaban por la acera entre las terrazas, con las manos detrás de la espalda, era la palanca del cuello la que las

hacía desplazarse, mañana voy a la bodega con mis hijos para la matanza, recuerdo desde niño a hombres cubiertos por los gritos del animal y por la sangre, recuerdo querer escapar y a mi padre obligándome a quedarme allí cogiéndome por los hombros, disgustado mientras yo vomitaba

–Quería un macho y me han dado un Fernandinho

Fernandinho vestido de mujer por la noche cuando los gitanos acampados en el pinar, rondando sus carros, un día lo encontraron con la cabeza aplastada por una piedra y la culpa no fue de nadie, el cabo de la Guardia lo empujó con la bota

–Cosas que pasan

su madre y el cura detrás del ataúd, era agosto y llovía, recuerdo a la sobrina de la madre y a la otra, mayor, con la que el sacristán protegía al abad, fueron ellos los que echaron la tierra porque el señor Herculano cuyo trabajo era ocuparse de los muertos no apareció, por suerte siempre había dos sepulturas abiertas esperando clientes de modo que las personas mirándose de soslayo

–¿Eres tú quien va a ser el inquilino?

o mirando dentro de sí mismas, con miedo

–¿Seré yo?

los finados de madrugada beben agua en el pozo, una vez al oír orinar en el corral encontré a un viejo con la cara manchada de barro sonriéndome, miré por el postigo antes de acostarme de nuevo y nadie, el primer cerdo aún hoy no se calla en mí, mi padre al empezar a descuartizarlo

–Puedes irte marica

mi madre creyendo consolarme calentando un tazón de leche

–Déjalo es la vida

cuántas veces en Angola tras las emboscadas su voz aquí dentro

–Es la vida

y era la vida de verdad, era la vida, Espinheira con los intestinos al aire era la vida, el chozo donde esperaban los ataúdes vacíos era la vida, cuatro o cinco Fernandinhos de bruces en el sendero eran la vida, si al menos el capitán me calentase un tazón de leche repitiendo también

–Déjalo es la vida

con la mano casi en mi pelo, arrepintiéndose, apartándose, Fernandinho no habló nunca conmigo, me miraba de lejos con dos lenguas que me lamían en lugar de ojos, yo limpiándome su saliva de las mejillas, observando la manga y después enseñándosela a mi madre

–Láveme esto

y mi padre desde la mesa del comedor aprobándome, no se movió ni cambió de expresión pero aprobándome como aprobó en Angola a todos los cerdos que maté y se alegró con los gritos, la sangre, las tripas, él con la gorra de cuadraditos en medio de los soldados, apoyado en el sacho

–Mi hijo

con interés por las escopetas, el bazuca, la radio mientras se empezaba a oír a lo lejos el helicóptero de las evacuaciones que llegó a ras de los árboles para escapar de los guerrilleros, mi mujer, con la toalla de baño con un nudo delante de modo que escondía el pecho que desde hacía media docena de años la avergonzaba, dudando como siempre entre dos vestidos delante del armario abierto, en eso al menos no cambiaste nunca

–¿Este o aquel?

con la maleta, traída del trastero, encima de la cama para doblar dentro la ropa que nos llevaríamos para el fin de semana en el pueblo y la matanza, la casa de mis padres, aunque yo le hubiese añadido una habitación puesto que somos muchos, nosotros, mi hijo y su mujer, mi hija que no se casó nunca y nació dos años después de Angola, parecida a mi abuela, silenciosa, seria, solo le faltaba el taburete del ganchillo y la acidez, hasta el agua de los huesos ya empezaba a salirse de su camino mientras los soldados montaban la seguridad para el helicóptero en el pasto y creo que ninguna antipersonas ahora, ningún ruido, ninguna niebla de polvo, ningún

–Mi alférez mi alférez

desde el suelo, ninguna pierna ausente doliendo, ojales de bota clavados en los demás, que los arranque el doctor

–Callado marica

cuando volvamos, el enfermero que no se entendía con los torniquetes, con las compresas

–Cálmate cálmate

y yo mudo

–Cálmate

yo mudo, mi mujer se puso uno de los vestidos delante del cuerpo

–¿Qué tal este?

después de levantar la persiana el sol en la habitación con la mitad de la cómoda iluminada por una fotografía nuestra y una rosa desmayándose en un florero, un pétalo pálido, suelto, temblaba en un pañito, la cantidad de cosas que yo, si me diese por ahí, podría decir sobre las rosas, quizá un día quién sabe, uno de mis zapatos de lado, el otro, derecho, mucho más vacío que el otro, será que por casualidad tengo el pie derecho más grande que el izquierdo, quién no es asimétrico, vistos desde lo alto al primer vistazo no lo parece, yo a mi mujer, sin fijarme en el vestido

–Está estupendo

pensando en rosas qué alivio, rosas, carruseles, chupa-chups, los compraba con el pretexto de, por ejemplo, querer dejar de fumar, una disculpa que todas aceptan siempre que, claro, no se encuentren el palito en el cenicero y lo tiremos a la basura

–Apesta toda la habitación

mi mujer, enfadada

–No levantas ni los ojos y me dices que está estupendo hace siglos que no te interesas por mí

las aspas del helicóptero despeinándonos a todos, el piloto haciendo señales de

–Deprisa deprisa

debido al enemigo por los alrededores, el pasto inclinado hacia fuera vibrando, un herido, dos heridos, tres, no dos heridos solamente, bocas moviéndose sin sonido, si por lo menos la boca de mi mujer se moviese sin sonido cuando se ensancha en historias larguísimas que se interrumpen de repente con una pregunta desconfiada

–¿Qué es lo que he dicho?

y si yo fuese el hombre que mi padre deseaba le respondería

–Nada en condiciones

mientras el helicóptero, alzándose, se curvaba sobre las copas de los árboles, casi a ras de ellas, en dirección a la alambrada de espino a diez o quince kilómetros de aquí transportando a aquel que soy ahora lejos mezclado con los heridos, uno de ellos insistiendo

–Cuando se entere mi abuelo se mata cuando se entere mi abuelo se mata

y el segundo rezando sin descanso

–Dios te salve María llena eres de Gracia el Señor es contigo

con los dientes blancos en los labios blancos, el enfermero mojándoles la boca y el agua escurriendo por el cuello, deteniéndose en un tendón, desapareciendo en la axila, el enfermero

–Aguanta

demasiado ocupado para llorar, todos agitándose detrás del piloto con el mono azul y el mecánico al lado, todos resbalándose hacia fuera y en el interior de sí mismos preguntándose qué ha sido del aire de respirar, qué ha sido de mi voz que no la oigo, quién habla en mi garganta, quién se queja de frío, mi mujer a mí, con la maleta cerrada

–¿Quieres irte ya o me da tiempo a acercarme al peluquero a teñirme las raíces?

empleadas con medias de descanso y zuecos porque un día entero de pie deja molido y aunque disimulándote las raíces

Salão Nova Onda

no te disimulan el tronco, ni la barriga, ni las nalgas, ni las pieles bajo el mentón que se balancean, se balancean según se va rizando la espalda, el cabo que hablaba del abuelo va a morirse, mi mujer mirándose en el espejo de la entrada tras encender la lámpara plateada del techo, arreglándose la nuca con el cuenco cauteloso de la mano, retocándose las sienes con el meñique, retrocediendo y avanzando un centímetro, con gafas desilusionadas en las que hasta la montura de plástico se ponía blanda y el aliento de las pupilas empañaba los cristales, mi hija, con treinta años, ya parecida a su madre, las mismas dioptrías resignadas, los mismos pasos llenos de caderas que no concuerdan las unas con las otras, al mismo tiempo gordas y huesudas, cartílagos diferentes de los nuestros, enormes, de

buey de arrozal, en que cada pata una cadencia diferente, cuando la veo caminar busco siempre a un chino invisible, con un sombrero cónico, detrás de ella, dándole con una vara, hija hija hija hija hija, hasta al entrar en casa traes al chino contigo que lo siento sonreír sobre tu hombro, callado, secreto, amable, ya no se escuchaba el helicóptero y sin embargo, dentro de mí, las avemarías no han acabado todavía como no ha acabado la mano tendida

–No me deje morir mi alférez

como proseguían los rezos y yo sorprendido

–¿Cuántas bocas tienes tú?

hasta comprender que tenemos varias hablando al mismo tiempo, hablando, insistiendo no solo en la oración, en el miedo

–No me deje morir

y yo con ganas de responderle

–Quiero paz ahora

no dentro de mí, en voz alta

–Quiero paz ahora

mi madre y mi hija mirándose, quiero paz ahora, no me molestes que tengo que ir al pueblo a la matanza, desde que salí de casa de mis padres, quitando el tiempo en África, voy siempre al pueblo por el cerdo que empezaba a gritar, todavía intacto, en cuanto lo colgábamos en el gancho después de atarlo, sus pestañas transparentes, las patas amarradas, el hocico

–Bendita tú eres entre todas las mujeres

bendito es el fruto de tu vientre, Jesús, el comandante del batallón al cura, eligiendo un cuchillo comprobando el filo

–Este no aquel tampoco no saben ni afilarlos

mientras amarraba mejor los tobillos del animal

–Váyase de aquí capellán que el espectáculo no es para faldas

y el capellán alejándose del prisionero con una bendición disimulada, esto en la penumbra de la bodega con los barreños de sangre debajo que había que ir moviendo con una cuchara no de metal, de madera, mi madre manchas rojas en el delantal, en la blusa, en los brazos, la única mujer entre nosotros, con algodones en los oídos, fingiendo que no escuchaba los rezos pero estremeciéndose con

ellos, quién me asegura que el tazón de leche que me ponía por la mañana no serviría después para recoger mi sangre, póngame los torniquetes deprisa enfermero, llamen al helicóptero, llévenme a Portugal porque tras este bosque Lisboa, terrazas, gorriones, iglesias, los patos silvestres en el río, muchos negros vendiendo baratijas, pulseras, anillos, jirafas de madera, en qué cantina las han comprado, el comandante dándome el cuchillo

–Mátelo

menos difícil de entrar de lo que me imaginaba y el cabo de las avemarías callado, no gritos, callado, un diente sobre los labios torcidos, los ojos retrocediendo en los párpados, muy lejos, algo de algo en él aunque todavía respirase y el algo de algo apagando poco a poco lo que quedaba de nosotros, no me arrodillo señor cura, déjese de faldas y póngase de pie como los hombres mientras mi mujer y yo en el coche, no en el unimog, que llamábamos burro de la selva, en el que ella nunca se montó ni vio nunca ninguno, el general prohibió esposas en África, de camino al pueblo

–Barba dura

decía él

–Barba dura

ahora más abandonada, con tantas casas vacías, unos viejos, unos perros, unos cabritos y unas gallinas en las calles casi siempre vacías y la charla de los olmos sobre nuestras cabezas que me despertaba, encogido de miedo, en invierno, por la noche, cuando yo era pequeño, pidiéndoles

–No me lleven a la sierra

en la que mi abuela contaba que lobos, milanos, de esos que roban polluelos, se los comen en un agujero de la roca y yo tan ligero, Dios mío, por no mencionar a los gitanos, serios, solemnes, todos de piedra, en cuclillas alrededor de una hoguera escupiendo tabaco y hablando extranjero, al llegar a la alambrada el capitán llamó al guía

–¿A dónde los has llevado canalla?

y los milanos de la sierra en Angola, también sobre los poblados de alrededor y allí estaba el cementerio en el primero, el guía

–Capitán capitán

ladera antes de la montaña, intentando agasajarse con los brazos

–Capitán

el café en la plazoleta, hombres con boina, uno de ellos

Señor Idalécio

con la manga de la chaqueta vacía porque un andamio cedió cuando trabajaba en las obras en Lisboa, juntos a la sombra de un muro sonándose con pañuelos difíciles de sacar del bolsillo, interminables, sucios, una cabra balando perdida, la escuela en la que estuve hoy dos paredes pero el sitio de hacer pipí, quién me dice la razón, casi intacto, mi mujer, a la que no le gustó nunca el pueblo, callada, igual que el guía callado cuando el capitán

–Te he preguntado a dónde los has llevado canalla

dándole la vuelta a la pistola y poniéndole la culata en la cara, su camuflado diferente al nuestro, casi sin color, más roto, un codo flaco al aire, una rodilla flaca al aire, prácticamente ningún botón, un trozo de mandioca en el bolsillo, ninguna ración de combate, como nosotros, en la faltriquera de los pantalones, el capitán una patada al guía, dos patadas al guía

–Levántate canalla

y pisoteándole la barriga, el pecho, el hombro, relámpagos a lo lejos acercándose a nosotros, como siempre del este, y nada de lluvia mientras el guía pidiendo

–Capitán capitán

doblado sobre sí mismo, con las manos unidas

–Capitán

con un collarcito de abalorios al cuello que uno de mis furrieles le arrancó de un tirón, mi prima, que cuidaba nuestro panteón, gesticulaba desde la puerta de mis padres acompañada por su hija de nueve o diez años, qué sé yo, también rubia, también gorda, con vergüenza de nosotros, intentando esconderse dentro del delantal, si me tapo los ojos y no los veo no me ven, mi prima empujándola

–Quieta

con la bata de costumbre, las zapatillas de costumbre y el moño de costumbre, la sonrisa parecida a la de mi padre que no sonreía casi nunca pero cuando hice el examen del graduado escolar sonreía y

lloraba apretándome la barriga, ahogándome y el reloj de acero del chaleco me hizo daño en la frente con la tapa, estuve una semana con una marca en ese sitio, sus pantalones y su chaqueta no combinaban y olían a armario, veo una bola de naftalina y me acuerdo de usted y del retrato de mis abuelos en un marco de margaritas de cerámica, algunas rotas, donde mi abuelo sentado, con la corbata torcida y uno de los cuellos de la camisa hacia arriba y mi abuela detrás de él con los dedos en sus hombros, ambos vestidos de domingo, ambos solemnes, agobiados, delante de un paisaje nórdico, lleno de nieve y renos, por no mencionar el garrafón de líquido de revelado junto a ellos perjudicando al Polo Norte, la recuerdo golpeando con una cuchara una lata de maíz llamando a las crías y los pollos saltando a su alrededor, a mi abuelo un vecino lo transformó en dos con la azada debido a un problema de, el capitán, riegos, el capitán al guía

–Los has entregado a los guerrilleros canalla

y el cielo cada vez más negro, los relámpagos cada vez más cerca, una especie de noche sólida, de pizarra, sobre nosotros, rompiéndose en llamaradas instantáneas, el mástil de la bandera se convirtió en cenizas, un árbol, otro árbol, todo esto de momento sin lluvia, solo azufre y magnesio, la tierra inestable, el pasto en pánico, el viento derribando chozas, el capitán, de rodillas encima del guía, subiendo y bajando la culata de la pistola, bajo los truenos, indiferente, gritando sin parar

–Los has entregado a los guerrilleros los has entregado a los guerrilleros

dañándole la nuez, las mejillas, el mentón, el pecho y yo quieto a su izquierda inclinado sobre él, yo también dándole con la pistola, dándole, dándole madre, yo dándole, despertándome al lado de mi mujer, sudando, agotado y a pesar de sudando y agotado durmiéndome de nuevo para pegarle más, yo en el pueblo sonriéndole a mi prima y a su hija que había empezado a llorar, mi prima sin entenderlo

–¿Qué te ha pasado niña?

mi prima

–Hasta parece que te están haciendo algo

mientras yo pegaba, pegaba, mi mujer examinando la habitación

–El armario está lleno de polvo es mejor dejar la ropa en la maleta

además del armario una cama, la lámpara sin tulipa colgando del techo con un moscardón en el cable, mi mujer observándolo de lado

–En cuanto eche a volar me voy de aquí corriendo

el corral por cuidar, el huerto abandonado, ventanas torcidas, aquella tabla de la tarima casi suelta y a lo mejor ratones, a lo mejor cabras

–Me voy corriendo

y seguro toda la noche los grillos sin dejarme dormir, la casa no era así como no era así el pueblo, no tanta ruina, tantos perros esqueléticos, tantas casas abandonadas, tanto viento en las calles, tantos ecos de nuestros pasos de pared en pared, el delantal de mi madre en un clavo en la cocina, si lo tocase su voz

–Ya hace unos años que no estamos aquí hijo

mi voz de antiguamente respondiéndole

–¿A dónde ha ido señora?

su suspiro no sé dónde

–A veces andamos por ahí

y por ahí en qué sitio si no estaban junto al pozo ni en el olivar que heredaron de la madrina, casi en el pueblo siguiente, es decir una mitad en el pueblo siguiente y la otra en el nuestro, una docena de olivos como mucho rodeados por un murito de piedra color calabaza que nadie saltaba, espero que alguien recoja las aceitunas mezclado con los pájaros, la buganvilla de Fernandinho, seca, agitando sonajeros huecos, su puerta abierta hacia un cuarto donde gatos y sombras, mi mujer limpiando una silla con lo que parecía haber sido una escoba, antes de sentarse

–Lo que queda hasta el domingo

y lo que queda hasta el domingo realmente, los pardillos de la sierra planeando, mi padre fumando en el escalón de la cocina, al atardecer, dibujando en la arena, armado con un palo, rayas paralelas que deshacía con la bota para dibujarlas de nuevo sin mirarme, mi madre de espaldas a nosotros poniendo cazos al fuego y cogiendo no sé qué de las estanterías, a veces equilibrada en un trípode para llegar más

arriba, apretándose la espalda con la palma de la mano, todavía con la nuca de una chica joven, todavía con los omóplatos derechos aunque la cintura, aunque las piernas, aunque los tobillos se le hinchaban y yo echando de menos verla correr entre las tomateras retándome

–No me coges

y aunque las atravesara en lugar de rodearlas no sería capaz de cogerla, de vez en cuando casi la alcanzaba por la falda y se me escapaba, se daba la vuelta riéndose de mí

–Eres un patoso

y se alejaba de nuevo hasta agarrarme por la cintura y subirme al nivel de sus ojos, no castaños como los míos

–Ya hace unos años que no estamos aquí hijo

los imaginaba más claros, puntitos verdes y puntitos amarillos que la línea de las pestañas volvía dorados, una peca junto a la parte derecha de la nariz, su piel de repente sin arrugas, lisa

–Eres casi de mi edad

ella dejándome en el suelo

–Ojalá

y olvidándose de mí, me recordaba sin motivo, me abandonaba sin razón y yo desilusionado por no existir de repente, sin lugar en la familia, sin lugar entre ellos, cuáles son mis parientes de verdad, a quién pertenezco, un dedo índice despeinándome

–Me perteneces a mí bobo

y yo tan feliz con el

–Bobo

palabra, feliz de pertenecerle como la caja de la costura o el collar que fue de su tía, encerrado con llave porque

–Nunca se sabe

en el cajón de la cómoda, de modo que si me encerrase con llave con él, a pesar de la oscuridad allá dentro y solo Dios y yo conocemos las amenazas de la oscuridad, mi padre guiñándome el ojo

–¿Quieres hacer de él un marica?

mi madre sin escandalizarse

–Sí

meciéndome de un lado a otro, conmigo en brazos desafiando a mi

padre

–Lo querría aunque fuese un Fernandinho

que cuando la madre no estaba, me han contado, se entretenía probándose su ropa, se echaba detrás de cada oreja dos lágrimas de perfume, se entretenía al espejo haciéndose caricias, Fernandinho dos o tres años más joven que mi padre, más pequeño, más delgado claro, si a mi padre le apeteciese lo despedazaba con una sola mano, a mí nunca me hizo nada, era su hijo

–Mi chico

yo para convencerme, esto con catorce o quince años

–Lo era ¿verdad?

y él de repente diferente, parecido a mi madre qué raro

–Sigues siendo un chico

cuando me lastimé el pie me llevó en brazos hasta la otra punta del pueblo para que el herrero, que aprendió de huesos en la mili, me arreglase aquello hasta que se oyó un crujido y ya no me dolía, podía saltar, palabra, volví corriendo con una pirueta a cada veinte pasos, alegre, llamándolo

–Míreme señor

con pena aunque feliz, es posible tener pena y ser feliz al mismo tiempo, no ser dos y poder verme igualmente, qué bonitas las enredaderas, qué bonitos los chopos, qué bonito todo, no me voy a morir un día, lo prometo, ni envejecer qué tontería, me quedo vuestro chico para siempre aunque el delantal en el clavo de la cocina me asegure

–Ya hace unos años que no estamos aquí hijo

mi voz de otrora, qué palabra tan bella, otrora, preguntándoles

–¿A dónde han ido Dios mío?

su suspiro no sé dónde

–A veces andamos por ahí

y por ahí en qué sitio díganmelo, les prohíbo que se callen o se alejen, por su felicidad no se callen, tengo cincuenta y cuatro años y ustedes treinta o así y por lo tanto soy yo quien manda hoy, he sido alférez, he estado en la guerra, les prohíbo que se escapen, los quiero aquí para la matanza y por consiguiente interrumpan las rayas en la

arena y la cena en la cocina, denle una silla en condiciones a mi mujer, saquen a ese moscardón de la habitación, nada de grillos afuera, nada de culebras en el huerto, la casa limpia, la estampa del Sagrado Corazón, el cristal del marco rajado, otra vez en el clavo con forma de anzuelo, padre madre yo, padre madre yo, padre, madre yo, no les escribí mucho desde Angola, perdón, no era posible contarlo y después mi caligrafía, mi pereza, mi falta de tiempo, estoy mintiendo, tuve un montón de horas cuando no salía a la selva, tardes enteras en la cama contemplando el techo, con la escopeta contra el cabecero y no tenía ni que limpiarla, mandaba a los soldados, volviendo a la estafa de las cartas no quería preocuparles, las encontré todas en el pueblo dentro de una lata de galletas, casi rotas por los pliegues, estoy fenomenal, no hay problema, un beso a madre y un abrazo de hombre a hombre, claro, somos grandes los dos, a padre, sobre todo nada de lloreras por favor, he vuelto un macho de la guerra que además, contra lo que juraban algunos, no era tan peligrosa, más vacaciones que otra cosa, un viaje en barco y después un safari, animales etc, casi un paseo, un descanso, solo un muerto en un accidente de autobús que accidentes los hay en todos lados y así fue, un recluta que se lesionaba de vez en cuando pero sin grandes problemas, unos cuantos negros metidos en vereda y punto final y mientras mandaba estos caramelos a Lisboa la lluvia una especie de noche sólida, de pizarra, cada vez más pesada, cada vez más baja, sobre nosotros, ya no relámpagos, los relámpagos alejándose en la selva, solo la lluvia, mi prima señalándome a la hija que se le pegaba a la cintura

–Saluda a este señor que es casi tu tío

la hija escondiendo la nariz en las piernas de su madre

–No quiero

e hiciste bien en no querer chica, hiciste bien porque yo ocupado ayudando al capitán a levantarse sobre el guía muerto al que él seguía insultando

–Canalla

deseando matarlo más

–Quiero matarte más

pisoteando las tiras de su ropa de camuflaje, las espinillas, lo que

quedaba de las botas de lona, los brazos sin carne, la cabeza donde no se distinguían rasgos, uno de los pies más grande que el otro como los tengo ahora, el trozo de mandioca, que no comería, cayéndole de los pantalones junto con los restos de pescado seco, ya podrido, lo que soportan esos estómagos señores, sangre que la lluvia disolvía hasta que nada de sangre, ningún hombre en la posibilidad de que haya sido un hombre, un trozo de cartílago deshecho en la posibilidad de que haya sido un cartílago asomando en un cuello de barro y el capitán

–Canalla

vaciándole, bala tras bala, el cargador de la pistola encima, gritando por última vez

–Los has llevado a los guerrilleros

casi apoyado en mí, agotado, marchito, vomitando compulsivamente, vomitándose a sí mismo manteniendo el equilibrio en mi hombro, con las rodillas flojas, a punto de resbalarse de él mismo, de resbalarse de mí, insistiendo con el guía

–Saluda a este señor

no, mi madre

–Ya hace unos años que no estamos aquí hijo

no, el capitán levantándose poco a poco

–Llama a dos soldados y enterradlo donde acaba la pista

de repente más joven que la hija de mi prima, más indefenso, más débil, más escondido de sí mismo y de mí, el capitán ahora de rodillas, ahora en cuclillas, ahora de pie apartándose sin sentido creyendo que se dirigía a lo que llamábamos comedor, un chozo mitad de ladrillos y mitad de tablones, con la mesa torcida donde los cinco oficiales que éramos comían y jugaban a las cartas en una mesa hecha también con tablas de barrica y un tejado de placas onduladas de zinc, puestas al azar, que vibraban con el viento y hasta con la más mínima hoja que cayese en ellas, el comedor en el cual, después de cenar a las cinco y media para aprovechar la claridad del día ya que a las seis, sin transición, casi sin crepúsculo, repentinamente noche

(¿cómo escribir sobre esto en una carta a mis padres?)

y nosotros sombras, menos que sombras, pobres fantasmas inmóviles esperando a que el primer tiro, la primera ráfaga de

metralleta, el primer mortero cayese en el interior de la alambrada para echar a correr por el suelo no de tierra, de arena, gritando órdenes, comprobando si el personal en los refugios disparando al azar y cómo se pone esta monstruosidad en una carta padre, madre, el miedo, los heridos, cómo se puede explicar esto, díganmelo, cómo se puede insistir en esto yo que debía callarme y seguir callado para siempre a pesar del psicólogo en el hospital, los miércoles, junto con otras marionetas que no conocía, antiguos oficiales tan muertos como yo y el psicólogo insistiendo en que hablemos, hablemos, el psicólogo que no lo entiende y asegura que lo entiende, más joven que nosotros, crecido ya sin guerra, ni África, ni cadáveres, creyendo escucharnos sin escuchar el viento, ni la lluvia, ni las explosiones, ni las avemarías de los heridos, ni el olor de los moribundos, el psicólogo una hora después

–Nos vemos el miércoles que viene señores

a los viejos que casi somos ahora, no a los casi niños que éramos entonces, yo que tengo que acostarme en la cama de mis padres, en medio de ellos, que mi madre no me deja y por tanto yo para allá desde la pista de aviación tropezándome con la vegetación, con los dos soldados, cada cual con su escopeta y una pala y los destrozos del guía, yo palpando el pasto con la bota

–Aquí

media docena de palmos bajo las suelas, para qué más, media docena donde tal vez una hiena lo olisquee e intente sacarlo antes de que Angola se lo coma todo y se come todo de inmediato como me comió a mí, mi mujer

–¿En qué estás pensando?

y yo respondiendo, en esta casa de pueblo donde ahora solo existimos nosotros dos, que no estoy pensando en nada, palabra, pensando en nada, me limito a hacer rayas en la arena con un palo, a borrar las rayas y a hacerlas de nuevo mirándote sin reconocerte, reconociéndote con dificultad, sonriendo una sonrisa casi dulce, lo aseguro, que no me costó mucho, mi mujer sorprendida conmigo

–Hace mucho que no te veía feliz

tumbándose a mi lado

–Deberíamos venir más veces al pueblo te sienta bien

y yo sin responderle, asintiendo o sea de acuerdo sin las palabras que me sienta bien el pueblo, por qué no de acuerdo aceptando que me sienta bien el pueblo, nada me sienta tan bien como el pueblo, es verdad, a pesar de los bandidos de estos perros hambrientos, de media docena de viejos, la mayor parte con gorra, mirándome en silencio, protegidos por un muro, de una cabra solitaria renqueando calle arriba con el cencerro al cogote que ya no suena, mientras yo a los soldados distinguiéndolos mal, distinguiéndome mal tras la pista de aviación

–Venga vamos a cavar deprisa que no tengo toda la noche

bajo el cielo ahora limpio, no de pizarra, transparente, con un vapor de nubes quietas sobre mí, constelaciones que no son las mías en lo alto, presencias que desconozco o sea las que circulan por ahí repitiendo en silencio mi nombre y luciérnagas, zarzas, el eco de los olmos, agua corriendo no sé dónde añadiendo más silencio al silencio, al volver de la pista de aviación ni una luz en la alambrada, ni un sonido, los soldados desaparecieron con las palas en dirección a las tiendas de lona que llamábamos casernas, tardé en encontrar la especie de cabaña donde dormían los oficiales con la cama del capitán separada de la nuestra por esteras y su catre insistiendo

–Canalla

insistiendo

–Canalla

insistiendo

–Canalla

de modo que ahora, como mis padres andan por ahí, he empezado a escribirles esta carta hecha con rayas en el suelo.

2

Dijo que salíamos a las tres y como de costumbre

(¿alguien alberga todavía ilusiones?)

Su Excelencia aunque no fue a trabajar por la tarde solo se dignó aparecer a las seis, seis y once minutos para ser más exacto que mi reloj no miente, por el precio que pagué por él también era lo que faltaba y además las agujas una pinta tan segura que ni me atrevo a llevarles la contraria, les lleva la contraria Su Excelencia que por lo menos hojalata, que la parta un rayo, tiene para dar y vender

–Esa porquería tuya suiza que encima costó un dineral siempre se adelanta

y entre las tres y las seis y once

(lo he mirado en el móvil y estaba bien, además qué será eso del tiempo, esta cuestión nos llevaría lejos)

estuve sentado, con la maleta cerrada, lista, junto al sillón, el único que tenemos y no pega

(lo eligió ella claro, para quien el problema del tiempo, casi todos los problemas por lo demás menos una cana, que yo no veo, delante)

–Mira esta desgracia

(me importa un pito)

con el sofá de tres plazas y la señal de la grasa de la nuca de Su Excelencia en uno de los almohadones, aquel donde por lo general se apoya

–Por amor de Dios déjame descansar

para la telenovela, con las rodillas dobladas bajo el cuerpo en su vocación de metro articulado, si la metiera como contorsionista en el circo no habría en esta casa problemas de dinero si es que puede llamarse casa a tres cuartos estrechos con el vecino de abajo y la vecina de arriba no viviendo abajo y arriba, aquí con nosotros, por lo menos la cisterna de la señora descargando agua en el interior de mi cabeza y la tipa del sujeto de abajo despertándome con sus gritos

noche sí noche no

–Ay Carlos ay Carlos

parecía que tiraba de la bomba, de esas a palanca de los pozos, calculando por los crujidos de los tornillos de la cama, a Carlos que me lo encontraba a veces en la entrada del edificio repartiendo a hurtadillas, espiando el ascensor y las escaleras, la publicidad de su buzón por los demás buzones, equitativo, un papelito en este, un papelito en aquel de modo que no tengamos celos de nadie, su sentido de la justicia me conmovía hasta el punto de contener un

–Ay Carlos ay Carlos

que ya me salía de los labios en forma de corazón, por lo tanto yo las tres y once minutos apoltronado en el sillón interrumpiéndome de vez en cuando para excursiones a la ventana espiando la calle y a Su Excelencia, una de las aceras al sol y la otra a la sombra ya que todas las calles cojean, ni rastro de modo que quizá un amante, quizá una tienda de ropa, todo serio prefiero a los amantes porque siempre dan dinero mientras que las tiendas de ropa lo quitan, es decir me lo quitan a mí porque ya se sabe que quien paga es aquí el tonto, siempre el tonto claro, para qué sirve y cómo entre las tres y las seis una eternidad en los descansos de apetecerme estrangular a Su Excelencia con el hilo dental con el que se escarba por la noche, inclinada sobre el lavabo, la boca enorme, en dirección al espejo, solo colmillos y encías, ni nariz ni ojos, con la lengua fuera como las culebras vibrando, vibrando, la cabeza me va de un lado al otro despertando episodios que tengo por ahí como un señor de edad entre los mil objetos rotos de un anticuario, cogiendo este, examinando aquel, desdeñando un tercero, trayendo un cuarto aquí fuera para verlo a la luz, colocándose las gafas en la frente para ver mejor dado que el problema de la miopía del cerebro más grave que el de los ojos y entonces me surgen en la morra, turbados por el polvo del olvido, escenas antiguas, escenas cercanas, olores, sonidos, recuerdos vagos, cosas que creía perdidas ocultas bajo cosas que no me pertenecían, pertenecían a extraños y no sé por qué motivo se encontraban allí un perro llamado Sporting, un caballero que me trataba de

–Alfredo

yo que no me llamo Alfredo ni conozco a ningún Alfredo, aguanten un poco, esperen, me ha venido una lucecita o lo que creía una lucecita y me he equivocado, la verdad es que no conozco a ningún Alfredo, de repente recuerdo nombres lejanos, Miúdo Malassa, Miúdo Machai, Martelo Chibango, de dónde vienen Dios mío, recuerdo a una mujer que hablaba conmigo

–Kamona

otra mujer de la que no distingo los rasgos de los de la mujer que hablaba conmigo

–Qué

descalzas, con trapos a la cintura, troncos al aire y los dientes serrados, recuerdo un río y niños junto al río, sin nariz, sin dedos, lavándose con los muñones de las manos, recuerdo gallinas minúsculas, hombres fumando en cachimba, a mi padre vestido de verde agarrándome, protegiéndome de otros sujetos vestidos de verde

–A este chaval no lo matéis me lo quedo para mí

en medio de gente tumbada, quieta, con cuerpos sin rostro que ardían en medio de la paja, de crías que ardían, de cabritos, de gemidos no

–Ay Carlos ay Carlos

diferentes, del olor a gasolina al que arrimaban una cerilla, de un sujeto verde a mi padre

–Ya crecerá mi alférez y se vengará de usted

y en esto sin saber por qué empecé a llorar sin sentir nada excepto olor a pólvora, olores de cuerpos y yo en el sillón del salón, debo de haberme dormido un instante y como siempre que me duermo el alma llevando y trayendo misterios que perdía enseguida sin acordarme de ellos, Su Excelencia agitándome en medio de la noche

–¿Qué te pasa que no me dejas descansar?

despeinada, furiosa, con uno de los hombros desnudo puesto que el tirante de la camisa, encarnada, se deslizó sobre el brazo mejorando los gestos hasta que los rasgos se ahogaron de nuevo en la almohada, lejísimos de mí susurrando un

–Negro de mierda

que como es natural no escuché como no escuché hace años

–Siempre me juraron que los negros están mejor armados que los blancos al menos en tu caso es mentira

esto no sonriendo, en serio, cogiéndomela con dos dedos y soltándola, con un labio de desprecio

–Una piltrafa

y una piltrafa es verdad, una especie de rojo avergonzado que escondí en la mano rezando con la esperanza de que ganase vida con el ejercicio y no la ganó, encogía, todo encogía en mí, el orgullo, el estómago, la capacidad de pensar mientras crecía la humillación, nunca habría una mujer en mi cama gritando

–Ay Carlos ay Carlos

nunca tuve la cara de endosarle, triste por mi volumen íntimo, la basura de mi publicidad a los vecinos, tumama tchituamo, lelo kundjanhire, fragmentos de diálogos antiguos escuchados no sé dónde o sea claro que lo sé, en África, solo ignoro qué significan y cómo han llegado aquí, hombres fumando de una sola cachimba con agua que se pasaban entre ellos, mujeres cavando la tierra con un sacho mientras les hablaba un fulano con una escopeta surgido de los cañizos de maíz, la cabra agobiada a la que media docena de perros le estaban quitando la piel, le gustaba desnudar así a Su Excelencia mordiéndole el cuello

–Di ay Carlos ay Carlos

ella tambaleándose agradecida, feliz

–Vosotros negros

arrancándome los pantalones con una prisa ansiosa

–Tan grande

a medida que vacilaba, sangraba, tropezaba con los cascos, se caía pidiendo

–Ahora

no oliendo a animal, oliendo a perfume

–Desgárrame

y yo partiéndola con las uñas, los codos, las rodillas, los dientes que por cierto me falta uno atrás, el médico

–Si le duele avíseme

y cómo podía avisarlo con la garganta llena de instrumentos por no

mencionar la luz que me cegaba, curioso cómo una silla crucifica a una persona, el médico curvándose con los alicates sobre el sillón de la sala a la cual Su Excelencia no hay forma de que llegue

(un amante o una tienda, a pesar de los agobios de la tarjeta de crédito todavía prefiero la tienda, los blancos de golpe y porrazo mejor armados que los negros, una pensión baratita, una sábana llena de manchas, un pelo desconocido en la funda de la almohada, un cubo no sé para qué en un rincón)

y por extraño que parezca mientras llega a este apartamento yo muy huérfano, el médico, lo estaba contando, alicate en ristre

–Mientras viene y no viene su esposa le saco tres o cuatro más

a medida que la empleada me absorbía la saliva con un tubito, también con mascarilla, colocando muela tras muela

(tengo cientos)

en el pañito sobre el aparador, entre el Cupido de loza y el jarrón de cristal con media docena de corolas marchitas, de esas que les gustan a las mujeres, sepultadas en una agüilla grisácea, quién se las habrá regalado que no la veo comprándolas porque demasiado caras y hay que obligar a los seductores a horas extraordinarias en el trabajo, al menos con el dentista, válganos eso, aquí conmigo, ahora estará acostada mientras mi padre de camuflaje nos espera en el pueblo, apuesto que junto al muro observando abajo la carretera preguntándole la hora a mi madre y en la carretera solo un camión de vez en cuando, bicicletas, una moto vieja, mi padre que se preocupaba

–¿Habrá habido algún problema?

tirándose del sombrero hacia delante de modo que los soldados dejaron de verle la cara, solo los movimientos rápidos de la boca

–A este chaval ni soñarse que lo matáis me lo quedo para mí

y yo lo entendía porque mi otro padre había estado en la escuela de la misión ahora ruinas que el pasto

(y arbustos y árboles)

derribaba lentamente, hasta un laguito seco había en el medio del claustro, o sea unas columnas de cemento a las que les faltaba el techo destruido por un bazuca, trozos de macetas y una regadera de aluminio en un rincón, el dentista que ordenaba sus chismes en un

maletín mirando la regadera abollada cerca de la mesa del comedor

–Ahí no queda mal

mientras me preguntaba

–¿De dónde ha salido esto?

sin acordarme enseguida del claustro, me pareció que la llave de Su Excelencia en la puerta y falsa alarma claro, no hay edificio de mediana edad al que no le gusten las bromas, falsos grifos abiertos, falsas cisternas en el dormitorio, una luz falsa en la terraza porque luz auténtica evidentemente ninguna, el reflejo de una farola de la plazoleta en las traseras donde una agencia funeraria, una carnicería y una escuela de danzas orientales, una vez al pasar por la agencia funeraria vi dentro, sin que se fijase en mí, a una adolescente con los brazos en alto bailando entre ataúdes y velas, en cuanto me dejó con la lengua fuera no sé si por ser negro o por ser persona, creo que por ser negro, ganas de preguntarle

–¿Ya has encontrado algún negro muerto?

no en un poblado, en un ataúd, con corbata como vosotros, zapatos, manos con la palma blanca y el dorso oscuro, la nariz achatada, esa especie de lana en el pelo

–¿No te dan asco?

a Su Excelencia sí o por lo menos yo le daba seguro, cerraba los párpados cuando la tocaba y permanecía inmóvil, un domingo hace meses, después, me pidió apartándose hacia el otro lado del féretro

–¿No te importa echarte la próxima vez un poco de aftershave?

limpiándose, creía ella que a escondidas, el pecho y el vientre en la sábana y tardando siglos en la ducha, si corriese las argollas de la cortina de plástico me la encontraría enjabonándose sin fin abriéndome una franjita irritada de párpado

–Por favor sal de aquí

como si yo fuese un leproso de las chozas medio deshechas a orillas del río, casi sin rasgos, casi sin pies, que caminan, torcidos, apoyándose en los muñones, el enfermero tocaba la campanilla colgada en un tronco, dejaba pastillas y restos de pescado seco al borde del camino y ellos espiándolo invisibles, monstruosos, ocultos detrás de raíces, avanzando y arrastrándose después de que él se

alejara luchando los unos con los otros, amenazándose, pegándose por las medicinas, por el pescado, espiándose con odio mientras comían, muy de vez en cuando un cadáver en el río

–¿Por qué no os lo coméis?

el dentista y su ayudante charlaban abajo en la calle, cada vez que se acercaba un coche la ayudante un saltito lleno de codos hacia el asfalto con la esperanza de taxis, se llevaron mis muelas de la cómoda al llevarse a sí mismos, nada de aromas curativos por allí, ninguna compresa olvidada y por cierto tampoco ninguna regadera, el apartamento como Su Excelencia lo dejó, con dos o tres revistas de mujer en el sofá, parada habitual del viaje desde el bazar al cubo de la basura, la de arriba abierta con fotografías de actrices, un filtro de cigarro

(caricocos, caricocos)

aplastado con gestos rápidos en el cenicero al mismo tiempo que me observaba disgustada por mí y por ella

–Qué tonta he sido siempre

y los leprosos acechándonos desde la selva sin atreverse a acercarse, un cocodrilo en el río, dos cocodrilos en el río, únicamente ojos atentos a la deriva, puestos en troncos bajo el agua y pájaros pequeños, blancos, con las alas abiertas y las patas estiradas que intentaban posarse en el dorso y andaban por las escamas picándolos, si por casualidad yo le beso la espalda Su Excelencia inmediatamente esquivándolo

–Qué rollo

intentando librarse del beso frotándolo con las uñas, una vez se quedó embarazada hace siete u ocho años, la acompañé a la partera y como no me permitió entrar

–Seguro que iba a darle asco abortar un mulato

la esperé en la mesa junto al ventanal de un café cercano en el que no se despidió de mí, ni siquiera un

–Chao

por ejemplo, cruzó la calle sin darse la vuelta ni una sola vez, sin sombra de consideración la ingrata, hacia un piso bajo con un cuadrado a la derecha que anunciaba Puesto de Enfermería Atención

Permanente y la A de Atención casi borrada por una navaja idiota, un edificio que parecía más viejo que los vecinos

(hay casas y personas que envejecen pronto)

casi sin pintura, con un trozo de un cartel de una corrida de toros deshaciéndose y marcos no de aluminio, madera y pintura anémica, cristales opacos rayados, tocó el timbre y aquello afortunadamente por casualidad no se desmoronó, pensé que me haría alguna seña antes de entrar y no la hizo claro, las ilusiones que todavía soy capaz de tener señores, lo que los idiotas como yo nos imaginamos, como asegura mi padre no he aprendido con la edad, añadiéndole a mi madre con cuidado de que yo no lo escuchase y como no bajó la voz lo escuché

–A lo mejor es por ser negro el pobre

aunque uno de los índices de mi madre vertical sobre la boca, el otro apuntándome y en ese instante me vino la imagen difusa de una mujer también negra, tumbada en el suelo con un coágulo en la cabeza, varios coágulos en el pecho, una oreja cortada por uno de los soldados conmigo pequeño agarrado a ella sin llorar como, si pudiese, agarraría a Su Excelencia sin llorar porque a nosotros, porque a mí, cómo puedo explicarlo, me sigue gustando entienden, ignoro la razón si es que existe una razón o son necesarias razones pero me sigue gustando entienden, qué cosa estúpida la vida, me sigue gustando vaya gaita, gustando, gustando a lo mejor porque soy negro, porque soy negro pobre y porque mi padre no es mi padre ni mi madre mi madre aunque crea que lo son, o sea creo que lo son y no lo son, en el caso de serlo cuál es el motivo por el que yo agarrado a una mujer muerta tirada en el cáñamo pero quizá no fuese una mujer muerta y yo no agarrándola, quizá me lo haya inventado, quizá lo haya soñado, quizá otro chico, no yo, abrazando a la mujer, seguro que otro chico abrazando a la mujer y asunto resuelto, es evidente que otro niño y otra mujer y por consiguiente asunto definitivamente resuelto, mi padre y mi madre en el pueblo y punto final, ahora que está todo bien quien vuelva al tema es un marica, yo no vuelvo, no quiero volver, no estoy seguro de que no vuelvo, probablemente vuelvo, adelante, olvídalo, pide un café que te queme la lengua y olvídalo, por culpa de esta conversación no he visto a Su Excelencia entrando y como no la

he visto puedo estar seguro de que me hizo un gesto de despedida, era lo que me faltaba que no me hiciera un gesto de despedida, claro que hizo un gesto de despedida y le hice un gesto de despedida aunque no me acuerde, hace ocho años que estamos casados y por eso qué duda hay de que nos queremos, si no nos quisiéramos nos separaríamos y hasta hoy no nos hemos separado ni hemos hablado de eso, el bar pequeño, dos clientes riéndose en la barra con el dueño, un equipo de fútbol en la pared, el banderín de un club en un clavo, ya poco nítido, manchado, la puerta del cuarto de baño con un niño de metal amarillo haciendo pipí en un orinal, unido a él por un chorro también de metal y el niño mirando hacia abajo preocupado por la dirección del chorro y yo vigilando alternadamente su preocupación y el puesto de enfermería donde Su Excelencia desapareció con la esperanza de ver su sombra en los cristales opacos, echando de menos encontrármela en la cocina al levantarme en bata calentando la cebada, despeinadísima, sin maquillaje, con la bata descolorida y la cuerda que la ceñía soltándose lentamente, unas zapatillas mías viejas, con un agujero que mostraba el primer dedo del pie, demasiado grandes para ella, Su Excelencia solo cansancio y las arrugas amargas de la mañana o sea, en una sola palabra, guapísima, mi padre a los hombres verdes mientras Su Excelencia me apretaba el hombro

–Ay de vosotros si alguno lo toca

y pueden no creerlo pero me gustó que me hiciese daño, no me molestaría que me apretase el hombro otra vez, qué mariconada, cómo no me molestaría, me apetecía como me apetecía que Su Excelencia un

–Querido

casi son mover la boca, entre dientes, solo lengua y labios, con los ojos repentinamente enormes, tu cuerpo por fin concreto y yo dibujándote bisontes en la cueva de Altamira de tu, disculpa la palabra y por favor no te enfades, no me desprecies, no refunfuñes

–¿Qué se puede esperar de un negro?

no te cabrees conmigo, coñito, el mismo donde ahora la partera introduce no sé qué para sacar no sé qué, un trozo de mí o más que un trozo de mí

–Todo se paga en esta vida si le dio placer hacerlo es justo que sufra

esto en un cubículo de las traseras con un Sagrado Corazón, por qué narices los niños Jesús son siempre rubios y los Cristos mayores morenos me gustaría saberlo, quién me lo explica, manchado de cal, Su Excelencia después de pagar, es evidente, que la partera

–Me cae bien pero no acepto cheques entiéndalo la vida me ha enseñado a no confiar en nadie

Su Excelencia con una tela encima, sin falda, con los tobillos separados agarrados por una especie de ganchos, uno de los furrieles a un cabo que le enseñaba un cuchillo

–Tengan precaución con lo que escriben y cuiden al niño que nuestro alférez no se anda con bromas

tumbada en una galería estrecha, no muy limpia, acompañada por un cubo con el asa suelta, con desconchones en el esmalte, para las compresas y para no sé qué, es decir lo sé pero no me apetece hablar de eso, solo les aseguro que si mi padre estuviese allí se echaría el sombrero más hacia delante, mi padre en medio del poblado con las chozas desapareciendo a su alrededor y gallinas sin cabeza, personas sin cabeza o sin orejas, a los blancos les gustan las orejas, daría una de las mías a la partera para que dejase en paz a Su Excelencia, mi padre en el pueblo esperándome y yo repantingado en el sillón dándole vueltas a esto que no me deja, me ha venido ahora a la cabeza el olor de la tierra, el olor de la mandioca, el olor a podrido de la mujer que agarraba, el olor denso de los negros que contra la opinión de Su Excelencia he ido perdiendo aquí, aclárenme en qué me he convertido y quién soy hoy día, aclárenmelo por favor, se lo pido, qué soy, mi padre enseñándome a la criatura algo gorda que nos abrió la puerta, pisando una gota de las pestañas con la palma

–Te esperaba mañana

al venir de África

–Tu madre chico

no una negra de espaldas en la tierra a la que no le interesaba, con argollas en uno de los tobillos, una criatura con delantal que abrazaba a mi padre

–Por fin por fin

apartándose para observarlo mejor y abrazándolo de nuevo pisando más lágrimas

–Por fin

mirándolo de nuevo

–Te han salido canas

ella que había forzado sonrisas de repente seria

–No estás enfermo ¿verdad?

un paludismo, un segundo paludismo, a cada dos por tres yo acostado temblando, pidiendo agua, sudor, una mirada de reojo mortecina hacia mí, frases que no se entendían y Su Excelencia sin volver del edificio, espero que no haya pasado nada, ningún perro sin cabeza, ninguna choza en llamas, espero que ningún negro a mí

–Kamona

mientras caía, mientras el cuchillo de un hombre verde en el cuello, el cuchillo de un hombre completamente verde que no distinguí de los demás en el cuello, la muerte del cerdo pasado mañana en la bodega del pueblo, mis padres esperándonos, sobre todo mi padre esperándonos con la misma inquietud con que espero a Su Excelencia en el sillón, con que espero a Su Excelencia en el café delante del puesto de enfermería y no entra en casa ni sale del puesto, a lo mejor se ha comprado una boutique entera, a lo mejor está con un hombre qué sé yo dónde, a lo mejor algún problema en la partera, una hemorragia, una perforación, un hombre verde a otro hombre verde

–Mátala mátala

y ella con argollas en el tobillo de bruces entre dos poblados, con marcas de balas en la frente y en el pecho, sin una de las orejas, la oreja en un frasco que mi padre aceptaba, me miraba, parecía quedarse en suspenso dudando, al final se encogía de hombros y lo aceptaba, solo una frase a un hombre verde que se dobló, junto con el brillo de un filo, sobre algo más lejos, no entendí si una persona o una especie de raíz, creo que no una persona, una especie de raíz tras un brote de cáñamo

–Deja a su padre tranquilo

esto antes de incendiar los poblados con ayuda de latas de gasoil de los unimog y todavía no sé por qué narices el vapor del gasoil aún hoy

me marea, me recuerdo en brazos de mi padre, a la derecha del conductor, de vuelta a lo que llamaban cuartel, sin pensar todavía, es lógico, lo que pensé por primera vez muchos años después, es decir

–¿No seré yo entero las orejas que cortó no seré su trofeo?

y por lo tanto no me mire, no me abrace, no me sonría, métame en un frasco de alcohol, enséñeselo a un amigo, meta el frasco en un cajón y después déjeme en paz entre cosas, sobres usados con mi nombre fuera, no el que tenía, el que me pusieron después, bombillas fundidas, un tornillo, tres bolígrafos sin punta, quiero un cajón oscuro, un cajón muy oscuro donde ni Su Excelencia dé con el menda y me olvide, sobre todo me olvide, que por favor me olvide como olvidé a mi otro padre que ignoro si era un ser vivo o una raíz y no sé ni siquiera si existió, estoy mintiendo, sí lo sé, uno de los clientes del café a su socio señalándome con el mentón de una forma que él creía discreta

–¿Es que no veo bien o aquel negro junto al ventanal está llorando?

de modo que el socio y el dueño del café espiándome de lado con un aire casual, yo en el sillón esperando a que Su Excelencia se dignase volver a casa y los tres ahora no en la barra, más allá comiendo en una mesa, con un equipo de fútbol en la pared en lugar del paisaje que había y el banderín de un club cualquiera en vez del retrato de la tía de Su Excelencia que vivió aquí antes que nosotros, al casarnos nos invitó a vivir con ella y el gato y cuando murió nos dejó el apartamento, quedó el gato por un tiempo, que me detestaba más que su dueña, todo desprecio y uñas, ojos resentidos, hasta que el corazón se lo llevó también o si no fue el veneno de las hormigas con el que le aliñé el plato, Su Excelencia se lo encontró por la mañana panza arriba, odiándome todavía pero una oportuna convulsión le impidió denunciarme aunque Su Excelencia entre llantos con el gato en el regazo, con sospechas

–Has sido tú ¿verdad?

a pesar de que yo preocupadísimo con el animal, con un vaso de agua sobre un plato ya que el mundo entero reconoce que los vasos de agua son útiles para todo inclusive para la sed, yo inocente, yo indignado

–Solo me faltaba que me acusases de eso

y Su Excelencia, qué injusticia, sin creerme, yo que habría hecho lo mismo a la vieja si la trombosis desgraciadamente no se me hubiera anticipado impidiéndome la venganza de contemplarla pedaleando por los cólicos en la alfombra de rafia vomitando y ahí tenemos el ejemplo de un espectáculo que no me repugnaría en absoluto, la criatura que me detestaba echando las babas, balbuceando sílabas sin nexo, transformando la casa en un desorden de trazos sobre la boca desamueblada, con la dentadura, feliz, liberada de las encías, mordiendo con apetito la almohada, a veces se le soltaba a pesar de la persecución de la lengua, deseando emigrar a otra propietaria y otro menú, unos calditos fáciles, filetes picados que no exigiesen energía, un pescadito tierno sin espinas y por lo tanto sin necesidad de pescarle una espina con la red del pulgar y el índice mostrándola alrededor

–Quería producirme un absceso en la encía el idiota

los otros oficiales a mi padre

–¿Te vas a quedar de verdad con el chico?

dentro del círculo de alambre de espino con docenas de hombres verdes y chozos y arena, la planicie allá abajo con luces dispersas, alrededor del alambre cabañas habitadas por negros como yo, conmigo sorprendido de no estar con ellos, cada vez menos negros dado que huían hacia la selva, mirando no las cosas, a través de las cosas, flacos, con los pies enormes que seguían tierra abajo, mucho más allá de ellos hasta el centro del mundo, venían a pedir comida mostrando latas oxidadas y los milanos planeando encima, el jefe con el uniforme desteñido lleno de cintas y estrellas de metal sentado delante de una máquina de coser cosiéndose a sí mismo en lugar de la ropa que no tenía, creí que Su Excelencia salía del puesto de enfermería, me levanté y al final era otra mujer, más joven, con un perrito, uno de esos animales satisfechos consigo mismos que evacúan en la calle con una tranquilidad de propietarios en lugar de marchar taciturnos, meditabundos, olisqueando la solución de la cuadratura del círculo en los árboles y los neumáticos, mi padre en África a mí

–Chico

la mayor parte de las veces sin mirarme y casi nunca tocándome, no

me molestaría que me tocase

–Chico

de modo que lo conocía mejor de espaldas que de frente en el alambre sin escopeta, sin pistola, tan fácil de matar con un cuchillo en el cuello o en el pecho y abandonándolo entre la hierba, quieto, los ojos cerrados bajo el sol, los relámpagos, la lluvia, si tuviese un cuchillo, si él me diese un cuchillo, yo de aquí para allá y los soldados

–Chaval

sin hacerme nada, el capitán a mi padre

–¿Para qué quiere al renacuajo?

y mi padre

–Se viene a Lisboa conmigo

cuando yo casi ni entendía el portugués pero de eso me acuerdo

–Se viene a Lisboa conmigo

o sea su oreja de negro, el recuerdo, el tesoro, ni siquiera soy chico, soy una oreja, quién será la partera cómo será la partera, ordenará a Su Excelencia

–Pórtese como una mujer no llore

porque seguro que para ella Su Excelencia no señora, mujer

–Te dio placer hacerlo verdad pues ahora aguanta que es lo que toca

de modo que Su Excelencia, qué remedio, aguantaba, toda desmembrada y aguantaba, su tía antes de callarse para siempre me insultó con la mirada

–Tú

y dentro del

–Tú

yo que nunca le hice nada, odio, desprecio, lo que nunca me llamó

–Negro

lo que nunca me preguntó

–¿No te da vergüenza ser negro?

y personalmente, para ser del todo sincero, no sé si me da, por más que Su Excelencia me desprecie sigo ignorándolo tal vez porque los negros son estúpidos verdad, no entienden nada verdad, más cerca de los animales que de las personas verdad, igualitos a los monos verdad, deberíamos tirarles unos cacahuetes y ya está verdad, un plátano

verdad, un coco verdad, a todos los monos les gustan los cocos, se lee en los libros, yo de nuevo sentado junto al ventanal, esperando, ya sin mirar la calle ni a la puerta del otro lado, una puerta pintada de blanco con un tirador blanco y una bombilla protegida por una jaula de hierro blanco encima, seguro que toda la noche encendida esperando clientes, qué vidas, como el café a lo mejor la noche entera abierto esperando a maridos negros que viven al mismo tiempo en Angola como la mona tirada en la hierba con un tiro en la cabeza, tiros en el pecho y sin la oreja derecha, no, la izquierda, sin las dos orejas mientras mi padre se asoma desde el muro para vigilar la carretera

–¿Habrá habido algún problema?

con la esperanza de descubrir el automóvil, de descubrirme a mí, de saludarme incluso sabiendo que no lo veo porque puede suceder el milagro de notarlo arriba y saludarlo también, con el brazo estirado fuera del coche adelante y atrás, un brazo negro es obvio

–¿Para qué quiere al renacuajo?

mi padre con mi madre, una criatura algo gorda, en el escalón de la cocina, igualmente inquieta

–¿Ya ha pasado por el asfalto?

y mi padre negando bajo los eucaliptos más allá del alambre, mirando la planicie por donde yo no aparecía entre dos zonas quemadas enviando besos con ambas manos, mi padre cogiendo a un hombre verde por la ropa de camuflaje

–¿Has visto a mi hijo?

y aún no he pasado por la carretera madre, sigo esperando sentado en el sillón, sentado en el café, sentado en un tronco en África empujando una araña con un palito en dirección a la casa de Su Excelencia o a una salamanquesa surgida de una piedra, con las patas en forma de echar a correr aunque inmóvil, las pupilas minerales observándome como yo observaba los restos pardos de azúcar en el fondo de la taza acordándome de un viejo casi desnudo, pintado con varios colores, con un cascabel y cintas en la mano, saltando alrededor del jefe enfadado en un banco y de mi madre a mi padre, no gorda, joven, con la bata de trabajar en la cocina, mirándome sin acercarse

–¿Este es el niño que te has traído de Angola?

mi madre con cintura, sin arrugas en la frente, sin arrugas en la cara, derecha, con movimientos ligeros y una pizca de sol caída desde la claraboya del edificio por la que se paseaban las palomas, con las patitas claras por el cristal, en el hombro, esto a las seis y diez por mi reloj, seis y once para ser más exacto que no se equivoca, por el precio que pagué también era lo que faltaba y además las agujas un aspecto tan seguro que no me atrevo a llevarles la contraria, acepto el tiempo que me dan y me callo, siempre he aceptado el tiempo que me han dado y me he callado, las seis y once y ya está o sea precisamente cuando la puerta del puesto de enfermería y la del apartamento se abrieron y Su Excelencia apareció en simultáneo en la calle frente al café y en el umbral del salón, en la calle pálida, sin maquillaje, con los párpados mortecinos y el pelo pegado y en el salón con ropa nueva, con un peinado de peluquero, uñas pintadas de rojo y un anillo que no conocía, lo conoceré por el agujero en la cuenta del banco, mirándome como miraba la maleta a mi lado, ya hecha, ya cerrada, en una ojeada sin gran interés, rápida, preguntándome

–¿Crees de verdad que tenemos que ir a la matanza?

sentándose sin prisas en el sofá con la mitad del muslo izquierdo a la vista, humedeciéndose el índice con la lengua

(qué bueno verla humedecerse el índice con la lengua)

para pasar mejor las páginas.

3

Ni mi hijo ni mi hija que nació dos años después de Angola han llegado todavía lo que hasta cierto punto me parece natural porque las mercedes y los berliet iban siempre despacio por culpa de las minas que nunca sabe nadie dónde están ni cuándo explotan, con dos filas de hombres que solo veíamos a veces en un claro del pasto paralelas a nosotros y seis más abriendo paso delante, de vez en cuando un río, de vez en cuando un espacio libre y chozas abandonadas, mi hijo se casó, mi hija no, siempre enfadada, amarga, se le habla y no responde, le sonreímos y se queda seria, no sé nada de su vida, si le pregunto un gesto vago apartando sombras, creo que jamás la he oído decir padre, jamás la he oído decir madre, prácticamente no nos visita o si por milagro nos visita se queda en silencio, no nos invita a su casa que no tengo ni idea de dónde está o si vive sola, me han dicho que una amiga con ella y no tengo ni idea de si verdad o mentira, cuál amiga, mi mujer que también lo oyó se entretuvo pensando, los buscaminas no berliet, mercedes porque el general previno por mensaje que los berliet son oro, los pelotones que abran paso y se entiende la razón, los berliet tres millones de escudos, los soldados quinientos mil, seis vidas por un camión no le parecía caro, tanto ruido en la selva, el viento en las hojas, pájaros, el domingo toca el cerdo, Dios te salve María llena eres de Gracia, cuando se entere mi abuelo se mata, mi hija de pequeña huía de su madre a mis brazos pero empezó a crecer y dejó de buscarme, cerraba la puerta de su habitación con llave a pesar de mis avisos

–No te encierres con llave

y mi mujer callada, solo una tarde

–Nadie va a hacer nada de ella

de forma que a partir de ahí yo también callado, cuando me operaron de la vesícula aunque aún vivía con nosotros no fue al hospital, volví a casa y ni

–Hola

ni

–¿Está mejor?

ni un beso, encerrada dentro de sí misma comiendo en silencio, ganas de preguntarle

–¿Te sientes bien?

pero la cara de

–Por favor

de mi mujer me lo impidió, su corazón inseguro, el médico a mí bajito enseñándome una prueba que yo no entendía, líneas en una cinta de papel milimétrico donde a lápiz rojo dibujaba círculos informando

–Cuidado

el comandante, al que le gustaba acompañarse de chicos jóvenes, los dos sentados en banquitos de listones cuando nos visitó en la frontera

–¿Entiende la guerra alférez?

mirando a tres perros que a su vez nos miraban tan inmóviles como nosotros, lo que no faltaba por allí eran perros, grandes, pequeños, todos flacos claro, con tanta hambre como los negros, la mayor parte junto al comedor de los soldados buscando restos, cuando debido a las lluvias la avioneta

(no mosca, pájaro)

que traía la comida y el correo no aterrizaba en la pista de arriba, tiraba las cajas de comida fresca que se deshacían en la tierra y ellos y nosotros nos disputábamos a gatas la carne, el bacalao, las bolsitas de legumbres, las patatas, las uñas de los animales de repente tan grandes y los dientes tan afilados, los animales, casi la mitad mancos, de repente violentos, crueles, un camarada disparando sobre ellos

–Cabrones

y yo pensando quiénes eran realmente esos perros, los animales que no desistían a pesar de los tiros o de nosotros de modo que yo al comandante

–No lo entiendo mi comandante pero solo soy un perro

también feo, manco, cruel, listo para escarbar el suelo con la esperanza de raíces no de mandioca, las mías trayendo aquí fuera a mi

madre, mi padre, mi madrina Lucília, mi abuela que tiré de ella por el cuello

–¿Todavía estoy viva niño?

y se puso enseguida a pelar zanahorias en la cocina con las gafas pegadas con cinta aislante

–No me distraigas ahora con tanto que hacer

mi hija se da un aire a ella me parece a mí, el párpado caído, los andares, cada año el pueblo más abandonado y las mimosas de la sierra bajando hacia él, se tragan el cementerio, se tragan la sombra de los muertos, mi abuela desapareciendo

–Adiós

con la nostalgia de un hijo en Alemania en un retratito de esmalte al cuello, no el hijo adulto, pequeño, con chaqueta y pajarita, sonriendo del susto a punto de llorar, asegurando desde las postales de Navidad

–Tranquila que un día vuelvo señora y me quedo ahí

y ni cuando ella murió la visitó, una llamada a mi padre

–El restaurante no me da libre no puedo

mi padre indolente comprensivo

–Claro claro

y ya han muerto todos los pobres, a ratos aquí en el pueblo estoy seguro de que los oigo en el viento, los pinos se agitan y son ellos

–Chaval

pesando en las ramas, mi prima que sigue viviendo en el pueblo y cuida a los finados

–¿No oyes?

de pequeña jugaba a las casitas en los panteones, se inventaba cenas para los difuntos con hojas y huesos y bayas

–¿Quieren más?

se inclinaba hacia mí en voz baja

–Son raros los muertos no responden

a medida que un gran misterio pasaba lentamente por los chopos llenos de ecos, pasos, cubiertos, ruidos de loza, voces mientras un cachorro que intentaba huir con un trozo de carne y el blanco de los ojos de los dos aumentando alrededor de la pupila, cuál de ellos estrangula al otro mi comandante dígamelo, cuál se convierte en un

montoncito insignificante abandonado en la pista y cuál se aleja de nosotros sin vernos apretando contra su cuerpo un paquete rajado, rojo, goteando

–¿Entiende la muerte mi alférez?

gotas lentas que me preguntaban si yo en África o en el muro del corral del pueblo que levantó mi padre los domingos con un cigarro apagado en la oreja, no un cigarro entero, solo la colilla con una de las puntas quemada, el muro desde donde espiaba, con el cuerpo allí pero la nariz en la carretera, la aparición de mis hijos y estábamos sentados en círculo en las sillas del hospital cuando entró el psicólogo encorbatado

–Perdonen el retraso señores

y yo pensando que me gustaría que se casara mi hija pero la veo siempre sola, palomas y gorriones ya con el verdín de la edad reflejados en la ventana medio abierta, además no nos dijo ni dónde vivía, además si me intereso la respuesta de costumbre

–No se preocupe que no es bajo un puente

y me lo creo porque no trae una manta doblada bajo el brazo y al menos está razonablemente limpia bueno, razonablemente peinada, una de las últimas veces que nos visitó un anillito de plata que después desapareció, intenté

–¿Y el anillo?

y todo lo que respondió fue una de las cejas erguida, sus manos del tipo de las mías la pobre solo que más pequeñas es lógico, yo patorras, de bebé apretaba con fuerza el dedo que le ponía en la palma, por qué motivo no lo aprietas ahora y el psicólogo a mí, con una arruga en la frente

–¿Perdón?

a lo mejor debido a que los remolinos de niebla le impedían oír, uno, dos, tres o cuatro de repente y los perros huyendo, el jefe cogía de rodillas la máquina de coser, aterrado, tantas manchas en el uniforme el pobre y descalzo, su miseria hablando

–Mi arfere

y ningún orgullo, ninguna autoridad, nos remendaba los trajes de camuflaje, los calcetines, una sábana, las cintas desteñidas del

uniforme ridículo al que le obligaban los portugueses tan raído, siempre con un casco colonial en la cabeza y con dos mujeres casi tan mayores como él, el jefe al que nadie obedecía claro y ante el cual nadie se curvaba, sin anillos, sin consejos sabios, sin que el pueblo se enfade con él, tan solitario como nosotros dirigiéndose a nosotros con actitud de súplica

–Patrón patrón

respetuoso, sumiso, sin mantas ni cabras y por consiguiente sin dinero, el hechicero ante él no degollaba gallos con los dientes escupiendo las cabezas en el suelo en lugar de irlas colocando junto a sus tobillos hinchados junto con piedras y conchas, el agente de la policía política que de mes en mes venía con la avioneta mezclado con los productos frescos, más el capellán y las cartas, llamándolo doblando el dedo

–Ven aquí Mierdas

y el capitán callado, los alféreces callados, los furrieles callados y los negros callados, nuestros ataúdes vacíos esperando en el trastero, el mío el tercero a la izquierda contando desde arriba, levanté la tapa y creí ver a mi padre dentro con las muñecas confusas sobre la barriga y esposadas con un rosario como mis abuelos antes que él, como el señor Barros que vivía solo, se tiró a un pozo y el día antes de tirarse me acarició la mejilla

–Eres tú el que me hace viejo creciendo tan deprisa niño

y en los demás ataúdes mis camaradas que estaban allí conmigo mirándose a sí mismos sin una palabra, la máquina de coser del jefe trabajando descoyuntada, milanos inmóviles en lo alto examinando polluelos y ninguno de mis hijos en la carretera, viéndolo mejor quizá un ala de milano temblando, a lo mejor se han olvidado o me han enterrado en Angola sin darme cuenta y no he oído ni las salvas antes de que bajasen la caja, siempre tan distraído, el psicólogo del hospital a mí

–¿En qué está pensando?

y el círculo de sillas mirándome, un gato en el tejado de la casa mirándome también con la pata derecha en el aire, el suboficial cerró el trastero

–No quiero veros ahí

treinta y nueve ataúdes qué exageración, no vamos a morir tantos claro y el alférez paracaidista pequeño, seco, no he olvidado su cara, junto al puentecillo destartalado del río Cambo con la pierna estirada hacia delante y todo el cuerpo hacia atrás palpando antipersonas con el vértice precavido de la bota, el alférez paracaidista sentado en el sitio del psicólogo

–¿Te acuerdas del río Cambo?

y tranquilo que me acuerdo amigo, el cocodrilo al sol en la orilla que en cuanto nos vio se deslizó deprisa hacia el agua y se transformó en un ojo desprovisto de cuerpo a la deriva, media docena de pájaros blancos, su pelotón, mi pelotón, vuestros uniformes mejores, vuestras comidas mejores, vuestras armas mejores, más pequeñas, más ligeras, más precisas, la disciplina más dura, las órdenes gritadas, vi cómo perdía la pierna en una nube de arena, lo vi sobre la hierba muy pálido mientras le envolvían el muñón en compresas, el enfermero sacaba aturdido el torniquete de la mochila al mismo tiempo que la radio

–Manda mosca manda mosca

llamaba al helicóptero a gritos, el alférez paracaidista ordenando

–No quiero lloriqueos

por los cigarros casi transparentes de los labios sin un gemido, una queja, ni

–Cuando se entere mi abuelo se mata

ni

–Dios te salve María llena eres de Gracia

solo

–No quiero lloriqueos

de modo que el personal protegiendo el heli, de modo que un cabo apuntando con su arma a uno de los guías

–Vas a pagar tú por él

de modo que el psicólogo del hospital a mí

–¿Qué les pasa a mis piernas amigo?

mientras yo me levantaba del círculo de sillas sin entender

–Tiene dos qué raro ¿qué pasó en el río Cambo?

dónde siguen los ojos de los cocodrilos, estoy seguro, a la deriva y ningún río en el pueblo, se esperaba que lloviese para bajar cubos para los pozos, se levantaban tirando de cuerdas y ni mi hija ni mi hijo dentro, solo lama sucia, hojas, ramas, no os lo cuento verdad, no se inquietan conmigo y mirlos burlándose de mí en los nísperos, qué les pasa que me desprecian tanto, mi prima angustiada

–¿No te sientes bien?

y qué historia es esa de no sentirme bien, me siento fenomenal solo no quiero vuestra compasión entendéis, ya que cuidas la sepultura de mi padre tranquila que ya te ocuparás de mí cuando llegue mi antipersonas que siempre acaban llegando verdad, una explosión, polvareda, tierra y desaparezco de cintura para abajo, no vas a tener problemas porque el suboficial te explica qué ataúd es, si hay otro militar en mi caja ella lo quita, hay treinta y nueve o treinta y ocho, creo que treinta y nueve, creo que treinta y ocho no lo recuerdo bien, fue hace muchos años aunque continúe siendo ahora, mi prima cuyo hermano estuvo en Guinea

–Vosotros no salís de la guerra ¿verdad?

y ya que eres tan listilla enséñame cómo se sale de la guerra, dímelo, solo sale quien no ha estado en ella como el psicólogo del hospital, solo sale quien no entra en ella, si me señalasen la puerta lo agradecería, un día uno de nuestros muchachos abrió un agujero en el alambre, pasó el poblado y siguió andando hacia la selva

–Estoy yendo a China

informó a los que lo acompañaban

–Estoy yendo a China déjenme

y por lo tanto se envió un mensaje al mando del batallón, lo metieron dentro de la avioneta de las cartas y deben de haberlo dejado en un arrozal porque no volvimos a ponerle la vista encima aunque en mi interior algo siga moviéndome en dirección a China y sin embargo si mi hija dijese

–Padre

volvería, le bastaría decir

–Padre

para que volviese y nunca dijo

–Padre

hasta hoy, decía

–Usted

y se callaba, qué ha pasado entre nosotros, qué te he hecho hija, dónde me he equivocado, cuéntamelo y lo borro señálalo con el dedo y lo tacho, mi mujer

–Te culpas de todo

y no es verdad, no me culpo de nada, casi no siento los problemas, en serio, no me traje a mi hijo de África por culpa de su madre o de su padre

(¿no me traje a mi hijo de África por culpa de su madre o de su padre?)

y en la carretera de abajo nadie, no me traje a mi hijo de África por culpa de su madre o de su padre, me lo traje creo yo porque me sentía solo, porque, qué estupidez decirlo, mi prima

–¿Quieres ver el cerdo?

diez años más joven que yo, de niña tenía un ojo extraviado, su madre hizo una promesa y se le pasó, ahora no quiero ver al cerdo, puedo encariñarme, solo el domingo cuando lo traigan desconfiado, resoplando, hay gente que jura que los cerdos pero no vamos a entrar en eso, hay gente que jura que los cerdos son igualitos a nosotros solo que no veo en qué, se les atan las patas de atrás, se les atan las patas de delante, se los cuelga de un gancho, nos dan el cuchillo, encontramos la arteria y se empieza sin ninguna radio cerca

–Manda mosca manda mosca

ni ninguna seguridad en la hierba, se empieza y el cerdo

–Dios te salve María llena eres de Gracia

no solo gritos, torsiones, resoplidos

–Cuando se entere mi abuelo se mata cuando se entere mi abuelo se mata

y quién no se mata en el pozo, quién no mata al vecino con la azada, quién no mata a su mujer por culpa del cura, la mía con aquella ceja que tan bien conozco

–¿Qué te pasa?

me pasa que intento expulsarme de mí y no soy capaz, estoy en el

pueblo y no estoy, voy sin descanso de un lado al otro con mis cosas, no puedo pararme, mira un cuervo en los chopos, desde aquí no veo la plazoleta ni a los viejos con gorra ni al jefe con ellos acercándonos latas vacías

–Patrón patrón

con la esperanza de restos y quedaban algunas coles de la sopa, algunas patatas, huesos con trocitos de grasa, mi mujer

–¿Quieres que me siente contigo en aquella caja de allí?

y puedo imaginarme que soy cerdo, imaginar por un momento que soy cerdo, quizá me cuelguen del gancho pero quién traerá el cuchillo y me hace el favor de clavármelo en la garganta, cuál soldado resentido conmigo, mi mujer en una punta de la caja dejándome sitio, qué habrá sido de la chica que conocí tras tantos años y tanta papada, qué ha sido de tu energía, al primer beso unos meses antes de la mili tú con los ojos abiertos, con los ojos además siempre abiertos, colocándote la blusa

–¿Y ahora?

con miedo a tus padres, con miedo de ti misma, cuántos siglos hace que nosotros no porque no pienso en ello, porque no me apetece, porque no sé, creo que no viste que a veces, adelante, que no viste realmente que a veces, el brazo tibio que todavía tiembla palabra, todavía tiembla, la alianza, el anillo de tu madre, la pulserita con un corazón de oro que te regalé cuando nació nuestra hija, te quiero, no te quiero, vamos a hacer como si te quisiera solo no me obligues a hablar porque si me pongo a hablar no me callo y no sé si lo aguantaría, mis ojos raros, sombras opacas, el gato que dormía conmigo en mi cama infantil no en la cocina, en el cojín desteñido que me llevaba a mi habitación y olía el cojín con poco relleno y la comida ácida, mi mujer no tumbada en el suelo, no sin oreja, espiándome a hurtadillas

–Deberías pensar menos tú

y ahí tenemos una gran verdad, debería pensar menos yo, sobre todo como aconseja el psicólogo del hospital cerrar la cabeza al pasado pero cómo si el pasado ni siquiera es pasado, sigue pasando, no ha cambiado, kilómetros y kilómetros de selva por día armados,

tienda de campaña y comida de combate, con cuidado de meter los pies en las huellas que me anteceden, inclusive aquí en el corral de la casa del pueblo el cuidado de poner los pies en las huellas que dejé hace una hora o dos porque qué sé yo dónde dejaron los guerrilleros una antipersonas o un hilo para tropezar, se empuja el hilo con la canilla, salta la granada y fuegos artificiales a la altura de la barriga, el número de tripas que habré visto así, después hay que lavarlas, verterlas en un barreño, limpiarlas, cocinarlas, comérselas y darles las sobras a los negros que vienen a la alambrada a acercarnos sus latas, por qué narices el psicólogo del hospital no se levanta de la silla y desaparece casi corriendo por el pasillo o no vomita allí mismo delante de nosotros, mirándonos con un odio humilde como los perros del fin del mundo, por qué narices no cojea de una pierna ni sirve de objetivo para corregir una mira que se ha torcido

–Haz primero la triangulación

mi mujer bajito

–A veces me das pena

y no me deja probablemente debido a que es mayor, debido a que adónde con sesenta y seis años, debido a que es la vida, debido a que para qué y hacía planes grandiosos, por ejemplo ser feliz, dónde se habrá visto mayor ambición y de ahí los ojos abiertos, angustiados

–¿Y ahora?

y ahora qué horror tienes que quedarte conmigo ya has visto el problema, un chaval de diecinueve años al que todavía no han llamado para el ejército puesto que un primo sargento, y por lo tanto influyente, le prometió

–Voy a sacar el nombre del chico de las listas

y según él, con el índice y el pulgar separados el uno del otro tres milímetros, solo no lo sacó por un pelo, tu fallecido padre siempre con una manta de cuadros sobre las rodillas y un tablero sobre la manta para la baraja de los solitarios que incluso con algo de trampa discreta

(una dama, una sota)

no conseguía, casi sin mirarme sobre las gafas, muy tímido

–No va a hacerle nada malo a mi princesa ¿verdad?

mientras mi suegra nacida para milagros hacía prodigios con la

pensioncita, esa capacidad de las mujeres para multiplicar los panes y los peces más que en el Evangelio del cura y la gratitud que recibió del Altísimo fue un cáncer de esófago, la madre nerviosa, solo huesos, tirando de la manga de la hija

–No puedo tragar

de modo que el padre viudo, todavía con la manta pero sin baraja de cartas, mirándonos sin entender nada

(también ¿de qué sirve entenderlo?)

–¿Por qué?

dejando de mirarnos, mirándonos de nuevo

–¿Por qué?

y no sé la razón señor, pregúntele a Dios que puede ser que responda, no me pregunte a mí que no tengo nada que ver con eso ni entiendo un pepino de estrategias celestes, si entendiese me tocaría la lotería y le compraría una manta nueva, más larga que esa, de forma que no se le vean las zapatillas donde acechan los pies, esto en un segundo piso apretado en el que no cabían ni vuestras almas y por lo tanto tú y tus padres solo almas, iguales a esas semillitas que entran por la ventana llenas de estambres ligerísimos y flotan, flotan, se posan por un momento en la cómoda, se alzan de nuevo y salen en una trayectoria tranquila, desconocen haber impreso en nuestra mejilla una lágrima de nostalgia tan pura que ni duele, tu madre, desaparecida hace tantos años, aquí en el corral del pueblo ahora mismo

–No se preocupe señor

siempre por señor hasta el final la pobre, siempre por señor, agradecida pero de qué, suave, no tragaba y sin embargo encontraba la forma de consolarme a mí que si es necesario me como hasta un clavo, me comí hasta al padre de mi hijo, me comí al alférez paracaidista, me comí a todos los demás, me estoy comiendo al psicólogo del hospital y su círculo de infelices, no se piensen ni por un instante que no os voy a comer, os voy a comer, ya me he comido a dos o tres, después a los demás y ni un sollozo de nostalgia lo juro, los ojos secos, feroces, mi mujer a mí

–No me gusta esa luz en tu cara

y qué luz chica si continúo igual solo que intento esconder la lágrima de forma que no la veas, no me mires que la encuentras, no me toques para no notar que las costillas se mueven, no me arropes con las sábanas hasta que no destruya todo a mi alrededor, falta el jefe, falta algo de mi persona, que te suplica

–Ayúdame a olvidar

casi con las manos unidas, tan pequeño, tan frágil, y dormir dentro de mí donde solo caben cardos, cosas que pican, me envenenan, hacen daño, por favor llama a la sede del batallón por la radio

–Manda mosca manda mosca

para que la semillita del helicóptero me lleve sobre los árboles de la selva lejos de este pueblo de viejos, de esta bodega, de este cuchillo dentro de unas horas al mismo tiempo en el cerdo y en mí, de este cuchillo que se curva en mí, de esta sangre, me pareció que el coche de mi hija un trasto podrido en la carretera y una bandada de palomas sobre los árboles del cementerio y yo pensando que si pudiese destruiría su coche y también a las palomas, la infancia más complicada sobre todo con mi madre empujándome el párpado de nuevo hacia la almohada

–¿Qué fantasmas?

mi madre

–Cierra los ojos

y con los ojos cerrados los veía aún mejor, un señor con un sombrero tirolés

–Soy tu primo Afonso

una señora de luto abriendo y cerrando el abanico

–No me creo que no me reconozcas soy Palmira

y me acordaba del abanico con toreros impresos, no me acordaba de ella, mi madre empujando con un dedo el único párpado que había visto, el otro me lo había robado la almohada

–¿Qué te he dicho?

me ha dicho que cerrase los ojos pero ahora es imposible con mi hija a punto de llegar, mi mujer le armó la cama en el despacho donde sobrevivía en una estantería un diccionario que el moho y la humedad hacían cada vez más grueso, sentía a mi hija empujando la cancela de

delante y al contrario de lo que pensaba no me levanté, se levantó mi mujer por los dos

–¿No recibes a la niña?

y si tuviese a mi alcance el palo de mi padre llenaría el suelo de rayas paralelas, las borraría con el zapato y empezaría de nuevo hasta que ella desde la cocina

–Buenas tardes

sin aparecer delante, ni un beso, ni un gesto, ni una seña de muestra palabra, la sentí hablando pero no distinguía las palabras, sentí a mi mujer

–No tenías que traer nada de comer

mi hija cuchicheando algo breve como siempre, quiere saber de nosotros y por tanto una charla conocida que se repite todos los años, la comida una bolsita de pasteles o dos empanadas pequeñas o media docena de nísperos, fuese lo que fuese con la cuenta dentro y mi mujer obligándola a aceptar el dinero añadiendo billetes

–Era lo que faltaba

que mi hija fingiéndose reacia se guardaba en el bolso casi vacío como por lo general no se preocupaba por el equipaje, se ponía la misma ropa viernes, sábado y domingo como yo en Angola siempre la misma ropa de camuflaje, ella un peine y la pasta de dientes como mucho, si me hubiese aparecido en Angola acercando la lata oxidada desde el otro lado de la alambrada no me sorprendería un pito, en el caso de no haber tirado a la basura las ropas militares me las pondría ahora para acercarme a ella, una vez vi unos ojos así en una prisionera que nos despreciaba a todos, el jefe de la brigada de la policía política le dio un guantazo y ella nos desafiaba, dos guantazos y nos desafiaba más, una patada y nos desafiaba desde el suelo, un tiro en la pierna y nos siguió desafiando encarándonos siempre no de abajo arriba, de arriba abajo dado que nosotros más que enterrados, insignificantes, de modo que tiros y tiros del jefe de brigada

–¿Todavía no estás contenta?

hasta que se calmó y no digo que sumisa o enfadada con nosotros, enajenada, lejos, el jefe de brigada a la prisionera

–Puedes marcharte

y realmente hasta hoy al visitarme en el pueblo disfrazándose de mi hija, seguro que además de los pasteles, de las empanadas y de los nísperos un trozo de mandioca ya antigua, con el mismo olor que las raíces en las esteras o el pescado seco fuera de las maletas o los cigarros caricocos después de llover, mi hija hace años que no

–Padre

nunca

–Padre

mi hija

–Usted

dado que los negros no

–Señor

nunca

–Señor

los negros

–Mi arfere

y mi arfere sin responder haciendo rayas paralelas sin oír a nadie ni siquiera el

–Buenas tardes

que se sentó a su lado mientras ella deshacía rayas, deshacía rayas, deshacía rayas muy lejos de aquí, en la selva a diez mil kilómetros de Lisboa y a trece mil de Moscú como un soldado cualquiera de una compañía cualquiera antes que nosotros lo puso en un letrero a la entrada de la alambrada, cerca del sitio donde el maíz sonaba la noche entera susurrando mi nombre con una voz que conocía pero no era capaz de precisar de quién era, del primo Afonso con el sombrero tirolés, de la señora del abanico, de mi padre arrancándome el palo de la mano y yo doblado sobre un sapo

–Deja tranquilo al bicho niño

mientras el sapo, me gusta la palabra batracio, mientras el batracio, remando despacio con una dificultad de artrosis, desaparecía en el arriate deteniéndose a cada dos pasos hinchando la papada, de mi hijo ni una señal todavía, esto ya cerca de la noche una vez que sobre la ladera el cielo amarillo y ningún cernícalo a la deriva inclinando a la izquierda sus alas inmóviles, aseguran que también conejos, zorros,

hasta jinetas y yo nunca vi más que arbustos y piedras, florecillas pequeñas, amarillas, flores grandes, violetas, en septiembre, una mañana un tejón en una vereda mirándome, parecido a mi hija que ni un

–Hola

de casualidad, estaba por allí correteando en busca de un hueso enterrado no recordaba dónde, tal vez en su infancia, tal vez en mi regazo y yo explicándole los árboles hasta que empezaba a estirar las piernas y a empujarme queriendo librarse de mí, qué te he hecho de malo dime, por qué no aclaramos las cosas entre nosotros de una vez por todas y mi hija callada o si no

–Usted no me ha hecho nada malo qué manía

y ahí has dado en el clavo, en cuanto le dirijo la palabra aparece el

–Usted

aparece enseguida el

–Señor

no me dices

–Padre

como tu hermano, qué soy para ti, cuál el motivo para odiarme y mi hija en tono de broma, pasándose los dedos por el pelo sin arreglar, le gustaba ser fea o la fealdad un modo de acusarme

–Soy fea por su culpa ¿lo sabía?

mi hija que si no fuese hija de la mujer que es estaría seguro de que no era aquí del chaval

–Si le apetece seguir hablando siga solo y yo me vuelvo a Lisboa ¿cree que me gusta estar con usted?

y por qué no te gusta estar conmigo, nunca te obligué a nada de nada, nunca te hice enfadarte, nunca te exigí nada, quisiste dejar de estudiar y lo dejaste, quisiste marcharte y te marchaste, nunca te di órdenes, nunca te reñí, nunca me metí en tu vida, siempre te acepté, te vistes como un espantapájaros y yo callado, no nos visitas en dos o tres meses y yo ni pío te has fijado, ni pío, si te da la gana saludarme

–Buenas tardes

te respondo corriendo

–Buenas tardes

si te da la gana no hacerme ni caso hago como que no veo y no te veo a ti ni a tu ropa de aquella manera, tus zapatos casi de hombre, con los cordones desatados, tu olor a insomnio porque seguro que duermes mal hija, qué pensarás por la noche en el agujero donde vives y no es por ofenderte pero seguro apuesto mis vergüenzas a que no vives en un apartamento realmente pequeño, realmente lejos de Lisboa, vives en un agujero entre paquistaníes en zapatillas y albañiles ucranianos, qué compañía verdad, qué maravilla ningún grifo funciona verdad, qué bueno ser una desgraciada verdad, la mierda es que me preocupo por ti, palabra de honor que me gustaría no preocuparme y qué puedo hacer, es más fuerte que yo, me preocupo, qué bueno sería no preocuparme por ti, duermo mal de todos modos, Portugal entero durmiendo y nosotros dos despiertos con los ojos en el techo que no existe, existimos nosotros en un gran espacio vacío, tú pensando no sé en qué y yo pensando en ti, qué tontería por mi parte verdad, qué estupidez, qué bobada pero no puedo dejar de pensar en ti, a lo mejor te quiero mira, debo de ser tonto, debo no, lo soy de verdad pero te quiero, ni me creo lo que estoy diciendo pero te quiero y ya está bien de chorradas, olvida mis discursos, no siento nada de nada, todo me da igual menos el alférez paracaidista, menos el primo Afonso, menos Moscú a trece mil kilómetros, menos yo todavía en África, todo me da igual menos tú, lo único que no me da igual eres tú, lo único que jamás será igual eres tú y por lo tanto si te apetece tratarme de

–Usted

trátame que no cambias nada en mí, seguiré siendo el mismo hijita, tu padre, tu amigo, tu, tu refugio si quieres, como quieras, cuando quieras, si te apetece mucho huir de mí y volver a Lisboa vuelve que te perdono, lo entiendo, lo acepto, olvida la matanza y vuelve a Lisboa en tu trasto podrido que no entiendo cómo no se deshace en la primera cuesta, vuelve a Lisboa siempre que sigas aquí.

4

Desde este apartamento hasta el pueblo una hora y cuarto, una hora y veinte en automóvil si no hay rollos por el camino, accidentes, obras, un camión averiado, policías con gorra blanca y chaleco amarillo mandándonos orillarnos en la cuneta para los documentos y el test de alcoholemia

–Sople

inclinados sobre mi ventana espiando de reojo, que el servicio también tiene compensaciones, no todo es triste en este mundo, los muslos de Su Excelencia mejorados con la falda corta y yo con ganas de enseñar a mi esposa por la mañana con su bata desteñida, al tuntún, y todavía sin lentillas, chocándose con la mesa, chocándose con el fogón, arrugando las cejas independientes la una de la otra al abrir el gas para calentar la cebada con una cerilla temblorosa en los dedos por no mencionar los restos de pintura de la víspera olvidados por el algodón que cristalizaban en la cara, yo a los policías

–Pueden deleitarse

y los policías nada de deleite, solamente

–Puede seguir amigo

en un tono más de piedad que de orden, con la esperanza de que la primera curva nos tragase de una vez, qué diferencia de hecho entre la realidad y el deseo, una hora y cuarto, una hora y veinte más o menos, juntándole el tiempo que tardó Su Excelencia y yo en la puerta del salón, con quince kilos de ropa para dos días, en un pueblo de poca monta, pesándome en la mano izquierda lo que me ponía los hombros asimétricos y en la derecha las llaves con el osito de peluche en la argolla, casi de tamaño natural, mientras ella, levantando la revista

–Un minuto que estoy acabando un artículo

o sea el divorcio de una actriz de telenovelas o el correo sentimental o los productos naturales en cápsulas que mejoran un cuarenta por ciento la erección o el horóscopo de la semana dividido en tres partes,

salud, trabajo y amor a medida que la maleta, cada vez más pesada, me acercaba el hombro izquierdo a las rodillas, Su Excelencia se levantó por fin en un ascenso lento de tapón que un instrumento inoxidable iba sacando hasta el

–Plop

liberador después de abandonar el divorcio en la mesa baja enfrente, con tablero de vidrio y encima una cajita deseando ser de porcelana, acompañada por una fotografía suya en Salamanca con dos amigas, todas con una flor salerosa en el pelo, riéndose en dirección a mí o al hombre

(apuesto mil contra uno que un hombre)

al que le pidieron que les hiciese el retrato en una lengua de payasos de circo llena de instrucciones, ademanes y caras, las tres solo tonterías y tirantes, Su Excelencia ya de pie

–¿Estás seguro de haber cerrado bien el gas?

con los ojos no líquidos, inquisitoriales de modo que por si casualidad no comprobé el gas y las ventanas, bajé los estores incluyendo los del salón y dejé de ver, veía un cubo de tinieblas con nosotros dentro, incluso caminando despacio, a tientas, me golpeé la rodilla con una cómoda, me lie los zapatos con un cable de una lámpara, tropecé con una punta de la alfombra víctima de la habitual conspiración de los objetos que nunca supuse que me odiaran tanto, vengativos váyase a saber por qué y en esto los gritos de los soldados a mi alrededor y olor a gasoil en el poblado

–Quema quema

al mismo tiempo que Su Excelencia a mí

–Hasta que no hayas escudriñado todo no vas a descansar ¿verdad?

gallinas saltando, uno de los chuchos que ladraba, voces, crujidos, un motor ignoro dónde que empezaba y fallaba y empezaba de nuevo

–Nadie huye quema nadie huye

sombras, humo, una cabra que se había caído de rodillas levantándose, un faro de repente iluminando a Su Excelencia solo con un pareo del Congo a la cintura, descalza, los pies negros como los míos, otra mujer tosiendo, giré la llave del apartamento y ella

–Tardas un siglo en hacer cualquier cosa coño

salió antes que yo claro, una señora, sin que nadie disparase, solo una vieja mirándonos en cuclillas en el capazo del vecino, aunque estamos en el segundo piso y solo hay tres en el edificio el ascensor necesita los mismos siglos que yo, venido de un sitio misterioso, lejanísimo, arrastrándose agotado, gimiendo en las puntas como gemía un hombre sin manos, con los brazos unidos en actitud de oración, como gemía la mujer, también de rodillas, que estaba conmigo en el poblado, como sujetos verdes

–Quema quema

como sujetos verdes

–Nadie huye quema nadie huye

todavía de noche, encima de las llamaradas, de los tiros, y encima de la noche y de las copas de los árboles intactas silencio, no un silencio transparente, un silencio empañado, fijo, sin viento ni personas que corrían, se resbalaban, volvían a correr y se resbalaban de nuevo solo codos y rodillas, solo barriga, solo caderas, solo dientes comiendo tierra, solo un ojo parado en nadie, un ojo concentrado en sí mismo, solo por fin ningún ojo y a la entrada del edificio los tres escalones con macetas a cada lado, mi padre alejándose de las llamaradas y los tiros con la palma de la mano en mi nuca, nuca nuca nuca

–Este es mío no se toca

a Su Excelencia que como siempre confundía el botón del pestillo con el de la luz aunque el botón del pestillo anunciase Pestillo y el botón de la luz Luz esto un par de apliques con bombillas flojas porque no somos ricos en esta manzana, Su Excelencia como siempre

–Coño

dándole con odio al otro botón y la puerta girando tres centímetros la pobre en un susto de dolor, tan sensibles las cosas, las medallitas de bautismo, los pañitos, los pañuelos, los calzadores, maternales, con pena de nosotros

–No me claves una uña ándate con ojo

y nosotros desaparecidos en los zapatos olvidándonos de ellos, escolté a Su Excelencia, un paso atrás y a la izquierda, con las ruedecitas de la maleta saltándome en los talones, luchando con su

tendencia a la izquierda, torcida, deseando escaparse a la cuneta con Su Excelencia esperándome apoyada en el automóvil

–¿No eras tú quien tenía prisa negrata?

y yo empezando a dudar del aborto, no se quejaba de dolores, se movía con la ligereza de siempre y aquella armonía entre los omóplatos y las nalgas que antiguamente me excitaba y ahora no sé, creo que me sigue excitando pero finjo no notarlo, a veces en la cama es difícil, si la tocase, incluso con el meñique, un brazo ahuyentándome

–¿Ya no se puede dormir?

de forma que apago la luz y aparecen las llamaradas, los tiros, perros que ladraban hasta que les metían un palo por la boca, una granada ofensiva estalla en cinco segundos, a lo mejor el puesto de enfermería no puesto de enfermería, un día de estos hago una llamada discreta a la policía, un lugar no autorizado donde se encuentran parejas, quién es él no me mientas, quién es él sin hacer la pregunta y Su Excelencia respondiéndome

–¿No eras tú quien tenía prisa negrata?

con lo que me pareció un negral entre el cuello y el pecho pero podía ser la sombra de una hoja o haberse rascado demasiado, tantas posibilidades Dios mío, qué confusión la vida, metí la maleta en el portaequipajes y una punzada en la espalda que se quedó allí fastidiándome, una especie de aguja de punto torcida clavada en la columna, solo me faltaba estar viejo, mi padre asegura que yo cuarenta años pero no sé cuántos tendría cuando él apartando hombres verdes

–No se toca

y uno de los hombres verdes

–Piense bien en lo que se mete que más tarde o más temprano se vengará de usted mi alférez

gallinas minúsculas, cabras minúsculas, un cultivo de mandioca que desconocidos con escopetas, dos o tres, descalzos, esto a la hora del anochecer, venían a veces a buscar, es decir, se las llevaban las mujeres hasta el borde de la selva, lo que recuerdo a ratos desenfocado y a ratos nítido antes de dormirme nítido y al despertar

desenfocado, mi padre a la entrada de la habitación sin encender la luz, si la encendiese cuántas personas desarticuladas en el suelo, cuántos animales que una especie de cuervos picaban

–¿No descansas chico?

y descanso señor espere solo un poco que ya cierro los ojos se lo prometo, quiero prestarles atención a la mujer y al hombre sin manos sin sentir nada y desconozco si debería sentirlo, qué les ha pasado, Su Excelencia despreciándome

–Los negros no tienen alma

ya sentada en el automóvil con los muslos al aire, mirando hacia delante sin prestarme atención, dentro de nada de noche, los árboles vestidos de forma diferente, otro viento en las ramas, las farolas hinchándose, murciélagos en vez de pájaros porque los vuelos con ángulos, una especie de abanicos con orejas de conejo y hocico de ratón, al llegar al pueblo mi madre calentando de nuevo la cena

–No pasa nada no pasa nada

cogiendo la bata del clavo junto a los paños de cocina, la prima de mi padre a Su Excelencia

–Cada vez más guapa

la prima de mi padre a mí

–¿Has engordado?

y mi hermana en una piedra del corral detestándose a sí misma, la recuerdo al nacer, no recuerdo que llorase, en ninguna época de su vida recuerdo que llorase, cuando empezó a mirarnos también nos detestó salvo una vez en que me fue a buscar al trabajo, el bedel

–Está ahí una señora esperándolo no me ha querido decir su nombre

y mi hermana mirándome sin una sonrisa a la entrada del salón, vestida al tuntún y con el moño fatalmente hecho, mirando hacia arriba puesto que insignificante, pequeña y aquellos dedos tan feos

–Solo quería verte adiós

con no sé qué explotando en los ojos que sostenía con fuerza y no volvió a visitarme no fuese a descubrirla, casi nunca la veía y en el caso de preguntarle a mi padre su boca temblaba, negaba con señas observando la ventana tragándose palabras que no adivino cuáles serían, en el caso de haberlas puesto en el plato las cortaría a trozos

con el mismo cuchillo lento con el que cortó orejas para repartir a los hombres verdes, imitando los gestos del capellán con la hostia

–Haced esto en mi memoria

pero no murió en África o murió en África, no estoy seguro, se levantaba de madrugada y se quedaba en el pasillo entre su habitación y la mía mientras la casa ardía sin que hubiese mandado

–Quema quema

hinchándose en el pijama, mudo, mi madre lo cogía por la manga

–Vamos

para empujarlo hacia la habitación cuando él intentaba agarrarme y mi padre de poblado en poblado, de los que solo quedaban estacas, en dirección a la almohada, estacas, las últimas llamaradas que desaparecían en la tierra, cenizas, animales muertos, utensilios, algunas plumas que resistían, pajas dispersas, garrafas vacías, lo que parecían cuerpos sin orejas, lo que parecían cadáveres de árboles y el río de los leprosos debajo con la campanilla del enfermero tocando al viento para los enfermos desprovistos de miembros, de nariz, de boca, gateando por el barro y que no vemos desde el coche porque nosotros todavía en Lisboa, viendo las luces de los barcos en el Tajo bajo las últimas nubes moradas que anteceden al crepúsculo, si por lo menos mi madre me hablase y me ayudase a entenderla, la impresión de que entre nosotros, puedo estar equivocado pero la impresión de que entre nosotros un diálogo con frases que perdíamos al pronunciarlas porque las orejas que nos cortaron se las tragan enseguida escondiéndolas en un interior mío que no alcanzo, en la carretera hacia el norte un área de servicio mal iluminada, siluetas de gente, coches, de aquí a nada mi madre

–Hijo

con una sonrisa pintada en la cara seria y por lo tanto no una sonrisa, adivinando lo que iba a suceder y yo lo ignoraba, seguro que mi padre esperándonos en el muro del corral intentando distinguirnos desde arriba, levantando la mano y parándose porque no nosotros, un camión de ganado lleno de becerros, un tractor, el pueblo casi muerto con tantas casas abandonadas y tantas calles comidas por el pasto en las que solo viven viejos más viejos que la vejez, con pecas en las

muñecas y en la calva y piernas que intentan impedir el andar, Su Excelencia a mí

–El año que viene no cuentes conmigo

y de hecho no cuento contigo puesto que el año que viene seguro que ya te marchaste de mí y al marcharte un tipo en la calle esperándote que nos entrará por la puerta, sin formalidades, si te retrasas, no un negro como yo, un blanco que me ordena

–Quieto

tratándome, evidentemente, no de señor, de tú

–No te acerques a ella

y Su Excelencia a su lado

–¿Has oído?

de vez en cuando un desvío en la carretera, almacenes, edificios que casi no se distinguían de la noche o surgían poco a poco de ella, con terrazas con ropa secando en adioses blandos, los soldados, ya no hombres verdes, soldados, a mi padre

–Se vengará

que vertieron garrafas en los chozos, dispararon, corrieron, tiraron de anillas y segundos después, cinco segundos después, el palo a plomo y el pasto y las esteras y los barreños alzándose sin peso por los aires, a la derecha del coche el Tajo a donde venían a beber los animales, me parece que antílopes, una mujer levantándome del suelo por culpa de una especie de tronco con patas y escamas que se arrastraba lentamente sobre restos de basura, en la otra orilla más luces, chimeneas de fábricas diluyéndose en la oscuridad, un avión grande, con faros en las alas, que bajaba, bajaba, Su Excelencia a mí me pareció que durmiéndose y por lo tanto sin fijarse en el cocodrilo que se nos acercaba

–¿Todavía falta mucho?

y lluvia, lluvia en Angola, no aquí y a pesar de todo aflojé porque no me gusta conducir con el asfalto mojado, espero que mi hermana también en el pueblo y mi padre vestido de bedel, inclinándose sobre mí

–Está ahí una señora esperándolo no me ha querido decir su nombre

ella con cinco, seis años pidiéndome que la cogiera en brazos

–Tengo miedo

deteniéndose de repente para preguntar

–¿Por qué eres negro?

y en mi opinión sigue teniendo miedo, se esconde de las personas, no las visita, no habla, se sienta sola en un rincón, aparece y desaparece sin ruido, me sorprende que no salte por la ventana como los gatos ni se esconda en una rama alta del algarrobo del huerto espiándonos creyendo que no sabemos de ella y no la vemos, no respondí a Su Excelencia porque me amenazaban dos curvas seguidas y árboles con una banda blanca de cal pintada en el tronco, dentro de nada nos alejamos del río y empiezan los caseríos, poblaciones perdidas, bicicletas pedaleando en las cunetas, con las patas cada cual para su lado y la boca de par en par

–Mata mata

seguro que si me acercase a él cubierto de moscas y hormigas, Su Excelencia agitó el brazo y su perfumé me rozó, cuánto gastarás por semana en esos frascos dorados es decir cuánto gastaré por semana puesto que no trabajas desde que cerró la empresa y la miseria de la prestación por desempleo no debe llegar ni para las revistas del quiosco dos calles por encima de la nuestra, siempre con madamas confesándole a la dueña la peluca debido al tratamiento de los ovarios, soy yo el que paga para que los demás te deseen y yo como un tonto en el café mientras tú en un prostíbulo camuflado de puesto de enfermería o tal vez incluso al mismo tiempo prostíbulo y puesto de enfermería porque la vida es complicada, fíjate en ese círculo de negros en cuclillas fumando de la misma pipa y asando grillos con un palito, no me hacía idea de que esto en mi memoria tiene gracia, lo que almacenamos en el sótano sin darnos cuenta, los grillos, barnizados, agitando las patas, mi padre nunca mi nombre, siempre

–Hijo

a pesar de haberme puesto uno con su apellido, al darme el carnet

–Te vas a llamar como mi padre

y yo aprendiendo portugués, es verdad los grillos, ojalá no vuelva a olvidarlos, perdiendo la lengua indígena, siguen unas palabras

–Mona

flotando solas, sin peso, en un escondrijo de la cabeza diciéndose a sí mismas, me inventaron un año de nacimiento, un mes, un día

–En mi opinión tiene cara de marzo

dudaron entre marzo y finales de mayo

–Se parece más a marzo fíjate en el perfil

y marzo vale, marzo, nací en marzo en Lisboa y de mis padres, no de negros, de qué sirven los negros sin orejas verdad, tirados en la explanada, qué soldado las habrá puesto en una botella de alcohol, ya no oscuras, blancas, ahora solo cartílagos casi transparentes, lo demás se lo fueron comiendo los animales, más el exfoliante que los te seis soltaron sobre los cultivos de apoyo y alrededor todo seco, solo los querían las hienas y los pájaros con el pico curvado que se devoraban entre sí, la lucecita roja de la gasolina del automóvil empezó a parpadear y el mentón de Su Excelencia doblado sobre el pecho dejando la parte de atrás del cuello a la vista, lisa, suave, que me excitó de repente lo que ya no me sucedía desde hacía meses con ninguna provincia de su cuerpo, una vocecita contenta en mí

–Hola cuello

y mis dedos saliendo del volante, entreteniéndose en el respaldo de su asiento, tocando el piano en el reposacabezas, bajando lentamente hacia el cuello del vestido, trasegando la nuca, moviéndose en el aire, adivinando los tendones y el principio de la columna y cuando iban

–Quema mata quema

a alcanzarlos, apretarla, quemarla, matarla, Su Excelencia de repente despierta, enderezándose

–No te atrevas a tocarme negro

y yo dándome cuenta de que la lucecita de la gasolina un puntito rojo en el tablero, enorme, mostrándonos y haciéndonos desaparecer, mostrándonos y haciéndonos desaparecer, mis dedos

–No te atrevas negro

de nuevo en el volante, sumisos, inocentes, inútiles, comprendiendo que solo los blancos pueden quemar, matar, cortar orejas y a nosotros nos cabe el destino de ser quemados, asesinados, amputados y por lo tanto para qué otra identidad, otra tierra, otros padres si no he salido de África, sigo en África, moriré en África levantándoles los muñones

a los blancos

–Blancucho

mientras caigo señores aunque intente levantarme, mientras me callo aunque intente hablar, mientras muero aunque intente vivir, yo

–Blancucho

y Su Excelencia

(además del cuello los muslos dentro y fuera del vestido corto, la armonía entre las nalgas y las caderas, la cintura nítida, las corolas del pecho, el tallo de la garganta tan fácil de, la boca que me apetecía empujar hasta mi bragueta mientras las uñas largas me soltaban los botones, los labios, la lengua, el cuidado con los dientes y los hombros que vibran, la espalda que vibra, la otra mano en ti y yo feliz en el automóvil, yo con los ojos cerrados y sin embargo conduciendo)

–¿Qué es eso?

y Su Excelencia

–Acaba inmediatamente con las ordinarieces negro

al mismo tiempo que uno de los viejos me ofrece un grillo asado, me ofrece la calabaza, me responde

–Eh

a mí que aparezco y desaparezco como la lucecita roja no de la gasolina, de los últimos restos del poblado ardiendo, me persigue, dentro de poco el pueblo, dentro de poco la casa y pese a la noche mi padre junto al muro del corral espiándonos intentando adivinarnos por el perfil del coche, por los fallos del escape, por los faros, ya que cree que le gusto cuál de mis orejas prefiere para su botella donde se volverá, es cuestión de meses, cartílago que mi hermana buscará en una cómoda cualquiera abriéndola y cerrándola enseguida

–Solo quería verte adiós

desapareciendo de mi vista, hermana hermana, y en esto surgió un primer carromato en la carretera anunciando

–Estás cerca

con un perrito con el hocico levantado y la cola erguida corriendo entre las ruedas, tras el carromato dos bicicletas y la voz de mi padre

–No las adelantes así déjales sitio para caerse

en la época en que aún no había dejado de explicarme el mundo, a

cada rato me llama al trabajo

–Tranquilo que no es nada me apetecía desearte un buen día me debo estar haciendo viejo adiós

esto más o menos cuando, hace diez meses, un año máximo, mi madre empezó a quejarse de las punzadas en el riñón o mejor no se quejó nunca, se quedaba clavada de repente apretándose con fuerza la espalda con la mano, si le preguntábamos sonreía, es decir tiraba de los extremos de los labios hacia arriba

–Una molestia sin importancia ya se me pasa

y se le notaba en la piel estirada de las sienes que no se le pasaba, si ninguno de nosotros cerca ella seria, desplazándose a sí misma con el cuidado de quien lleva un vaso lleno de agua en una bandeja, le costaba subir escalones, bajar escalones, levantarse, luchando para no apoyarse, con las gafas respirando deprisa, después de la consulta en la clínica el médico llamó a mi padre aparte

–Un problema en el riñón derecho que ya ha esparcido la enfermedad

mi madre a mi padre

–¿Qué te ha cuchicheado el médico?

mi padre demasiado rápido

–Que son piedras

mi madre más rápido aún

–Ya me parecía

y no volvió nunca al asunto, para qué, a fin de cuentas solamente piedras, qué tienen las piedras, qué daño hacen, mira qué historia más cómica, piedras, hasta entran ganas de reírse al decir que son piedras, no hablemos más de las piedras, qué alivio, se acabó, la operaron en septiembre y mi madre llena de tubos y cánulas en una habitación toda blanca menos los bombones, que no tocaba, en la cabecera, mi padre

–No han podido sacarlas todas tienes que seguir con el tratamiento que las disuelve

mi madre más blanca que la habitación, floja, cogiendo el puño de mi padre con pena de él

–Claro

con pena de mi padre, de mi hermana que no la visitó, de mí

–Perdonad que os ponga tristes

miró el árbol más allá de la ventana y eso fue todo o mejor casi todo, falta mi padre acariciándole la mano con un dedo y sacando la frase a empujones

–¿Quién se pone triste por unas piedras?

mi madre en un susurro que creía divertido, la pobre

–A veces son las piedras las que se ponen tristes con nosotros

de modo que ambos están esperándonos en la casa del pueblo, mi madre de momento no ha adelgazado mucho pero sigue blanca, de vez en cuando una transfusión o un suero porque cualquier persona reconoce que las piedras son duras, no es necesario gastar saliva con ese asunto, son duras madre es verdad, son duras, cómo hacemos con su dureza, cómo se puede aguantar y sin embargo mi madre en el pueblo esperándonos con mi padre, tan blanca como en la habitación toda blanca menos los bombones, que no tocaba, en la cabecera, con las gafas respirando cada vez más deprisa mientras mi padre fingía no notarlo y fingía mal el pobre, se le notaba en el temblor de la frente, en el temblor del mentón, en las frases que de vez en cuando, pobre padre, rotas, mi madre notándolo también y sin embargo en silencio, absorta, cómo absorta, absorta es injusto y de ahí será injusto, la lucecita de la gasolina dejó de parpadear para volverse fija, muerta de miedo, Su Excelencia fijándose por fin en la luz

–¿Qué es esto?

en algún punto entre la aprensión y el recelo como si hubiese visto un insecto de los que pican o restos de un carmín desconocido en mi cuello, yo a Su Excelencia

–¿Conoces alguna gasolinera por aquí antes de que se pare el coche?

y cómo iba a conocerla si no ha conducido nunca, se sienta en el sitio del copiloto ayudando con el vestido corto y los muslos que por lo menos esos sí que los cuida bien, para darle color al viaje y eso es todo, en cuántos automóviles has estado no mientas, con quién te viste en la partera, a nuestro alrededor solo campos y plátanos en la oscuridad de la luna nueva, cuántos kilómetros nos faltarán para llegar, tres, cinco, siete, ocho, una casa aislada muy lejos, no, un

almacén, no, un granero, seguro que becerros por ahí, perros ladrando, a lo mejor un campamento de gitanos, nos balanceamos en un paso de nivel sin vigilante al que le faltaban tablas y donde Su Excelencia, casi con la cocorota en el techo

–¿Estás loco?

ella que por lo general

–¿Estás loco o qué?

ahora solo

–¿Estás loco?

mirándome de soslayo como si le diese miedo y no me desagradaba la posibilidad de que le diese miedo, de esa manera por la noche, en la cama, si le ordenase

–Ven aquí

ella vendría como si tal cosa, el mal fue no haberla atado en corto desde el principio que una mujer dejada a su voluntad más tarde o más temprano abusa que es su tendencia natural, rienda corta y bozal y aunque la rienda para caballos, mulas, burros y hasta los renos de los pisapapeles de Papá Noel que ponemos al revés, volvemos a enderezar y presenciamos espirales y espirales de láminas fingiendo nieve, aunque, decía yo, la rienda corta para los caballos

(abreviemos omitiendo a los demás animales)

y el bozal para los perros seguro que saben dónde quiero llegar, el problema es que ahora tarde porque Su Excelencia no hizo caso y ya no hay quien la pare, palabra de honor, es que ya no hay quien la pare y ahí tenemos el ejemplo de algo que enseñar a los hijos antes de que se convierta en un conocimiento inútil como es en mi triste caso, piénsenlo, la desgracia de un hombre al que su mujer humilla el pobre, en fin, íbamos por el paso a nivel sin vigilancia creo yo, no, ya al otro lado del paso a nivel sin vigilancia y empezaba

(tengo estos instintos, soy negro, no reflexionamos, adivinamos, me libré por un pelo de imitar al sujeto que aseguraba yo no busco, encuentro)

sintiendo el olor de la casa en el pueblo además del olor de mis padres y de mi hermana

(alguna ventaja tiene que tener ser negro y no me tengo que

extender que todos saben de lo que hablo)

esto en el lado opuesto al paso a nivel que ni Pare Oiga Mire recomendaba, sugiero que sigamos todos con ese noble consejo en el bolsillo que nos ahorrará muchos problemas, no solo los olores de la casa y de mi familia, el del cerezo en el corral, el de las verduras, aquel, menos agradable, de las habitaciones cerradas con moho todo el año por no hablar de las avispas y moscardones momificados en el suelo que si andamos descalzos los aplastamos, una horrible venganza amarilla y pegajosa, con las plantas de los pies, curioso que solo de pensar en la casa y en mis padres me viene una nostalgia como una agonía por no mencionar el terror de que mi madre etc y demás pero ahora no vamos a pensar en eso, tal vez el corazón del Cielo se ablande y sea como sea que parta un rayo a las piedras que quieren matarla, la van a matar, la matan, no quiero más muñones pidiendo ni orejas en botellas ni

–Quema quema

ni

–Mata

ni plumas de gallina de un lado al otro dependiendo del aliento de las llamas, ni perros degollados, sin patas, ni mi madre

–Pues claro

sonriendo, no sea buena, no sienta pena por nosotros, ódienos que vamos a seguir vivos, insúltenos, échenos

–Fuera de mi vista

llore, intente rasgar las sábanas, rechace la comida, el motor del automóvil dejó de funcionar intentando alcanzar, agotado, el fondo de gasolina que tenía, yo cogiéndole las manos

–Madre

o una especie de

–Madre

que se devoraba a sí mismo, no, yo

–Solo me faltaba esto

cuando me faltaban muchas más cosas, por ejemplo silbar con dos dedos en la boca, tirar cacahuetes al aire y cogerlos con la lengua, meter círculos de humo unos dentro de otros, el coche fue aflojando,

aflojando, en algún lugar a la izquierda escuché una vaca mugiendo, los plátanos susurraban como los eucaliptos de Angola antes de un ataque, mi madre comprobando, por amor a la elegancia, si la dentadura postiza le aguantaba en las encías y las mejillas no cóncavas, derechas, el automóvil, balanceándose el doble que una góndola, con Su Excelencia cada vez más nerviosa

–Si fueses blanco tal vez me salvases

hasta detenerse en la cuneta, cerca del cadáver de un gato y Su Excelencia en un susurro vencido, aterrada con presencias tan ligeras como el murmullo de las hojas, los insectos que entraban por las ventanas haciendo círculos torcidos, la amenaza de las tinieblas desde que apagué las luces porque la batería no estaba en condiciones

–Dios mío

y además el automóvil no nuevo, claro, que el dinero no llega para todo, querías ropa, querías zapatos, querías salón de belleza, querías lujos de modo que, con mi sueldo, para cubrirte los hombros tenía que destaparte los pies o viceversa que el dinero no se estira y robar a viejas en el metro de momento, vaya, todavía no lo he probado, un pájaro grande

(¿una lechuza?)

casi chocó con el capó piando, no chillidos de gorrión, sonidos ásperos de amenaza, los arbustos feroces, las tinieblas sombrías, qué sentiría mi madre la pobre si se despertase durante la noche pensando

–Me voy a morir

mi padre durmiendo a su lado y ella, tan sola, mirando un barranco infinito justo al lado del colchón y diciéndose a sí misma

–Me voy a caer me voy a caer

con el aire a su alrededor huyendo de los pulmones, mi abuela diciéndole adiós a medida que se desplomaba, la casa allí tan en lo alto a la que no podría volver, una pariente perdida hace siglos a un señor con bigote entretenido arreglándose un callo

–¿No le da pena?

y realmente daba pena, daba mucha pena, Su Excelencia y yo dentro del coche, quietos, perplejos, a no sé cuántos kilómetros del pueblo, uno, cuatro, nueve, cuéntenlos por mí, si mi padre estuviese

allí surgiría de las llamaradas, de los estrépitos, de las explosiones mutilado, del fondo del horror cogiéndome el codo impidiendo que los hombres verdes me hiciesen nada

–Este es mío

impidiendo que me tirasen al suelo, me aplastasen las costillas, me cortasen la oreja, me metiesen en una botella de alcohol con los ojos abiertos, llorando, un hombre verde a él señalándome con la escopeta

–Más tarde o más temprano el negro se vengará de usted

mientras las últimas brasas, a nuestro alrededor, se apagaban una a una y las últimas chozas cenizas, las últimas plantas de cáñamo cenizas, el último chucho gimiendo, la última cabra difunta, Su Excelencia

–¿Y ahora?

por primera vez en años buscando mi mano, cogiéndome la mano, trenzándola con las suyas, por primera vez en años mirándome sin rencor, sin odio, hasta sin desprecio de modo que yo, en medio de la noche, al mismo tiempo cerca y lejos de la aldea, cerca y lejos de mis padres, cerca y lejos de la violencia y los gritos, de modo que yo por primera vez en años y por primera vez dentro del coche incliné el asiento, le levanté el vestido, me convertí en unicornio, le declaré en la boca

–Amor

pecho contra pecho

–Amor

vientre contra vientre

–Amor

dientes contra dientes

–Amor

mientras las grandes mariposas de mayo, con antenas atroces, gordas, repugnantes, giraban a nuestro alrededor, mientras nada de viento en las hierbas, sauces creo yo pero puedo estar equivocado, plátanos, mimosas, olmos, chopos, que los parta un rayo, me es indiferente, Su Excelencia y yo pecho contra pecho, vientre contra vientre, dientes contra dientes al mismo tiempo que una lechuza, al mismo tiempo que murciélagos en dirección a un pomar, al mismo

tiempo que el primer relámpago a lo lejos, todavía en la frontera con Zambia, se acercaba cabalgando el Tajo, al mismo tiempo que crecían las piedras del riñón, al mismo tiempo que mi madre sonreía, al mismo tiempo que mi hermana con el dedo clavado en mí

–Tú

acusándome qué sé yo de qué crimen tal vez por haberle dicho que si nuestra madre quisiese, dientes contra dientes, la ayudaría a morir y ella furiosa conmigo

–Tú

porque su madre no se moría y la mía ya muerta, solo una oreja, solo muñones en lugar de manos, solo combustible vertido por encima

–Quema quema

solo harapos, no piedras, solo trozos de tela, no sangre, restos de huesos, no carne, cuando Su Excelencia y yo acabamos le ordené

–Arréglate

arreglándome también, me puse la camisa, me abroché el cinturón, me ajusté la chaqueta y ella se ajustó los mechones de pelo con los dedos sin llamarme

–Negro

callada, Su Excelencia callada, Su Excelencia dónde se habrá visto, callada y por lo tanto fui a buscar la maleta al portaequipajes, le ordené

–Vámonos ya que mi padre está esperando

y empezamos a caminar por la carretera.

5

Claro que me preocupó el retraso de mi hijo y además él lo sabía porque le conté lo que sucedió hace cuarenta y cinco años además de que puede ser la última matanza a la que va su madre, el médico quiere ingresarla cuando volvamos del pueblo para probar un tratamiento nuevo que puede dar resultado o no y lo más natural es que no lo dé que estas cosas del riñón traen siempre problemas, palabras suyas, pero por lo menos no nos queda el remordimiento de no haberlo intentado, lo hablé con mi mujer durante la cena sin que ella tocase nada, ni la sopa ni el pescado, le corté medio plátano en trozos, cogí su tenedor, le metí un trozo en la boca y mi mujer pasándoselo de un carrillo al otro sin masticar mientras yo fingiendo que también masticaba

–El médico me ha hablado de un tratamiento japonés que hasta se come los guijarros así que imagínate las piedrecitas

y ella mirándome mucho tiempo en silencio, emocionada

–No querría estar en tu lugar perdona gracias por fingir

poniendo la mano sobre la mía creyendo que envuelta en una sonrisa y yo una sonrisa igual que la suya, dónde se habrá visto una alegría tan triste, es gracioso cómo existen mil tipos de lágrimas de modo que la semana que viene, qué duda hay, el medicamento japonés empieza su trabajo y ella ganando fuerza, ánimo y sobre todo color, volviendo a interesarse por la casa, viendo las noticias de la televisión

–Cómo está el mundo Dios mío

y yo de acuerdo sin mirar, cómo está el mundo es verdad, envidiaguerramiseria, otra vez una habitación de clínica donde lo único no blanco eran los bombones que le compraba puesto que estaban prohibidas las flores, ninguno de nosotros se los comía y se iban amontonando, bombones, tabletas de chocolate, aquellos paraguas de cuando éramos pequeños con bastoncitos clavados,

notaba que mi mujer dolores porque los ojos cerrados, ninguna arruga en la cara, solo los ojos cerrados y los párpados diferentes de los párpados que duermen, se notaba que ella viéndome sin necesidad de mirarme porque tras tanto tiempo juntos no necesitamos ni mirarnos, incluso de espaldas lo sabemos como sabemos que esta casa en el pueblo del fin de semana en adelante para siempre vacía, no creo que mi hijo o mi hija vuelvan, quedan el polvo, los insectos y las tejas rompiéndose una a una como me dejan mis pelos llevados por el peine del viento, quedarán los huesos creciendo siempre como los de los esqueletos en los museos y los de las mulas, fíjate en las caderas de la casa y en sus hombros ahora enormes, en las mandíbulas que aumentan, monstruosas, feroces, en la huerta donde las verduras se pudren dilatándose, en la soledad del árbol junto al muro, a lo mejor un enterrado que ha ido floreciendo en ramas lentas, claro que me preocupó el retraso de mi hijo como hace cuarenta y cinco años preocupó a mi padre el retraso de mi hermano, no me parezco a él, me parezco a su madre siempre sentada en un taburete, con la falda larga, ofreciéndome un caramelo secreto en el puño

–No digas nada chico es un secreto solo nuestro

y sigue siendo un secreto solo nuestro porque no dije nada a nadie, tantos años después de que usted muriera continúo callado, no me he desahogado ni con mi mujer ya ve, tenemos un secreto aunque lo alimente yo solo, recuerdo su bigote y el ojo izquierdo

(¿ojo izquierdo?)

el ojo izquierdo mortecino, ni claro ni oscuro, una niebla

–¿Qué está viendo señora?

y ella en el interior de un pañuelo negro, con el rosario entre los dedos

–Te veo atormentando a las gallinas bandido

pasando las cuentas en oraciones susurradas, mi padre también en el muro vigilando la carretera, encendiendo siempre el cigarro ya encendido con cerillas inseguras que se rompían en la lija, entrando y saliendo de casa con una prisa de cuco con venias y todo, solo le faltaba cantar las horas, mi madrastra

–¿Me quieres volver loca?

esto hace cuarenta y cinco, cuarenta y seis años, unos meses antes de graduarme alférez y embarcar para Angola en un barco lleno de silencio y gritos o sea el silencio gritaba y los gritos callados, quién me traduce esto en lenguaje normal, yo agarrado al lavabo del camarote, con los galones nuevos, vomitando, si al menos un caramelo de mi abuela en el equipaje o pollos que pudiese picar con un palo y ellos tropezándose unos encima de otros huyendo de mí, mi padre en el muro con dos cigarros encendidos, tres cigarros encendidos, diez cigarros encendidos, hay quien trabaja en el circo con una docena de bolas en el aire, en el muelle marchas militares junto con la lluvia, el general en un balcón moviendo la boca callada, fueron los altavoces los que le robaron la voz mezclándola con la angustia de las gaviotas, veo en vuestros semblantes la alegría de ir a servir a la Patria y yo sirviendo a la Patria con la camisa mojada de llantos, la cazadora, la corbata, un fantasma babeando el pobre que pensaba que era yo, mi madrastra a mí señalando a mi padre

–A ver si lo tranquilizas antes de que le dé un aneurisma

y tanta lluvia en enero en el Tajo amigos míos, tanta lluvia en enero y yo sin pensar en mi padre, pensando en la matanza, en el cuchillo, en el barreño de sangre, en los sujetos que no conocía, con pantalones ahora rojos, colgando mejor al animal de modo que me acerqué a mi padre al mismo tiempo que un par de faros abajo en la carretera giraba hacia el camino que lleva al pueblo y mi padre aliviado, feliz, dándome una palmada que me alteró el orden de las vísceras

–Tu hermano se va a llevar una bronca por llegar tarde que se va a enterar

caminando triunfal hacia la cancela de la entrada, atravesando la casa encendiendo todas las luces que no eran muchas, incluso las fundidas palabra, ordenando de camino a mi madrastra que calentaba la sopa

–La sopa rápido que aquel mendrugo se ha dignado llegar

llegando a la puerta de la calle al mismo tiempo que un jeep del que salían dos guardias no autoritarios ni rápidos, torcidos, lentos, que seguro conocía porque conocía a todo el mundo, tan sociable, tan popular en el pueblo como en el barrio de Lisboa, todo palmaditas en

la espalda y pellizcos en la barriga, todo

–Cabrón

amigables hablaba hasta con el cura

–Le voy a buscar una novia prepárese

yo que no tuve novias en África ni las he tenido nunca, mi arfere, mi arfere, las negras, cómo sería mi madre que falleció de difteria cuando yo tenía tres años, recuerdo una voz

–¿No duermes?

y a una persona oliendo el sofrito tumbada conmigo en mi cama, recuerdo una cuchara que se me acercaba, enorme, y me daba en los dientes con un ruido metálico

–Abre la boca come

tengo idea de un vestido apartándose, del mundo enorme a mi alrededor, sillas, mesas, tiradores altísimos a los que no llegaba y eso es todo, no me recuerdo llorando

–Madre

y de repente mi madrastra cuya cuchara no me daba en los dientes porque ponía azúcar en todo aunque también oliese a sofrito pero menos, mi padre raro, a los guardias

–¿Le ha pasado algo a mi hijo?

sin que le respondiesen, quietos, uno bajo y gordo, el segundo pelirrojo y ambos con la gorra en la mano, no distinguía sus rasgos pero me parecía que el pelirrojo uno de esos fulanos con una sola ceja, es decir cuyos pelos no se interrumpen encima de la nariz, si yo formase parte de ese grupo aprovecharía la cuchilla para no parecerme, mata, mata, a una lechuza o a un mochuelo, había una viruta de luna por la zona del pinar y se escuchaban los mil murmullos de la noche hechos de hierbas, grillos y otras menudencias de la oscuridad por no mencionar las hojas claro, con escalofríos incluso sin viento y mi padre en un susurro

–Mata mata

cada vez más pálido

–¿Le ha pasado algo a mi hijo?

el guardia de las dos cejas, bajo y gordo pero al menos normal, tiró la gorra al asiento del jeep y tuvo suerte

–¿Le ha pasado algo a mi hijo?

de modo que envalentonado por el éxito de la gorra

–Creo que sería mejor hablar dentro

además de las hierbas, de los grillos, de las demás menudencias y de las hojas, murciélagos pero dónde no hay murciélagos verdad, a veces nos los encontramos muertos, con las alas abiertas y hocico de conejo, cubiertos de hormigas, las de África no negras como las nuestras, mucho más grandes, marrones, si por casualidad nos pican nos tiramos el día rascándonos además de que salen granos, mi padre al guardia, ahora retrocediendo un paso con la mano de camino a la cabeza en una especie de mareo

–¿Le ha pasado algo a mi hijo?

y marchas militares y pañuelos que gritaban y personas llorando hasta la orilla del agua y docenas de gaviotas encaramadas en fila en los tejados altos, cómo docenas, cientos, miles, millones, millones de gaviotas en los tejados altos, más gaviotas que soldados, más gaviotas que personas, repitiendo con el general

–Veo en vuestros semblantes la alegría de ir a servir a la Patria

las gaviotas alrededor del buque que se hacía pequeño en dirección a la desembocadura

–Lo veo en vuestros semblantes

y la lluvia se borraba poco a poco, al borrarse también se borraba la alegría de ir a servir a la Patria, quedaba yo en la litera del camarote en el que todo estaba atornillado a la pared, cama, mesilla de noche, armario, una pena que no me atornillasen a mí y en la ventana, redonda como los sueños que nunca los tuve pentagonales, la lluvia, yo sentado en la litera torciendo las muñecas viendo a mi padre en el salón con los guardias

–¿Le ha pasado algo a mi hijo?

los tres de pie entre la cómoda y el sofá con mi madrastra y yo mirándolos, el de las dos cejas con los pulgares metidos en el cinturón tragando, tragando y el de la única ceja rascándose el cuello hasta que el de las dos cejas soltó uno de los pulgares mirando no a mi padre, algo más allá de mi padre que parecía interesarle, me di la vuelta y la pared solamente con una hendidura, ni siquiera un cuadro, junto al

agujero de un clavo, ganas de preguntar qué habrá de fascinante en el agujero de un clavo encima sin clavo, el pulgar ya en el cinturón y qué extraño un pulgar abriendo la boca

–Amigo

con la marca de la gorra alrededor de la cabeza, frente incluida, como una aureola apretada, mi madrastra esperando inmóvil, con las zapatillas viejas de cuadros puesto que a partir de cierta edad todos los zapatos hacen daño, es necesario más sitio para las deformaciones de los huesos y los dedos que siguen creciendo, abultados, torcidos, seguro que en los ataúdes del cementerio pies enormes, leñosos, apuntando hacia arriba rajando el terciopelo de la tapa con las uñas amarillas y al final rompiendo la propia tapa, quién me asegura que los chopos sobre las lápidas no fueron pies en otro tiempo, llenos de callos nuestros y abriendo las falanges de las ramas, el pulgar repitiendo

–Amigo

a mi padre en el pueblo y a mí en el barco y la cara de mi padre vaciándose de repente de rasgos y de color como se vació al final la cara del alférez paracaidista y las facciones girando en el sumidero enorme de la boca, él pequeño corriendo detrás de las cabras en el norte, pasó unos años en el seminario con miedo de Dios, una mujer

–Desnúdate

en una pequeña ciudad de provincia pero cuál, con una persiana torcida paralizada en la ventana y el alférez aún no alférez, con la maleta con la que había huido de los curas, la maleta que creía perdida y ahora, imagíneselo, la volvía a encontrar en África a medida que intentaba sonreír, pensó

–Al menos me llevo la maleta

pero a dónde Dios mío, el alférez esperando el helicóptero y ni tristeza ni dolor, solo la mujer alisándole el pelo

–Mi niño

meciéndolo casi como lo mecía esta tarde en que él bajaba despacito, sin dolores, en el interior de sí mismo mientras los soldados, inclinándose, le decían adiós por señas, lo último de lo que tuvo conciencia fue de lo que le grabaron en la medalla que llevaba al

cuello, el 78902690RH+, que le clavarían en el ataúd y él con pena, señores, tanta pena y debido a que no entendía por qué preguntó

–¿Pena?

pero los soldados que seguían haciendo señas no respondían, uno de ellos con un bazuca puso su mano sobre el hombro de un camarada, la mujer que lo acariciaba una anciana por ahí de unos treinta o cuarenta años, el alférez paracaidista veintidós e intentando comprender

–¿Cómo ha sucedido cómo la conocí?

hasta renunciar a comprenderlo girando en el interior de sí mismo como el agua de un grifo cada vez más deprisa al acercarse al sumidero, lo pensó casi indiferente, algo sorprendido y eso era todo

–Debe de ser la muerte

y de hecho era la muerte, perdona que esté de acuerdo contigo, palabra de honor que me fastidia admitirlo pero perdona lo era de verdad, el psicólogo del hospital a mí, colocándose la corbata, con su propia muerte en cualquier punto suyo pero sin minas ni explosiones, su propia muerte, todavía minúscula, en los pulmones, en el esófago o en el hígado, da igual, pruebe a tocar, doctor, que anda por ahí, cuando menos se espera el médico

–Ahí está

cuando menos se espera

–Ya estoy aquí he llegado un poco antes todavía tenemos tiempo

y el psicólogo fingiéndose distraído, fingiendo que no escuchaba, su mujer con curiosidad

–¿No es la muerte la que está ahí a tu lado?

afortunadamente no enfadada, por qué narices enfadada, ninguno de los dos tenía la culpa, es así, no vale la pena protestar, discutir, preguntar

–¿Yo?

con la mano en el pecho, es así, durante el viaje a Angola en cierto momento otro barco y después ningún barco más hasta Luanda, ninguna isla, agua, tu infelicidad agua o si lo prefieres la alegría de ir a servir a la Patria, algodón café petróleo, los berliet son oro, los hombres que piquen y los hombres, qué remedio, picaban, mi padre al

pulgar

–¿El qué?

casi sin sonido, sin sonido, un crujido breve

–¿El qué?

con el cuerpo aflojado en el único sofá que había y continúa habiendo

(es una casa de campo)

con una de las patas sustituida por ladrillos en el que se sienta a veces mi hija, echada hacia delante, como si no estuviéramos, mi padre al pulgar, al mismo tiempo atento y desatento

–¿Cómo ha sido?

mirando el mechero que se sacó del bolso y los guardias, mi madrastra y yo observando también el mechero, gracioso cómo todo el mundo, Australia, Rusia, convergía en el mechero, hasta la mesa del comedor, hasta los chinos de loza de la consola, hasta el alférez paracaidista volviendo aquí arriba

–Disculpen que haya vuelto prometo no robaros tiempo pero es que casi se me olvida desearos buena suerte

el de la única ceja a mi padre

–Se ha reventado un neumático creemos no sé cuánto darán por ese montón de chatarra

mi padre interesado, pensando en las llantas

–¿Estás seguro de que no se aprovecha nada?

porque hay talleres que compran piezas de segunda mano jurando después a los clientes que nuevas

–Le hemos puesto una bomba de aceite alemana

los clientes miran, solo ven cables y cilindros que no entienden un pito y es evidente que se lo tragan, si hubiese sido solo el, solo, corrige, si hubiese sido solo el alférez paracaidista quien muriese era de otra forma, no queda nadie para verlo, ahora tantos chicos contentos por ir a servir a la Patria con franqueza mi general, de hombre a hombre no cree que exageran un poco, el de las dos cejas a mi padre

–Si salvamos un tornillo ya no está nada mal amigo

y no fue exactamente así pero fue así, tal vez lo haya adornado un

poco aquí y allí para hacer las cosas más claras, ahora creo que entienden mejor mi desasosiego con la tardanza de mi hijo, me lo traje de África se acuerdan, lo elegí solo los chozos estaban ardiendo y aunque mi mujer cuando llegué a casa con él

–Podías haberte traído a uno un poquito menos negro

se encariñó con el pequeño como se encariña con todo, ya se sabe, son madres, siempre me sorprenden los enredos que guarda, cordeles, bombillas fundidas, la primera sonrisa que le mostré, ya no me acuerdo de cómo era y ella dispuesta a enseñármela despegándola de una factura antigua de la luz

–Aquí está

una sonrisa sinceramente vulgar, quieres que te enseñe otra ahora, mi mujer ofendida conmigo la sepultó de nuevo en el sobre, gastado, desteñidísimo, entre el índice y el corazón, una sonrisa muy tímida

–No he vuelto a ver otra como esta

y no vale de nada discutir que no cambian de ideas, se complican y ya está, si la tirase a la basura se liaba la mundial, ella que es un alma cándida con todas las plumas erizadas

–¿Qué le ha pasado a mi sonrisa?

nosotros planos en el pecho, inocentísimos

–¿Yo?

y ellas abriendo y cerrando cajones, rabiosas

–Quien no te conozca que te compre

hasta dar con ella bajo el montón de papeles de plata del chocolate de cuando tenían seis años, muy bien alisados con la uña hasta que ni un vestigio de arruga, si por casualidad se rompía un papel lo pegaban muy bien pegadito con un trocito de cinta transparente, hoy aquí en el pueblo no es mi padre el que se preocupa, soy yo, afortunadamente hasta ahora ningún jeep de la Guardia girando sin prisa junto al plátano que por la noche no se oscurece como los demás árboles, se queda igual, el único con la copa verde entre las copas negras, levantándose a sí mismo en un perpetuo mediodía, me he acordado tanto de él, y eso que no me gusta mucho el verde, en África cómo me he acordado, cómo me, me me, cómo me he acordado en este momento, en el círculo de sillas del hospital con el psicólogo, del

comandante de operaciones bajito, medio calvo, pelirrojo, aquí con nosotros, en la compañía, la única vez que salió de la protección del mando durante una maldad de las grandes, con exfoliante, napalm y los pilotos sudafricanos, nombre de código primos, que no hablaban como no habla el psicólogo, nos escucha asustado espero que con miedo a los aviones, los primos que nos tiraban a lo loco a cinco metros del suelo y a dos días del objetivo, quién no tiene miedo, mi mujer pesándome en el hombro en medio de la noche

–Vale

aunque las piedras en el riñón comiéndosela sin descanso con aquellos horribles dientecillos, alcanzándole el hígado puesto que el médico, desanimado

(el comisario Sangre del Pueblo avanzaba de espaldas como el cáncer)

–Hay algo en el hígado

y su piel diferente

(las huellas empezaban en el río en lugar de acabar pero las marcas de los talones, enseñó el guía, más profundas que las punteras y por lo tanto marcha atrás qué listo, uno de los furrieles a mí

–¿Cruzamos el agua?

y cruzamos el agua una mierda, imbécil, el maricón viene detrás y el psicólogo sin encontrar la postura en su asiento, atormentando la barbilla, tal como mi mujer no encontraba la postura en las sábanas porque un hueso en la cadera, porque un hueso en la espalda, porque a lo mejor estoy vieja y cuál hueso y cuál vieja, eran las piedras, es la sangre pudriéndose, es el cuerpo que abandona, es ella pesándome en el hombro

–Estoy aquí)

el comandante de operaciones bajito, medio calvo, pelirrojo, sin acercarse nunca a la alambrada, fumando siempre una boquilla corta y sin soplar el tabaco, dejándolo como barro empastándole la boca y tan cagado de miedo mi comandante, qué tal el comisario Sangre del Pueblo a su lado o reculando con el rifle en lo alto, qué tal piedrecitas en el riñón, no muchas, dos o tres bastaban coño, trajimos a unas mujeres y unos críos, recogidos en los cultivos de apoyo, que se

quedaron esperando a la policía política y a la esposa española del jefe de brigada al que le gustaba darles choques eléctricos en las, el funeral de mi hermano en el pueblo, tras la autopsia en Lisboa, mi padre y yo fuera del edificio antiguo donde cortaban a los muertos y al que le faltaban azulejos, esperando, mi padre a mí

–Si estuviese aquí tu madre

y callándose enseguida, yo con ganas de preguntarle

–¿Sabía que João era marica?

sin preguntar claro, mi padre que oyó lo que no dije

–No insultes a los muertos

mi hermano que parecía un hombre de verdad y al final mira, ya ves, mi madrastra

–¿No te casas?

mi hermano un gesto vago probando la comida de la cazuela

–Tengo tiempo

de mi tamaño pero más guapo, más delgado, sus uñas perfectas, un anillo con una perla en el meñique que se enrollaba como una argolla al coger el vaso, una tarde, cinco o seis chicos en el, una tarde el comandante de operaciones, uno de ellos maquillado, en el funeral y dos mujeres del tipo de

(mi boca odia lo que digo)

mi hija, debían de trabajar todos en la misma tienda de ropa de señora, con el dueño, un tipo con el pelo teñido de rubio que me besaba siempre con una simpatía un poco extraña

–No estás nada mal chico

y mi hermano frenándolo

–Jorge

apartándome del tipo tirándome del brazo, siempre nos hemos llevado bien, nunca discutimos, una vez me pidió muy serio

–No seas un infeliz como yo

y yo mirándolo con cara de tonto, infeliz por qué, perdona que le preguntase a padre tras tu muerte

–¿Sabía que João era marica?

no para ofenderlo a él, para ofenderte a ti que siempre me protegías, me dabas dinero, a veces me acariciabas la mejilla y yo me

limpiaba con la manga retrocediendo, perdona, no te lo tomes a mal pero me daba asco, un moñas, si no te pintases los ojos, si no te echases cremas, si no usases ese perfume que al mismo tiempo me repugnaba y atraía, yo aterrado

–¿Seré también marica?

y me costaba entender que entendías mi pregunta, que tenías miedo de que yo, que no querías que yo y corrígeme si me equivoco, no me ofende que me corrijas porque te quiero hermano, te quiero mucho, a lo mejor no tienes nada que pueda, el comandante de operaciones, querer pero bueno, te quiero, lo que me costó saberte dentro de aquella caja, lo que me costó el sonido de las palas, lo que me costó el sonido de la tierra en la tapa y los empleados del cementerio pisando después, nuestro padre me dio el brazo pero no era su brazo lo que quería, era el tuyo, tu brazo, hermano, empujándome

–Déjame ahí en lo hondo y vámonos ya tiene que haber algún café por aquí cerca

nosotros dos en el café, tú y yo en el café, tú

–Ahora que estoy muerto ya podemos hablar

y a lo largo de estos años hemos hablado no te parece, por mucho que pensemos que no hemos hablado, lo que me gustaría haber recibido cartas tuyas en Angola, en el horror de Angola, una tarde el comandante de operaciones, voy a intentar decirlo deprisa, una tarde vi al comandante de operaciones, siempre con la boquilla corta y sin soplar el tabaco, dejando como barro el humo empastándole la boca tirar de una prisionera embarazada hacia el chozo donde el sargento amontonaba garrafas, bolsas de comida, cervezas, esto a la izquierda del almacén de los ataúdes, trajo una caja vacía que, no puedo ir más deprisa, que puso al revés, dobló las rodillas de la prisionera, le colocó el pie en la caja y ella callada, sumisa, se desabrochó la petrina, buscó dentro, mandó

–No hables

y se enganchó a la mujer, tosiendo por el tabaco, mientras yo en la entrada, mientras los cañizos del maíz crepitaban, tallos secos, mazorcas vacías, mi hermano

–Qué horror

delante de mí en Angola, delante de mí en el café, un pájaro cantando en el cementerio, mi padre tirando de mí

–Qué horror

o mejor mi padre tirando de mí

–Vámonos hijo

y vámonos padre, vámonos ya, lléveme a la casa del pueblo, llame a mi madrastra y déjeme en la cama, el comandante de operaciones siempre con la boquilla en los dientes salió de la tienda del sargento donde la mujer miraba al suelo, más pelirrojo, más colorado, poniéndose los pantalones, mi hermano al borde de la cama preguntándome

–¿Ahora ya no tienes miedo?

y ahora ya no tenía miedo porque él estaba conmigo, porque me quería, porque no era un moñas padre, no se agobie que no ha traído al mundo a un moñas aunque el señor Jorge

–Querido

que era, lógicamente, una muestra de amistad y quién no tiene amigos señor, usted los tiene, yo los tengo, mi hermano, qué tiene de malo, tenía al señor Jorge verdad, la policía política se llevó a la prisionera dos o tres días después junto con los demás en una columna de tropas especiales que no cogió minas qué alivio, con los paras picando casi todo el recorrido porque los berliet son oro, tres millones es oro, los hombres que piquen y los hombres picaban mientras el de la ametralladora, en una especie de torrecita en lo alto de la mercedes, iba girando por las hierbas a izquierda y derecha, mi padre murió hace casi veinte años preguntándome

–¿Y João?

y yo respondiéndole

–En un minuto está aquí

y mi padre tan contento, el guardia de las dos cejas a él

–Estas cosas pasan cuando menos se espera

volviendo con el compañero del jeep y bajando la ladera con los faros encendidos balanceándose en los desniveles de la lluvia, como se marcharon el hijo dejó de estar muerto y va a llegar enseguida, mi padre buscando aire respirable igual que un niño ciego tanteando el

vacío con los labios estirados

–Díganle que lo estoy esperando

y seguro que sigue así hasta hoy en que no está pase lo que pase, ni siquiera unos restos de cartílagos en la tierra porque el final es esto tómeselo con paciencia, desaparecemos por completo, no queda ni la idea de nuestra sombra en el suelo, no vuelva porque ni los perros lo reconocían puesto que dejó de soltar olor y a propósito de olor cómo me gustaría elegir el camino a través de un paisaje de olores, yo al comandante de operaciones

–¿No tiene remordimientos por abusar de la prisionera mi comandante?

y el comandante de operaciones a mí sin mirarme chupando el humo cenagoso de la boquilla, bajito

–Váyase a tomar por culo alférez

mientras yo lo componía mi padre cerrándole los ojos con los pulgares y encajándole la dentadura postiza en la mandíbula, él enseguida más joven, con menos arrugas en la cara, preguntándome

–¿Aquel pequeñito al lado de los unimog que te ha mandado a tomar por culo es el comandante?

el psicólogo del hospital a mí, molesto

–Esto es para antiguos combatientes ¿quién le ha dado permiso para meter aquí a su padre?

y usted toda la razón amigo, voy a echar a la familia y a impedir al señor Jorge, siempre con el pañuelo blanco en la mano, que pestañee

–Tan simpático con estos pobres soldados tan cariñoso

mi mujer de vez en cuando una mueca porque, ya se sabe, las piedras duelen, si se daba cuenta de que yo viéndola me guiñaba un ojo, de tanto en tanto venía hasta el muro del corral y se quedaba un ratito conmigo

–¿No tienes frío?

observando la carretera sin nadie ni siquiera el jeep lento avanzando y no tengo frío tranquilos aunque de día cuarenta grados y con la niebla las noches heladas, los perros salvajes, que no saben matar, galopando cerca de un burro salvaje mordiéndole los tobillos, una hembra lo agarraba del cuello, una compañera intentaba la grupa,

el comandante siempre de espaldas a mí tragando y vomitando la boquilla vacía

–Váyase a tomar por culo alférez

parecido al cerdo de pasado mañana, con las pestañas transparentes, que visité en la pocilga, indiferente a nosotros, masticando, la nuca gorda, la cabeza rosada, la blancura de la piel, las piernas finas, mi mujer

–Tranquilo que viene nuestro hijo

con una de las caderas ya atada y el vestido, qué raro, de repente ancho, el psicólogo del hospital

–¿Está enferma?

y no lo está palabra, acabando el tratamiento del riñón y después de pasar por el Salão Nova Onda volviendo de allí guapísima, con las manos como debe ser y la ropa de los domingos ni la va a reconocer, de niña no usaba abanico por ser discreta, si por ejemplo le volviese a preguntar, como la primera vez

–¿Me permite que la acompañe?

se pondría inmediatamente de nuevo con veinte años, colorada, avergonzada, balbuceando palabras que no venían y disculpas que no tenía, deseando responder

–Sí

y

–No

al mismo tiempo, mirándome, dejando de mirarme, mirándome de nuevo, soltando un

–Puede ser

del que se arrepintió de inmediato y, como pasó con mi padre, mi hijo sin llegar, me pareció que dos personas a pie por la carretera, una de ellas delante llevando algo, dejándolo para descansar y cogiéndolo de nuevo, la segunda más lenta, con algo no tan grande en la mano, esto pasada ya la medianoche puesto que ya nadie fuera, la gente es decir los viejos cerdos que quedan se acuestan temprano y ni una luz en la aldea, algún que otro tipo con una mano detrás y otra delante, algún que otro mochuelo entre dos agujeros del muro, yo caminando al lado de mi mujer pensando

–¿Y de qué hablo yo ahora?

pensando

–¿Le pregunto si tiene novio?

pensando

–Si tuviese novio no me dejaría ir con ella

estos años antes de que el comandante de operaciones

–Váyase a tomar por culo alférez

yo a mi mujer

–¿Puedo preguntar su nombre?

mi mujer agobiadísima, tropezando consigo misma aunque no quitase los ojos de la acera

–¿Respondo no respondo?

mi mujer bajito

–Luego te lo digo

tan bajito

–Luego te lo digo

como cuando después de casarnos me pidió

–No me hagas daño

con el camisón blanco de encaje con lazos que le regaló su madre

–La primera noche ponte esto

y ella descompuesta, nerviosa, temblando con los ojos cerrados porque la perspectiva de mi desnudez la asustaba

–Prométeme que no me vas a hacer daño

yo en calzoncillos y camiseta interior, tan asustado como ella

–Te lo prometo

tirando de la sábana hasta la barbilla, tirándole de la sábana hasta la barbilla, cogiéndole con cuidado la mano más mojada que la mía que sequé en la colcha y sentía la prisa de tu sangre lo sabías, a pesar de la luz apagada vi tu pecho arriba y abajo, tan rápido como el corazón de los gorriones y el agujerito del ombligo, con mi índice dentro, disminuyendo y aumentando, uno de tus pies rozó el mío y se escapó, yo perdido de ansiedad, tan tonto

–¿Qué número calzas?

sin oír

–Treinta y siete y medio treinta y ocho

y el dedo grande larguísimo, los otros dedos larguísimos, tú larguísimo con ganas de vestirte, decirme adiós, escaparte y yo besándote cuidadosamente la melena, la frente, encontrando una oreja viva, no en una botella de alcohol, que protestó de inmediato

–Me haces cosquillas

pero no se marchó, se abrió bajo mi lengua, la rodeó, la cogió y de quién es este brazo alrededor de mis hombros, de quién es este otro brazo en mi espalda, de quién son estos labios en mi cuello, en mi barbilla, en mi boca, quién deletrea mi nombre a centímetros de mí, casi dentro de mí, dentro de mí, quién me conduce hasta una gruta lenta que me moja, que late, que se cierra aumentándome, quién se sirve de mi voz para susurrar

–Amor

quién se convirtió en una ola mucho más grande que yo que crece

–Amor

me levanta

–Amor

se alarga en la arena

–Amor

recula lentamente

–Amor

alguien detrás de nosotros, en la puerta de la cocina

–Hemos llegado

y una mujer despeinada, agotada, con los zapatos en la mano y un negro también agotado detrás de ella, cargando con una maleta informándome

–El coche se ha quedado sin gasolina y hemos tenido que recorrer una eternidad a pie hasta llegar aquí.

6

Pensaba que había llegado a la casa del pueblo, con mi padre esperándome, y al final un alférez de camuflaje mucho más joven que él sentado en la butaca de tablas de barrica a la entrada de la caseta con tejado de zinc, delante del palo de la bandera, que servía de comedor de oficiales, acompañado por otro alférez sin afeitar y con el culo en una caja de cervezas vacía limpiando el ge tres, el alférez de camuflaje que me había traído de la selva a mí

–¿Cuántas veces tengo que decir que no te quiero en los chozos?

apuntando al poblado pegado al acuartelamiento de donde casi todos los días huían personas, a pesar de la alambrada, en dirección a Zambia porque el jefe verdadero, no el jefe fantoche de la máquina de coser al que nadie hacía caso, llamaba con mensajes que llegaban por la noche, por la parte de los eucaliptos, y los soldados ni se enteraban, una mitad temblando de paludismo y la otra mitad durmiendo, creía que Su Excelencia también conmigo pero yo solo, descalzo, pequeño, con los pantalones cortos del alférez que me llegaban a las espinillas y una camisa rota, desteñida, a la que le faltaba una pretina, que me dio un sargento, los domingos por la mañana el curandero, pintado y con plumas, degollaba un gallo tras el batuque, siempre bailando, tan rápido que no se le veían los pies, y bebía del cuello hirviendo, con la sangre escurriéndole por el pecho hasta los faldones y mujeres viejas, encorvadas, dando vueltas a su alrededor, el alférez de repente mi padre, preocupado por el coche

–¿Has cerrado bien el coche?

mientras mi madre

–Deben de estar muy cansados

y su nuca ahora estrechita, mi madre, que en cierto momento ensanchó con la edad, con la blusa grande sobre los hombros, una pierna más difícil que la otra y mi padre en la poltrona de tablas de barrica, no, en el sofá de mi abuelo mirándonos a Su Excelencia y a

mí, con las cejas mezcladas por un instante y enseguida separadas, el salón menos limpio, manchas en el mantel, la tapa de uno de los dos baúles abierta, olvidada, y no era esto lo que conocía, no es aquí donde estuve, si mi madre, aunque blanca, bailase con las otras viejas, si el curandero le diese una pluma de gallo, si ella agitase a derecha e izquierda una lata con caracolas las piedras del riñón saldrían de su cuerpo para chocar también y mi madre gorda de nuevo, feliz, mi padre a ratos un alférez a ratos un señor casi de edad, el alférez con las comisuras de los labios hacia abajo

–No me lo puedo creer

y el señor de edad aliviado

–¿Y esta?

el médico con el tronco desnudo, descalzo, observando, mientras una enfermera lo limpiaba de sangre, radiografías, análisis

–No hay duda de que el medicamento americano la ha curado

y los grillos afuera en el tronco del árbol del corral que rondaban los mochuelos, claro que cerré el coche señor, mañana se llama al garaje del pueblo, los pies de Su Excelencia casi tan negros como los míos, sucios de asfalto, polvo, tierra y que ella masajeaba odiándome por no variar solo que delante de mis padres calladita, mi hermana más esquiva que los gatos, de aquí a nada salta por la ventana y desaparece en la noche, en qué estabas pensando hermana, por qué estás aquí con nosotros, qué esperas de la vida, a veces me parece que tienes ganas de sentarte en el suelo, con la mandíbula sobre las patas, lejísimos de nosotros, otras me parece como un impulso de hablar pero no lo haces nunca, no sonríes, no muestras interés, miras con los párpados desenfocados a Su Excelencia, cuando en unos meses se muera madre no lloras, te saludan y tú inmóvil, te abrazan y tú rígida, te consuelan

(¿de qué?)

y no escuchas, no te pones de luto, no traes un pañuelo apretado en el puño, no levantas el paño que cubre la cara de la difunta, ni siquiera la besas, una única frase distante

–¿Ah sí?

y ahí estás en el atrio observando los escaparates y los semáforos, si

supiese dónde vivías, si soñase dónde trabajas, una notaría, una agencia de viajes, una oficina qué sé yo, te esperaría en el pasillo

–Solo quería verte adiós

y me alejaría enseguida sintiéndote en mi espalda por el pasillo, hay momentos en que me parece que algo en relación a mí, ya no digo amistad, qué exageración, un puntito de simpatía, un puntito de, qué palabra tan grande para ti, no te asustes, perdona, aprecio, me ha venido así y claro que no aprecio, además nosotros los negros, tan cercanos a los monos, ni nos imaginamos qué es eso, matamos gallos a mordiscos, comemos vísceras crudas, no nos tapamos las vergüenzas, desconocemos todo acerca de las emociones, los graduados al alférez, desconfiando de mí

–Más tarde o más temprano espere el golpe el chaval se venga

la sopa de mi madre un sabor a recalentado, ella a la mesa con nosotros se notaba que con dolores

–No ha quedado nada del otro mundo perdonad

empujando un poco la molestia hacia el lado para poder sonreír con la expresión que levantó pieza a pieza por las mejillas y que temblaba, la pobre, aguantando como podía la cara, mi voz en silencio, odiándose a sí misma

–Se va a caer se va a caer

y el alférez casi con las manos tendidas intentando cogerla, qué es lo que siente dígamelo, cómo es morir, durante las lluvias una mujer y las cabras, dos o tres, conmigo, una mujer todavía con todas las orejas tapándome con un trozo de estera mientras me metía en la boca, tengo idea de eso como tengo idea de los truenos y del barro, como tengo idea de los perros salvajes persiguiendo un venado, un vértice de pecho, esto poco claro, confuso, muy antiguo ya, el dios Zumbi en un nicho, los tallos de cáñamo rotos, Su Excelencia en medio de la noche

–No paras de hablar

sin que la distinguiese de una sábana indignada en la que unos tobillos pedaleaban y de la cual salían dos dedos que me pellizcaban la espalda, mi padre a mí

–Me has asustado llegando tarde

y un par de guardias con sus gorras, uno con dos cejas y el segundo solo con una aunque mi padre mucho más joven, casi como el alférez, a ratos aquí a ratos en un barco que se alejaba, alejaba a medida que una banda marchas y muchos pañuelos en el muelle, mi padre

–Lo que he pensado en mi hermano mientras llegabas

y ahí está una novedad mira mira, o sea el tío que no mencionaba nunca cayéndome del cielo a trompicones, muerto en un accidente más o menos en el sitio donde quedó mi coche o sea una curva que le daba mala suerte a la familia, al mismo tiempo que mi madre pelaba una manzana para Su Excelencia y una manzana para mí

–Solo con la sopa os vais a quedar con hambre

como si nosotros le acercásemos latas oxidadas desde el otro lado de la alambrada, Su Excelencia tan fea con el pelo desaliñado, el vestido caído de la percha marchito en los hombros y los pies sucios, torcidos, intentando mejorar en una palangana de agua tibia además de faltarle uno o dos dientes atrás en cuya ausencia nunca se había fijado, qué gracia que estemos hechos de pedazos al azar que no sé quién ha reunido y a propósito, si es así, por qué no quitarle el riñón de las piedras a mi madre y encajarle otro allí dentro, Su Excelencia al final vulgarísima, qué tonto soy, qué es lo que me habrá hechizado de ella, me dio la sensación de que mi hermana en un taburete, contenta conmigo, la sensación de que mi madre, que nos escuchaba a ambos, levantando la voz aunque también callada

–Niños

que solo entendíamos mi hermana y yo dado que Su Excelencia ocupada con la manzana y el padre envuelto en el recuerdo del hermano, orgulloso y, qué raro, avergonzado del orgullo, mi padre a lo mejor, diría que seguro, qué sé yo por qué también avergonzado de sí mismo, tantas sombras en las personas, tantas sombras en mí y en el interior de las sombras las llamaradas del napalm, un hombre con los brazos sueltos que creció en el aire cayendo después en forma de ceniza, tan blanco el hueso de la pierna, tan blancas las costillas y enseguida negro, enseguida el alférez, todavía no mi padre, atropellándome sin verme

–Mata mata

ni cultivos de mandioca ni maíz ni cáñamo, disparos de bazuca, de ametralladora, de ge tres, qué le pasó a su hermano, mi alférez, qué me pasó a mí, mi padre que hablaba tan poco

–Estoy seguro de que a veces todavía charlamos

yo de rodillas sobre una mujer buscándole el pecho, yo tumbado sobre una mujer escondido en su pecho, la encía desamueblada de Su Excelencia creciendo, el ruido horrible de las mandíbulas masticando la manzana, masticándome, yo encontrando por fin el pecho de la mujer y nada de leche ya, el alférez, todavía no mi padre, iba y venía corriendo, un helicóptero armado, dos helicópteros armados y los tiradores hablando con los pilotos, es decir moviendo la boca incluso por encima de mí, negros cayendo antes de llegar a la selva, las cabras yendo y viniendo porque las llamas las perseguían por el pasto, el árbol bajo el cual fumaban los viejos desaparecido, el capitán

–Deprisa

el capitán

–Nadie huye en dirección al río nadie huye

y pasado mañana el cerdo, más gritos, más sangre, el níspero del corral, la huertita, mi madre sobre mi hombro

–Por fin has llegado

con una voz que de hace semanas para acá se ha ido haciendo diferente, llegada de lo más profundo de la garganta, de lo más profundo del cuerpo, ella, antes tan enérgica, sentada en un taburete existiendo mucho menos, forzando la nariz para aspirar el aire y mi padre de repente con miedo

–Tú

buscándola en ella misma puesto que no la encontraba en sí, a veces en medio del sueño la sentía junto a mi cama, enorme, de rodillas contra el colchón y la cabeza casi en el techo, inquieta, oliendo a lo que huelen las mujeres de la noche o sea a cajón secreto o a baúl misterioso, comprobando si yo dormía, cuando sus pasos se alejaban yo tan solo, tan solo, yo

–Madre

sin las palabras, solo los gemidos del vecino de abajo cuyo reumatismo le hacía atravesar su techo y nuestro suelo y acostarse a

mi lado, bajaba las escaleras lleno de piernas y bastones moviéndose sin compás intentando compaginar todo aquello debajo del tronco, la mujer le ayudaba si un pie más rápido o más independiente se apartaba de él, qué difícil ordenar tanto zapato, el péndulo del reloj del salón se movía con la dignidad de los gordos sobre un círculo de números romanos que aumentaban su importancia como las fechas en las estatuas, mi padre le daba cuerda con una llave bajo el VI, se tapaba la boca con la mano si él o el reloj una campanada atrasada sobre el estómago debido a la última cena, Su Excelencia por una vez muda, no gritando órdenes, no mandándome, mirando el trozo de manzana que se oxidaba en el plato, ya no blanco, marrón, incluso con sueño notaba los crujidos del níspero del corral y de las alas de cartulina de los mochuelos buscando ratones, erizos, mi padre volcando la silla y mirando alrededor apoyado en la pared, mi madre a nosotros con un hilo de voz mientras enderezaba la silla

–Está en Angola unos minutos más y ya está de vuelta

y esto todos los años durante la matanza, el resto del tiempo casi siempre tranquilo, de vez en cuando reaccionaba ante una puerta lejana o pasos en el otro apartamento preguntando, indeciso

–¿Son ellos?

mi madre siguiendo con el ganchillo

–Es el del reuma el pobre

mi padre sin creerla tocándose buscando el arma que ya no tenía, de repente gestos desahogados, joven, delgado, con pelo, mi madre mucho mayor que él, claro, sin quitar los ojos de la aguja

–Se acabó

y mi padre, fijándose en el ganchillo, volviendo poco a poco ya no de camuflaje, vestido como nosotros, acostumbrándose a Lisboa, a la casa, al sí mismo de ahora, mi padre avergonzado

–Disculpen

aceptando un vaso de agua, no una cantimplora, aceptando la pastorcita de loza sobre el pañito de la cómoda, aceptando la lámpara de techo, aceptándonos a nosotros aunque una parte suya contando los dedos, de cuclillas en un ladrillo, a la entrada del comedor de oficiales, mi padre repitiéndonos

–Disculpen

mientras mi hermana en el corral mirando al vacío, me gustaría tanto que pudieses ayudarme hermana, no sé bien en qué pero ayudarme y sin embargo cómo ayudarme si ni a ti te ayudas, tienes por casualidad a alguien que, qué pregunta más tonta, es obvio que no tienes a nadie, estás sola, no pasas de un palito que se lleva el agua, se agarra por un momento a otro palito, se suelta, sigue, Su Excelencia demasiado cansada para intentar humillarme, darme órdenes, menospreciarme ante las amigas, el negro, el negrata, si abro la mano se cae del árbol el muy tonto, aquí para nosotros el alférez tirador debería haberme dejado en África soltando gritos, fumando caricocos, cortando a mordiscos pescuezos de gallo los domingos por la mañana y bebiendo su sangre, dando informaciones a mis hermanos de los fusiles, recibiendo choques eléctricos de la mujer española en el puesto de la policía política

–Al muy imbécil parece que le gusta fíjate en sus dientes

y dentro de nada mañana Dios mío, dentro de nada ir al taller del pueblo a buscar gasolina, apagar la lucecita roja, matar al cerdo y acabado el jaleo olvidarme de Su Excelencia y marcharme, se queda en el pueblo y quizá la maten el año que viene, la cuelgan por los pies sobre las vasijas, le calculan la arteria en el cuello, arriman el cuchillo, dos, tres o cuatro campesinos con delantales de goma con esas botas desabrochadas de los pobres, fuera una especie de tenue claridad azul que antecede a la mañana y los primeros halcones de la sierra clavados con un martillo en el aire vigilando a los pollos, polluelos, las primeras bandadas de patos silvestres en dirección al lago, la primera jineta, atrasada, desperezándose entre los matorrales y los viejos, uno a uno, de camino a la plaza, lo que recuerdo de la selva tan poco, los soldados cuando no estaba el alférez

–Cuando crezcas vas a ser guerrillero

espiando las trampas en la alambrada, contando a los militares, describiendo las posiciones de los morteros y el lugar del polvorín, el sueco que venía a buscar harina con los demás lo anotaba todo, con la puntita de un lápiz, en un cuaderno, mi madre a Su Excelencia y a mí

–¿No descansáis al menos unas horas?

y entonces por primera vez desde que salí del automóvil con la maleta, no sé a qué distancia de aquí, me di cuenta de que tenía cuerpo o sea no exactamente cuerpo, una cosa blanda y sin límites definidos reacio a desplazarse, colgando de mí, pesándome, que intenté conducir hasta la habitación empujándola por el suelo mientras Su Excelencia renqueaba detrás con los zapatos enganchados entre el dedo índice y el corazón y uno de los talones penoso porque un desnivel en el asfalto lo torció de modo, palabra de honor, que casi me diste pena, me diste pena, pena de ti en serio, debes ser infeliz, tienes que ser infeliz, quiero que seas infeliz y al mismo tiempo no lo quiero, soy un marido negro que huele a negro

–¿No huele a negro?

y además de oler a negro esa nariz aplastada, esa boca gorda, ese pelo imposible de peinar a no ser con un clavo o un trozo de cristal, ese blanco de los ojos, más blanco que el nuestro, en el que giran las pupilas, ese gusto por los trajes chillones, por las corbatas enormes, por los relojes dorados, los anillos dorados, las pulseras doradas, los collares dorados, Su Excelencia mirándome disgustada

–Negrata

y yo aceptando el

–Negrata

yo humilde, yo subsidiario, yo obediente, la habitación un cuartucho con un colchón pequeño en una base metálica, una tulipa de cristal rosa en el techo a la que le faltaba la bombilla como al propio techo y a las paredes les faltaba pintura, se sentían los primeros pasos de las palomas en las tejas, las primeras uñas, los primeros arrullos y las navajitas del viento que preceden a la mañana, en el postigo con la contraventana medio suelta un arbusto cualquiera con dos o tres hojas vibrando al sol y las demás todavía oscuras, quietas, Su Excelencia señalándome la cama

–No hay sitio para dos tienes que dormir en la alfombra

y es verdad menudo rollo, no hay sitio para mí, la alfombra un cuadrado de rafia en otro tiempo rojo, de eso me acuerdo, contento de que lo llamen alfombra

–La señora tiene razón amigo

y quiénes somos nosotros para llevarles la contraria a las cosas y con más razón aún si encima nacemos negratas aunque mi padre me agarrase del brazo avisando a los soldados

–Este es mío no se toca

de manera que ni me tumbé en la rafia, me acurruqué en un rincón, con las rodillas en la boca, sin abrir la maleta ni sacar el pijama, sin desnudarme, solo me quité los zapatos que aunque por lo general obedientes se negaban a salir dado que los pies hinchados del camino y las espinillas del grosor de las rodillas, sin huesos, Su Excelencia no se desabrochó el vestido, tumbada de bruces protestando por la almohada refunfuñando algo que no entendí, la hidalga, ella que en casa de sus padres dormía en un saco de dormir en el salón en compañía de su hermana, con la nariz rozando casi las patas de la mesa, sin contar a un sobrino en el sofá donde cosía su madre, no estoy exagerando palabra de honor, era así, esto al otro lado del Tajo donde los cañizos de las ciénagas hablaban con nosotros, el capitán al alférez refiriéndose a mí

–Lo mejor es que lo vea el doctor por si el chico alguna enfermedad de la selva de esas que se pegan

otro alférez, dudando

–¿Mi capitán cree realmente que los perros pasan sus problemas a las personas?

sin que el capitán lo escuchase ocupado dictando mensajes al de la radio que hacía lo posible con la antena y una vara del poblado, esto todavía por la mañana porque llegaron entrada la noche como Su Excelencia y yo llegamos al pueblo después de subir la cuesta con pasos al azar tropezando el uno con el otro, mi madre desde fuera de la puerta

–Felices sueños

con Su Excelencia indiferente a ella ya con los ojos cerrados

–Si algo puedo asegurarte es que esta es la última matanza

ella que si no fuese por mí trabajaría con las vecinas en un claro de la selva ofreciéndose a los camioneros, con una piedra grande en el bolso para desanimar a los sablistas o a los que intentasen pagar con la muñeca medio desnuda que bailaba sobre un hilo de nailon dando

saltitos en el retrovisor junto con un rosario cuya cruz iba balanceándose tan feliz, confieso que hubo ocasiones en que me serví de esas señoras que desconfiaban de mí a pesar de la ayuda del reloj de pulsera dorado y del engaste del anillo

–Negro ¿tienes dinero?

ellas con la cara tras los codos para que no las besase y por lo tanto debería haberme dejado en Angola mi alférez, mirando a los leprosos allá abajo, algún que otro cocodrilo, los antílopes a los que ladraban los perros, mi madre que hasta de espaldas se veía cuánto había adelgazado, no se imagina lo que pueden hacer las piedras

–¿Algún problema hijo?

y el médico con la nariz en los análisis dándole cuerda al ánimo de mi padre

–La carrera todavía no ha terminado vamos a ver vamos a ver

con perros salvajes que no sé cómo nadie los veía en el hospital, esos hocicos, esas orejas, pasando por la mesa olisqueándonos, el médico poniéndose las gafas en la frente

–Vamos a ver

hasta que mi madre desapareció en el biombo y entonces él inclinado sobre nosotros, bajito

–Con suerte quizá seis meses

enderezándose risueño sobre nuestras cabezas

–Le queda bien esa chaqueta azul señora

una chaqueta antigua, con las mangas gastadas

(que yo sepa nunca se preocupó mucho por sí misma)

con una mariposa de metal con las alas abiertas en la solapa y mi madre al lado del biombo fingiendo que contenta, soltándose, con los dedos en la nuca, el pelo que se le había quedado prendido en el cuello de la camisa, soplando un

–Gracias

tímido, lo habrá oído el médico, no lo habrá oído el médico pero seguro que lo habrá oído la cara de mi padre cuyos huesos se arrugaban los unos sobre los otros porque el miedo los apretaba, apretaba y por lo tanto tiré a mi madre al cubo y la sustituí rápidamente por la que era cuando la conocí, aún joven, guapa y que

estaba dentro de la cómoda donde guardó sus objetos preciosos antiguos, una muñeca sin un brazo, un cuaderno de copias de la escuela, un caballito de mar seco en un frasquito, medallitas, retratos, lo que queda en la arena de la memoria cuando retroceden las aguas del pasado aunque le faltase un osito de tela y la voz de teatro de marionetas de una tía soltera criticándola desde lo alto

(todo tan grande por entonces menos ella)

con un desdén cruel

–¿Cuándo vas a crecer?

con el alférez de vuelta para defenderla tapándole los oídos

–No oigas

y cómo puedo no oírlo, explícamelo, si oigo hasta tu angustia, peor que África, peor que la guerra, peor que el alférez paracaidista cuando lo metieron en el helicóptero de evacuación con un suero que no le metía un pito en el brazo, despidiéndose

–Adiós

y a propósito cómo puedo evitar que las piedras sigan creciendo, el médico señalándonos con el bolígrafo a mi padre y a mí, tocando en una radiografía los sesos

–Ya han llegado aquí

mi padre pensando que si han llegado aquí habrán llegado a todas partes y si han llegado a todas partes qué se puede hacer, mi padre al médico con la esperanza de que lo desmintiera

–Cree que con suerte seis meses ¿no?

el médico evitando mirarle, con pena de ambos, ocupadísimo guardando las pruebas por orden en una carpeta de cartón

–Esto no son matemáticas tal vez existan los milagros tal vez exista Dios

mientras el helicóptero con el alférez paracaidista subía agitando el pasto, se inclinaba a la izquierda, se alejaba de nosotros abandonando un

–Hasta luego

que la próxima lluvia ahogaría, mi madre mirando a la mariposa de la solapa para no mirar a mi padre y sentirse culpable por dejar de cuidarlo, tan indefensos los hombres, tan frágiles, tan incapaces de

sobrevivir sin nosotras

–¿Nos vamos?

y qué será de tu vida sin mí pobrecito, mal afeitado, zapatos sucios, un botón de menos en la camisa, tengo que dejarle unas docenas de caldos preparados, un papel en la encimera de la cocina explicándole cómo se enciende el fogón, se enciende el calentador, se regulan los treinta segundos en el microondas porque a él se le olvida señores, dónde está el cestito de las pastillas, abre todas las semanas el buzón porque la factura de la luz, la factura del agua, la del gas, el betún al lado de los zapatos, las camisas de la talla treinta y nueve, acuérdate, en el segundo cajón, la escoba y la fregona dentro del cubo detrás de la tabla de planchar en el rincón izquierdo de la terraza, los números de teléfono del fontanero, de los chicos y del dentista en la cómoda del salón, el termómetro en la mesilla junto con llaves que ya no se sabe para qué sirven mezcladas con el folleto de instrucciones de la lavadora en ocho idiomas, no las leas en danés, un destornillador roto, moneditas, qué será de ti, búscate rápidamente una mujer, tal vez Tita que es buena persona, las mantas para el invierno en el baúl de la entrada porque no cabían en otro sitio y sobre todo olvídate de Angola que a lo mejor no existió nunca como tampoco existieron las piedras, teníamos que inventarnos algo para estar ocupados y de ahí viene que te inventaras África y yo para que no te quedases con otro pasatiempo me llené de imaginación y descubrí un cáncer, te gusta la mariposa en la solapa verdad como te gusta que me arregle para ti, Su Excelencia en el interior del sueño

–Filipe

como te gusta que me arregle para el médico, Su Excelencia envolviéndose más en la sábana

–Filipe

a medida que el postigo más claro y una mujer con canas en las raíces del pelo y tras las canas rubia, con algunas uñas todavía con restos rojos, la del pulgar comida hasta la base y no olor a perfume, olor a aceite cocinado

–Negro ¿tienes dinero?

huelo a hijo pequeño, huelo a lodo de anguilas del Tajo, con los ojos

aumentados por los restos de un lápiz barato que la primera lágrima, salida por ejemplo al bostezar puesto que a partir de los treinta no mandamos en esas minucias, se llevará por delante

–Negro ¿tienes dinero?

y mi hermana ya fuera en el corral, a lo mejor ha caminado toda la noche por el pueblo, ha subido al cementerio, ha subido a la ermita, se ha entretenido en la plaza, hermana es imposible que no tengas noticias de madre, es imposible que el alférez

–Este es mío

no te lo haya contado, el alférez

–Tú

y la esposa mirándolo de lejos

–Perdona

mientras las piedras seguían esparciéndose y corroían corroían, el horno se enciende aquí, la chispa del calentador en este botón entiendes, el frasco de las heridas dice Alcohol pero es Agua Oxigenada no lo olvides, estás seguro de que no quieres que le ponga otro rótulo, tantas explicaciones la pobre, tanto miedo a que yo, cómo será estar solo pensando en ti, tardes enteras esperando a que el capitán

–Salimos mañana

fumando en pie a mi lado con la mirada perdida y una carta de la Metrópolis en la mano

–¿Cuándo acaba esto?

mi hermana cerca de las coles del huerto sonriendo callada y no una sonrisa, otra expresión, siempre otra expresión con ella, Su Excelencia despierta mirándome rascándose la espalda con dedos pensativos

–¿Qué hora será?

seguro que también con Filipe en la cabeza, quién narices es Filipe además de ser blanco eso es evidente, Filipe blanco y yo un chimpancé encontrado en un poblado, eh, al intentar levantarme de la pared en la que me puse de cuclillas las piernas sin fuerza no me ayudaban ni la mujer de bruces que acababa al final de los brazos, dónde están los dedos, el alférez dejó el hospital con la madre y un grupo de gitanos esperando frente a Urgencias, el viento al cambiar en el pueblo traía

los árboles del cementerio, las lápidas, mira los perros callejeros del acuartelamiento aquí y el furriel que si no tenía correo les disparaba, los remolinos de niebla no sé cómo nacían, Su Excelencia sin levantarse

–Tan tarde

ciega o viendo

–Soy tonta de remate por estar aquí contigo qué desastre

mi madre en el pasillo, en la cocina, con uno de los zapatos más pesado que el otro, seguro que como no veía a nadie se apoyaba en los muebles, en el caso de encontrársela una mueca fingiendo divertirse

–Me he puesto a pensar es de la edad

yo con ganas de sacudirla, yo enfadado

–Déjese ya de piedras madre

viendo al alférez descalzo, solo con los pantalones del pijama, la mitad de la cara por afeitar y la navaja en la mano, Su Excelencia sentada en la cama, con el vestido de la víspera

–Espero que por lo menos siga habiendo agua caliente

ella que mandaba en toda la gente incluida la abuela

–Cállese señora

y la vieja solo zapatillas y pañuelo de viuda obedecía, no he visto nunca un cuerpo tan minúsculo ni unos tobillos tan finos, una hija con uno de los ojos desviado

–Estate quieta esqueleto

le cortaba las uñas resoplando, la casa donde vivías peor que esta pero con la ventaja de no oler a negro

–Abre la ventana que apestas

aunque el río apestase como las fosas comunes a aliento de difunto, el padre a pesar de vivir en otro sitio con otra mujer aparecía de vez en cuando a la hora de comer, le ordenaba a la esposa

–Quieta

se escuchaban sonidos de objetos que caían, una silla, una escoba y el padre salía cinco minutos después abrochándose los pantalones y peinándose con las palmas de las manos hasta la furgoneta con el escape averiado, toda toses, explosiones y muelles desacompasados los unos con los otros donde un compañero del almacén, con el nombre

de la empresa en la gorra, lo esperaba y en mi caso comprar gasolina y convencer al mecánico para ayudarme con el bidón y echarle una ojeada al motor, para dar el pego, que el automóvil ya no es nuevo, no sé cuántas horas a pata sin luna y por una carretera sin farolas es un trabajo, hay campos, fincas y los bichos de la noche, el peligro de que me ataquen los perros salvajes mordiéndome las canillas como atacaban a los antílopes, se les colgaban del cuello y de las patas, de eso me acuerdo, creo que me acuerdo, me acuerdo pero no sé si me invento el recuerdo, episodios tan difusos, tan vagos, por ejemplo una mujer, un hombre, una niña todavía más pequeña que yo que se parecía a mí tal vez porque Su Excelencia aseguraba que todos los negros se parecen los unos a los otros

–Os parecéis todos los unos a los otros

se lo conté a mi hermana y mi hermana como de costumbre impasible, Su Excelencia

–Se parecen todos los unos a los otros

mientras caminábamos intentando no salirnos del asfalto, de repente ciegos por faros instantáneos que nos llenaban de humo, un camión de terneros que chillaban pidiendo auxilio y desaparecían de nuestra vista, sin auxilio, en la primera curva de plátanos, dudo si mi madre la mujer que me llevaba en brazos protegiéndome de los perros salvajes o la esposa del alférez con la mariposa en la solapa que me trataba de

–Hijo

y quién me responde a esto, cuál de las dos realmente mi madre, yo a mi hermana

–¿Estás segura de que eres mi hermana?

y mi hermana subiendo los ojos de un arriate, muda, si eres mi hermana por qué motivo no te pareces a mí puesto que Su Excelencia afirma que todos los negros se parecen los unos a los otros, si no se pareciesen serían blancos y yo no blanco, yo un tití bueno para pasearse por los árboles, dime quién es mi madre, quién es mi padre, el alférez o aquel que estaba con la mujer en África y a propósito quién soy yo, todo tan complicado, tan extraño, Su Excelencia sin entenderlo

–¿Qué coño de conversación es esa?

buscando en la maleta jabón y una toalla apartando vestidos, blusas, ropa interior, zapatos, todo extraído de mi cuenta en el banco es evidente, estudiándose con rabia, invitándome a estudiarla

–Fíjate en el monstruo en el que me has convertido esta noche por culpa de la avería de tu coche de mierda

un coche de mierda, un negro de mierda, una viuda de mierda, por favor date la vuelta mientras me cambio, no te atrevas a mirar y sobre todo te prohíbo que repitas lo que hiciste en el banco o en el trastero del sargento, no sé decir en cuál, cuando me obligaste a poner un pie en una caja mientras te rebuscabas en los pantalones, tú bajo, tú pelirrojo, tú calvo, con un cigarro de humo cenagoso en la boquilla corta y sin siquiera soplar, dejándolo flotando en la boca o sea exactamente lo que me contó el alférez, mucho más tarde, en el apartamento de Lisboa o aquí, quizá aquí en la huertita de lechugas y pepinos, quizá en África en el cultivo de mandioca puesto que todo se me confunde en la memoria y la mujer del alférez mi madre, la mujer del alférez siempre a mi lado cuando llegaba el paludismo, trayéndome agua, tomándome la temperatura, acariciándome el pelo, cambiándome las sábanas, dándome leche y el cristal del vaso, palabra de honor, el cristal del vaso dulce y suave, el cristal del vaso parecido a, no lo digo, el cristal del vaso de repente una parte suya, el cristal del vaso que yo deseaba su pecho, que era su pecho, capaz de protegerme de los perros salvajes, del helicóptero armado, de los bazucas, de los tiros, el médico al alférez, mi padre, el alférez

–La carrera todavía no ha terminado vamos a ver vamos a ver

el médico a mi padre, el alférez, mi padre hasta que mi madre, la mujer del alférez, desapareció en el biombo

–Con suerte quizá seis meses

y enseguida enderezándose risueño sobre nuestras cabezas

–Le queda bien esa chaqueta azul señora

esa chaqueta azul, esa tela del Congo, esa chaqueta azul además ya un poco antigua, las mangas así como medio gastadas, con una mariposa de metal, ni oro ni plata, metal, con las alas abiertas en la solapa y mi madre, no la mujer del alférez, al lado del biombo,

soltándose con los dedos en la nuca el pelo que se le había quedado prendido en el cuello de la camisa soplando un

–Gracias

tímido y por un momento creí que solamente mi madre mientras las piedras que le salieron del riñón por todo el cuerpo se la comían por dentro hasta que quedaban solo los huesos del hígado, los huesos de los pulmones, los huesos de los huesos, el alférez que me trajo me llevó una tarde a la misión de los curas españoles abandonada con lo que quedaba de un claustro de ladrillos alrededor de un estanque seco, celdas sin puertas, la capilla desierta con solo una parte del altar y un trozo de cubo o regador arriba, alrededor de la misión acacias con flores moradas hasta el camposanto con media docena de cruces de madera, una u otra placa con una fecha y un nombre debajo de las cruces seguro que nada puesto que la tierra de Angola devora rápidamente a los blancos, Su Excelencia de vuelta a la habitación en el interior de la toalla

–Hace frío

y como me lo dijo en un tono casi normal me pareció que sí, hacía frío, una brisita en las verduras por tratar, las plantas de cáñamo marchitas, la mandioca olvidada, el motor de la avioneta del correo en cualquier punto de la selva, dormía en la cama del alférez con él y le escuchaba hablar en sueños como a veces Su Excelencia

–Mamaíta

sin poder despertar, me acuerdo del cadáver del sueco que trajeron a la alambrada y de un agente de la policía política apuntándole con la pistola y metiéndole un tiro en la barriga a pesar de muerto y a pesar de muerto su cuerpo agitándose, mi madre al alférez, cuchicheando tras una puerta cerrada

–Me voy a morir ¿verdad?

y ninguna respuesta porque el alférez ocupado vaciando los bolsillos del sueco, el alférez a mi madre, mientras separaba papeles, distraído

–Claro que no

o mejor la voz del alférez no

–Claro que no

la voz del alférez

–Cállate

más que eso, la voz del alférez

–Por favor cállate

la voz del alférez ahora viejo, sin ropa de camuflaje ni su pelotón con él, el alférez en un círculo de sillas del hospital sin responder al psicólogo, sin mirarlo, sin ni siquiera notar su presencia, leyendo los papeles del sueco tras alisarlos sobre la pierna con el dorso de la mano, mi padre a mi madre en la habitación de la casa del pueblo

–No vamos a morirnos ninguno de los dos ¿me oyes?

y después a sí mismo intentando convencerse

–No vamos a morirnos ninguno de los dos

mientras una bandada de cuervos salía de los chopos atravesando los sauces en dirección a la sierra y en el instante exacto en que el alférez

–No vamos a morirnos ninguno de los dos

mi hermana empezó a gritar en el corral.

7

Cuando volví de África me asustaba cualquier ruido y yo de rodillas buscando el arma que ya no tenía y creía tener aún para acabar con el pestillo de una puerta o el jaleo de los vecinos, ametralladoras de tacones de señora, bazucas de pasos de hombre, suspiros de heridos o de cajones de armario, mi mujer intentaba que no me fijase en ella y la consecuencia era no poder quitarle los ojos de encima puesto que el ruido que no hacía me ensordecía, el cuidado de las suelas por ejemplo me hacía creer que iban a pisar enseguida niños vivos encogidos de dolor, las ventanas se abrían en una protesta de pareos del Congo desgarrados sobre un cuerpo, el de mi mujer, repentinamente enorme, me impedía huir dado que docenas de brazos me agarraban susurrando

–Quietecito

llevándome a un escondrijo en la selva donde un comisario me metía la pistola por el ombligo si por casualidad ella iba a la compra tirando de un carro de dos ruedas bizcas que saltaban por la alfombra, las pobres, bajo una descarga de rifles, la patrona al mismo tiempo ausente y en todas partes, en el salón, en el pasillo, en la terraza, mirándome con las gafas de coser en la punta de la nariz llamándome

–Portugués portugués

y yo intentando explicarle sin poder apartarme

–Si no te preocupas por mí quizá sobreviva

y ella sentida claro, aplastando con el meñique, en un extremo del párpado, la desilusión de una lágrima

–Quizá ya no te gusto

y palabra de honor que te equivocas, qué tontería, es solo que Angola no me deja en paz, donde estoy de verdad, tantos perros salvajes alrededor de la alambrada, tantos milanos en lo alto, tantos guerrilleros esperándome, quiero a mi abuela Benilde, quiero a mi madrina, quiero que ambas me digan

–Vale vale

entallándome la ropa pero no apaguen la luz, sobre todo no apaguen la luz y denme la locomotora de hojalata que pierde pintura y con una abolladura que no sé quién hizo, yo no, para apretármela contra el corazón, quiero a la ordenanza del comedor sin astillas en el cuello, en las costillas, pidiendo

–Mi alférez

como si pudiese ayudarla y no puedo Bichezas, no puedo, el helicóptero no llegó a llevárselo

–Ya no está aquí mi alférez

mientras yo insistía con los soldados para que metiesen la camilla dentro y uno de ellos con la mano en mi hombro

–Tranquilo ya se ha terminado

cuando había ataques Bichezas se agarraba a un mortero, lo ponía en vertical, un grito de susto recorría la alambrada

–Bichezas está en el mortero

y nos apartábamos más de él que de los enemigos de fuera, Bichezas siempre con el retrato de su novia en el bolsillo

–Fininha

que le metieron en el ataúd y debe de haberse casado con otro porque Bichezas no ha venido, sigue en Angola, ay Bichezas Bichezas, intentando entender los morteros, nos servía la cena, conserva de atún con carillas, con una chaqueta blanca almidonada

–Señores oficiales

a las cinco y media de la tarde porque a las seis siempre de noche, el gasoil del motor caro, ay Bichezas Bichezas, tan rica aquella tierra comiéndote en un instante, platitos con pepitas, salsa inglesa que recibía el capitán, mi hijo en una esquina de la mesa que ni lloraba ni hablaba, dormía a mi lado en una cama de madera de palmera, comiendo con las manos, al volver de África ganas de decirle a mi mujer muévete, da una vuelta por la casa, existe, tócame con dedos reales, písame un pie, empújame, no me dejes solo continuando acompañado, mañana el cerdo con las patas atadas tirado en el suelo, mi prima la que cuida la sepultura

–Lo que va a chillar santo Dios

y si fuesen solo chillidos, también lágrimas, yo a ella

–¿Has bebido alguna vez lágrimas de animal prima has bebido alguna vez las mías?

y ella callada mirándome, casi tan mayor como yo, un dolor en las vértebras como mi madre, una bata siempre de rayas, el marido en Alemania cartas de vez en cuando

–Espero ir por Navidad

y no venía, mandaba ropa, un anillo, espero que no hayas engordado y te sirva, lo que lloran los cerdos, lo adivinan, debería sentarme en la plaza bajo la acacia con los demás viejos y quedarme a su lado contemplando el tiempo en silencio, no el tiempo de fuera, los años aquí dentro acordándome de cuando iba a buscar a mi padre para cenar y él llegaba con su bastón y el aneurisma y la gorra que sigue en la percha de la entrada señor junto al sombrero negro y una rebeca olvidada que todavía huele a tabaco, todavía huele a usted, de lo que me acuerdo mejor, qué sé yo por qué, no se enfade, es de su nariz y de la forma como me ordenaba

–Dame el brazo

porque un aneurisma en la barriga dificulta las piernas y deja molido, quería levantar los talones y no se levantaban qué cosa, parece que mueren antes que nosotros y ansían hundirse en la tierra, a partir de los setenta solo sobrevivimos fuera panza arriba, vamos bajando poco a poco, damos menos trabajo, Bichezas Bichezas, no recuerdo el nombre del que ocupó tu lugar, veo en vuestros semblantes la alegría etc, váyase a la mierda mi general, mi padre nunca se quitaba el chaleco, nunca se desabrochaba el cuello y mi madre en el escalón del corral esperando, aliviada

–¿De verdad que está todo bien?

llamándote aparte con la mano de un lado a otro

–¿Qué es un aneurisma?

y aquí entre nosotros realmente qué es un aneurisma, algo que revienta y se muere ahogado por dentro, mi nuera conmigo en la cocina cuando el sol de la mañana empujó el níspero del corral, con pájaros y todo, casi hasta la mesa de piedra donde se comía y algunas hojas rozándonos

–¿La lata del café?

no exactamente una pregunta, una búsqueda malhumorada como si la lata del café, una antigua caja de galletas medio oxidada y con grabados de caza le perteneciese, yo, en la duda de si en verdad le pertenecía, buscando alrededor sin verla, ya vagamente culpable qué extraño, mi nuera un modo de hablar sin signos de interrogación que me pusieran en alerta y después alta, agresiva, con la mirada dura que no sonreía, creía, tan diferente a mi mujer toda perdones y permisos tímidos

–Hembra de estribos altos

como diría mi padre si el aneurisma no hubiese hecho su trabajo

–Hembra de estribos altos

y después unos ricitos en la nuca, bajo la melena, a los que es sensible cualquier hombre, incluso si intenta resistir firme ante los rizos, con aquel no sé qué que tienen, lo ablandan, si por ejemplo mi mujer con nosotros, a pesar de las piedras, le bastaba una mirada y me entendía, afortunadamente las ramas del níspero siempre me escondían un poco pero daba la impresión de que mis dedos también hojas, iluminadas o en la sombra vibrando como los dos presos obligados a abrir el hoyo por el jefe de la brigada de policía política acurrucándose dentro hasta que llegaba la bala, el doctor en el círculo de sillas del hospital

–No puede ser verdad

y tiene razón amigo, no puede ser verdad pero sucedió, quiere que, mi nuera, quiere que le diga el sitio, quiere que le diga el día, dos filas de hormigas, una subiendo y otra bajando, desde el suelo de la cocina hasta el alféizar de la ventana por la que entraba el níspero, más allá del níspero el cementerio, la sierra en la que aseguraban que jinetas, zorros, mi mujer todavía acostada, con las cejas en el techo

–Estaba por aquí pensando en mi madre

con la chaqueta de la mariposa, desde que el médico le echó el piropo, no en el armario, en el respaldo de una silla como un trofeo para que pudiese enorgullecerse de ella de vez en cuando, en ciertas cosas no has crecido, sigues niña, hay veces, palabra de honor, en que me apetece besar tu forma de mirar, la sencillez de tu alegría cuando

conseguías apagar de un soplido todas las velas de la tarta aplaudiéndote a ti misma, feliz, y yo abrazando a la niña que eras todavía muy orgulloso de ti, si no te importa vuelve a llamarme amor ten paciencia, vuelve a llamarme querido, dónde estará la ropa de la primera noche que tu

–Estaba por aquí pensando en mi madre

te dio, no me apetece que me enseñen la lavadora ni el calentador ni el sitio de los objetos, me apetece quedarme feliz con la forma como resuelves esas complicaciones raras yo que solo sé tirar de los pesos del reloj de cuco y maravillarme con tu modo de orientar el mundo, el jefe de brigada a mí guardando la pistola en su funda, con el tono de quien revela evidencias

–La hierba dañina se arranca señor alférez

maravillarme con tu modo de orientar el mundo, mi nuera a mí

–Su hijo

y callándose de repente encogiéndose de hombros y diciendo que no con la cabeza, mi hijo que después de estar tres meses conmigo, por lo tanto aún en África, me dijo por primera vez, de repente

–Padre

él que no hablaba portugués dijo

–Padre

sentado en el suelo jugando con unos palitos, todo concentración y dedos, jamás he visto nada tan serio como un niño jugando, sin fijarse en mí, casi en mis pies y lejísimos puesto que entre los palitos y él un entendimiento secreto y a pesar de poder tocarlos no sé dónde estaban, lo que está más cerca es siempre, me lo ha enseñado la vida, lo más difícil de encontrar, observé la habitación y mi mujer ya no pensando en su madre, dormida en la cama con la chaqueta de la mariposa puesta y entonces entendí que se la había abrochado contra la muerte que la amenazaba en su cabeza no dentro de ella, sentada en el borde del colchón mirándola o bajo la forma de medicamentos en la mesilla de noche, un vaso de agua, un termómetro, sus disfraces, piensa un poco, duda, se decide, nos pone la palma de la mano en la frente y se marcha dejándonos o sea dejando en nuestro lugar aquello que no somos vivos mientras la mariposa crece en la chaqueta, pelos

mojados que nos van saliendo en las sienes y arrugas diferentes de las que teníamos parecen hacernos más sabios, más serios, nuestras manos tan manos, algo de la pupila estancado en el párpado, un relieve que merma en la sábana, mi mujer tocándome el brazo

–¿Qué ha pasado?

acercándose con esfuerzo recuperando la cara, tocándose la mejilla con dos dedos

–Déjame dormir

y mi hija a la entrada de la habitación, con la mano en el pomo, no guapa la pobre, no elegante la pobre, con una falda torcida que no pegaba con la blusa donde un botón sin abrochar, parecía más grande que el resto, pedía ayuda en vano, quién en esta vida, díganmelo, ayuda a los botones, quién se preocupa por ellos, mi mujer, a la que nunca le ha preocupado el tiempo, súbitamente inquieta

–¿Qué hora es?

como si la hora estuviese medida, qué sabrá ella en verdad del riñón, no preguntaba nada al médico, se limitaba a asentir con la cabeza, no parecía inquieta, hacía las pruebas y los tratamientos que le mandaban, no se miraba al espejo para medir las desgracias, no se lamentaba de la pierna derecha un poco agarrotada, sentía sus insomnios porque el cuerpo demasiado inmóvil y seguro que los ojos abiertos pensando en qué, imaginando el qué, sintiendo el qué, si la tocaba ella indiferente o si no una sonrisa porque cambiaba la oscuridad, es decir seguía oscuro pero con ella más a mi lado allá dentro, casi como hace treinta años, casi como hace cuarenta y a propósito de años qué edad tendrá mi hija que no la sé con seguridad, tengo que echar cuentas a partir del momento en que vine de África pero en qué momento he venido de África si continúo en Angola, perros y perros salvajes que nos persiguen a los dos intentando mordernos los tobillos, las rodillas, intentando saltar hasta nuestras gargantas, el jefe de brigada a mí, pesaroso

–¿Cuándo entenderá la gente en este país que cuidamos de todos?

y el psicólogo del hospital mientras el jefe de brigada le apuntaba con la pistola y él le apartaba el cañón con el dorso de la mano

–No me lo puedo creer

mi hija treinta y muchos años o así y soy yo quien no se lo puede creer ahora, ya un principio de arruga a cada lado de la boca, mi hijo, mayor que ella todavía ninguna arruga, es negro y a los negros la edad les llega de súbito, instantánea, una mañana, de repente el cuerpo sin músculos, los ojos rojos, la dificultad para andar, mi nuera enseñándome la taza vacía

–Me apetecería otra

sin moverse de su asiento pero con más muslos en la voz, me pareció que de repente las pupilas y sin embargo seguro que me equivoco, a veces nos confundimos, tengo setenta y tres años, soy su suegro, sigo haciéndome respetar, tonterías las justas, mi mujer cree en mí a pies juntillas, la única trampa en que he caído fue una estupidez hace siglos con una compañera de trabajo después de una reunión con el director en la que me tocó a su lado y en esto una rodilla, la verdad es que firme, bajo la mesa, pensé que era sin querer, me aparté un poco y la rodilla insistió sobre todo mientras la dueña, no me acuerdo del nombre o sea me acuerdo, Teresa, mientras la dueña hablaba dibujando rombos en un cuaderno y yo, sin escuchar las palabras, observando los rombos y un fallo en el esmalte, blanco, del dedo índice, como si tomase notas el esmalte blanco escribió una dirección rápida bajo los rombos, con el pretexto de colocar bien el cuaderno lo giró un poco hacia mí con la punta del bolígrafo señalando la dirección mientras la rodilla más activa, leí el nombre de la calle, el número, el piso y cuando quise confirmar mejor si derecha o izquierda el bolígrafo lo subrayó antes de tacharlo, la rodilla una presión definitiva de está acordado, yo una presión de segurísimo, algo incómodo porque el día antes mi aniversario de bodas que celebramos con los niños pequeños y un bizcocho con diez velas y después en el dormitorio, con la puerta cerrada, donde mi mujer se puso el camisón de la primera noche, el blanco con encaje, que le seguía quedando bien aunque un poquito menos ancho, un poquito descosido, en ciertos sitios el encaje un poquito amarillento que el tiempo no pasa solo para nosotros y no me puse el pijama, cubrí mi desnudez con la sábana, mi mano encontró su muñeca, su cabeza pasó de la almohada a mi hombro y la boca

–Amor

bajito, en un hilo de voz, pero

–Amor

puesto que se mantuvo discreta en todo desde el primer día, de las expansiones a las enfermedades, aún hoy con las piedras y los seis meses con suerte no molesta a nadie, si le pregunto por dolores responde siempre

–Estoy estupendamente

aunque las cejas circunflejas sobre las cejas derechas que se nota porque hacen una sombra vaga en los ojos que se oscurecen, los pobres, quien no la conoce se lo traga, quien la conoce lo entiende, fui a buscar la dirección con el

–Amor

en mis oídos y el brazo tirando de mi espalda hacia ella, una calle no muy lejos en un barrio complicado y larguísima, subiendo, llena de tiendas de arreglos de ropa, una lavandería modesta, restaurantitos modestos de trabajadores, un establecimiento modesto de cerraduras y llaves, un dentista modesto en un bajo pero una placa pomposa anunciando implantología, dos carnicerías modestas, casi seguidas, con cadáveres pelados en ganchos

–¿Cuándo entenderá la gente en este país que cuidamos de todos?

una floristería modesta y melancólica y al ver rosas rojas, no muy frescas, en el escaparate el

–Amor

resucitó, un

–Amor

con uñas que se me clavaban por dentro sin mencionar un peso de remordimiento que me molestaba en el alma, la calle un berenjenal porque los números de las puertas en vez de uno, tres cinco etc tenían una a, una be, una ce después del número y por lo tanto empecé a pensar que infinita además de mal iluminada, edificios algunos de ellos tapiados, azulejos rotos, canalones torcidos y trozos de carteles ya con varios inviernos como si fuesen harapos, la puerta del ochenta y nueve abierta, con una mano de hierro cogiendo una bola en lugar de timbre y el interruptor de la luz averiado, una escalera con

escalones altísimos y pasamanos metálico que temblaba más que yo, se disolvía en las tinieblas a las que añadí una queja de

–Joder

sumada al

–Amor

aumentando la culpabilidad y dificultando la subida, los descansillos estrechos, uno de ellos con un cochecito de bebé en medio que me costó sortear porque parecía tener ganchos que me agarraban, sujetaban, exigían que me quedase con ellos, al final me soltaban contra su voluntad, los muelles refunfuñando, empecé a distinguir una claraboya en el

–¿Cuándo entenderá la gente en este país señor alférez?

techo, de esas con cristales cuadrados, blancas de polvo y basura en una claridad difusa y siluetas de palomas para acá y para allá, al contrario de las tórtolas duermen mal, las palomas, siempre con miedo de los guerrilleros, siempre con miedo de que un gato o un mochuelo o algo así disparen sobre ellas, las cojan por las patas, les rompan la espina dorsal, se las coman, mi mujer en su sitio en el sofá, con el cojín menos hundido, bordando delante de la televisión sin sonido que no veía, saber que había siluetas moviéndose por allí cerca, aunque fuese en una pantalla, la consolaba, y el hecho de que yo conociera todos los trastos y todas las emociones que vivían en aquella casa me hizo aún más culpable, por mis cuentas estaba en el tercer piso como escribió mi compañera deprisa en el cuaderno, esto tanto como mi cerebro sin sangre puesto que toda la sangre en las piernas debido al esfuerzo de la subida y por consiguiente desprovisto de glóbulos rojos que me oxigenasen entendía, yo idiota, yo confuso, en el tercer piso ningún cochecito de bebé, solo una bolsa de plástico de basura con un nudo encima como un cuello que observaba oliendo a cáscaras de naranja y dos puertas cada cual con su felpudo, el de la izquierda un Bienvenidos medio borrado, el de la derecha una carabela borradísima, con el casco gordo y las velas gordas, de bolina en una marea alta de pelos y cuál de las dos puertas la de la compañera santo Dios, además de no acordarme tenía el siguiente problema: será que el derecho a la derecha y el izquierdo a la izquierda de quien sube las

escaleras porque si las bajamos llamaría derecho al que al subir llamaría izquierdo e izquierdo al que al subir llamaría derecho lo que me pareció un contrasentido o si no eso de derecho e izquierdo tenía que ver con cuando se estaba dentro del edificio, de frente hacia la calle y de espaldas a las puertas en que derecho a nuestra derecha e izquierdo a nuestra izquierda, lo que me pareció razonable, como mucho porque no iba a pasar la vida cambiando, en el mismo apartamento, de derecha a izquierda y de izquierda a derecha aunque esta solución acarrease, por lo menos, un problema adicional

(dejo ahora otros igualmente complejos que me vienen a la cabeza y que no enumero para no cansar)

que consistía en saber a qué lado del descansillo quedaba la calle puesto que los descansillos susceptibles de varias posiciones y quién asegura en conciencia que las calles, como las personas, no cambian, por ejemplo calles que conocemos de niños y volvemos a visitar de adultos de repente estrechas aunque eran amplísimas, claro que siempre puede argumentarse que hemos sido nosotros los que hemos crecido pero habremos crecido de verdad y cuánto y cómo, cuestiones dificilísimas y de respuesta aleatoria, impregnada de factores emocionales y como consec

–En vuestros semblantes la alegría de ir a servir a

uencia falibles, yo tentado de decir, con algo de presunción, a veces la presunción no es mala y siempre refuerza un poco, aunque sea poco, el ego que en ciertos y determinados momentos tanto se necesita, no es verdad, el triste, de una pizquita de cariño, atención, desvelo, y mientras sondaba el sutil rumor de las inquietas arenas de la memoria con la esperanza de que apareciese el cuaderno de mi compañera, aunque fuese turbio, entre un soldado de plomo sin brazos, que perdí en la casa del pueblo, y la desnudez imperecible de mi prima Iolanda, que después ha engordado tanto, inclinada hacia delante, de espaldas a mí, eligiendo un sujetador en el cajón de la cómoda y que al girarse con un grito de apuñalada

–Ya he salido

se instaló en mi alma la sólida certeza, que hasta hoy se mantiene firme, de que la mujer constituye sin duda la única salvación posible

del hombre, pero dejando con dificultad a la prima Iolanda cuyo recuerdo me sigue perturbando con sus bien repartidas protuberancias y cavidades que la grasa, supongo, desg

–Bichezas está en el mortero

raciadamente ha deshecho, la grasa, el azúcar, la dificultad para respirar y los ojos redondos mirándonos con terror

–Me voy a morir

y de hecho prima así es pero tranquila que hizo de mí un hombre, pasmado pero hombre lo que seguro la consuela, siempre nos consuela a todos, en el cementerio o en la vida y en cuanto al derecho y el izquierdo habiendo fallado la metafísica decidí probar las dos puertas cada cual con su timbre de un color diferente que igual que los tiempos y las voluntades también los gustos cambian, perros salvajes de orejas enormes, correteando con la boca siempre abierta, cada uno con su hilo largo de baba balanceándose y las pupilas crueles, pulsé el primer timbre, a la izquierda de quien sube las escaleras y sin corresponder necesariamente al tercero izquierdo por los motivos ya aducidos y un carrillón monstruoso de catedral, cuál catedral, de monasterio infinito, sacudió el edificio de los cimientos a la claraboya y al pobre de mí con él, sujeto a un tornado de campanadas feroces, yo con ganas de pedir socorro gritando un

–Amor

que docenas de campanas ahogaron de inmediato impidiendo que mi mujer me oyese, es posible que haya sentido algo raro, una especie de molestia, de achaque, de suspiro pero estoy seguro de que no pensó en mí, pensó en una punzada interior entre el estómago y la nuca o en las corrientes de aire del alma cuando se abren las ventanas de nuestro interior al pasado como un postigo mío se abrió a mi prima Iolanda enseñándome que el mundo entero cabe en una única mujer, Bichezas nos servía la cena, atún con carillas, con una chaqueta blanca almidonada

–Señores oficiales

Bichezas que no llegó a irse en el helicóptero con el retrato de su novia en el bolsillo

–Fininha

entre dos amigas, del brazo, las tres sonriendo medio avergonzadas junto al cedro de un jardín de provincia, con quién se habrán casado las otras y tal vez se hayan olvidado de ti, tal vez no se hayan olvidado de ti, ay Bichezas Bichezas, por muy raro que parezca, amigo, todavía conservo tu risa tú que aunque el mortero vertical no mataste a nadie y mirabas los cadáveres con un terror respetuoso santiguándote tres veces y besándote el pulgar, el primer sargento enseñándome tu pulserita de plata hueca, con la fecha con un significado que yo desconocía grabada dentro

–¿Qué hacemos con esto?

y se la mandamos a la familia que nunca lo agradeció, quizá Fininha le diese más valor pero tampoco lo agradecería, para

–Veo en vuestros semblantes la alegría de ir a servir a la Patria

para qué y después qué palabras, y después no soy un hacha en la prosa, el problema es que la fecha de la pulsera, que aún hoy me intriga, no sé qué pensar de ella, si por casualidad preguntase aquí en la casa del pueblo en la víspera de la matanza

–¿Qué creen que debo pensar de ella?

dudo que me respondiesen, ocurrió hace muchos años verdad y no hay nada que no se olvide, señor alférez, si no olvidásemos, usted fue alférez en África verdad, lo sabe mejor que yo, le estoy dando lecciones, perdone, cómo podía vivir, el segundo timbre un tintineo lejano como un gorrión con una sola ala que renuncia en el suelo, mi nuera a mí, calentando agua

–¿Más café?

o sea una flor azul escupiendo pétalos enfadados y el colchón de mi dormitorio un largo suspiro, tú solo piedras verdad, ahora casi solo piedras, se salvaba tu voz, se salvaban tus dedos

–Ven

y yo iba, dame la mano fuerte, más fuerte, no salgas, tras la puerta de la compañera de trabajo silencio, tras el silencio zapatos que iban aumentando, solo una rendija, su nariz en la rendija, con la nariz un susurro

–Márchese deprisa que mi marido ha llegado de Oporto antes de lo previsto

el susurro transformado en voz

–No queremos Biblias gracias

y la puerta cerrada, el felpudo de la carabela extinguiéndose, yo en las tinieblas del descansillo esperando a que la sombra de las palomas en la claraboya me ayudase a bajar, no es solo la luz, hay sombras que nos guían, por ejemplo la de mi abuelo

–Atención al escalón muchacho

la de mi tío Jerónimo que se llevó la carta del Canadá y me regaló una carabina de aire comprimido para los tordos en el pueblo con la que nunca fui capaz de darle a un sapo a diez centímetros cuanto más a un pájaro, mi padre a mí

–Es mejor que la guardes no te vayas a hacer daño

mucho antes de Angola, claro, mucho antes de hacerme daño, tres cerdos en la cochiquera, el nuestro el más grande, con las pestañas transparentes masticando, masticando, de vez en cuando un suspiro, de vez en cuando un sollozo y yo al verlo desde el muro calculando su peso

–Mi marido ha llegado de Oporto antes de lo previsto no queremos Biblias

y cuando sonó el cerrojo de la puerta una voz dentro

–¿Quién era?

mi mujer

–Amor

muchos años después, mi hijo en bata

–¿Todavía queda café?

insistiendo con Bichezas

–¿Todavía queda café?

y Bichezas buscando en la encimera, entendí, ya en el primer escalón, a la compañera de trabajo al marido que había llegado de Oporto antes de lo previsto

–Uno de esos testigos de Jehová que quieren catequizarnos a la fuerza

y fui bajando las escaleras, vencido, con remordimientos por mi mujer, enfadado conmigo mismo, odiándome, angustiado con aquellos escalones enormes que me alteraban las piernas, con miedo del

cochecito de bebé, ya no me acuerdo en qué piso, que me atacaría de nuevo, el jefe de brigada con un gesto entristecido

–Algunos entienden mal nuestro trabajo ¿lo sabía?

de repente casi humano, casi infeliz, casi frágil, casi tierno, casi apretándome el hombro, tengo momentos en que si pudiera abrazaría a todo el mundo, qué tontería, Bichezas sirviendo a mi hijo

–Un poco aguado ¿no le parece?

como si él un blanco como nosotros, no un mono cogido en una plantación de apoyo, como si él no un enemigo, si yo tuviera el ge tres, si tuviese un cuchillo, si lo dejase en África para servir de mascota a la compañía siguiente en lugar de traerlo a Portugal, a Lisboa, a mi casa, en lugar de darle mi nombre y considerarlo mi hijo, de nuevo la calle larga y estrecha, las tiendas, los edificios, mi mujer viendo las horas en el reloj de la cocina y volviendo al sofá, todavía sin inquietarse por mi atraso, todavía sin preocuparse por las piedras porque hace tanto tiempo de esto, me crucé con la compañera de trabajo dos o tres veces después, dos, una en el pasillo y otra junto a los lavabos que en lugar de papel para secar las manos echaba un aliento eléctrico por un agujero cromado que no secaba nada de nada y me obligaba a restregarme los dedos en los pantalones, la compañera que no me saludó, la primera vez empezó a sonarse disuelta en el pañuelo y la segunda se quedó clavada, mirando a la ventana buscando no sé qué en el bolso, a lo mejor a sí misma

–Uno de esos testigos de Jehová que quieren catequizarnos a la fuerza

a lo mejor a sí misma mientras yo seguía caminando por la calle pasando por un bazar, una agencia funeraria, un taller de automóviles, una boutique con maniquíes desnudos que me trajeron vagamente a la cabeza a la prima Iolanda y yo casi una sonrisa enternecida equivalente a una palmadita en la mejilla de la criatura que fui y me miró indignada, ya con esta arruga entre las cejas que fue creciendo hasta hoy

–No me toque

porque mis padres me habían prevenido, con expresiones serias que asustaban, para no acercarme a extraños ni aceptar bombones, de vez

en cuando una transversal a la izquierda y yo pensando

–Sigo por aquí ¿verdad?

puesto que empezaba a temer que aquellos números infinitamente repetidos en aes, bes y ces no acabasen nunca o sea días y días caminando sin descanso, alimentándome aquí y allá en bares sombríos hasta que llegase el dinero de la cartera, una oficina de correos cerrada claro, una segunda agencia funeraria que seguro amortajó a los náufragos que me, yo al jefe de brigada

–A lo mejor tiene razón

precedieron, hasta que se acabase el dinero de la cartera pero no pasaba nada porque enseguida no el final de Lisboa, el final del mundo o sea un acantilado repentino y mirando hacia abajo, muy en el fondo, estrellas, quise llamar a mi madre, quise llamar a mi abuela, quise sentarme en la acera con la esperanza de que un ángel, tal vez el psicólogo en el círculo de sillas del hospital, me cogiera en brazos y me llevase presentándome a su esposa

–Uno de mis traumatizados por la guerra

a cada dos por tres un taxi, una o dos furgonetas, una ambulancia con el nombre escrito al revés, aicnalubma, porque los retrovisores zurdos y esa es una idea que nunca se me habría ocurrido, lo que pueden los genios, el jefe de brigada cogiéndome por el cuello de la camisa

–Menos mal que me entiende

gordito, canoso, con el uniforme amarillo, llegado en un helicóptero sin insignias para interrogar a los presos y tras kilómetros de angustia a lo lejos una plazuela, de esas con un tobogán, columpios y mesas municipales para el dominó de los viejos, siempre había uno en silla de ruedas, siempre había uno con barba, siempre había uno que se sacaba colillas del bolsillo y se las fumaba dentro de la lengua, siempre estaban todos sin aguantarse el pipí, siempre había uno sujeto con una bombona de gas observando, y señoras de edad cojas, y palomas, y un pato agitando las caderas por haber perdido su lago, mi hijo aquí en la casa del pueblo tranquilizando a Bichezas

–Ni mucho menos Bichezas ni mucho menos

mientras Fininha y sus amigas cuchicheaban y se reían, miradas con

desprecio por mi nuera claro, el cerdo de mañana seguía comiendo con una de las orejas levantada y la otra caída, aceleré en dirección a la plazuela puesto que habiendo una plazuela aunque llena de chozos y negros yo a salvo y ahí estaba de hecho, sin los matusalenes del dominó y los lisiados con dos bastones pero con una palmera derechita al cielo, lista para limpiar el polvo de los muebles de los ángeles, al llegar el ladrido del teniente durante la instrucción, con botas más ligeras que las nuestras y sin una cantimplora a medias para que costase más, sin lona de tienda, sin máuser, animando a un pelotón sin bronquios

–Marcha lenta y tranquila

y nosotros tambaleándonos a ciegas repitiendo en una especie de tos y secreciones y sofoco

–Es nuestra

siempre que él

–Angola

con el cabo miliciano agitándonos el brazo

–Responda cadete

y nosotros insistiendo

–Es nuestra

en un vagido moribundo de gruta que así se templa el acero, así se forjan los hombres, pena que no nos enseñen a expeler bajito

–Cuando se entere mi abuelo se mata cuando se entere mi abuelo se mata

que tenemos que aprender con esfuerzo, solos, como tenemos que aprender solos

–Dios te salve María llena eres de Gracia

como tenemos que aprender solos

–Mata mata

la palmera enorme en lo alto disuelta en la oscuridad entre susurros y crujidos como todas las palmeras por la noche al mismo tiempo que yo, durante la instrucción de mi pelotón, corriendo con botas más ligeras, sin cantimplora a medias, sin lona de tienda, sin máuser, gritando

–Angola

en dirección a criaturas agonizantes que respondían

–Es nuestra

mi hijo en la casa del pueblo a Bichezas

–Gracias Bichezas

y Bichezas tan digno en el ataúd a pesar de la cabeza andrajosa y de una mosca en la puntera derecha limpiándose la nuca con las patas, la tapa al bajar la encerró allí dentro de modo que ya tienes una amiga chaval que te aproveche, el general en el embarcadero hablaba de la alegría de nuestros semblantes sin quitarse los guantes, al acabar dobló la alegría de nuestros semblantes y se la guardó en el bolsillo, después de la plazuela de los matusalenes, con palmera, tres calles a la derecha, una calle enfrente y dos calles a la izquierda, esto respetando el sentido contrario al de las agujas del reloj, en una de las calles a la izquierda, a distancia, el río, luces en la otra orilla, lo que tal vez fuese un barco, yo al recluta que era

–Marcha lenta y tranquila

yo a mí mismo

–Marcha lenta y tranquila

en una avenida con un cine apagado que me pareció conocer, junto a un bar de alterne ante el cual un conductor blanco abría con respeto la puerta trasera de un automóvil caro, con matrícula diplomática, de la que salían, riéndose, un par de negros mucho mejor vestidos que yo, sin acercarme las latas oxidadas pidiendo comida, despreciándome es decir sin ni siquiera mirarme, no había visto nunca pantalones tan almidonados, no había visto nunca zapatos tan brillantes, no había sentido nunca tanto olor a perfume francés, no había deseado nunca tanto estar con un arma como en ese momento y barrerlos, mirar sus cuerpos en el suelo, saltando a cada bala, no me había apetecido nunca tanto pedirle el cuchillo a un cabo y cortarles las orejas, las manos, las partes que iban a usar en unas horas, mi hijo a mí sin dejar el café

–Padre

y Bichezas muerto porque ellos lo mataron a vueltas con su mosca bajo la tierra, mi nuera levantándose con miedo, mi hijo apoyando los nudillos de los dedos en la mesa sin reconocerme, reconociéndome sin

reconocerme

–¿Qué es lo que le pasa padre?

mientras un milano trazaba círculos lentos sobre la alambrada, mientras la llama ardía al fondo, mientras el curandero enseñaba al pueblo

–Ajá

el gallo degollado con cuya sangre se dibujaba en su propio cuerpo, sin dejar de bailar, arabescos sin fin, veo en vuestros semblantes la alegría de ir a servir a la Patria, veo en vuestros semblantes, paso ligero, la alegría de ir a servir a la Patria, veo en vuestros semblantes la alegría, mata mata, quema quema, de ir a servir a la Patria, los negros a la entrada del bar casi sin mirarme, mi hijo

–Déjelo ya padre

y que deje ya el qué, no ves que no puedo dejarlo, por más que lo intente y palabra de honor que lo intento, te pido que me creas, por más que lo intente no puedo dejarlo, el primer negro se dio la vuelta pero el fuego de la ametralladora lo empujó contra la farola y fue bajando hasta el suelo entre sacudidas, con las rodillas sobre su propia sombra y después tendido de bruces

–Mi gorila de mierda mi gorila de mierda

junto a la puerta del bar, el segundo intentó crecer hacia nosotros con la mano abierta en alto

–Amigos

pero la primera ráfaga del puntero lo lanzó contra el coche, la segunda lo mantuvo de pie, la tercera lo dobló por el estómago mientras levantaba el brazo

–Patrón

y se deslizaba despacio por el capó balanceándose en un último

–Patrón

ininterrumpido, al entrar en casa mi mujer con su voz tranquila sin interrumpir el movimiento de la aguja

–No es tarde ¿verdad?

ni fijarse en la ropa de camuflaje, ni fijarse en el ge tres, ni fijarse en mis dedos enormes, en mi voz que se odiaba a sí misma

–Lo que le gusta a la gente oírse a sí misma en las reuniones del

trabajo Dios mío

y mientras mi hijo, aliviado, volvía al café

–Lo ha disimulado bien

me senté en mi sitio del sofá, propuse

–¿Nos vamos a la cama?

y mi mujer guardó la costura en el cestito asintiendo

–Amor.

8

Al despertar Su Excelencia no estaba en el dormitorio, estaba en la cocina con mi padre y el níspero tomando café porque todo entra con el día, hojas, pájaros, el óxido de la bomba de agua, el pulmón casi quieto de la sierra que aunque casi quieto nos infla y desinfla, además de Su Excelencia y mi padre me pareció que el soldado del comedor en África del que no recuerdo el nombre pero que murió allí les calentaba el agua, si estaba solo conmigo barría el suelo y me ofrecía restos de conserva en lata, cuando lo miré desapareció mientras le preguntaba a mi padre

–¿Le apetece un trozo de sardina mi alférez?

y mi padre de repente mucho más joven, flaco por no sé cuántos días en la selva, marcha lenta pero no tranquila por culpa de las antipersonas y de las cuerdas para tropezar ocultas entre el pasto, a veces una gacela u otro animal se tropezaba con una y se escuchaba una explosión a lo lejos lo que obligaba a mi padre a desplazarse con cuidado en el mosaico de la cocina donde los reflejos del níspero escurrían gotas de luz agitadas por el menor soplo de viento, Su Excelencia solo con una nalga en un taburete alto del que salía una pierna demasiado larga para el vestido corto y que sinceramente preferiría que se tapase, no creo que si yo en el trabajo de nueve a una y de dos a seis aquella pierna se mantenga en el apartamento, a medida que se disolvía el soldado a mí

(tengo su nombre en la punta de la lengua pero no me sale, no me sale)

–Cuidado con la escritura niño

apuntándome a Su Excelencia con el mentón discreto y por lo tanto él tampoco creía que Su Excelencia como una monja en un apartamento barato a la salida de Lisboa con sandalias de paquistaníes con turbante no por arriba y por abajo, allí dentro con nosotros frotándonos la cabeza y la suela de los pies, si llegaba temprano me la

encontraba en el salón con una amiga acariciándose las rodillas la una a la otra con secretitos divertidos, con la voz dos octavas más grave, dobladas como navajas en el sofá, mirándome de soslayo como un sastre que me tomase con disgusto

–Es tan negro ¿verdad?

las medidas, arrodillándose con una mirada burlona y yo capaz de matarlas, me daba la impresión de que mi padre, preocupado por mí, oscilaba entre hablarme y no hablarme de Su Excelencia y acababa por no decir nada de nada masticando certezas doloridas y pensamientos amargos mientras mi madre, por detrás de él, iba intentando tranquilizarme con un gesto difícil hecho con la punta de los dedos y una sonrisa que se interrumpía a medio camino ocupada equilibrando en los párpados una lágrima de ojalá me equivoque chico pero apostaría lo que fuera a que un día de estos vas a tener un problema, mi hermana, siempre opaca, distraída o fingiéndose distraída, inmóvil en una silla con los ojos fijos en la nada, a quién sales tú, qué quieres, qué esperas, la pierna de Su Excelencia aumentó al levantarse del asiento no como se levantan las piernas, como se desenrollan las cuerdas, con cinco

(siempre parecen más)

uñas rojas colocadas por orden de la más grande a la más pequeña que sigue apeteciéndome besar, preguntando al alférez en ropa de camuflaje o en pijama, en pijama, el mismo pijama viejo, siempre el mismo, de Angola, de eso me acuerdo

–¿Más café?

y mi padre mirándome callado con el níspero de fuera entre nosotros que en lugar de escondernos el uno del otro nos acercaba, con tantos pájaros en mi hombro o en el suyo, gorriones, un mirlo, me pregunto si tordos, hay veces, quizá no lo crea pero hay veces incluso a pesar de la mujer sin manos que me cuidaba en que casi lo quiero, tanto sol en el pueblo y el cerdo de mañana comiendo de momento sin ningún grito, solo resoplando, sentía la presencia de mi madre aunque no la viese porque un silencio más espeso en su dormitorio que en el resto de la casa, ninguna respiración, ninguna carraspera, ningún animal al que vayan a matar y por lo tanto ella tampoco se muere,

ningún motivo para morir señora, tiene dos manos, dos orejas, nadie le ata los tobillos y la cuelga de un gancho, se acerca con un cuchillo, el médico a nosotros, con mirada solemne

–Tal vez algo menos de seis meses

tardando en mirarnos con una especie de vergüenza al mismo tiempo que el

–Tal vez algo menos de seis meses

iba extendiendo su mancha amarga y mi hermana de repente rápida, ella siempre tan lenta, marchándose con un portazo, la nariz en el escaparate de una tienda de ropa, una actitud extraña para quien nunca se había interesado por la ropa, mi madre de vuelta del biombo, todavía colocándose la chaqueta azul para nosotros, intrigada

–Parecéis tristes

y nosotros, claro, no estamos tristes qué tontería, por qué narices habríamos de estar tristes, para su información estamos incluso contentos con los resultados, esto marcha sabe, despacito porque no hay piedra que no sea dura, mire el granito, mire el basalto, mire la pizarra pero calma, los medicamentos americanos hacen milagros, la medicina ha evolucionado de narices, dentro de cuatro, cinco años como máximo los hospitales vacíos y miles de enfermeras en el paro las pobres por no hablar del perjuicio de las agencias funerarias ni de los cuatro gatos pidiendo limosna por los bares, mi madre en la casa del pueblo mientras los militares se marchaban dejando cabras degolladas, restos de chozas ardiendo, cenizas dispersas por las espirales de niebla, Su Excelencia con la mitad del pecho fuera del vestido encontró el paquete del azúcar, me lo dio para que lo abriese para no romperse las uñas ni hacerse daño en los dedos, yo haciendo fuerza, con los labios apretados, dándole vueltas a aquello, si tenía hambre, incluso ya con cinco o seis años, recuerdo que la mujer sin orejas que no sé quién sería o no me interesa saberlo me metía en la boca uno de sus pechos vacíos, si por casualidad le preguntase a mi padre

–¿Quién era?

el alférez que me trajo respondería por los dos

–Ya no me acuerdo

lo que no era verdad, sí se acuerda, cómo puede no acordarse salvo que los blancos diferentes a nosotros del mismo modo que Su Excelencia diferente a mí, si intentase abrazarla allí en la casa del pueblo delante de mi padre

–No te acerques mono

y mi padre a mí

–Hijo

mi madre a mí

–Hijo

mientras el alférez, sentado en una especie de sillón hecho con tablas de tonel, limpiaba la culata en silencio con un frasquito de aceite y un pañito y seguía durante horas limpiando la walter sin mirarme, tomándose una copa que le ofreció el soldado que se ocupaba del comedor de modo que después de cenar sus pasos inseguros, se tropezaba, caía, se quedaba a gatas en la arena incapaz de levantarse, arrastrándose, perdiendo las fuerzas, cayéndose de nuevo, llevado por dos furrieles

–Mi alférez

hasta la tienda donde dormía, mascullando frases sin nexo

–Veo en vuestros semblantes la alegría de ir a servir a la Patria

o

–Paso ligero

o

–Marcha lenta y tranquila

o

–Dios te salve María llena eres de Gracia

o

–Hijos de puta hijos de puta hijos de puta

cubierto de mocos y saliva, húmedo de orina, húmedo de sudor, húmedo de heces, insistiendo con los furrieles

–Hijos de puta

y los furrieles riéndose llevándoselo siempre

–Claro mi alférez claro

hasta cogerlo en brazos, uno de ellos sosteniéndole las piernas

–Claro

y el segundo los hombros

–Claro

con una de las botas, de goma y lona, medio caída, el calcetín con más agujeros que calcetín, el tobillo finito, el talón rojo y los agujeros, el tobillo y el talón de acuerdo con los furrieles

–Claro

un micrófono lejano bajo la lluvia porque enero, porque frío, porque marchas castrenses ahogadas por las olas

–Claro

y un barco alejándose y pañuelos y gritos, los pañuelos y los gritos

–Claro

y yo chupando el pecho vacío de la mujer que no sé quién sería, que detesto la posibilidad de saber quién sería, que me prohíbo a mí mismo saber quién sería, chupar el pecho vacío de la mujer sin manos, chupar la barriga de una cabra mientras apartaba a las crías, chupar la barriga de una perra, chupar a Su Excelencia que nunca quiso quedarse embarazada de mí, chupar a mi madre muriéndose en aquel dormitorio de allá, sorprendida

–Parecéis tristes

y parecemos muy tristes verdad, muy tristes, o sea no yo, tal vez mi padre después de que los furrieles lo acostasen y le apagasen la luz con toda África alrededor, los árboles, las llamas, los poblados, la impiedad de la lluvia en el zinc del techo, el día antes de salir a la selva, yo que dormía en un trozo de colchón a su lado, lo sentía con los ojos abiertos en la oscuridad como siento ahora a mi madre en aquel dormitorio de allá, vigilando su propio cuerpo e intentando entender la propia muerte que la iba invadiendo hueso a hueso, músculo a músculo, víscera a víscera, su muerte, señora, ya en sus facciones pero aún no en sus ojos, seguro que se trajo de Lisboa el camisón de encaje y un lacito también blanco delante, casi cómica de tan antigua y el alférez todavía no alférez a su lado, en pijama, pensando torturando los pies con los pies

–¿Y ahora?

agobiado, indeciso, dónde acaricio, dónde toco, espero a que ella, apago la luz no la apago, le hablo no le hablo, la busco no la busco, le

digo que la quiero o solo la abrazo, tan difícil vivir, tan complicado, cómo lo haría mi hermano con otros hombres y la idea de mi hermano con otros hombres seguro que lo horrorizaba, cómo se entretienen, ganas de preguntárselo ahora por la mañana, en la cocina, con la pierna interminable de Su Excelencia y conmigo, mientras el níspero nos separa a los unos de los otros, mientras la mujer sin manos me llama

–Criatura

sin mirarme porque los negros no se miran nunca, miran en la misma dirección y ya está, viven solos, desaparecen solos, deben de nacer solos y como consecuencia nací solo como ellos, mi hermana como de costumbre todos los años inmóvil en el corral esperando y qué estás esperando dímelo, mi hermana sin palabras y yo entendiéndola sin palabras

–Deseo enormemente que acabe esta familia

sin que entendiese por qué nos odiaba deseándonos que acabásemos, se quedaba en un rincón de la bodega con nosotros durante la muerte del cerdo, apoyada en la pared, esperando qué sé yo de nosotros

–¿Esperar el qué de nosotros?

y ella mirándome sin responderme mientras el cerdo gritaba y yo seguro de que la prima de mi padre, que cuidaba a nuestros muertos, con la llave del panteón en el bolsillo del delantal y cuál la razón para traerla, cuatro o cinco ataúdes, cada uno con una especie de sábana por encima, no, seis baldas y cuatro ataúdes y por lo tanto dos baldas vacías, una a cada lado, que me aterrorizaban siempre, no recuerdo panteones en África, se dejaba que los perros salvajes viniesen a comernos, Su Excelencia tapándose los ojos con el dorso de la mano

–Qué horror

mirándola sin verla, mirándome sin verme, mirándonos a los dos y solo al mirarnos a los dos viéndonos de verdad, desde que me casé no he estado con otra mujer excepto dos o tres veces con la mulata caboverdiana siempre con paraguas que limpiaba la oficina, llegaba cuando nos marchábamos, se quedaba allí sola, sin ruido, casi inexistente, confundida con los muebles, más pequeña que el cubo,

más pequeña que la escoba, la cabeza inclinada sobre el suelo, barriendo, fregando, a medida que crecía el día el níspero de nuevo en nosotros, en la cocina, sin podernos esconder los unos de los otros, mirándonos como los perros salvajes, de una forma que nos asustaba, si por casualidad me retrasaba, enredando con un fichero, sentía justo detrás de mí ordenando las mesas o luchando a gatas con una mancha del suelo, aparecía, no venía, desaparecía, no se apartaba, ni una vez escuché, creo que nadie la escuchó, su voz o sus pasos como casi no me acuerdo de escuchar a la mujer sin manos que intentaba llenarme la boca con su pecho vacío, como no recuerdo el sonido de la hierba en África, ahora lo que oigo es el cerdo de mañana comiendo, comiendo, la mujer y el hombre que vivía con ella, de cuclillas en un taburete matando una a una con un trozo de madera las pulgas de los pies, una tarde me entretuve más con un proceso, esto poco antes de que se encendiesen las luces en la calle, cuando las tipuanas empiezan a desaparecer esperando la noche, o mejor me entretuve a propósito con un proceso buscándolo en los cajones equivocados y seguro que Su Excelencia en casa en el sofá charlando con su amiga, a cada rato una de ellas

–Qué mala

apoyando la cara en el hombro de la socia

–Qué mala

respirando sobre su cuello y después una nuca enderezándose avergonzada y regresando de nuevo al hombro

–Qué canalla

con la mano sobre una rodilla que no era la suya, con la mano en un muslo, el muslo protestando

–Ay no me hagas cosquillas

mientras el cerdo de bruces sobre un barreño de aluminio, después de Angola mi padre que yo lo viese no volvió a beber, comía, comía y por lo tanto los furrieles no

–Claro mi alférez

callados, Su Excelencia a la partener

–Pillina

Su Excelencia a la partener

–Gran pillina

y al mismo tiempo que un dedo índice le recorría suavemente el perfil dibujándolo despacio en el aire y los labios se detenían en una pequita en el ángulo del mentón

–Tan dulce

la caboverdiana ni pío, quietecita, a gatas frente a la mancha como el cerdo comiendo ante el barreño, si yo recorriese su perfil dibujándolo en el aire y mis labios se detuviesen en una pequita en el ángulo del mentón

–Tan dulce

la caboverdiana sin perfume claro, sin pintura, mal peinada, pobre, con la ropa oliendo a sudor, a mucha gente, a rehogado, a poco dinero, a menstruación, a poca higiene y por lo tanto en lugar del índice por el perfil, en lugar de los labios en una pequita en el ángulo del mentón, atarle las patas traseras, colgarla en un gancho, coger al azar uno de los cuchillos y clavárselo deprisa, yo comandante de operaciones, yo medio calvo, yo pelirrojo, después de poner un pie de la prisionera en el ataúd del almacén del sargento o el pie de la caboverdiana en un cesto de papeles puesto del revés, y ahora grita, tú grita, no te calles como se calla mi madre que va a morir, no lo aceptes como mi madre que va a morir, y sabe que va a morir, lo acepta, no te vayas quedándote como mi hermana en el corral, lejísimos de nosotros, grita mientras Su Excelencia esconde los ojos en el dorso de la mano

–Qué horror

y

–Qué horror

es verdad, tienes razón

–Qué horror

la ausencia de perfume y de pintura

–Qué horror

el pelo mal peinado

–Qué horror

la pobreza

–Qué horror

el olor a sudor, a mucha gente, a rehogado, a poco dinero, a menstruación, a poca higiene

–Qué horror

mi propio olor a negro

–Qué horror

el olor de la mujer sin manos y del hombre en un taburete, pero qué hombre sería, que vivía con ella, qué horror mi olor a negro que solo una negra lo entiende, solo una negra lo acepta, solo una negra lo perdona, solo una negra lo nota mientras mi cuchillo en su cuerpo, mientras mi cuchillo entero en su cuerpo, revolviéndose, saliendo, entrando de nuevo listo para explotar en mil trocitos metálicos, mesas, papeles, teléfonos, un calendario dos meses equivocado, de mayo cuando estamos a finales de julio, veintinueve de julio, creo que veintinueve de julio y pensándolo bien estoy seguro, veintinueve de julio, veintinueve de julio, veintinueve de julio allí en la pared, veintinueve de julio fíjate, escríbelo en un papel, guarda el papel, no se te olvide, recuerda que veintinueve de julio, recuerda para siempre que veintinueve de julio, mi padre a Su Excelencia que se apartó de la amiga, ambas en el sofá espiándolo pensando

–A lo mejor el viejo nos ha visto

que se les notaba en la cara y preocupadas de que el alférez, de que mi padre las hubiese visto

–¿Qué pensará el viejo?

en el instante en que el viejo a ella

–Voy con mi hijo al taller a resolver el problema del coche

en el pueblo a cinco o seis kilómetros de aquí, atrochando por los campos quizá tres o dos, más de tres no creo niño, yo a mi padre

–Ya hace mucho que no soy un niño señor

y mi padre insistiendo, de repente con los ojos de Angola

–Más de tres no creo niño si te cansas te llevo a caballito te lo prometo

porque un niño a pesar de todo menos difícil que una cantimplora a medias, una máuser

–Que acierta a cuatrocientos metros

él me lo enseñó y yo a pesar de todo un niño menos difícil que una

cantimplora a medias, una máuser que acierta a cuatrocientos metros y la lona de la tienda, esto no, claro, a paso ligero, esto lento y tranquilo, coge el rastrillo no vaya un perro pastor a ladrarnos en nuestros pies, Su Excelencia a la pasta de azúcar oscuro que quedaba en el fondo del café

–Voy a cambiarme de ropa que no quiero escandalizar a los paletos

mandando a la amiga un beso disimulado que mi hermana recogió con la mano con el gesto rápido con el que antes cazaba mariposas, moscardones, su palma zumbaba, al arrancarles las alas el zumbido paraba, yo a mi hermana

–Enséñamelo

y solamente un insecto muerto con las patas encogidas mi hermana en mi trabajo

–Solo quería verte adiós

y por qué solo querías verme si no me quieres, no te interesas por mí, no hablas conmigo, mi hermana de espaldas siempre apartándose, sin una seña, sin nada

–Qué sabes tú de la vida eres un burro

yo a la caboverdiana que ni siquiera se alisaba la ropa

–¿Crees que soy burro?

desaparecía a gatas sin responderme cogiendo de nuevo un paño para luchar con la mancha, mi padre y yo juntos como antes en Angola cuando él no podía dormir y me llevaba en brazos hasta la entrada de la tienda, nosotros el uno al lado del otro sin fijarnos en los centinelas con sus abrigos y placas de metal, tablas gruesas y sacos de arena, mi madre a mí, inclinada sobre mi oído mientras él desconfiado, tenso, iba olfateando la noche

–Tu padre no ha salido nunca de Angola

cuántas veces en la cena me lo señalaba con las cejas

–¿No lo ves?

así que él de repente lejísimos de nosotros siguiendo allí, él enseguida detrás del guía

–Piquen más

el maíz seco hojas de cartulina crepitando junto a lo que quedaba de la casita del jefe de puesto, con un agujero sin marco en lo que fuera

una ventana, mi hermana

–Qué sabes tú de la vida eres un burro

y entre el pueblo y la aldea casitas, huertas, un almacén abandonado al que le faltaban listones cuya puerta con el pestillo suelto daba golpes, media docena de olivos muy viejos ya grises, inútiles, llenos de abubillas, me pareció que un cuervo pero aquí no hay cuervos, hay petirrojos, grajos, si encontrase a la caboverdiana es evidente que no le hablaría, apoyada en las paredes intentando no existir, tan pobre, una tarde vino a trabajar con una criatura que no se atrevía a jugar en la oficina, aunque marchásemos lentos y tranquilos de camino a la aldea el alférez cansado, le pesaban la cantimplora a medias, la máuser y la lona de la tienda, me fijé en que una de las piernas más lenta que se espabilaba dando en el muslo

–No me obedece como debe ser esta

el tiempo de África ya lejos mi alférez verdad, ahora calvicie, canas, nudos de grasa en los músculos, las articulaciones que se resisten, qué le ha pasado señor, quiere que llame a los furrieles para que lo lleven en brazos entre burlas

–Chusquero

aunque los furrieles también viejos, incapaces de cortar orejas y amputar manos, de pegarles fuego a los poblados, de degollar gallinas, mi madre a mí, en un susurro

–Casi siempre después de cenar tu padre se queda dormido en el sofá

no mi alférez, tu padre, encontré en un cajón los galones ya descoloridos entre llaves desemparejadas, un pomo de loza y la fotografía de un hombre con pestañas grandes, repeinado, sonriente, mi madre

–Tu tío que murió en un accidente de camino al pueblo

había dicho que ningún cuervo pero me pareció que una pareja graznando al levantarse de un boj, las primeras casas del pueblo, las primeras calles, bicicletas solas apoyadas en un muro, viviendas de emigrantes con leones de piedra y azulejos, más calles, una plazoleta, el jeep de la Guardia, por fin el taller tras un café con una terraza de dos mesas y una sombrilla desteñida con el palo torcido en un cubo de

cemento pidiéndonos socorro, mi madre ya despierta intentando levantarse, renunciando a levantarse, cerrando los ojos con lo que me parecía una lágrima que se redondeaba entre dos pestañas y que ella secó con el pañuelo fingiendo que creía en las piedras, por qué no fingir que creo en ellas, que creo en el médico, ya que finge con nosotros, madre, finja mejor sola, nos sentía hablando bajito al otro lado del biombo, sentía que nos callábamos cuando llegaba, que nuestros cuerpos cambiaban, más animados, más felices, sin darnos cuenta de que se daba cuenta, que nos inventábamos el buen humor y la esperanza, mi padre a él mismo sacando la voz bien del fondo

–Este verano nosotros

y cuál verano señor, pare ya, tenga cabeza, no la fastidie más, no habrá verano para ella, habrá un verano sin ella, una silla vacía a la mesa, mi hermana en la cocina quemando comidas sosas, Su Excelencia de luto no por disgusto, qué disgusto, qué le importaba mi madre porque el negro, según su amiga, la favorece, la

–Te queda fenomenal

hace más apetitosa, más sensual, más madura

–Este verano nosotros

y este verano, entiéndelo, solamente su ausencia, sus zapatos todavía en el armario, su ropa con moho en el cajón, su espejo vacío, dos o tres pelos olvidados que permanecen en el cepillo, una vaga sensación de perfume, no perfume, solo el olor que insiste en quedarse en la almohada, una ligera marca de cuerpo en el colchón, yo en su sitio del sofá para que mi padre deje de imaginarse que sigue, deje de verla en el dormitorio, en el pasillo, en la terraza

–Puedes pensar que estoy loco pero estoy seguro de que tu ma

deje de hablar conmigo cuando nos marchamos, cuando salimos se tapa la cara con cientos de dedos y aun así entre los dedos su sonrisa o su mirada o su

–Amor

con él imagíneselo, su

–Amor

qué rollo, con él, por favor llévese el

–Amor

también, el camisón, los tirantes finitos, los encajes gastados, saque las zapatillas de la mesilla de noche y ese gancho o pinza o lo que sea para la ducha que he visto junto a una pastilla de jabón en una cosa de metal, borre todo lo que tiene en nuestra vida y de paso de la casa, hasta de esta ruina aquí en el pueblo donde nos tropezamos con su recuerdo a cada paso, una aguja de punto brillando en una raya de la tarima, un pañuelo caído detrás de la cómoda, el plato de barro con segadoras colgado de tres ganchitos en la pa, el hombre del taller tras saludarnos y la enfermedad de un hijo que el policlínico no hay manera de entender, el problema está en los niños que no se explican, se lamentan, se señalan la barriga y se acabó, así que acabó llenando un bidón de gasolina, el plato de barro con segadoras colgado de tres ganchitos en la pared, metió el bidón en la furgoneta faltaba el anular de la mano izquierda, cortado en el ejército

–Mata mata

al entrar de repente, venidos de la nada y disparando sin cesar en el poblado donde vivía durante la guerra como supongo que su madre

(en Angola yo todavía no tenía madre, tenía una persona que me daba el pecho y pido por favor que no cambien lo que pienso, mi madre está aquí viva, no muriéndose de cáncer, con molestias solo por las piedras y las piedras se curan, es evidente que se curan, es obvio que se curan, se curan)

como supongo que su madre sin orejas y con las manos cortadas, mira las gallinas a las que los soldados arrancan las cabezas, pequeñas, flacas, todavía corriendo, mira tanta gente huyendo, mira yo quieto esperando, el hombre del taller paró la furgoneta junto a mi coche

–De aquí a casa de su padre a pata es un buen camino

y la carretera tan diferente de día, sin chozos, sin cabras, sin chuchos, sin la balsa para cruzar el río, sin los pájaros pequeños posados en los cocodrilos, sin hombres fumando cachimbas que me miraban, árboles mucho más pequeños que los de Angola y que no me amenazaban ni gemían, asfalto en vez de polvo, hierbas en lugar de pasto, una lluvia ligera, sin eco, casi ningún olor en la tierra, casi ninguna presencia de muertos, ni un relente de mandioca, ni una huella, mi padre no joven ni de camuflaje, un viejo medio pobre, de

paisano, porque usted viejo, no quiero ofenderlo pero usted viejo, si le diesen un arma se quedaría mirándola indeciso sin atreverse a tirar de la culata

–¿Cómo funciona?

el automóvil inclinado en la cuneta en un abandono triste, ya antiguo, ya rayado, al que alguien, ayer u hoy, le ha robado un neumático, ahora solo mujeres en la casa del pueblo, mi madre, mi hermana, Su Excelencia cambiándose de ropa en el dormitorio, quién me asegura que no en compañía de su amiga, quién me asegura que no pidiéndole

–Bésame más

y caricias lentas bajando por la barriga, dedos en sus muslos, en su vientre, el níspero entrando y saliendo por la ventana, las coles por regar, el hombre del taller a mí

–Bésame más

no, el hombre del taller a mí rascándose el pecho

–Si no hay neumáticos de estos hay que encargarlo a la ciudad cuente con dos o tres días

y yo respondiendo como los soldados

–Mata mata

mientras el hombre del taller a mi padre

–Casi seguro que han sido los gitanos

que lógicamente son siempre los culpables de todo y por lo tanto degollar sus mulas, quemarles los carros, cortar las manos a las mujeres, esas manos largas, esas trenzas oscuras, esos perros cabizbajos, de pasos cortos, que las siguen, Su Excelencia con los dientes súbitamente enormes en la almohada, lacerando las sábanas con los talones

–Ay querida

mientras el hermano de mi padre a mi padre, la lucecita de la gasolina apagada, el motor más o menos, el hombre del taller

–Hasta aquí llegamos vamos a ver ahora lo del neumático

el hermano de mi padre a mi padre, divertido, mucho más delgado que él, apretándole la nuca con la palma de la mano

–¿De dónde has sacado un hijo negro canalla?

y yo pensando en mi madre que a esa hora debería mirar el dormitorio sin pensar en nada ni siquiera en el cansancio, ni siquiera en los dolores, ni siquiera en los gestos que le resultaba difícil completar, sentía los tobillos al fondo, uno al lado del otro, inalcanzables

–¿Serán míos todavía?

y la seguridad de que no pertenecían a nadie, esta respiración que sale de mi boca y solo a veces es mía, estos dos dedos de quién tocándome la cara tropezando con los huesos, descubriendo la sequedad de la piel, sorprendiéndose con nuevas arrugas, tan profundas, no soy así, no soy esto, el cencerro de una oveja en la calle pero cómo si ya no hay rebaños, en la época de mis suegros la aldea todavía viva, mujeres con cántaros haciendo equilibrios en la cabeza, mi hija tirándole trozos de ladrillo a una lagartija sin darle nunca, el hijo que trajo mi marido de Angola y no tuve que parirlo, solo aceptarlo, un niño que no huía de mí ni me buscaba, lo veía allí como parado en otro sitio, en otro espacio como yo ahora, si me llamase alguien de mi familia no sé si respondería, si por ejemplo mi padre

–Niña

tal vez no lo escuchase ocupada en observar el río desde la ventana, mi marido tranquilizándome el pobre

–Te vas a curar de las piedras no te preocupes

yo todavía capaz de sonreírle

–Claro que me voy a curar

apretándole un poquito el brazo

–Estoy bien

y es verdad, estoy bien, la primera noche que pasamos juntos él tan agobiado, tan tímido, pensando

–¿Y ahora?

pensando

–¿Qué hago ahora?

pensando

–¿Cómo lo hago ahora?

de forma que tuve que enseñarle lo que yo no sabía con la esperanza de que mi cuerpo lo supiera y realmente despacito mi

cuerpo una concha, realmente despacito mi cuerpo llamándolo, recibiéndolo, liberándolo de su miedo convirtiéndolo en mi miedo, liberándolo del temor a fallar convirtiéndolo en mi derrota, mi marido

–Querida

no como un hombre, como un niño pidiendo socorro

–Querida

aterrado de ahogarse en mí

–Querida

y yo, no él, susurrándole

–Amor

yo tan lejos, yo igual que mi hija tirando trozos de ladrillo a una lagartija sin darle nunca.

9

Y cuando no llegaba la columna de reabastecimiento debido a un puente que los guerrilleros habían volado o a un ataque o así, me impresiona este pueblo siempre desierto, estas casas vacías casi sin tejas amontonándose en el interior de sí mismas con la hierba creciendo entre las tablas del suelo y un gato observándonos antes de huir, sin ventanas ni puertas, a veces una dando golpes no se sabía dónde, de un lado a otro a pesar de que nada de viento y yo con miedo a los muertos que me buscan por ahí susurrando mi nombre, cuando no llegaba la columna de reabastecimiento, antes de comernos a los perros o los unos a los otros, pedíamos que nos mandasen un par de unimog, poníamos la radio en uno de ellos y a uno con la ametralladora en el segundo y salíamos de la alambrada con la esperanza de cazar venados o búfalos, no por los caminos claro, a campo través por el pasto y en las planicies con los motores gritando, se divisaban las tiendas de las compañías alejándose de nosotros por un claro de luna de gasoil que se iba volviendo más tenue, yo a la derecha del conductor y una sección detrás de mí agitándose desamparada en el asiento mientras el unimog atravesaba desniveles, relieves, fosas, de repente lucecitas de ojos pero eran animales pequeños o árboles deformes cuyas hojas brillaban, menos mal que mi padre falleció sin conocer la muerte del pueblo, ahí está en el cementerio al cuidado de mi prima que siempre lo saluda

–Tío

cuando limpia el panteón aunque hable más con mi madre claro, seguro que aunque una fuera y la otra dentro de la caoba no les faltan temas, yo por ejemplo

–¿Está bien el chico?

mi madre que si entro ni pía, de vez en cuando, y es un palo, burbujea en el ataúd alientos de huesos, qué más tiene ahora la pobre, huesos y un vestido que el tiempo habrá desteñido seguro, no le queda

ni una escobita para barrerse a sí misma de nuestra memoria, de cuclillas en un banco del huerto cosiendo bajo el níspero, hablando con nosotros sin levantarse las gafas, eran los ojos los que salían del cristal, mucho más pequeños que a través de las lentes, mirándome la barriga con disgusto

–Has engordado

porque desde que ahuequé el ala y sin su amor vigilante controlándome la vida empecé una espiral triste e irreversible de declive y miseria, mi mujer no es capaz de hacer iguales los platos que me gustan, no me frena tan bien las gripes con sopas de vino y no son solo las sopas, es la forma como me las da, ella o sea la vieja no entiende que el secreto está en la forma como nos obliga a comer, mi hijo que siempre ha sido muy sensible lo entiende, cogiéndolo por el lado izquierdo de la infancia se hace de él lo que se quiere, mi mujer siempre atenta

–Amor

gesticulando mientras yo, señalando a mi madre, la señalaba con una cara de

–La pobre

y mi madre saltando enseguida de las gafas

–Chica te apuesto lo que quieras a que el idiota haciéndome muecas

al principio creía que los motores de los unimog asustaban a los animales que vienen a beber a la orilla pero si no nos acercamos demasiado no les molestan, nos observan de lado, se olvidan de nosotros y eso es todo como no los asustan los cocodrilos junto a un tronco caído o una familia de perros salvajes apestosos corriendo, con las orejas tan agudas como los hocicos, el capitán enchufó un foco a la batería del segundo unimog examinando los alrededores, deteniéndose en un búfalo solitario que nos miraba mientras masticaba, ordenó

–Los ge tres en ráfaga

otros búfalos con crías, el macho que guiaba al grupo más arriba, atento, arañando el suelo, mi padre a mi madre

–Déjalo en paz

con las gafas insistiendo por un momento y desapareciendo ofendidas, sin las lentes su cara desnuda mamaíta, retrocediendo

perdiendo rasgos, qué ha sido de la nariz, de la boca, de las cejas plantadas al azar en la frente, el de la ametralladora articulaba el trípode en el asiento del unimog con el soldado ayudándolo con la cinta, una noche palabra de honor y qué grandes las noches en África, no pequeñas como en el pueblo, enormes, con el silencio dispuesto a abrirse en mil ruidos, un silencio ensordecedor que nos impedía escucharnos aunque nos fijásemos en cualquier rama sin peso que caía en la tierra, una noche palabra de honor descubrí a una leona agazapada, que ya ni corría, bostezando en el pasto y los perros salvajes a su alrededor sin que los ahuyentase, la sepultura de mi padre la segunda de la primera fila contando desde arriba o sea exactamente donde empieza la sierra, entre la sepultura y la sierra un muro y después enseguida árboles altos en el vértice de los cuales, a partir de noviembre, llegan las tormentas revueltas por ahí abajo que se deshacen en estruendos de piano cuyas teclas se rompen en una lluvia de notas, de cuerdas que se rompen y de martillos partidos, mi madre rezando a santa Bárbara, con el pañuelo perdido en la mano

–Dios mío

encendiendo una velita junto a la estampa, mi padre espiando al capitán en África, mi mujer tan joven por entonces, sin ninguna piedra, el día veinticuatro de cada mes, aquel en que nos casamos, la camisa de encaje, el cuerpo en forma de concha, el brazo en mi cuello y no importaba la luz apagada porque la farola de la calle iluminaba un poco la habitación, porque una rama de tipuana casi contra la ventana, porque ningún paso ni ninguna voz en el piso de arriba, ningún crujido de muebles, ningún ruido de tuberías, solo el eco de cada gesto tuyo, solo tus párpados caídos, solo nuestro miedo el uno del otro, solo mi madre observándome

–Chico

solo yo intentando convencerla

–Creo que no he engordado señora

solo mi sangre con fuerza en las sienes, mi deseo, mi terror, no vamos a morirnos nunca verdad, solo tú enseñándome lo que no sabía que sabía, no puedo, voy a poder, no puedo, sí puedo, tus rodillas, tus pies, el milagro vivo de tus pies primero lejos y después casi junto a

mi cara, y después en mis hombros, y después en mi pecho, y después junto a mi cara de nuevo, y después todo creciendo y vaciándose, creciendo y vaciándose, creciendo y vaciándose, y después

–Cógeme

a medida que voy a explotar, que exploto, que mi madre rezando a santa Bárbara, que me despein y tú

–Amor

incluso con sueño

–Amor

incluso con vergüenza

–Amor

y el brazo en mi cuello

–Amor

mientras el cerdo de mañana mastica trozos de manzana llenos de bichos, trozos de zanahoria pasada, agua con harina, cáscaras, huesos, restos, el cerdo devorando a mi madre, devorándonos a nosotros, el cerdo colgado del gancho gritando, el cerdo

–Amor

te juro que el cerdo

–Amor

aunque no lo creas el cerdo

–Amor

aunque mi cuchillo o el cuchillo de mi hijo

–Amor

el capitán

–Los dos unimog juntos

la ametralladora y los ge tres, la selva, el río, una docena de búfalos más allá inclinados sobre el agua, quietos, esperando como espera el cerdo, el capitán de pie en el unimog

–A mi orden empiezan a disparar

y los brillos del agua y los troncos enormes y una fruta cualquiera aplastada en la hierba y santa Bárbara y tal vez cocodrilos, clavículas de trozos de raíces en la superficie del agua, sin cuerpo, mi padre a mi madre o al de la ametralladora que sostenía la cinta, señalando a mi mujer y yo

–Déjalos en paz a los pobres

y de repente los dos unimogs bajando rectos, siempre en primera y con las luces largas, hacia los búfalos, balanceándose, torciéndose, casi volcando, enderezándose de nuevo, apartando ramas, rodeados por una nube de insectos y nosotros saltando del asiento, a punto de caernos, golpeándonos las nalgas contra cosas duras, hierro, madera, disparando al azar y las chispas, las explosiones, los silbidos, la ametralladora y los ge tres abriendo fuego en dirección a los animales, un cabo gritando, casi de pie

–Dales

los búfalos mirándonos sin escaparse, deslumbrados por el foco, la uzi del capitán también disparando, el segundo comandante

–No me gusta esta porquería hecha por los judíos si por casualidad nos chocamos con ellos en el suelo aunque sea rozarlos empiezan a cantar los hijos de puta

él de quien se contaba que mordiscos en las orejas de los caballos que no le obedecían, a cada rato se desataba la bota enseñándole el talón al médico

–Míreme la gota doctor dígame si no merecía estar en el hospital de Luanda esta guerra no la gana nadie

el capitán agarrado al asiento con el brazo izquierdo y disparando con el derecho, bailando como un espantapájaros de trapo con los saltos del unimog mis queridos padres por aquí todo tranquilo una vida tranquila paz y sosiego son unas auténticas vacaciones ninguna baja como es natural y todavía hay quien cree la propaganda de los comunistas basta tirarles una granada y los negros huyen que son todos unos cobardes, el psicólogo del hospital a nosotros

–¿Seguro que no exageran con los horrores?

y no exageramos señor, le aseguro que no exageramos, el único rollo es que estas vacaciones pasan rápido y enseguida estamos juntos de nuevo para que madre se pueda lamentar de que he engordado puesto que mi peso un drama para ella no para mí del mismo modo que la diabetes de padre una enfermedad suya no de él, a todo el mundo, ya se ha dado cuenta, le roba las desgracias señora, no olvido la forma como señaló a mi prima una balda del panteón

–Quiero esta

a lo mejor por el ventanuco a través del cual podía mirar la sierra y entretenerse con los pajaritos, los árboles y las jinetas que aparecían rondando los gallineros cuando en verdad no se va a entretener ni un pito porque usted no más que huesos burbujeantes y el vestido desteñido, la muerte se quedó con el resto empezando por sus ojos ya que las gafas no viajaron con usted, durante meses vivieron en el cesto de la costura con uno de los cristales pegado con cinta a la montura hasta que las tiré a la basura, mi mujer triste aunque casi no le hablaba

–¿No te da pena?

y yo respondiéndole

–Así no le agobia que yo siga engordando

aunque los cuellos de las camisas me sirvan y la hebilla del cinturón siempre en el mismo agujero, afortunadamente no ha tenido tiempo de alegrarse con tus piedras, de contárselo a los vecinos, de repartir consejos y órdenes, me han dicho que mientras estuve en Angola ella siempre de luto no por mí, por sí misma

–Hijo mío

con el mío mucho más grande que el hijo, la oportunidad para lamentarse con los vecinos

–Nosotros sufrimos más que ellos al menos yo sufro mucho más que el chico

y por lo tanto suélteme la mano, no me moleste, váyase a la mierda señora, los búfalos primero quietos, cabizbajos, después arrimándose los unos a los otros, blancos y negros en la claridad de los faros, los soldados, fuera de los unimog, corriendo hacia ellos y yo también corriendo, no les quemen los chozos, no les arranquen las orejas, no les corten las manos, tropezando en un bache, levantándome, otra vez corriendo, solo el de la ametralladora en el unimog, mucho más fuerte que los fusiles de los guerrilleros, moviendo el cañón de derecha a izquierda sobre nuestras cabezas, con llamitas rojas en los cañones mientras todo aquello, la máquina y él, saltaban, uno de los búfalos, una hembra, se puso de rodillas lentamente sin dejar de mirarnos, no había negros huyendo, no había cabañas, uno chocó contra el unimog

sin ser capaz de levantarse, un furriel al conductor

–Atropéllalo

que yo tardé en entender por culpa de los gritos, los perros salvajes nos espiaban a distancia, ocultos en el pasto, cuánto tiempo hace que mi mujer no, cuánto tiempo hace que nosotros no e incluso así una sonrisa pero tan pobre, solo un paréntesis a cada lado de la boca, ni te imaginas lo que cuesta tirar de los labios hacia arriba pero lo intento, al otro lado del biombo, vistiéndome sola antes de oíros hablar bajito, con mucho miedo, sobre el cáncer, me gusta la mariposa de metal en la chaqueta azul y vosotros ni caso, yo que he oído la muerte del cerdo y me callo, yo que tengo miedo de esta enfermedad y quiero creer en las piedras, estar de acuerdo con el médico

–Claro que sí las piedras

animarme con el médico

–Claro que sí esto se resuelve

el búfalo de rodillas, los ge tres y la ametralladora que no dejaban de cantar, el soldado una segunda cinta, el soldado una tercera cinta, los gestos y los gritos del capitán ahogados por las estampidas enormes y los claros en la oscuridad, mis oídos incapaces de escuchar, mi boca incapaz de hablar, yo a mi mujer aún no mi mujer

–¿Me permite que la acompañe?

y ella primero como si no me oyese, después oyéndome, después sorprendiéndose, después cabizbaja, un pelín dudosa

–Vale

un cocodrilo apareció lentamente y desapareció rápido en el lodo del río, con la mitad del ojo sumergido y la otra mitad fuera, el alférez que dirigía la columna de reabastecimiento escondido bajo una de las camionetas llorando de terror durante la emboscada, bañado en lágrimas, mocos, meado, polvo, agarrándose donde podía y un sargento dándole patadas, ni siquiera corremos riesgo palabra vacaciones divertidas, el sargento tirándole de una pierna

–Vamos cabrón

de manera que agarrarlo por los tobillos, colgarlo del gancho, empujar el barreño para la sangre, clavarle un cuchillo en el cuello y esperar a que poco a poco deje de retorcerse y se calle, yo a mi mujer

en el dormitorio del pueblo donde dormían mis padres cuando la casa aún olía a casa, todavía gente por la calle, todavía el cura los domingos en misa, siempre con chaleco porque la garganta floja, tropezando con el latín saltando párrafos del libro, el sargento al alférez

–Eres un mierda

el psicólogo del hospital a nosotros

–¿Eres un mierda?

y el capitán abriendo los brazos ordenando alto el fuego, ayudé a mi mujer a levantarse, a vestirse

–Estoy bien

con la alianza no en el anular, en el corazón para que no se le cayese, todo se resbala de los dedos, podía andar, calentar la comida, sentarse a la mesa con nosotros, servirnos, de joven fue profesora en la escuela y por lo tanto se sabía las sierras, los ríos, todos los verbos, al alférez de la emboscada lo mandaron al norte, la avioneta del correo se lo llevó sin que nadie se despidiese de él, al darme la mano puse las mías detrás de la espalda, el alférez

–¿No quieres saludarme?

no ofendido, aceptándolo, guardándose la mano inútil en el bolsillo en una especie de secreto

–A lo mejor me quitan los galones

y solo volví a verlo siglos después, un hombre cano como yo acompañado por una chica cuyos colores no combinaban los unos con los otros

–Mi hija

es decir el vestido, los zapatos, la rebequita, un óvalo de vitíligo en la mejilla izquierda

–Mi hija

ni siquiera parecida a él, pude darle la mano y él emocionado, daba las gracias, perdía pelo, se hacía la raya más abajo, trabajaba en seguros, me presentó al vitíligo

–Un camarada de la tropa

y la cara de la hija alerta preguntando en silencio

–No va a tratarlo mal ¿verdad?

y no voy a tratarlo mal no se preocupe chica, hace ya tanto tiempo, quién se acuerda, el sargento que le decía

–Eres un mierda

fallecido hace milenios, todo el mundo lo ha olvidado, mi mujer también en la cocina pero ahora solo nosotros dos, hasta parece que hemos vuelto al principio verdad, cuando todo era reciente entre nosotros, sin germinar, sin amargura, sin humedad en nuestras paredes, la vida en el bolsillo como una moneda nueva, ninguno de nosotros llorando debajo de la camioneta, tan conscientes de las alianzas Dios mío

(y tú ahora en el dedo corazón pobrecita)

que las veíamos incluso sin mirar, tan conscientes de ellas en el dedo, por la ventana nuestra hija fuera, acurrucada en una piedra junto al muro, nunca entendí su indiferencia, su silencio, si le preguntaba

–¿Dónde vives?

callada, qué sientes por nosotros, me pregunto si cuando mi mujer salía para hacer la compra el carrito de ruedas no era un disfraz para visitarte, nos acercamos y los búfalos huyeron, se quedó uno tendido de lado, mirándonos, al que la uzi del capitán obligó a dejar caer la cabeza e incluso con la cabeza caída respiraba, con una cría inquieta a su lado, manchada de su sangre, lamiéndolo y dándole golpes para intentar despertarlo, un bicho todavía sin cuernos también muriendo, se oían los ladridos de los perros salvajes en la selva, los motores de los unimog me ensordecían, los soldados, tres o cuatro, echaron los animales a un remolque y sus patas muy finas, me pareció que gente oculta en el pasto puesto que un temblor de hojas diferente al del viento, el médico dibujó un óvalo con el bolígrafo rodeando la mancha blanca de una radiografía

–No me gusta esto aquí en el pulmón

hablándome en un taburete de esos que dan vueltas, se da uno impulso con los zapatos y subía y bajaba girando, hay algo en mí que deseaba probarlo como, por ejemplo, me siguen tentando los toboganes y los columpios, nunca he perdido por completo la inocencia, yo más interesado con la perspectiva de dar vueltas que con

el vitíligo

–¿Ay sí?

y mi hijo, mucho más mayor que yo, censurándome con las cejas

–Padre

sabiendo que si por casualidad el médico saliese de la sala, llamado por una enfermera

–Le importaría venir aquí

porque un enfermo en cuidados intensivos o una duda de un compañero o algo de eso, yo me acuclillaría en el taburete, con el pretexto de una radiografía, para un viaje feliz en aquello, bailando a un lado y al otro fingiéndome pensativo, girándome hacia la ventana de este lado y hacia la puerta del otro

–No me gusta esa mancha en el pulmón

y la ventana y la puerta serias, pensando, mi mujer

–¿No puedes estarte quietecito?

desconfío que también con ganas de probar el taburete, a quién en este mundo no le apetece dar vueltas aunque sea unos centímetros, quién no guarda la infancia en el alma, como precaución, con los guerrilleros por todos lados, volvimos a la alambrada siguiendo un trayecto diferente bajo una luna mucho más grande que la nuestra en Portugal, rodeada por un halo de vapor, una extensión donde se ocultaban los animales, una gacela surgió al galope y desapareció de un salto, no exactamente galope, un salto, dos saltos, quedándose quieta un tiempo con las patas estiradas y el hocico encima flotando sobre el pasto, si al menos mi mujer flotase de la misma manera es lógico que las piedras del riñón no la podrían alcanzar, la prevendría

–No bajes no sea que te coja el riñón

porque si no nos acercamos a lo que tenemos dentro las enfermedades no nos afectan, las luces de la alambrada a lo lejos y alrededor las lamparillas pálidas de los poblados, seguro que los soldados durmiendo arrimados los unos a los otros, si fuese un guerrillero hacía volar todo aquello en un instante con un cañón y llevaba a la triste miseria a los centinelas de la Patria, tabiques de madera, conservas, perros esqueléticos, cajas de cerveza vacías, ni un taburete rotatorio, nada útil, mi padre mirando el pobre

–¿Es aquí donde vives?

y el cerdo de mañana comiendo alejando a los demás cerdos, sus pestañas, ya lo he dicho, transparentes, una mancha en la espalda, los dientes grandes, cuando mi hijo y yo volvimos del pueblo estábamos llegando a la alambrada subiendo la rampa que conducía a casa, el unimog del capitán delante con los dos búfalos muertos y el mío detrás sin ningún búfalo, disparando una salva de ge tres al aire, mi mujer, ya vestida, limpiando la encimera de la cocina con gestos circulares más lentos que antes porque algo, o sea una piedra que se ha escapado del riñón, dificultándole los movimientos, sus ojos, hasta fijarse en nosotros, desprotegidos, huérfanos, la soledad de los enfermos me conmueve y me asusta, hasta qué punto nos creen, hasta qué punto saben que mentimos, hasta qué punto entienden este teatro macabro, este optimismo idiota, esta alegría fingida

–Muy bien muy bien

y qué significa

–Muy bien

ahora que vas a morir, que solo unas semanas más, unos días tal vez, unas horas más y ya está, que el consejo

–No hables

porque hablar cansa verdad, ya que estamos con las manos en la masa aquí entre nosotros cómo me pasará a mí, no quiero saberlo, no me lo cuenten, también el riñón u otra cosa cualquiera, la garganta, la rodilla, esta molestia aquí

–No te preocupes que si no has perdido el apetito no es nada grave

pero el médico, serio

–Vamos a hacer unas pruebas

el médico no digo que simpático ni desagradable, digo que con una arruga pero a lo mejor la misma arruga para todos, a lo mejor padece de la vesícula o así

–Hasta que no tenga los resultados no puedo adelantar nada

y un apretón de manos en la despedida no enérgico, blando, los ojos clavados en mí que no entiendo lo que dicen, una mirada de reojo a mi mujer, una mirada de reojo a mi hijo, la boca a punto de una frase y arrepintiéndose, callándose, cinco días hasta que el laboratorio dé

los resultados, más cinco o seis esperando el diagnóstico de forma que el apetito desapareciendo por la angustia, beber agua todas las mañanas antes de pesarme de modo que aumenten los números que aparecen en aquel cuadradito entre los pies e incluso así trescientos gramos menos y los trescientos gramos aterradores, mañana en vez de media botella me bebo una botella entera, no hago pipí antes, reservo la caca para después, me dejo puestas las zapatillas que aunque ligeras siempre ayudan un poco, no me quito los pantalones del pijama, sigo con la cuchilla en la mano que aunque ligera no flota, el capitán a la tropa señalando los búfalos que Bichezas puso fuera

–Quiero esta carne salada

y los ojos de los animales abiertos, húmedos, el más pequeño con una mosca posada en el iris, todo come todo en este sitio, al menos nosotros en el pueblo solo nos comemos el cerdo, nos llevamos los restos, incluidos sus gritos, a Lisboa, mi mujer meneando la cabeza disgustada

–Qué horror

y sigue cosiendo, había veces en que me apetecía morirme, el pelotón que hacía guardia fuera de la alambrada volvía siempre antes del amanecer, empezaban a divisarse los árboles y el puesto de enfermería cuando una franja morada en el horizonte, los eucaliptos menos negros, las tiendas donde dormían los hombres más claras, el de la ametralladora que nunca hablaba con nadie, nunca sonreía, de rodillas en un trozo de lona lubrificando el cañón, el médico a mi padre

–Si le cambiamos el tratamiento a su señora puede ser que funcione en esto de la medicina a veces hay sorpresas

camillas con criaturas calladas, enfermos en una salita, con la cara en las manos, en bancos corridos, una anciana sacando una tartera y un tenedor de una bolsa de plástico intentando que una chica a su lado aceptase un cocido y la chica, siempre con los párpados caídos, empujándole el brazo con el codo

–Déjame

sin interesarse por los soldados que descuartizaban la caza, con la ropa de camuflaje pálida por el uso, los cordones de las botas de lona

sustituidos por cuerdas, mi mujer rechazaría también un trozo de lomo de búfalo como me rechazaría a mí si la tocase en la oscuridad

–Mira que tus padres nos oyen

o sea no

–Amor

un susurro cansado

–Mira que tus padres nos oyen

como si mis padres, muertos hace mucho tiempo, allá arriba en el cementerio, con los cipreses y los matojos de la sierra ensordeciéndonos, por no hablar de las comadrejas, de las jinetas, de los tejones, en el viento, aunque los muertos más atentos que nosotros, siempre acechándonos, envidiosos, alerta, pudiesen entender lo que fuera y qué sé yo si mi madre a mi prima cuando le limpiaba la sepultura

–¿Te parece que esos todavía tienen edad para esa poca vergüenza?

indignada conmigo, llenándose los ojos de enojo, mi hija espiándonos fingiendo que no le interesábamos, la mujer de mi hijo en el sofá, sin la amiga, aburriéndose con una revista que sacó del bolso mirándonos sin mirarnos, pensando en su marido negro que olía a negro

–Un negro que huele a negro

con desprecio, con odio

–Qué se me habrá pasado por la cabeza para casarme con un negrata ya veo cómo nos mira la gente con más pena de mí que de él

mi hijo que en su opinión debía estar en el poblado alrededor de la alambrada de espinos acercándonos latas oxidadas con la esperanza de un poco de sopa y de un trozo de pescado seco en lugar de sentarse a la mesa con nosotros, dormir en nuestras camas, ocupar el mismo espacio que nosotros, el capitán murió en una emboscada dos o tres semanas antes de irnos al norte, el fusil de los guerrilleros lo atiborró de balas, cayó de la mercedes con una de las órbitas vacías, vino a buscarlo el helicóptero, graduaron a uno de los alféreces, le pusieron los galones y lo olvidamos, todavía llegaron dos o tres avionetas de correos con cartas de la familia, después ninguna carta, después otro capitán que no hablaba con nadie, siempre en su escritorio

despachando con el sargento, ni una palabra a no ser una noche

–No estoy de acuerdo con esta guerra

y nosotros comiendo callados, la policía política vino en un helicóptero con insignias y un sujeto de paisano, con la pistola y las esposas en el cinto, un inspector o algo así, lo invitaron a hacer el equipaje, el capitán a ellos

–No necesito equipaje

y se marchó con el sujeto empujándolo

–¿No entiendes el ejemplo que das?

el capitán sin mirarlo

–Espero que sí

el piloto algunos gestos y los dedos poniendo unos cuernos cuando se levantaba el aparato, torcido como siempre, desapareciendo hacia el norte, qué le pasó mi capitán, cuántos años en el

–Comunista comunista

campo de S. Nicolau, en la Casa de Reclusión, en Caxias quizá, un jefe de brigada

–Ya no eres oficial chico podemos hablar sin problemas

y dos fulanos detrás respirándole en la nuca, mi nuera a mí

–¿Es verdad señor?

y aunque mi hija fuera junto al huerto distraída su expresión

–Cállense

el viento que llegaba de la sierra traía a los muertos mezclados con las mimosas, los robles, los cedros, cuando enviudó mi suegra se quedó a vivir con nosotros, con la ropa en la maleta bajo la cama porque cerrándola con llave nadie podía robársela, cuando la oíamos toser por la noche mi mujer

–Perdona

ya no

–Amor

claro porque las emociones se destiñen, el

–Perdona

que tal vez signifique lo mismo de otra forma aunque la otra forma duela, acompañada de una queja tímida

–Ya no somos los mismos ¿verdad?

y a lo mejor tienes razón, cómo ha podido pasar, no debemos de ser los mismos, cuando me tocas me quedo quieto en la cama, oigo a tu madre respirando, oigo el colchón, oigo su acidez

–Vosotros

y la oigo hablar contigo o con la cuñada que la visita de vez en cuando, cuchicheando de manera que no lo entienda aunque comprenda el tono y el hecho de que no le caigo bien, además nunca le caí bien ni siquiera al principio cuando yo tan solo un chico tímido, siempre con la chaqueta abrochada por respeto a ella y con las manos fuera de los bolsillos también por respeto, mi suegro que no me detestaba

–Siéntese

y yo apocado hasta que se me dormían las piernas, no me atrevía a tocarte si por un momento solos, no podía responder a tu sonrisa cuanto más imaginar que te acariciaba la mano, recuerdo un vestido verde que tenías, recuerdo tus piernas, recuerdo los pies que podían ser más bonitos, desgraciadamente nada grandes, no deformes claro, nada grandes a mí que me gustaban los pies mimosos y los tuyos un callo en el tercer dedo pero los aceptaba así, en medio de muchos otros los distinguiría enseguida porque deformaban los zapatos, quien no se fijase no se daría cuenta, el segundo comandante a mí

–Vamos a graduarlo como capitán en el lugar de aquel traidor para los tres o cuatro meses que faltan

y unos galones nuevos que lucían, no los míos de alférez, desteñidos, cada vez más guerrilleros lle, el segundo comandante dándome la mano

–Creemos en usted

gando de Zambia con morteros ciento veinte, cañones sin retroceso, instructores rusos según la policía política, unos prisioneros, traídos en la víspera, sentados en la tierra esperando, las camionetas que fueron a buscar agua al río volviendo, los dos helicópteros en la pista, el río Cambo más allá de los árboles con la balsa de cruzarlo en la orilla, la boa que se ahogó al intentar tragarse una cabra, con las patas de atrás colgadas de la boca, mi nuera a mí

–¿No ha traído nada que valga de Angola?

y la mano de mi mujer de repente sobre la mía sin que me diese cuenta porque tan suave, tan

–¿Me permite que la acompañe?

delgada y yo contento palabra, yo contento, yo

–¿Puedo tratarla de tú?

mi mujer, aún no mi mujer, sin responder, cabizbaja, tímida, pelo castaño, no negro, parecía negro, se miraba mejor y castaño, una vena latiendo en el cuello, las suelas evitando pisar las rayas que separaban los bloques de la acera lo que aún hoy te pasa, pasos largos, pasos cortos, la pregunta inquieta de vez en cuando

–No la he pisado ¿verdad?

a mí que ni siquiera había reparado en si la había pisado o no

–Claro que no

esto justo a la salida del médico, esto justo ayer al venir al pueblo, el coche a veinte o treinta metros de la puerta y tú más lenta que de costumbre, apoyada con fuerza en mi brazo, tú cansada

–¿No te peso mucho?

y no me pesabas mucho porque ya no pesabas mucho, porque las piedras del riñón se volvían poco a poco más ligeras que el agua, los otros alféreces al verme los galones nuevos

–Mi capitán

el primer sargento

–Mi capitán

los furrieles

–Mi capitán

los soldados rasos

–Mi capitán

el maíz que resonaba en la alambrada

–Capitán capitán

mi nuera encantada

–Señor capitán

y a pesar de todo esto un escalofrío extraño al ver al cerdo comiendo en la cochiquera y parándose de repente con una especie de lágrima en las pestañas transparentes.

10

Cuando le dije a Su Excelencia que probablemente tendríamos que quedarnos solos dos o tres días más en el pueblo tras la matanza hasta que llegase el neumático nuevo para el coche ella se levantó de repente mirándome con el odio con el que los soldados, yo era pequeño, invadieron el poblado gritando, disparando, incendiando, matándonos, es decir no exactamente personas, solo bocas y ojos gritando, dando órdenes, insultando, pisando, lanzando granadas ofensivas a las cabañas, destruyéndolo todo, Su Excelencia

–Vaya mierda

a pesar de la presencia de mi padre en la cocina, mi madre descansando en el dormitorio, mi hermana sentada en una piedra del corral sin mirarnos, por favor habla conmigo hermana, Su Excelencia

–Dos días en este antro ni te lo pienses

y los rasgos de mi padre bajando un poco, le gustaba el pueblo, mi abuelo lo llevaba de niño a las perdices, subían pegados a la pared del cementerio y se agachaban en un matorral de jaras con la perra respirando con la lengua fuera, Su Excelencia

–Ni te sueñes que me voy a quedar aquí

mientras la noche se transformaba despacio en mañana y un primer sol, verde claro, en las copas, mi abuelo con una gorra como mi padre y el cigarro apagado en el mentón

–Está casi

ambas gorras a la medida de un adulto o sea la que yo llevaba, con la visera rota cayéndome por las orejas, ojalá Su Excelencia corriendo entre las construcciones dándole órdenes a las sartenes de la cocina no los maten a los dos, una brisa se movía por las hierbas junto a la tierra, una noria lejana, los pinos de vez en cuando un crujido, mi padre ya con galones de alférez aunque niño y una rebeca vieja, de su madre, arremangada

–¿No oye?

y en verdad ruiditos en un boj, roce de plumas, gorjeos, suspiros, todo al borde del silencio, todo al borde de la nada, la cabeza de una perdiz entre dos tallos, a la derecha y a la izquierda, desconfiada, atenta, los dedos de mi abuelo apretando la muñeca de mi padre ordenándole

–Callado

y Su Excelencia de inmediato preguntándole, severa

–¿Está hablando conmigo?

en un tono que hizo desaparecer al bicho, mi abuelo molesto con ella

–¿Quién es esa?

mi padre que aún no la conocía, era una niña

–Qué sé yo

a medida que un caño de escopeta, no una ge tres, empezaba a alargarse sin prisa desde el hombro de mi abuelo, una segunda perdiz junto al sitio de la primera, una bandada de tórtolas cruzando el pueblo allá abajo, qué pena que ya haya pasado el tiempo de las cigüeñas, aquí todo flota, el índice de mi abuelo al que le faltaba la uña por un accidente de pequeño, no porque se la hubiera cortado un soldado, se acercó al gatillo quitándole el seguro, mi padre con ganas de taparse los oídos, la perra irguiéndose preparada para el salto, con las caderas más altas que el hocico, mi padre con los ojos cerrados por el miedo a las explosiones ordenándoles a los soldados

–Alto el fuego alto el fuego

al mismo tiempo que la perdiz desaparecía de repente, mi madre en la cocina a Su Excelencia

–Dos días no es mucho tiempo

con una voz que tardaba en llegar a las palabras, pronunciándolas casi sin tocarlas, he visto pianos que cantaban solos, he visto niños llorando sin sollozos en las sílabas, solo hablaban los párpados, mi hermana acercándose en el jardín, como de pequeña, a una lagartija que se metió por una rendija del muro, la perra trajo la perdiz que todavía agitaba las alas y mi abuelo se la colgó por el cuello de un ganchito a la cintura, vi a su vecino, un viudo sin familia, ahorcado así, con la cabeza de lado, girando junto al techo del sótano, girando

con su sombrero con palitos en la cinta, un zapato también girando sobre el suelo de cemento y el segundo descalzo, de lado, como un animalito herido, Su Excelencia

–Qué horror

con el ge tres en la mano, sin acordarse de mandar incendiar las últimas chozas, sin acordarse de sentarse en el unimog y huir no fuesen los guerrilleros a aparecer desde el río, el vecino de mi abuelo a mi abuelo, soltándose un poco la cuerda del cuello

–¿Esa quién es?

mientras mi madre respondía por él

–Nuestra nuera señor Barros

con el zapato de lado observándola, crítico

–Podía haberse arreglado mejor

porque el pelo mal teñido de rubio, porque el collar no pegaba con el vestido, porque odiaba el pueblo

–En cuanto muera el cerdo me marcho de aquí

echando de menos un sitio sin perdices ni jaras ni perras viejas, casi ciegas de un ojo, babeando alrededor de un pájaro muerto, mi abuelo a mi padre

–¿Vosotros en África teníais perros para traeros los muertos?

o los dejaban en los poblados, en medio de las cenizas, para que se los comiesen los insectos o los perros, o las hienas, Su Excelencia observando la máquina de café con una voz intrigada de niña que casi hacía que me gustase

–¿Por qué las cosas son más bonitas en los escaparates que cuando las tenemos en casa?

ayudando a la mujer sin manos a poner la mandioca en la estera y en esto me acordé de los mangos llenos de murciélagos y de una cabra preñada que alguien apartaba con el talón, no me acuerdo de que hablasen conmigo, me acuerdo de la lluvia a lo lejos pero mezclada con calles y casas, ninguna gallina minúscula, ninguna culebra, al final dónde estoy, búfalos trotando hacia el río, soldados de rodillas quitando arena alrededor de una mina, mi madre cambiando de postura, con una mueca de dolor, en su asiento, mi padre

–¿Te duele?

porque a veces una piedra, debido a la inclinación del cuerpo o así, se mueve y antes de alojarse en un sitio nuevo, buscando un hueco confortable, molesta, el médico a nosotros

–Esta última semana solo ha perdido medio kilo tal vez el nuevo tratamiento funcione

y mi padre de vuelta a la alambrada haciendo como que lo creía, mi hermana nunca le preguntó nada de nada, no venía a las consultas, no hablaba con ella, mi padre una vez

–¿No tienes interés por tu madre?

y mi hermana callada, a veces por la noche la sentía en la oscuridad caminando por la huerta intentando no pisar las plantas, por qué motivo habrá venido con nosotros al pueblo a ver la matanza, llegaba después que nosotros sin saludarnos, a veces un gesto con la barbilla y desaparecía, si mi padre la llamaba

–Hija

fingía no escucharlo o si no se quedaba clavada esperando hasta que la dejaba

–No es nada

sin atreverse a mirarla, casi escapándose de ella, qué habrá pasado entre ellos en Lisboa o aquí, cuando volvíamos al pueblo para la muerte del animal, todos los años un animal diferente claro y el animal de todos los años comiendo, comiendo, al principio me asustaban los gritos, me apetecía gritar a mí también y no podía como no podía gritar en África mientras arrancaban orejas y cortaban manos, tampoco podía proteger a la mujer que me metía en la boca el seno vacío ni al hombre que nunca me miró y que vivía con ella, siempre fumando una pipa grande con los compañeros, ese un tiro en la espalda seguido

–Traidores

de un tiro en la nuca, mi padre

–Yo no era mala persona ¿lo sabías?

y en realidad no se dirigía a mí, se dirigía a mi madre y a mi hermana, mi hermana como si no lo oyese o entonces un

–No me hable más cállese

en el interior de su silencio, el médico a mi padre

–Palabra de honor que me da pena que no crean en milagros

Su Excelencia con miedo

–No quiero que me pase lo mismo que a ella

y mi madre mirando a mi padre sin palabras, distraída, sin un gesto cómplice, sin ningún

–Amor

ausente, el padre de mi padre señalando a Su Excelencia con el cigarro

–¿Qué ha dicho esa?

mi padre enseguida

–Nada

de la misma forma que le mentiría si estuviesen los dos en el poblado, ante cenizas, manchas de sangre y animales degollados

–No sabía nada de esto

y yo sin pillar por qué motivo se había interesado por mí impidiendo que me hiciesen daño, me trajo a Portugal con la esperanza de que mi madre lo ayudase a ser también hijo suyo pero ahora las piedras del riñón, pero ahora la enfermedad, pero ahora la vecindad de la muerte se lo impedían, el camisón de encaje ya no existía o estaba en el fondo de un cajón que nadie encontraba pero sus brazos lejos de los hombros, pero el médico enseñándole más manchas blancas en el pulmón, en los huesos, en el hígado, pero

–Tienes que vivir sin mí no puedo

con la frase sustituida por lo que se imaginaba una sonrisa sin ser capaz de una sonrisa, mi padre que no me quería, me usaba con la esperanza de que lo quisiera, mi padre al mismo tiempo él y el cerdo que comía, comía, el cerdo que mataba mañana como mató en África a personas y cabras

–Quema quema

como me contó que vio a la policía política matar a prisioneros, como probablemente ayudó a matarlos, como mañana va a clavar el cuchillo y escuchar los gritos, los gemidos, las gotas lentas de las lágrimas, como abandonará a mi madre sola en el hospital en el instante de su muerte, como Su Excelencia con miedo si lo sentía cerca

–No

como pretende no escuchar si mi madre la llama, saliendo hacia el cementerio maldiciendo a los difuntos, como le agrada que Su Excelencia me desprecie

–El negro

como cuando la mujer de las manos cortadas con la que vivía le pidió

–Chindele Chindele

y fingió no escucharla, me miró y volvió a mirar para abajo, sentado en la espalda de la mujer como si no me viese, levantó la catana que estaba en el chozo en que vivíamos, recuerdo el olor del cáñamo, el olor de la tierra, de las gallinas sin cabeza pataleando en el suelo, cabras cegadas con alambres, una vieja con la boca abierta sin sonido, Su Excelencia a su amiga

–Hija

mientras le besaba el hombro, un te seis soltando ráfagas en un cultivo, la nuca delgadísima de mi madre lavando la loza del desayuno en el barreño, a mí mismo sentado por mi padre en el unimog, casi desnudo, descalzo, a Su Excelencia sobre mí

–Tan sucio

impidiéndome acercarme a ella, yo sucio, los soldados sucios, mi padre sucio, polvo, motores, explosiones, tablas que se rompían, los leprosos gruñendo junto al río, dos o tres pájaros esperando con el cuello pelado, mi madre sentada de nuevo, agotada, secándose en un pañito, el médico a ella

–¿Las pastillas no le han quitado los dolores?

pesándola en la balanza satisfecho con el resultado, enseñándole el gráfico que mi madre ni miró

–Treinta y seis kilos y medio más o menos el mismo peso

casi contento, casi efusivo, casi consiguiendo disimular las notas equivocadas de la voz, mi madre a la profesora de la escuela

–¿Qué tal mi hijo doña Cidália?

aprendiendo las letras con los niños más pequeños, hace un día con vvvvvviento a mí me gusta el vvvvvviento, la profesora con un lápiz clavado en el pelo cano

–Ahí va

y yo, mucho más mayor que los demás, consciente de ser negro, ocupando solo un pupitre minúsculo, dibujando letras torcidas en un cuaderno, dibujando números, la madrina del chico a mi lado a doña Cidália

–¿No lo puede cambiar de pupitre, y a mí me gusta el vvvvvviento, que le da miedo el negro?

casi empujándome con el, hace un día de vvvvvviento, paraguas mientras su ahijado se le metía entre las piernas escondiendo la cara en el vientre, a la hora de comer comía solo en un rincón con la cuchara, incapaz de sostener la sopa, se me metía entre los dedos, la cuidadora del comedor desconfiando de mí

–Es mejor hervir después los cubiertos quién sabe las enfermedades que tendrá

mujeres sin dientes serrados ni el pecho fuera, ningún hombre fumando en silencio sentado en el suelo, por la noche venían fulanos a buscar mandioca y a dar instrucciones junto al maíz, el cerdo de mañana en la cochiquera resoplando, resoplando, las palomas de Cardal Florido daban vueltas al pueblo, a veces, con el viento del este, se sentía el lago, es decir barro, musgo o eran los muertos del cementerio que hablaban con nosotros, Su Excelencia a mí

–Cuando mueran tus padres se vende esta casa

pensando en el dinero como si alguien la fuese a comprar, dentro de unos años aquí solo ladrillos y fantasmas, el de mi abuelo cazando perdices, el de la perra enterrado no sé dónde, las piedras de mi madre amontonadas en la tumba con la frase

–No me duele nada

respirándole encima, con su palabra

–Amor

que hemos olvidado, el médico despidiéndose de nosotros

–Lo siento mucho

no con bata, igual que nosotros, un hombrecillo cualquiera, si viviese en nuestro edificio no nos fijaríamos en él, nos lo encontraríamos cogiendo el correo del buzón, inclinado hacia delante separando papeles, un saludo vago y se olvidaría de nosotros, tal vez entreteniéndose un poco conmigo por ser negro

–Un negro

en ciertos momentos hasta la impresión de que mi padre

–Un negro

y toda África de vuelta en él, el alférez paracaidista, el otro llorando bajo la camioneta, el inspector de la policía política a mi padre

–¿De verdad se lo va a llevar?

y mi padre sin palabras porque ocupado cortando manos, cortando orejas, dejándome solo aunque haya momentos en que una persona necesita compañía ni que sea de un negro, alguien con quien enfadarse y a quien se intente querer, podía cuidarse a sí mismo a través de mí, cuántos años hace que mi madre no

–Amor

cuántos años hace que ningún abrazo, cuántos años hace que ellos, cuántos años hace que yo

–Padre

sabiendo que no soy su hijo, cuántos hace que mi hermana dejó de ser su hija, un día hablaré de esto, lo odia, es imposible que no lo odie como él se odia y debido a lo que le pasó a mi madre no

–Amor

mi hermana en mi trabajo

–Solo quería verte adiós

y alejándose por el pasillo, por quién venías todos los años al pueblo dime, para presenciar la muerte de cuál de nosotros, apoyada en la pared del fondo mirándonos mientras el cerdo sollozaba llamándonos, Su Excelencia intentando taparse los oídos

–No me toques suéltame no me toques

mientras la amiga le acariciaba la mano

–Vale vale

besándole la frente, los párpados, la boca

–Vale

mayor que ella, tal vez de la edad de mi madre, dueña de la tienda de ropa en que había trabajado en tiempos Su Excelencia, la amiga

–Pruébate este vestido preciosidad

con ella en el probador cerrado con una cortina, ajustándoselo mejor en la espalda, en el pecho, estirando el tejido para realzar las

nalgas, aprobándolo

–De muerte

arreglándole el pelo, tocando la bocina de la punta de la nariz

–Popó

con una risita no venida de la boca, de la garganta, con los ojos cerrados y los anillos temblando

–Ni te imaginas lo que me alteras

acariciándole la nuca

–La niña que no he tenido

Su Excelencia con los párpados caídos también temblando

–Me haces cosquillas

mientras la amiga le buscaba la raíz de las piernas

–¿También tienes cosquillas aquí?

el cerdo que venía mañana en una furgoneta, desconfiado, tosiendo, agarrado por una cuerda al cuello, con un barreño de pienso delante pero sin comer, inquieto, el segundo comandante en el tercer berliet después de que el buscaminas le diera un codazo mi padre señalando unos arbustos en el lado izquierdo del camino en dirección al norte

–Algo se ha movido ahí

yo sentado en el suelo a sus pies, con unas calzonas de camuflaje cortadas por el que lleva la máquina de coser que me llegaban a los tobillos y un sombrero de mi padre que me tapaba los ojos y en esto la polvareda de una mina, gritos de monos y graznidos de pájaros atravesando ramas por encima de nosotros, militares entrando en la selva y ge tres y granadas y una ametralladora girando e insultos y caídas y un chino con uniforme naranja y un cabo cayendo, ni te imaginas lo que me alteras, levantándose, cayendo, y una granada ofensiva y otro soldado pisándolo y otro soldado una patada en la granada a los tres segundos y a los cinco segundos una explosión en la selva y mi padre conmigo observando contento la cochiquera

–Un cerdo más grande que el del año pasado

que tardará más en desangrarse, en morir y por lo tanto más embutidos, jamones más grandes, chuletas para seis meses y si mi mujer ya no viva, y seguro que no viva, para seis meses y medio, alguien dijo, el médico, espero

–Carne de cerdo ni hablar pollo a la plancha

y un segundo sargento llamando a gritos al médico, Su Excelencia a la dueña de la tienda arrimando la nuca a la cortina buscando a la amiga con los dedos a ciegas, pidiéndole

–Más

mentira, sin pedir nada, un bazuca en la selva, dos bazucas en la selva, ramas rotas, caídas, la máscara de un arbusto cayendo, un negro arrodillándose despacito, Su Excelencia quejándose

–Debo de estar loca

no exactamente queja, una risita, no exactamente risita, hipo, un pie ya descalzo, con las uñas rojas, las uñas siempre rojas, rozando el suelo sin cesar, lo que me gustan los dedos de tus pies señores, retenerlos en mi boca, chuparlos uno a uno y sus caderas al aire, las nalgas al aire, la boca lejísimos de mí

–Ay madre

mi padre saltando de la camioneta ráfaga a ráfaga, mi hermana

–No

y mi padre

–Cállate

mientras el

–No

aumentaba, mientras el

–No

disminuía, mientras solo sus codos empujándolo, mientras algo de repente en algo, mientras la palma de su mano roja, mientras la cara de él arañada, mientras mi madre sin oírlo, oyéndolo sin oírlo, mientras un venado saliendo del pasto y desapareciendo más adelante, mientras yo callado dibujando letras en la escuela, una página de aes, una página de es, mientras doña Cidália con las gafas en mi hombro

–Muy bien muy bien

mientras yo negro, yo muy negro, mientras una mujer sin manos que primero me miraba y después dejó de verme, mientras el cerdo, que muere mañana, me comía, comía, tampoco tengo manos, no tengo orejas, casi no tengo cabeza, ya no tengo cabeza pero sigo viendo, el segundo comandante ahora con la pistola porque el ge tres se ha

atascado, el de la ametralladora por encima de nosotros, el de la munición solo con un hombro

–Hijos de la gran puta hijos de la gran puta

el curandero tumbado en la camioneta buscando los torniquetes en la mochila del enfermero, la dueña de la tienda a Su Excelencia

–Ay preciosidad

oliendo tanto a carne vieja, oliendo tanto a polvo de arroz, oliendo tanto a perfume de esos que se encuentran en los ascensores vacíos, pertenecientes a señoras de edad que seguro que ya fallecieron, un cabo con una uzi barriendo el camino tirando sobre los guerrilleros, tirando sobre nosotros, un herido sin una bota cojeando hacia mi padre

–Mi alférez mi alférez

el oficial de operaciones a gatas en la caja de la mercedes escondido en las manos, el médico a mi padre y a mí

–Cuando pase la matanza vamos a tener que ingresarla siempre hay cosas que pueden mejorar

la gorra de las perdices de mi abuelo todavía en el paragüero de la casa del pueblo, con una plumita en la cinta, la perra enterrada bajo el níspero, por qué motivo se entierra siempre a los perros debajo de los árboles, el helicóptero de combate surgió de repente dando vueltas sobre nosotros, queridos padres a veces jugamos a la guerra sin que nadie se haga daño claro unos hacen de blancos y otros de negros y todo acaba con una comilona de amigos nos han mandado aquí de vacaciones palabra de honor, mi abuela a mi abuelo

–¿Te lo crees?

y mi abuelo callado mientras los patos pasaban tocando la bocina en una especie de triángulo, con una hembra delante, en dirección al lago, mi madre en el hospital agradeciendo los melocotones

–Me estaban apeteciendo de verdad palabra

y no los tocaba, seguro que se los regalaba a una de las enfermeras cuando nos marchábamos

–Es una pena que se estropeen

el medicamento para los dolores la adormecía de vez en cuando, se despertaba con nosotros alrededor de la cama

–¿Hace mucho que habéis llegado?

mi padre rozándole la frente con la boca

–Acabamos de llegar

cuando no acabamos de llegar, llevamos ya un rato inclinándonos sobre su cuerpo devastado, mi hermana detrás de nosotros mirando por la ventana los edificios, las nubes, el aeropuerto a lo lejos

–El médico me ha asegurado que dentro de una semana me dan el alta

dos enfermas con ella en la habitación del hospital, una que dormía todo el tiempo, otra que nos preguntaba con el rosario entre los dedos

–¿No les parece que estoy mejorcita?

y ni mejorcita ni peorcita, se iba fundiendo en el colchón, a cada rato pedía la dentadura con la fantasía de ponerse mejor, más joven, con una sonrisa de mofletes, feliz, lo que mejoran el humor los dientes señores, un soldado le daba patadas al cadáver de un negro de bruces en el camino, con botas de loneta iguales a las nuestras en la punta de los tobillos flacos, Su Excelencia a mí, con un gesto panorámico que incluía la casa, la huerta, el pueblo, el cementerio, la sierra, los heridos que iban poniendo en camillas

–Te aseguro que no voy a quedarme aquí dos días mientras esperas la mierda del neumático

yo en el interior del berliet dándoles órdenes a los soldados, queridos padres ayer nos mudamos en un paseo largo pero sin ningún problema a la zona baja de Cassanje aún más tranquila que el este imagínense mi suerte un pueblo todo arreglado con docenas y docenas de mangos enormes en fila y plantaciones de algodón hasta el horizonte donde debemos permanecer bronceándonos panza arriba durante el resto de estas vacaciones, la enferma del rosario entre los dedos, la que debía de ser su hija, porque la nariz idéntica, sentada en una silla junto a la cama, también con rosario, que a cada poco le limpiaba la cara con la esquinita de un pañuelo, diciéndonos con señas que no, con las pestañas resignadas, cuando suponía que la mejorcita no la veía, con dos alianzas de viuda en la mano izquierda, tan sencillo morir, basta tropezarse con un cable, una enfermedad, un tiro de kalashnikov o de ge tres y listo, o si no ni eso, el camillero, con las

tripas al aire, ofreciéndoselas al médico de la compañía

–Doctor

que no se atrevía a cogerlas, tan pálido, queridos padres no se preocupen que no he sido yo ha sido un chaval de Matosinhos o de Póvoa casi siempre callado casi siempre serio recibía pocas cartas no escribía ninguna recuerdo que una tarde le enseñó el hilo que llevaba al cuello a un alférez si por casualidad me pasara algo le pido por favor, díganme sinceramente si no les parece que estoy mejorcita, que le mande esto a mi padre y ahora dos furrieles

–Que se joda que se joda

juntando a los muertos, se tiraba de una pierna, se tiraba de un brazo, se envolvía lo que quedaba en tela de tienda, queridos padres qué trabajo tan fácil no protestan no se niegan no se enfadan lo aceptan, el psicólogo del hospital levantándose de repente del círculo de sillas

–¿Pueden callarse?

y el problema era que no podíamos callarnos tal como las tripas no podían dejar de escurrirse de los brazos, tripas como las del cerdo de mañana, tripas vivas, una especie de culebras interminables deslizándose sin parar, heces, sangre, membranas, el segundo comandante vomitando, el oficial de operaciones escondido bajo la tela de una tienda

–Déjenme en paz déjenme en paz

mi madre a él

–Amor

intentando ayudarle tirando de él, tranquilizándolo

–Ya se ha acabado ya está ya está

y mi padre parecía que llorando imagíneselo, qué estupidez llorar, sin apuntar a nadie con el arma, con la cara escondida en la almohada y al levantar la cara

–Perdona

queridos padres volvemos dentro de tres meses me gustaría tanto echar de menos la casa del pueblo y no la echo echarlos de menos y no los echo volver a cazar perdices y no soy capaz de cazar de deciros y no os digo confesaros y no confieso el de las tripas se llamaba

Lourenço da Conceição Mendes y a cierta altura de repente se calló con lo que le quedaba de las entrañas esparcido en la tierra se mete otra vez todo dentro de la barriga se cose no importa con qué hilo y se olvida

–Aplástale la cabeza a ese negro con la culata aplástasela aplástasela

el segundo comandante sentado en una raíz

–No puede ser no puede ser

pero al final podía mi comandante, podía, qué gracia los negros por dentro igual que nosotros, la misma carne, las mismas vísceras, los mismos, palabra de honor, huesos, perros salvajes al fondo espiándonos, alineados, quietos, moviendo solamente las orejas, el psicólogo del hospital al círculo de sillas que volvían poco a poco a las camionetas

–¿Pueden de verdad callarse?

yo con cinco, o seis, o siete años, no lo sé, Su Excelencia despreciándome

–Tú

doña Cidália contenta conmigo

–Si sigues aprendiendo así dentro de nada eres blanco como nosotros

es decir letras, números, algunas palabras ya, a Clara le gustan mucho las palomas, qué bonito es el triciclo de Antoninho, frases, en los bolsillos de un negro con una ropa de camuflaje diferente de las nuestras una máquina fotográfica, papeles, líneas escritas a lápiz en páginas arrugadas, un sobre con fotografías de la alambrada de espinos, marcadas con flechas y círculos y el lugar del polvorín en rojo, el segundo comandante al capitán

–¿Cómo han conseguido esto esos cabrones?

el capitán

–Si no salimos rápidamente de aquí van a volver

las municiones del bazuca se están acabando y las ametralladoras, todo bien queridos padres todo bien, se han averiado, cuenten los hombres que todavía tenemos con posibilidades de saltar por la selva, hace media hora el catorce dijo que había dos pelotones de camino mientras el helicóptero iba y venía llevándose a los heridos y los

muertos esperaban unos sobre otros mezclando miembros, trapos, rasgos, mientras mi madre

–Hijo

me llamaba desde la cama de su dormitorio del pueblo, la cama de mi bisabuelo, la cama de mi abuelo antes de convertirse en la cama de mi padre, donde uno de ellos al otro

–Te quiero

o ninguno de ellos al otro

–Te quiero

o ambos en silencio pensando que

–Te quiero

y en realidad solos como Su Excelencia me dejará solo esperando que el hombre del taller me arregle la rueda cuando ya nadie de mi familia en el pueblo excepto los muertos, que no pertenecen a la familia de nadie, en la sepultura del cementerio en la ladera de la sierra, en medio del olor de las jaras, del olor de las zarzas, de los pinos donde la luz se pierde, de la oscuridad llena de los animales imposibles de la noche que el psicólogo del hospital intentó apartar

–Cállense

sin poder apartarlos porque siempre vuelven, se quedan con nosotros, no nos abandonan nunca, mi padre a mi madre que no lo escuchaba

–Perdona

saliendo del corral en dirección al cerdo, que mataremos mañana, comiendo, comiendo, el cerdo para quien nosotros no existimos todavía, existiremos solamente dentro de unas horas, sin dejar de comer no solo el pienso, no solo las cáscaras, no solo los restos que le dan, nuestros restos que le dan mientras la enferma en la habitación preguntaba con el rosario entre los dedos

–¿No les parece que estoy mejorcita?

disuelta en el colchón, con la dentadura postiza con la esperanza de ponerse mejor, con la esperanza de vivir, con la esperanza de que nadie se la llevaría de allí lejos de nosotros, con la esperanza de quedarse para siempre con nosotros, con la esperanza de sonreírnos cuando ni siquiera nos sonreía, nos miraba con timidez, con miedo,

con pavor

–Ayudadme

como mi padre a mi madre

–Ayúdame

como yo a Su Excelencia

–Ayúdame

y qué inútil pedir

–Ayúdame

si estamos solos, si mi madre a nosotros

–Se acabó

desapareciendo por la cancela de camino a la carretera de abajo donde nadie más la vería.

11

Mandé a los soldados hacer para el niño una cama con hojas de palmera, que puse en la tienda de los oficiales al lado de la mía entre los carteles de señoras desnudas que sonreían todo el rato enamoradas de nosotros, pero sabía que se pasaba la noche entera sentado, inmóvil, con un trozo de mandioca pegado al cuerpo, mirándome en la oscuridad, impasible como durante el ataque cuando entramos de repente, pegándole fuego al poblado, minutos antes de la mañana, al otro lado del río, con el helicóptero de combate de los sudafricanos detrás y el tirador que no hablaba con nadie, ni con sus compañeros, se paseaba por la alambrada con las manos en los bolsillos y una especie de panamá en la cabeza, casi apoyado en el piloto, casi con las piernas fuera, eligiendo los objetivos uno a uno, este hombre, aquel y el niño sin evitarlo, quieto, con el pelo desteñido por la comida que no tenía y la barriga hinchada de hambre, con el ombligo para fuera, parado entre dos chozos sin preocuparse por las llamas, los balidos, los gritos, viendo a su madre arrastrándose a gatas hacia él, rodeada por las balas, sin poder alcanzarlo, al padre que intentaba defenderse con un trabuco roto, a un viejo medio ciego, con la mitad izquierda de la cara más larga que la derecha y las encías enormes, que le alcanzó el tobillo, se durmió enseguida con la palma de la mano abierta, acabó olvidándolo y todavía debe de estar allí si las hienas y los perros más interesados por descuartizar cabras, el chico que hasta hoy, ya hombre, no ha dejado de mirarme con curiosidad ni odio ni buscando entender, mi abuelo a mi padre, acercándole la punta del tenedor por encima de las perdices

–Ten cuidado con los perdigones de la escopeta que el dentista ya no vuelve hasta abril

el chico que hasta hoy, ya hombre, no ha dejado de mirarme sintiendo no sé qué, pensando no sé qué, sin tocarme ni abrazarme nunca que los negros no tocan ni abrazan, mi padre cogiendo con

cuidado un perdigón redondito de la lengua, aplauden cuando los respetan

–Eh

no se fijan cuando los desprecian, mi mujer a mí en el salón, espiando la puerta ella que siempre fue cuidadosa

–¿Crees que el pequeño nos considera amigos?

y a lo mejor sí, no lo sé, porque si se ponía enfermo nos cogía de la muñeca al inclinarnos sobre él, tan cansado en la cama, tan solo, tan lejos, parecía con miedo de que nos marchásemos y volviesen los soldados, tantas orejas cortadas, tantas gallinas tambaleándose sin cabeza, tantas manos que no existen, tantas ratas hambrientas subiendo del río, será que los negros tienen cosas parecidas a las nuestras, será por ejemplo que se alegran, que sufren, a veces nos saludaban en el poblado alrededor de la alambrada

–Eh

sonriendo pero sería una sonrisa Dios mío, sería por casualidad una sonrisa, mi mujer al principio si le hacía una caricia, estudiaba enseguida los dedos para comprobar si manchados, la primera vez que probó a darle un beso en la frente se entretuvo en el espejo comprobando si los labios iguales, de hecho le parecían iguales y sin embargo juraría que el olor diferente, extraño, desagradable, no de persona, de animal, una tarde de repente, sin razón alguna, el chico a ella

–Madre

como a mí

–Padre

durante una bronquitis, aún con tos, y nosotros observándonos el uno al otro, cortados, perplejos, mi mujer sin orejas ni manos, yo bajo una viga de chozo todavía ardiendo, el piloto señalando al artillero una cabaña casi intacta en cuya entrada una mujer rezaba de rodillas antes de levantarse en una especie de salto desarticulado para tumbarse en el suelo, dos o tres días después de regresar a la alambrada vimos al artillero paseando solo por la arena, con el panamá en la cabeza y un botellín de cerveza en la mano, sin fijarse en nosotros, se levantaba, se sentaba, se levantaba de nuevo

observando la llanura charlando conmigo incluso en una lengua que yo desconocía, mi mujer al chico, casi abrazándolo

–Hijo

abrazándolo

–Hijo

no con el camisón de encaje, vestida, y no

–Amor

como a mí al casarnos, ayudándome a, recibiéndome, ella al niño

–Hijo

el artillero del helicóptero de combate se tumbó en su litera en la tienda de los oficiales, con los carteles de las mujeres sonriéndole todo el rato, rubísimas, ahuecó la almohada, sacó la pistola de la cartuchera, le quitó el seguro, arrimó la punta del cañón al punto donde la garganta se transforma en barbilla, dijo

–Buenas noches señores oficiales

a nosotros y casi toda su cabeza en el techo, trozos de sesos, de cartílagos, de dientes, de huesos, de sangre también en el tejado de zinc y el pecho encogiéndose y dilatándose todavía respirando, la pistola un segundo disparo al caer al suelo, mi mujer a mí cogiéndome por el hombro

–Duérmete

no

–Te quiero

claro

–Duérmete

porque a lo mejor mis facciones también en el techo, cuando las limpien el cerdo de mañana podría comérselas, las botas del artillero de repente tan quietas, tan grandes, las canillas flacas, ningún anillo en el dedo, una tarde un soldado nuestro empezó a andar siempre caminando, lo cogieron en el marjal con el agua por la cintura, rodeado por un coro de ranas

–En media hora estoy en casa dejadme

librándose de nosotros, no luchando con nosotros, creía él, en un pueblecito del norte casi en la frontera con España, muros de piedra, capillitas, jinetas, la mitad de una santa en un ataúd con un jarroncito

de cristal y un primo que no hablaba, no comía solo, no entendía las órdenes y dormía con su madrina, enorme, obediente, callado, mi mujer a, hace un día de vvvvvviento y me gusta el vvvvvviento, mí

–¿No habría sido mejor dejarlo en África?

el niño en el suelo, no en una silla, comiendo con los dedos, me lo llevaba conmigo a la selva por miedo a que los soldados, por miedo a no encontrarlo cuando volviese

–¿El chico?

y silencio, uno de los cabos conductores sin mirar a nadie

–Debe de haber salido sin que nos diésemos cuenta

y claro que no ha salido sin que nos diésemos cuenta, la tienda de los oficiales vacía, aquí no queremos negros, duermen nuestro sueño, se comen nuestra comida, nos odian, antes o después, es cuestión de tiempo, va a vengar a su padre, va a vengar a su madre, trae con él a los guerrilleros y nos apunta uno a uno, conoce el sitio de los morteros, conoce el polvorín, mete una granada dentro, mi mujer ya no

–Amor

a mí, dónde habrá ido el amor, cómo palidece todo el tiempo Dios mío, pero a él

–Hijo

y la gente riéndose de mí por la calle

–¿Hijo?

y después ya dibuja las letras, ya habla del vvvvvviento, empieza a engordar, a crecer, a tener opiniones, a desobedecernos, el doctor del hospital

–¿Le da miedo su hijo?

y qué sé yo si no habrá sido él quien ha puesto las piedras en el riñón de mi mujer y después acabará conmigo, el comandante de los helicópteros sudafricanos a mí si te preocupas te mueres, si te preocupas te mueres por lo tanto para qué preocuparte y después una especie de sonrisa, si me preguntan si quiero o no al niño no puedo responder, lo quiero, no lo quiero, lo quiero, no sé para qué preocuparse, el artillero

–Buenas noches

y después todo su cuerpo saltando en el colchón aunque solo una pequeña parte en el techo, lo demás tranquilo, las canillas, las botas, la piel pelirroja de las piernas mientras el cerdo de mañana sigue comiendo, por qué no, si se preocupase moriría, si no se preocupase moriría y por lo tanto por qué no comer, sus ojos rojos, sus ojos muy rojos, los árboles curvados bajo el helicóptero, llenos de un viento solo suyo, a veces un bazuca derribaba un tronco y una mujer ofreciéndonos un bebé antes de caerse con él, quitando las explosiones nada de ruido, una vieja apoyada en un palo que tardaba en arrodillarse, es decir se arrodilló despacio y así se quedó hasta que salimos del pueblo, murmurando sola no palabras claro, esos susurros sin nexo de los negros porque, como insistía el sargento, no son personas mi alférez, convénzase de lo que le digo nunca han sido personas, de repente un jabalí atravesó el poblado corriendo y el artillero a él

–Buenas noches

también, el cerdo de mañana comiendo y el comandante de los sudafricanos bebiendo, bebiendo, no whisky, no vino, no cerveza, licor de palmera como los negros, licor, licor

–¿Para qué preocuparte?

nunca lo probé, nunca quise, ni una cabra, no sobró ni un chucho, si pudiese mandaría hacer camas de hojas de palmera para todos, si pudiese dormiríamos hasta que no hubiese África y en esto el psicólogo del hospital

–Cállese cállese

el psicólogo del hospital

–¿Le da miedo su hijo?

qué sé yo si no habrá sido él quien ha puesto las piedras en el riñón de mi mujer y después acaba conmigo, el comandante de los helicópteros sudafricanos si te preocupas te mueres, si no te preocupas te mueres, por lo tanto para qué preocuparte y después una especie de escalofrío, en el caso de que me pregunten si quiero o no quiero al chico no puedo responder, si le cortase uno de los brazos me pregunto si él entendería lo que siento, creo que sí, creo que

–Padre

e ignoro por qué pero contento, mi mujer comenzó a acordarse de nuevo del camisón blanco, empecé a encontrármelo sobre la cama antes de acostarnos, a verla lavarse los dientes por la noche, ella ya vestida, sonriendo en el interior de la espuma, los negros se frotan los dientes con un palito, no con un cepillo, veo en vuestros semblantes la alegría etc mientras la lluvia no dejaba de caer en Lisboa, en Angola vi el camión con nuestros ataúdes, mi mujer a mi lado en el dormitorio, su voz bajita

–Con la luz encendida me da vergüenza

mientras que con la luz apagada un suspirito

–Amor

un brazo en mi cuello, el cuerpo quieto esperando, el capitán golpeando con la culata al soldado del pelotón de morteros que se negó a salir a la selva y él a gatas en el suelo mientras mi mujer

–No me hagas daño

no

–Amor

mi mujer

–No me hagas daño

porque a veces mi rodilla le dañaba la pierna, porque uno de mis codos agudo en su hombro, porque le tiraba del pelo, porque le pisaba un pie, porque mis dedos con demasiada fuerza en su piel, porque yo siempre con miedo a ser expulsado, porque tus cejas circunflejas sobre los ojos cerrados, porque los carteles de mujeres rubias de los soldados me distraían, porque las camas de los oficiales temblando, porque un soldado muerto, no muerto durmiendo, que tumbé a mi lado, porque el cerdo y yo comiendo, comiendo, porque los te seis con el napalm en el Chalala Nengo, porque a veces, palabra de honor, no me importaría morir, porque despertaba en medio de la noche en Lisboa buscando el arma, porque recados en el camino Deserta deserta y yo mirando los papeles escritos a lápiz Deserta, porque los perros intentaban robarnos la comida, saltaban encima de la mesa y huían con ella pasando la alambrada y escondiéndose entre los tallos de cáñamo, a la entrada de las chozas, que se fumaban en las fiestas de las muertes a las que asistían los difuntos con los ojos abiertos, sentados junto al hechicero,

envueltos en una tela del Congo llena de moscas y larvas y en esto el chico a mi lado de repente

–Padre

en medio de los tambores y los bailes, él

–Padre

en cuanto, sin ninguna entonación, casi apoyado en mí, me cambiaba de sitio él se cambiaba de sitio, si andaba él andaba a mi lado, si tenía que ir a la selva apretaba el cuello de un soldado pasándole el ge tres por delante de la cara

–Si no está cuando vuelva lo pagarás tú

aún hoy no sé por qué razón, tal vez me sentía solo y era como ser dueño de un animal que aunque no hablase siempre era mejor que nada, mi padre heredó la perra de mi abuelo para ir de caza, yo tuve que disparar una ráfaga a la espalda del negro que llevaba al niño para quedarme con él, le di un golpe en el pecho, me di un golpe en el mío como hacen los angoleños, el chico me miró y ya está, uno de mis camaradas

–El niño va a apestar la tienda

pero tras una mirada se cortó, lo dejó, un cerdo va a ser apuñalado mañana y yo en una columna hacia Chiúme con Pedro Afamado en los arbustos de las máscaras, lo mejor es dejarlo comer apartando a los demás animales enseñándoles los dientes, mi mujer asustada

–Has puesto una cara de furia tremenda

y yo apartándola con el hocico, empujándola con el lomo, subiendo a la mercedes con un furriel con una ge tres y el cabo que vigilaba la selva por mí, luchando contra las ganas de apoyar la cabeza en el pecho de mi mujer, de acariciarle el cuello, de pedirle

–Perdona

impidiendo que muriese apuntando al médico con la walter

–No quiero ni una piedra dentro de mi esposa cúrela

de forma que volviésemos a pasear por el barrio después de cenar, en agosto, entreteniéndonos ante los escaparates ya apagados mientras la noche, mientras todavía no la noche, mientras solamente nosotros dos, mientras tus pies caminaban también en mi interior con una levedad secreta mientras te explicaba en silencio

–No te lo he dicho nunca pero yo

mientras cuchicheaba

–Creo que he tenido suer

mientras me esforzaba por susurrarte

–Amor

y no era capaz de susurrarte

–Amor

no fui capaz nunca, imagínese qué narices, de susurrar

–Amor

así explicado parece idiota, perdona, pero yo

–Amor

de verdad, te juro que

–Amor

de verdad, no te rías de mí pero esas palabras cursis de mujer en mi boca

–Amor

ser capaz de pronunciarlas antes de llegar al treinta y ocho, es decir a la puerta de casa, treinta y dos, treinta y dos A y no salía, yo expresando el

–Amor

y el

–Amor

nada, la boca se negaba, la lengua inmóvil, el ultramarinos y la agencia de viajes cerrados, el edificio con andamios donde vivía una prima lejana de mi madre y un perro siempre con bozal, infeliz por no poder ladrar que se le notaba en los ojos, resoplidos indignados, no había tronco en el que no soltase media docena de gotas sin alma, entré una o dos veces y persianas bajadas, tristísimas, ocupadas en conservar disgustos misteriosos, de esos que se esconden por vergüenza o pudor, la prima de vez en cuando un suspiro largo y por lo tanto en mi opinión melancolías remotas, muertes, lutos, deudas en la carnicería, humillaciones, quien no sufra en esta vida que levante el dedo, madrastra para todos, la prima de mi madre una arruga de eternamente conforme a la que, a fuerza de no ser feliz, nos hemos acostumbrado qué remedio, bien vistas las cosas es menos malo que

morir, me faltan dos edificios para decir

–Amor

y ojalá sea capaz, hay criaturas para las que no constituye un esfuerzo y para otras, como yo, un jaleo, nunca fui de expansiones, siempre me guardé las penas, una mañana, en la columna de reabastecimiento, hasta el capellán saltó con una mina, se quedó un rato a gatas en la arena buscando sus gafas, afortunadamente nadie disparó desde la selva, debía de ser un artefacto antiguo, olvidado, que hizo explotar un neumático sin molestarnos mucho y solo después de descubrirlo se quejó del tobillo izquierdo, el enfermero le puso una venda y el capellán dio la misa casi sin cojear, solo algo de patinete, con uno de los ojos más grande que el otro porque uno de los cristales se torció, el soldado al que instruyó el médico para sacar muelas los puso derechos con los alicates, por lo menos no fue necesario clavarle una rodilla en el pecho ni guardar ningún absceso en una compresa, un mulato pasó a nuestro lado en bicicleta, silbando y aproveché el silbido para un

–Amor

susurrado, discreto, mi mujer que no lo entendió

–¿Has dicho algo?

y yo callado claro, hay palabras que no quedan bien repetidas, pierden el color, y entre un

–Amor

pálido y nada siempre es mejor el silencio porque siempre podemos meter dentro lo que nos apetezca, mi mujer en aquel tiempo todavía no las piedras, algo más gorda también porque con la edad se va perdiendo ligereza, los pasos más hondos, la cintura que desaparece y después con el nacimiento de mi hija, sospechará el cerdo lo de mañana, el camisón le tiraba en las costuras a no ser que no respirase, incluso con todo el aire fuera de ella se le notaba algo de barriga, si la conociese ahora no le pediría permiso para acompañarla aunque mi raya en el pelo más abajo y algo de papada, no me digan que estoy igual, no lo estoy, basta con mirar el cinturón, dos agujeros más, me acerco a la muerte a través de sutilezas así, lunares en el dorso de la mano, arrugas en los párpados, un diente sin brillo, la falta de

pasamanos en la escalera que antes ni nos fijábamos, el peso de los zapatos aumentando y por lo tanto imposible subir dos escalones juntos, hasta uno sabe Dios, a partir del tercero empezamos a contarlos, a partir del sexto o séptimo el pretexto de que no sé si me habré olvidado las llaves en casa para rebuscar en los bolsillos y dar tiempo a que el corazón afloje un poco, menos fuerte en las sienes, menos rápido en el estómago porque con los años el pobre va bajando, se enreda en las tripas, se queda latiendo abajo, debería haber suspensorios que levantasen el alma, debería haber una marcha lenta y tranquila que dé esperanza a la vida, veo en vuestros semblantes la alegría de durar un mes más o dos, en casa, en zapatillas, atentos a las miserias del organismo, ya ningún codo a mi alrededor, ningún beso en la oreja, los pelos enormes de la nariz dentro del espejo que aumenta y la tijera pequeñita que no acierta, cómo saltar de un helicóptero, cómo invadir un poblado, cómo cruzar un río y probablemente tiros, probablemente granadas, probablemente guerrilleros esperando en la orilla, probablemente cocodrilos deslizándose de sí mismos hacia el agua, probablemente leprosos al sol en la arena, también sin manos, también sin orejas, en equilibrio sobre sus propios muñones tirándonos terrones de tierra o huyendo de nosotros, mi mujer, embarazada de mi hija, caminando sin elegancia con los tobillos hinchados y durmiéndose por los rincones, con el pelo fatal, sin pintarse, con una bata vieja que se destiñó no sé dónde y el recuerdo de los carteles de las mujeres de Angola se notaba que con pena de mí, se plantaba en el sofá a observar la pared, acomodada sobre los cepos de los pies hasta que una cosa peluda, una hija que no me apetece tocar, metida en una cesta molestando toda la noche como los murciélagos en Angola de mango en mango, los te seis venían del norte a bombardear con napalm a la gente de los poblados y la ropa ardiendo, los rasgos, los gestos, un piloto no quiso salir del aparato después de aterrizar

–Los muertos van a matarme amigos

lo trajeron de arriba arrastrando mientras él insistía

–Van a matarme

mi hija muy fea, aún hoy fea, me evita desde niña y sin embargo

todos los años presente en la matanza, mi madre

–¿Qué le pasa a tu padre?

y silencio, es evidente, se escapa al cementerio o a la sierra sin miedo a las jinetas, a los jabalíes, a los perros sin dueño que buscan gallinas entre el pasto, en invierno rondaban los gallineros porque por la mañana huellas en la escarcha, la mula de un primo de mi padre en un talud, solo huesos, casi sin dientes en las mandíbulas enormes, había veces que escuchaba su trote afuera, alféreces sacudidos por el paludismo vomitando en el suelo aquel sudor podrido de los enfermos, el médico le puso una inyección en la enfermería al piloto que gritaba

–Voy a arder voy a arder

como ardían los negros, ardían los perros, ardía un viejo rodando por el suelo, mi hija a mi hijo

–¿Va a ser este año cuando por fin mates al padre que mató a tu padre con el machete?

y no lo era, siempre el cerdo, sangre de un animal, no mía, en el barreño, gritos de un animal, agonizando, ojos ciegos de animal, tampoco míos, en el sótano y mi hija, claro, enfadada con el hermano que no era su hermano

–No eres hijo suyo ¿cuándo vas a entender que no eres hijo suyo cuándo vas a entender que mató a tus padres?

de repente crecida, furiosa, dándole puñetazos en el pecho

–Mató a tus padres

y mi hijo callado pensando, mi hijo

–¿Mató a mis padres?

recordando las manos cortadas, las orejas cortadas, al hombre que vivía con su madre de bruces en el suelo, la mitad en una estera de mandioca y la otra mitad en la hierba mientras yo cogía al chico por el hombro avisando a los soldados

–No se toca

no por amor a él, para demostrar mi autoridad

–No se toca

por egoísmo, por ganas de que recuerdes siempre lo que hice y no te vengues nunca, y lo aceptes, es la guerra no, recibíamos órdenes no, el capellán

–Dios mío

mi prima extrañada

–¿Todavía te acuerdas de todo eso?

y cuántas veces por la noche me sigo despertando con la ametralladora de los guerrilleros en la pista y después un mortero, después un segundo mortero, mi nuera a mi hijo, sacudiéndolo en la cama

–¿Qué ruido es ese que no me deja dormir?

balas que hacían vibrar alambres sobre nuestras cabezas, el psicólogo del hospital en el círculo de sillas asombrado con nosotros

–No siento nada

aunque uno de mis camaradas a él tirándole del chaleco

–Bájese

un segundo camarada también de rodillas, un tercero, un sujeto gordo, con el traje casi nuevo, a gatas hacia la pista, un teléfono que nadie cogía sonando en el pasillo, a quién le pedía socorro, a quién llamaba, el teléfono suplicando

–No me dejéis solo

como yo a mi mujer, sin las palabras pero sabiendo que me escuchaba

–No me dejes solo

y mi padre aunque muerto hace mucho tiempo junto a mi cama indignado conmigo

–Pareces un niño ¿qué mariconada es esa?

porque yo curvado sobre mí mismo sintiendo mi orina en las sábanas, casi llorando, casi

–No me matéis

no en uniforme, en pijama, con un osito estampado jugando con una pelota ya algo diluido en el pecho, los demás soldados también en pijama, cada cual con su osito y su pelota, despeinados, descalzos, con una pistola de plástico y metralletas de juguete que le obligaban a imitar los disparos con la boca o fingiendo cortarse las orejas los unos a los otros con puñales de plástico, uno de ellos empezó a lamentarse porque le faltaba una pierna

–Cuando se entere mi abuelo se mata cuando se entere mi abuelo se

mata

aunque el abuelo tranquilizándolo

–Tranquilo que la pierna crece otra vez

la luz del techo zumbaba como un helicóptero en lo alto, trazando círculos sobre las copas de las cómodas, el doctor del hospital preocupado

–Acaben con eso antes de que alguien se haga daño

y de vez en cuando, de hecho, alguien con la cara en el suelo anunciando

–He muerto

con los ojos cerrados y las manos cruzadas en el pecho, la prima de mi padre que cuidaba el panteón

–Tantos muertos hoy

con un zorro acechándola al borde de la sierra y las primeras mimosas esperando marzo, el oficial de operaciones señalando a una niña con trenzas mientras buscaba cigarros en el bolsillo

–Encierren a la prisionera en el almacén que en cuanto acabe la guerra dentro de media hora voy para allá

poniendo un pie en la caja, levantándole el vestido, tocando lo que no veíamos

–Quieta

buscándose a sí mismo con las piernas abiertas, la mujer de mi hijo a la dueña de la tienda, curiosa

–¿Qué quiere ese imbécil?

los halcones de la sierra sobre nosotros vigilando los gallineros, manteniendo el equilibrio en el viento, había uno disecado en la farmacia, sobre los jarabes de la tos, que olía a manta mohosa, con las uñas en un trozo de rama barnizada, el cabo del bazuca antes de disparar

–¿No hay nadie detrás?

y la antigua casa del jefe de puesto con los guerrilleros dentro cayendo despacio, vi a uno de rodillas, un compañero a gatas, ya ciego, avanzando hacia nosotros, un impulso, dos impulsos y el pecho en el suelo, mi mujer a mí

–¿Vas a caerte del sofá?

porque mi cuerpo resbalándose de lado a lo largo de la almohada sin que me diese cuenta, lo vio mi hijo y me cogió

–Aguante

me pareció que después de la charla con la hermana menos cercano a mí, mirando al cerdo que no dejaba de comer de una forma diferente, casi como si lo odiase él que a veces parecía tener pena del animal tanto como un negro tiene pena de lo que sea, buscando la mejor arteria del cuello para el cuchillo, la que sangraba más, que mataba con un sufrimiento mayor, mi hijo inclinado sobre el animal mirándome, pensando, mirándome de nuevo, si estuviésemos ahora en el cuartel se olvidaría de mí, paseaba por los poblados con los demás negros, no hablaron conmigo y mi hija también mirándome, en la huerta si yo en casa, en casa si yo en la huerta, al llamarla no respondía, esperaba a que me levantase para sentarse a la mesa, por la mañana no tomaba café con nosotros en la cocina, vagaba entre el portón y el muro, si mi mujer

–¿No te hablas con tu padre?

callada, ni al nacer, que yo recuerde, lloró, recuerdo que una vez que me enfadé con ella me dijo

–Debería haber muerto en África

y quién te asegura que no lo hice pequeña, quién te asegura que estoy vivo, mi padre a veces

–¿Estás seguro de haber vuelto de allí?

de modo que probablemente yo no aquí, en un ataúd del cementerio con todas aquellas piedras alrededor, aquellas lápidas, aquellas cruces, aquellas sepulturas, yo lejos, yo solo, cuántos siglos hace que mi mujer no

–Amor

cuántos siglos hace que mi mujer en silencio o respondiendo

–Estoy bien

sin mirarme siquiera si le preguntaba cómo se sentía, un

–Estoy bien

enajenado, el médico a mí

–Es natural que las personas cuando se sienten molestas se vuelvan más difíciles

porque el malestar, porque los dolores, porque, no es verdad, la vecindad de la muerte o lo que imaginan la muerte, además me pregunto cómo se imaginan la muerte, por lo que a mí respecta un vacío pero quién es capaz de concebir un vacío en el que no estemos, probablemente morir no pasa de estar quietecitos, con los zapatos brillantes, escuchando los chopos con sus crujidos de armario, los pájaros felices con las orugas de los muertos, mi mujer que debido al avance de la enfermedad empieza a escuchar lo que no hay

–¿No sientes la lluvia?

cuando no llovía en el pueblo, solo el cerdo comiendo, a veces me pregunto si no sería mejor dejar de venir, excepto mi prima ya no tengo aquí a nadie quitando los restos de la perra bajo el níspero y una voz explicándome bajito

–No hables ahora que asustas a las perdices

mientras la nariz de la perra empezaba a temblar, la cola vibraba, los dientes al aire, el lomo ondulado y con el primer sol verde la primera perdiz, es decir los ojos, el pico, las plumas de la cola, la cresta a derecha e izquierda palpando la mañana, la escopeta levantándose lentamente mientras mi padre

–No te muevas

yo que ni respiraba, a gatas en la tierra, escuchando un hipido, otro hipido, un agitar de alas, los arbustos moviéndose, mi padre apoyado en las rodillas, el gatillo percutiendo el cartucho, la perra corriendo por la hierba, él dándome en la espalda

–Creo que le he dado

como mi hijo tenía que darme en el morrillo con mi hija incitándolo

–Mete el cuchillo más adentro mete el cuchillo más adentro

con mi mujer

–Amor

ayudándolo a agarrarme al apretarme la nuca, al apretarme las muñecas, al obligarme a formar parte de ella, mi mujer

–Amor

impidiéndome escapar, librarme de ella, huir mientras algo en la voz se transformaba en gritos, mientras mis piernas, atadas con cuerdas, no podían correr, mientras el helicóptero armado, cada vez

más cerca, volaba sobre mí y el tirador sudafricano me buscaba la cabeza, disparaba un tiro, dos tiros, y se alejaba, torcido, a medida que yo caía, en dirección a la alambrada.

12

Mi padre seguía viniendo todos los años a la casa del pueblo para matar al cerdo en memoria de su padre tal como lo hacía su padre durante su infancia en memoria de su abuelo y desde que me acuerdo nos llevaba siempre con él y nos obligaba a ver agobiadísimos, masticando sollozos, la agonía del animal, colgado de un gancho de hierro, con una palangana para la sangre donde mi madre iba dando vueltas con una cuchara de palo mientras los perros vagabundos acechaban en la puerta, si alguno se atrevía a entrar mi padre, con un delantal de goma, lo echaba dando con el pie en el suelo, el pueblo pequeño, sin aparecer en ningún mapa, media docena de calles estrechas, el cementerio en la ladera de la sierra, mujeres viejas cargando leña en la cabeza, los pájaros muy arriba, lejísimos, y yo odiando todo aquello, es decir el sitio y a las personas, si mi padre me decía algo no le respondía, con la mirada de mi madre aún no enferma, solo la palma de la mano, de vez en cuando intrigada, examinando la espalda y olvidándose de ella, reprendiéndome en silencio, nunca me llamó la atención de otro modo, no recuerdo ni siquiera oír su nombre, nací cinco o seis años después de que mi padre volviera de Angola y durante un tiempo no oí hablar de África, de golpe y porrazo un socio de la tropa comía con nosotros pero jamás una palabra sobre la guerra, prácticamente ni una palabra sobre nada, mi padre le cortaba la carne a su compañero que tenía un brazo mal, se notaba por momentos lo que parecía una hélice de helicóptero girando sobre el edificio antes de alejarse y la lámpara de techo balanceándose un poco, un tal Bichezas, que no sé quién sería, surgía de repente levantando la botella de vino del mantel y sirviendo a ambos mientras el brazo malo, al que le faltaba un dedo, además el de la alianza colocada en el corazón, vibraba, el brazo malo no exactamente un miembro, un relieve escondido en la manga y al cual, por educación, se evitaba mirar, si por casualidad una sirena de

ambulancia en la avenida el relieve aumentaba, si ninguna sirena casi nos olvidábamos de él, todo pasó hace ya demasiado tiempo como para seguir siendo importante y sin embargo para mi padre y el socio, qué raro, aunque ninguno hablase no dejaba de suceder, la mina en el berliet, el oficial sin uno de los hombros, tiros de vez en cuando, el de la radio que no conseguía hablar con la compañía

–Mosca urgente mosca urgente

al teléfono de rodillas en el suelo y al otro lado silbidos y una petición confusa

–Repítelo repítelo

o parecía que

–Repítelo repítelo

el guía que no murió descalzándose para huir mejor sin que le diera nadie, un guerrillero en el pasto, mirando hacia ellos, cegado por una pistola, mi madre salió con la sopera hacia la cocina, trajo el frutero y con el uniforme número dos, venido no sé de dónde, el tal Bichezas de nuevo, mi padre suspirando

–Nos venía bien aquel

cortando una manzana para el compañero y una manzana para mi padre, esto al mismo tiempo en nuestro salón y en la ruina de casa del antiguo jefe de puesto que servía de comedor, llena de salamanquesas donde la enredadera y agujeros en el suelo, donde los oficiales catangueses, en cuclillas y con pañuelo rojo al cuello, cazaban con ganchos de alambre las ratas que asaban para comer en el escalón de la entrada, cuando el socio de mi padre se despidió de nosotros el de la radio seguía intentando hablar con la compañía cambiando la antena de un tronco al otro mientras el capitán se desesperaba

–¿Y ahora qué?

sin creer que nos encontrasen en la casa del pueblo junto al cementerio y a la sierra rebosante de mimosas, para matar al cerdo que desde hace un mes solo comía, comía, sin que Bichezas le hiciese ni caso, mis padres, mi hermano y mi cuñada en el salón y yo sola en la huerta sin hablar con nadie ni mirar a nadie, junto al níspero donde hace años enterraron al perro, recuerdo estar en brazos de mi madre rodeado por una fiebre que ladraba saltando a mi alrededor, recuerdo

los milanos y tener miedo de la claridad opaca de la luna en la ventana cuando me quedaba sola en mi habitación y las voces más allá del pasillo una tonalidad diferente preguntándose bajito

–¿Nos la vamos a llevar?

confundidas con la de mi cuñada

–Aquí no vive nadie más que vosotros

quitando a los gitanos que pasaban por la carretera, llenos de sombras negras y cascabeles y media docena de viejos en el muro de la plazoleta, siempre que vengo al pueblo más allá de la esperanza de que mi hermano mate a mi padre con el cuchillo matancero no me interesa nada, nunca he dicho dónde vivo, si vivo sola, en qué sitio trabajo, si es que trabajo, si tengo amigos, para qué, mi padre y otro alférez repartieron los soldados por la selva con la esperanza de encontrar a los guerrilleros y que los guerrilleros volviesen, el de la radio solo mensajes de otros batallones, los sudafricanos cuchicheando en su lengua, cuando no querían que los comprendiésemos la usaban delante de los portugueses, yo uso mi boca callada y tampoco me entienden, no saludo a nadie en el ascensor ni en los descansillos, claro que me conocen pero sigo fingiendo que soy una visita o algo de eso, creo que no quiero a nadie, a quién podría querer y de qué sirve querer, qué se hace con querer, qué se gana con querer, el de la radio anunció que venían de camino dos pelotones, quitando el panteón de mi familia, que cuida nuestra prima, tapa a los finados con pañitos, pone jarrones de alhelíes, limpia las hojas de los chopos con una escobita, casi solo extraños en el cementerio, más antiguos que los de la guerra en África sepultados no sé dónde, Bichezas siempre atento, con un paño de cocina al hombro y su novia, Fininha, casada con un joyero

–¿Quiere que los busque para usted?

y yo sin mirar, claro, qué más me da, cuando desaparecieron los últimos aún no había nacido, dos pelotones, varias bajas, tenían que dejarlos en la selva, llevándolos en hombros perdían tiempo y después los cadáveres pesan más de lo que se cree, basta un anillo en el dedo o un reloj en la pulsera para no poder con ellos, cuando un conductor de buscaminas le pidió a mi padre que le guardara el hilo del cuello ni sé

cómo nuestro alférez, incluso metiéndoselo en el bolsillo, fue capaz de llevarlo, como no consigo entender cómo mi madre soporta todavía las piedras, la veo aquí desde la huerta haciendo la comida con movimientos tan difíciles, tan lentos, aunque la blusa ancha se le contaban las costillas, si seguimos así dentro de poco soy yo, y ahí está la ventaja, la única de la familia, no cerca de mis padres, no cerca de mi hermano, no cerca del pueblo, en este edificio barato de los alrededores de Lisboa desde donde se ve un trozo de río, gaviotas, fábricas, almacenes, no dejes de comer cerdo, no dejes, cómete también una a una las piedras de mi madre, puede que yo consiga pegarle fuego a mi familia y a la casa del pueblo vertiendo la garrafa de petróleo en el armario de la ropa, en el baúl, en las sábanas, en los muebles, en la cantidad de basura inútil que hay por ahí y por cierto también en mí, en cuanto acaben la última línea de este libro péguenle fuego con una cerilla que no quede nada de nosotros, de lo que ha quedado aquí escrito y olvídennos, mi cuñada a la amiga, agradeciéndole un anillo

–Tan cariñosa

extendiendo la mano sobre el pecho, en el espejo, para verlo mejor, la primera vez que cenó en nuestra casa mi madre puso el mantel bordado por mi abuela y la vajilla, con dibujos de flores, guardado en el aparador y que no usábamos nunca, creo que fue la primera vez que me di cuenta de que mi hermano negro como me di cuenta de que la gente lo miraba por la calle si iba a buscarme a la escuela porque yo aún no me sabía el camino, cuando alquilamos esta casa el dueño, al verlo, dudó pensando en los demás inquilinos, una tarde al bajar las escaleras la señora del segundo a una amiga

–¿No te huele a mono?

y mi hermano fingiendo que no lo escuchaba, después me preguntó casi con miedo

–¿Te huelo a mono?

cada vez que salía de la habitación volvía a abrir la puerta y volvía a meter la cabeza inspirando, la sierra olía, el pueblo también, él no, mi madre cuando enfermó empezó a oler a medicamento, mi padre olía a sueño cuando daba cabezadas después de cenar, ciertas

mañanas la ventana de su habitación abierta y las dos almohadas de la cama no juntas, arrugadas una encima de otra en una esquina del colchón de la misma forma que una parte de las sábanas al descubierto, en el lado de mi madre, como si hubiesen tirado de ella, mi madre se puso colorada al ver que estaba mirando, alisándolo con la prisa de las palmas de la mano, tras enfermar la cama siempre perfecta y las almohadas redondas, la única diferencia era que mi padre, a cada dos por tres, llegaba más tarde, con lo que me parecía que otro perfume anulando el suyo y la cara de mi madre, cuando él le besaba la frente, por un instante más alargada, seguía cosiendo en silencio, me fijaba en un revoloteo rápido de los dedos que sostenían la aguja y enseguida todo como antes, mi padre sintiéndose culpable en el interior del periódico, nunca se habló de África ni de Angola, él y mi hermano en silencio pero si un ruido más fuerte, una puerta, un cajón o algo de eso, las páginas se movían, mi cuñada a nosotros, nerviosa

–¿Ya hay paz aquí?

la casa del pueblo mucho más pequeña ahora que cuando era pequeña, una colilla de mi abuelo todavía en el cenicero, dos gorras en el perchero, la de mi padre y la suya, esperando un amanecer con perdices, hay momentos en que las oigo durmiendo entre los matorrales ese sueño de las aves hecho de suspiros inquietos, patitas agitadas, hipos, ojos redondos que oían, el médico a mi madre

–Con este medicamento nuevo le aseguro que sus piedras van a volverse más ligeras que el agua

y ahí venía la mesa, ahí venía el biombo, ahí venían las manchas blancas en la radiografía rodeadas por el lápiz rojo, un retrato, en la mesa, de una señora con un niño en brazos, ninguno rodeado por un círculo rojo y que por tanto el médico no veía, si se me pasase por la cabeza preguntarle

–¿Cómo era África padre?

el periódico todavía más grande, con un zapato dando golpes en el suelo, lejísimos, debería haber perros que en lugar de perdices nos trajesen piedras de los riñones, mi hermano respondiendo por los dos

–Casi no me ha quedado nada en la memoria

un viejo con una máquina de coser, un hombre pintado bailando bebiéndose el cuello de un gallo, viejas tocando las palmas

–Ea

con la pipa en la boca, perros minúsculos al sol, pastos ardiendo, ríos, mi padre a mí

–Lo que has crecido niña

y no he crecido tanto, ahora tengo trece años, empieza a salirme el pecho, vuelvo sola de la escuela, tengo una amiga llamada Elisa a quien su tío toca a veces los muslos recomendándole que no diga nada

–No se lo cuentes a tus padres

mientras ella piensa

–¿Contarles el qué si ha sido solo esto?

un dedo en la horquilla del cuerpo y los demás atentos al pasillo, a la cocina, el padre desconfiado, con una voz más espesa

–Si se te acerca Aurelio me avisas

él que no soltaba a la hermana pequeña de su mujer siempre cogiéndole la falda

–¿Cuándo vas a dejar de huir de mí?

y de hecho la hermana pequeña de su mujer cada vez más lenta soltándose dándole golpecitos en las manos

–Eres un atrevido no seas malo

en una especie de nerviosismo que se transformaba en risa, mi hermano a mí con la voz lenta que no nos pertenece, venida de muy lejos, con la que contamos los sueños

–Había una mujer de bruces en el poblado sin hablar conmigo si faltaba la mandioca me daba de beber de su pecho

una mujer de bruces, sin hablar con él, que los perros olisqueaban rasgándole la ropa y la criatura intentaba ahuyentar con un palo, uno de los perros, gimiendo de hambre, le dio un bocado en una de las piernas, un alférez lo cogió por la cintura y lo levantó por los aires mientras mi hermano lo apartaba, restos de un árbol ardiendo, maíz quemado, un único rifle disparando todavía, no se entendía bien dónde, contra los soldados, tal vez detrás del maíz o más allá de un campo de cultivo y que una granada calló, se escuchaba el viento húmedo, se escuchaban los tallos, se escuchaban ge tres más lejos, se

escuchaba el níspero de la casa del pueblo cuyas hojas se secaban, aquí también todo se muere menos el cerdo que come, un cabrito cabeceando de pánico llamando a una hembra muerta, una gallina tirándose, revoloteando, al barro de un poblado, mi cuñada escondida en las mangas

–No soporto esto

mi abuelo en un susurro a la perra

–Quieta

antes de que lo notasen las perdices, mi madre levantándose del sofá de camino al dormitorio con las piedras, aún más, palabra de honor, pesadas que el agua, molestándole para andar, no un cáncer, es evidente, enseguida se piensa en cáncer, la cosa no es para menos, solamente piedras y en cuanto al cáncer hoy día la medicina ya no es lo que era y en muchos casos palabra de honor, por no decir siempre, lo consigue, mi hermano a mí

–No me queda casi nada de Angola a no ser explosiones y lluvia y negros corriendo

una criatura sentada en el suelo llorando, un negro de Zambia, escondido en los arbustos, intentando romper papeles y metiéndoselos en la boca y al que cogieron los flechas, mi hermano

–No me queda casi nada de Angola tal vez la idea de mi padre dando órdenes

ni fotografías había de aquel tiempo, mi padre las quemó en el corral, en cuclillas, removiendo las cenizas con un palito y enterrándolas después, en una de ellas mi hermano en sus brazos, contrayéndose, al volverse negras, hasta transformarse en una espiral que flotó por un momento y se desvaneció sobre el muro, ahí va su pasado, ahí va la guerra, ahí va mi padre joven, delgado, con un negro todavía más delgado en brazos, solo huesos encima y debajo de la barriga redonda, mi cuñada liberándose de él con un codo delante de la cara

–No me toques

con miedo a las enfermedades que seguro que tenía, a la suciedad, a los piojos, la amiga, con un vestido caro, intentando protegerla

–¿De dónde ha salido este niño negro?

mientras Bichezas, con un delantal no muy limpio sobre la ropa de camuflaje, ayudaba a mi madre en la cocina después de dejar el mortero, que a todo el mundo le daba miedo, en la puerta del corral, con la caja de las granadas abierta, que no acertaban en nadie a no ser en él mismo, el cerdo, en la calle de arriba, seguía comiendo, si me cogiese en condiciones me comía, Fininha, con las dos amigas, fuera en la huerta entre cuchicheos, la prima de mi padre en el cementerio dándoles cera a los ataúdes del panteón con algunos desperdicios y un frasco y sustituyendo las flores del jarrón, ahí estaban mi abuelo, mi abuela, el hermano de mi padre, un primo del que nadie sabía como no se sabía el motivo de que estuviese allí con otros, quién era, a lo mejor una equivocación, un sujeto perteneciente a la familia de al lado respondiéndole a otra caja cualquiera

–Estoy acabando un asunto ya voy

mi madre sorprendida

–Tanta gente aquí en casa ¿será que me voy a morir?

tanta gente aquí en casa, tantos círculos rojos en las manchas blancas, tantos leprosos cojeando entre el corral y la carretera, comiendo raíces, desplazándose a gatas, durmiendo en el suelo bajo unas hojas de palma, hablando a gritos y en esto el cerdo mirándome interrumpiendo su comida, tirarle peras, plátanos, trozos de huesos, restos hasta que el cuchillo de mi padre en el cuello, hasta que mi hermano y tranquila que no se muere, madre, porque las piedras cada vez menos pesadas, menos densas, para ser franca hasta más ligeras que el agua, el médico primero incrédulo, después comprobándolo mejor, después llamando a sus compañeros

–¿Habéis visto esto?

los compañeros

–No puede ser

probando con más radiografías y enseguida dándole la razón, exactamente estas palabras

–Tenemos que darte la razón

mientras el brazo de mi madre alrededor del cuello de mi padre acercándolo a ella

–Amor

ella que durante muchos años callada de nuevo

–Amor

ella joven, tímida, en camisón de encaje, con unas sandalias viejas si en medio de la noche empezaba a llorar en mi habitación, despierta por una petición angustiada de mi padre

–No me dejes salir no me dejes salir

mientras la cama protestaba, la pobre, con un gemido de madera, esto en Lisboa, a oscuras, con la bocina de una ambulancia a lo lejos, siempre con gente, venida del café cercano, a carcajadas en la calle, y pasos, y silbidos, y patadas a una lata, mi madre

–¿Qué ha pasado hija?

con el relente de la manga del pijama del padre todavía en su espalda y las piedras, más ligeras que el agua, separadas las unas de las otras, de un lado a otro, mi madre oliendo al mismo tiempo a mujer y, cerdo no dejes de comer, por favor no dejes de comer, mi madre oliendo al mismo tiempo a mujer y a hombre, qué raro, a piel de hombre, a perfume de hombre, a ese olor un poco a animal y un poco a la cerveza de ellos tan diferente al nuestro, el olor a timidez y a miedo de cuando se acercan, el recelo de dejar de existir al perderse entre nosotros, ganas de llamarnos

–Madre

y a veces lo dicen de hecho, hasta cuando nos insultan hay siempre un

–Madre

escondido, hasta cuando nos pegan hay siempre un

–Madre

que suplica quédese conmigo, cójame en brazos, acúneme otra vez, mi madre

–¿Qué ha pasado hija?

sentándose en la cama

–¿Qué ha pasado hija?

casi llorando también, llore conmigo señora, por qué no lloramos las dos, por qué no sentirnos las dos solas, por qué no nos quedamos la una con la otra para siempre, yo al médico no preguntándole, afirmando

–Mi madre no se muere

y sin embargo, para ser franca, me da igual que exista o que no exista, ni siquiera siento mucho su falta, ni siquiera siento cariño palabra, ni por usted ni por su marido, ni por el idiota del negro que está aquí con nosotros siempre preocupado por mí, sonriéndome siempre

–Hermana

buscándome siempre

–¿Dónde está?

mientras las piedras giran lentamente a nuestro alrededor, el médico a mi padre, abriendo los brazos sin entender

–Ha mejorado

el dedo silencioso, mientras mi madre se vestía

–Si dura un mes o dos tendremos suerte

y una menos molestándome con su presencia, sus preguntas, su preocupación

–Hija

su miedo a que muera de hambre por ahí

–¿En qué trabajas?

dándome dinero a escondidas, dándome comida, un calefactor eléctrico para el invierno

–¿Seguro que no tienes frío?

igualita al negro que Dios la bendiga

–¿Has comido bien?

porque en su opinión yo flaca, yo débil, con un tono de piel raro, yo siempre en el corral sin meterme con nadie, mojándome si llovía y si no llovía tomando demasiado sol en la cabeza y quien toma demasiado sol en la cabeza se pone en el número uno para una congestión, déjeme en paz de una vez, no me busque, olvídeme, de habitación alquilada en habitación alquilada para que no me encuentren y hasta hoy no lo han hecho, mi padre a los soldados

–Vamos a volver a la alambrada

bebiendo agua de las hojas, comiendo hierbas y raíces, un jabalí putrefacto en una trampa que los negros olvidaron mientras el cerdo coles y habas y patatas con mi padre mirándole el cuello y el trayecto

del cuchillo como su padre antes que él, el abuelo antes del padre y por lo tanto todos ellos presentes, todos ellos, de madrugada, acompañados por la perra inmóvil, esperando las perdices que empezaban a despertar en un alto de la sierra, cuando era pequeña mi hermano me llevaba a caballito por el pueblo y yo dándole con el puño cerrado en la cocorota

–Deprisa deprisa

mientras él corría debajo de mí respirando cada vez con más dificultad, cada vez más cansado, tropezando con un barrote, levantándose, tropezando de nuevo, yo tirándole del pelo

–Para casa negro

y mi hermano

–Gracias señora

en un suspiro pobre, yo animándolo

–Ya se ve el muro

cuando ya se veía el muro

–Ya se ve el níspero

cuando ya se veía el níspero

–Ya se ve el huerto ya se ve la casa

cuando ya se veían el huerto y la casa, mi padre, con chaleco, sachando no sé qué, mi madre, con el delantal escurriéndosele por las caderas, tendiendo ropa fuera y yo, qué idiota, una lágrima o mejor casi una lágrima, no exageremos ni nos pongamos cursis ahora solo porque me he acordado de esto, yo en el sofacito del sitio donde vivo mirando la ventana sin ver la ventana, ni el supermercado al otro lado de la calle, ni el taller mecánico, ni el comienzo de la noche y al fondo, por detrás de todo esto, todavía un sol sin color y ya luna, a lo lejos las farolas claras del pueblo, al fondo el halo de Lisboa, mi madre cerrando todas las ventanas y encendiendo la bombilla del salón que al parpadear hacía las cortinas y los muebles más antiguos y tristes, el techo amarillo de tabaco, un clavo en la pared, sin nada colgado, oxidando la cal, mi hermano me dejó en el suelo

–Se acabó la carrera

y se quedó un rato masajeándose los omóplatos, es verdad negro, un negro, mi abuelo al que no vi nunca, murió siglos antes dado que

todas las personas que se mueren se vuelven enseguida antiguas, basta verles la ropa en las fotografías, basta escuchar las voces siempre raras, siempre agudas, con un piano desafinado tocando, por detrás de ellas, a alguien que tampoco había visto nunca

–¿Un nieto negro yo me está diciendo?

hinchando el pecho indignado y de camino una mirada de reojo a mi padre

–¿Has visto lo que me has buscado?

y con las ventanas y las puertas cerradas, francamente, no he visto por dónde ha entrado el gato que vive aquí a menos que se haya roto una teja o algo así, en mi infancia pasé veranos enteros buscando misterios en la huerta, salamanquesas, mariquitas, trozos de mica, ahora vengo los tres días de la matanza con la simple esperanza de que la mujer, muerta de bruces en África, se vengue de mi padre, los pinos en la oscuridad y el mismo murciélago desde la infancia gritando mi nombre, mi madre me encendía la luz y ni una sombra con nosotros

–¿Qué murciélago?

solo piedras más ligeras que el agua flotando, el médico de mi madre a sus compañeros, enseñándoles radiografías y radiografías

–¿Y esta?

mi cuñada a mi hermano, bajito

–No lo aguanto más

yo a mi cuñada

–Tienes razón ¿quién puede aguantarlo?

imaginando no al cerdo, a mi padre comiendo doblado sobre el plato apartándonos, mi madre angustiada

–¿Qué te pasa?

y mi padre inclinado sobre la mesa ajeno a nosotros, siempre masticando

–No puedo parar

mi padre que desde la guerra no podía parar, el psicólogo en el círculo de sillas del hospital

–¿No puede estarse quieto ni siquiera un ratito?

y disculpe amigo pero no puedo estarme quieto, demasiadas

personas sin manos, demasiadas orejas en frascos, demasiados helicópteros, demasiados heridos, demasiados chozos ardiendo, demasiados muertos, el oficial de operaciones rondando a las prisioneras, el alférez llorando bajo la mercedes ofreciéndonos su propia mierda

–Ayúdenme

al mismo tiempo que intentaba apartarnos, mi padre lo empujó a patadas hacia el camino y él

–Por amor de Dios no me maten por amor de Dios no me maten

este capítulo, que debía ser yo quien lo escribiera, me lo ha robado mi hermana, Su Excelencia cogiéndome del brazo

–Coge la maleta y vámonos de aquí

mirando con disgusto los muebles viejos, la mesa del comedor, las sillas, la bailarina de loza en una especie de venia que enternecía a mi madre, o sea una sonrisa repentina de niña que me obligaba a sonreír con unas ganas idiotas, no sé por qué, de abrazarla, es decir más que abrazarla, de cogerla en brazos y quedarme así mucho tiempo sintiendo el corazón en mi cuello, rápido, tenso, ella desde las piedras siempre tan seria, con una arruga en la frente que antes no tenía y la hacía mayor

–La bailarina me la dio una vecina que se llamaba Arminda cuando cumplí seis años

cambiándole un poco la posición, ahora girándola a la derecha, ahora a la izquierda, acercándola un milímetro cuidadoso al borde de la estantería y dando marcha atrás al observar el efecto

–Muy bonita

con una voz anterior a su voz de ahora, mucho más redonda, mucho más feliz, mucho más parecida a ella, mi madre a mí bajito

–Se llama Constança

en un secreto que entendía enseguida que solo nos pertenecía a las dos, sus padres siempre lo ignoraron, las compañeras de la escuela siempre lo ignoraron, una tía abuela a quien le hacía confidencias siempre lo ignoró, mi padre lo había ignorado, claro, como nosotros hombres ignoramos todo lo importante aunque solo sea porque a su entender no comprendemos nada, mi madre repitiendo

–Constança

tocándola con la punta del dedo en la base lo que significaba varias cosas al mismo tiempo, algunas difíciles de explicar con palabras y que los hombres tampoco comprenden mientras que los muñecos, palabra de honor, sí comprenden, vean por ejemplo los ángeles de cartulina, vean los santos de barro y cómo los negros, se piense lo que se quiera, más cerca de los muñecos que de nosotros, y por lo tanto con más capacidad para descifrar las cosas y no eran solo las piedras, ahora más ligeras que el agua, era lo que yo sentía por ella, no le corten las orejas, no le corten las manos, deme su pecho vacío, escóndame en sus telas del Congo, no deje de mirarme, aunque no me vea no deje de mirarme, lléveme entre las cabras, los perros, los poblados derrumbados, los soldados que riegan de gasoil las esteras de mandioca, las hojas de cáñamo que se olvidaban de fumar aplastadas en el suelo, cortábamos la punta de las balas o les rayábamos una cruz para que fracturasen más huesos, para que el hígado o los pulmones en pedazos, para que cupiese un puño entero en el agujero de salida, el jefe murmurando todavía algo, el angoleño arrastrándose a gatas antes de renunciar a sí mismo, Su Excelencia a mí

–Cogemos el autobús de Lisboa y después venimos a buscar el coche

no enfadada conmigo, no con desprecio, pidiéndome, la sensación de que si quisiera podía tocarla, empujarla al dormitorio, desnudarla, abrirle las piernas con los codos urgentes, ordenarle

–Quieta

con la seguridad de que el brazo de Su Excelencia, como mi madre con mi padre, rodeándome el cuello y no dejes de comer cerdo, no dejes de comer, sigue engordando, la seguridad de que Su Excelencia, también con un camisón de volantes, ayudándome

–Amor

aumentándome

–Amor

guiándome

–Amor

repitiendo con la voz de mi madre

–Se llama Constança

la única frase que necesitaba para sentirla conmigo por primera vez, palabra de honor, ninguna burla, ningún desprecio, ningún odio, mi padre apartándose del alférez

–Un cobarde

y apartándome de él, preguntándole al médico mientras un leproso perseguía a otro abajo, no hablándole, no llamándolo, a gruñidos

–¿Todavía hay esperanza?

vigilando el biombo con el labio palpitando, mi padre también aterrado

–¿Todavía hay esperanza?

bajo la mercedes negándose a que lo sacaran

–¿Todavía hay esperanza?

siempre cogiéndome del hombro al enseñarme a los soldados

–No se toca

al enseñarme al cerdo

–No lo toques

al enseñarme a Su Excelencia

–No lo toque

aunque la puerta de la habitación cerrada, un antiguo trastero en medio del pasillo con una mecedora de enea rota, una máquina de coser que necesitaba otra aguja, una escoba calva incapaz de barrer, la cama de cuando era pequeño en la que dormíamos los dos aquí en la casa del pueblo, incómodos, encogidos, con la mitad del cuerpo colgado en el vacío, las ramas del níspero dando en el cristal, un carro muy de vez en cuando o un ladrido o un pájaro picoteando las verduras, yo abrazado a Su Excelencia

–Eh

cada vez más cerca de Su Excelencia

–Eh

como cada vez más cerca de la mujer con las manos cortadas que se inclinaba despacio sobre mí sin tocarme, casi sin tocarme, tocándome, hablando conmigo en una lengua que no entendía mientras tiraba de mí, no de pie, no sentada, tumbada a mi lado

–Eh

o ni siquiera

–Eh

muda, tumbada a mi lado con la cara impasible y a pesar de impasible

–Eh

sus rodillas, sus codos, su vientre, su ombligo desnudo, sus muslos desnudos, sus pies rozando los míos

–Eh

y algo en mí a punto de explotar, explotando y yo tranquilo, sereno, yo por así decirlo, si es que me atrevo a decirlo, feliz, yo casi

–Amor

imagíneselo, seguro que yo casi

–Amor

mientras la boca del cerdo, de repente enorme, nos devoraba a los dos.

13

Por Navidad la columna de reabastecimiento trajo a cuatro mujeres metidas entre las cajas de la última mercedes, no muy jóvenes, no muy guapas, no muy limpias claro, con un sombrero en la cabeza y ropas de camuflaje demasiado grandes para ellas, mirando con miedo el pasto y los árboles a ambos lados del camino, mi abuelo a mi padre bajito, sin levantar el arma, pasando un dedo lento entre las orejas de la perra

–No son perdices aquello es un erizo vigilando su madriguera

con los primeros abejorros, las primeras mariposas, esa especie de indiferencia en la nuca que precede al calor, soldados de ambos lados en el interior de la selva y a veces ramajes aplastados, protestas de cañizos, dos o tres militares delante abriendo paso, una lata abollada en el suelo, un cielo de lluvia al oeste todavía muy lejos, tras la primera curva la ladera que conducía a la alambrada donde se agitaban avispas en un charco de agua, mi hija en una piedra del corral sin hablar conmigo ni mirarme, de pequeña se sentaba en mis rodillas y arriba y abajo

–Caballito caballito

y ella riéndose de placer, de miedo y del placer del miedo, ella contenta, con el pelo a un lado y al otro y la falta de un diente de leche junto al incisivo, ni una arruga Dios mío, ni una arruga todavía, la piel lisa, hoyitos en el dorso de las manos, hoyitos en los codos, hoyitos en las mejillas

–Más

los dedos de los pies pequeñitos, redondos, los ojos castaños, no exactamente castaños, puntitos verdes y ahora desgraciadamente gafas, la boca seria, cerrada, con un paréntesis a cada lado, qué te ha pasado, qué me ha pasado, la columna entró en la alambrada camioneta a camioneta, con los negros de los poblados observando de lejos y los soldados saltando de la caja, los ge tres un ruido más fuerte

que los kalashnikov, siempre que me ponía a mi hija a caballito me despeinaba

–Corra

y yo agarrándola por los tobillos con miedo a un tropiezo en la huerta y a una caída, apareció un alacrán en una piedra y estiró la cola, los soldados espiaban a las mujeres de lejos mientras el sargento ayudaba a poner, dándoles martillazos, los palos de dos tiendas de lona con colchones secos dentro a los que les faltaba paja, en la columna una bolsita de correo sin ninguna carta para mí, mi mujer me escribía una vez por semana, avergonzada de la letra

–Es muy fea

contándome no importa el qué para rellenar el papel y yo pensando en su cuerpo, aún te acuerdas del mío, las mujeres que el capitán vino a observar, con un alférez detrás, tres morenas y una casi albina, delgadísima

–No tan mal como el año pasado bueno por lo menos no hay ninguna negra

se desnudaron en las tiendas mientras un sargento repartía números a los militares

–Cinco minutos para hacerlo que ellas se tienen que ir hoy

y mi abuelo enfadado porque ninguna perdiz, la perra se puso de pie, giró sobre sí misma y volvió a acostarse, con el hocico apoyado en uno de nuestros zapatos, esperando, se sentía su respiración entre la impaciencia y el sueño, se le notaba una garrapata en la oreja derecha aunque mi madre a veces se la frotaba con petróleo, tenía que dejarla una noche fuera porque el olor

–Caballito caballito

se pegaba a todo, hasta al cesto de la ropa, mi abuelo tosiendo

–La madre que parió al bicho

porque el olor le molestaba en los pulmones, los soldados formaban una fila delante de las tiendas con el número a lápiz en la mano

–Cuando pasen cinco minutos te vienes en pelotas y te vistes ya fuera y punto

me pregunto si mi hija recuerda mis rodillas, a lo mejor sí, a lo mejor no, casi seguro que las ha olvidado, ahora a veces me duelen en

invierno, estoy muy bien andando y me falta una de las piernas, desaparece de la tibia para abajo y después vuelve pero más débil, temblando, mi hijo preocupado

–¿Qué es eso?

mi hija indiferente, te va a pasar lo mismo no te preocupes, espera unos añitos y ya lo verás, desgraciadamente ya no estaré aquí sintiéndome vengado mientras avances cojeando porque también serás vieja, te pones más graduación en los cristales para enhebrar la aguja preguntando

–¿Dónde está la tijera?

y en la palma de la mano, tú hablando con una bolita de saliva a cada lado de la boca y nosotros aunque no queramos mirando las bolitas que se aplastan y redondean con una repugnancia fascinada, hoy todavía no he visto el cerdo pero seguro que sigue comiendo, el idiota, sin acordarse de la muerte, en África al salir para una operación no teníamos para llevarnos a la boca ni una migaja de pan de tal manera que las tripas se apretaban, a lo mejor la perdiz de mi abuelo no aparece porque siente lo mismo, bastaba que una hoja temblase para que el ge tres apuntase hacia ella, nerviosa, el cabo detrás de mí

–Caballito caballito

tranquilizándome

–Nadie monta una emboscada a cien metros del cuartel mi alférez

y yo con ganas de apretarle el cuello al muy idiota

–Cállate

un imbécil al que le dieron más tarde en los pulmones, enseñándome la mano roja, intrigado

–No siento nada ¿esto es sangre?

y claro que es sangre, cretino, un poco más a la izquierda te cogía el corazón y ya estaba, solo por la tontería de los cien metros no me importaría verte en un ataúd, hasta me ofrecería para dirigir las salvas cuando, me pareció que mi hija me miró pero apartó enseguida los ojos, te bajen a la tierra, los oficiales vuelven a Lisboa en cazadora, los soldados se entierran por allí, se manda a un graduado a casa a dar la noticia y entregar un dinerito, prometer

–Lo traerán en cuanto haya sitio en un barco

y se quedaban junto a la pista de aviación engordando a los gusanos, aquí casi no hay sitio para los vivos, todo amontonado en las calles, más aún para muertos, el sargento que dirigía las visitas a las mujeres agitando una tienda que oscilaba

–Un minuto y te saco de ahí a patadas animal

con un enfermero poniendo una gota, a pesar de todo es mi hija caramba, por qué narices no me hace ni caso, de pomada antivenérea en el dedo de cada uno

–Frótate bien mendrugo si no quieres que te la corten y pasar el resto de tu vida meando en cuclillas

una fila de reclutas con el dedo índice en el aire contemplando una gota brillante amarilla mientras mi hijo en cuclillas en la huerta con un sacho y una regadera pequeños, un soldado que le daba siempre lo que le sobraba a los perros vagabundos de la alambrada raspando el aluminio con el cuchillo, a su compañero de delante en la fila

–Estoy seguro de que no voy a poder

asegurándose, desilusionado, en los pantalones

–Ya me parecía a mí

se veía a las mujeres con la ropa de camuflaje por una rendija de la lona, a las tres morenas y a la blanca, casi albina, desnudas en el colchón limpiándose entre uno y otro con un trozo roto de toalla, si estuviese allí mi mujer seguro que en camisón de encaje y no con los ojos en el techo como estas, cerrados, el soldado que seguro no iba a poder a uno que si, por fin la primera perdiz de mi abuelo porque la perra levantó las orejas con la nariz estirada, mi hija cuando le pregunté

–¿Por qué no me hablas?

dando un portazo con la cancela del huerto y desapareciendo en el pueblo, algunos de los militares que dejaban la tienda se arreglaban el uniforme e intentaban meterse de nuevo en la fila

–Caballito caballito

o negociaban la conducción del próximo buscaminas a cambio de un número en la cola, en cierto momento me pareció ver a mi padre en medio de ellos, sin acordarse de las perdices, con la perra

olisqueando las tiendas sin entender nada, mi abuela a mi abuelo, desconfiada

–¿No has cazado ni una perdiz?

y yo sin entenderlo puesto que mi abuelo fallecido mucho tiempo antes de la guerra, lo recuerdo en la casa del pueblo sin poder hablar, atragantado con las cucharadas de sopa que le daba mi abuela y un ojo, más protuberante que el otro, pidiendo socorro en silencio, donde quiera que estuviese durante la noche lo sentía en la oscuridad, con la manta sobre las rodillas, mirándome hundido en el butacón, de vez en cuando su garganta

–Tú

de eso estoy seguro, su garganta un

–Tú

confuso que espabilaba a la perra y me dejaba mirando hacia dentro con la misma intensidad y la misma especie de furia, enfadado con la manta, enfadado con su destino, enfadado con mi padre matando al cerdo por él porque usted ya no manda nada señor, nada de nada, se acuesta cuando lo acostamos, se levanta cuando lo levantamos, se pasa la tarde en la huerta porque lo plantan allí, no decide, no resuelve, obedece, el reloj de su chaleco en el chaleco de mi padre, la perra cazando perdices con él, no puedo según su mujer obedeciendo a su hijo, no a usted, mi prima a mí

–¿No crees que parece enfadado?

la columna de reabastecimiento salió por la noche con las cuatro mujeres metidas entre las cajas de la última mercedes, caballito, caballito, despidiéndose con los árboles ahora enormes, el pasto altísimo y los pájaros enormes de la noche alrededor de los faros, por un instante me pareció que además de las cuatro mujeres la esposa de mi hijo junto con la dueña de la tienda que le arreglaba el peinado, se perdieron en la curva antes del puente donde las negras trabajaban en los campos de cultivo, el jefe de puesto blanco vivía con dos y algunos hijos mulatos ajenos a nosotros, sentados en el suelo comiendo gusanos, si intentásemos hablarles desaparecerían en el chozo donde dormían todos, el jefe de puesto un cabo segundo ya mayor, gordo, al que el sargento, tuteándolo

–Toma

le daba por pena un paquete de arroz caducado o de espaguetis con bichos, tal vez ni habría sido jefe de puesto, apareció por allí antes de la guerra, con ropa pobre, y se quedó porque no le pedían nada, los hijos mulatos probablemente no suyos, de soldados de las compañías anteriores a la nuestra, con las fechas en placas de escayola unas encima de otras junto al palo de la bandera, yo con mi hija en las rodillas arriba y abajo repitiendo

–Caballito caballito

agarrándola por las muñecas y ella riéndose de placer, de miedo y del placer del miedo, con el pelo a un lado y a otro y la falta de un diente de leche mientras que ahora todos los dientes Dios mío, todo el cuerpo, toda ella, no parecida a su madre ni a mí, una extraña, mientras yo pensaba por qué narices me llamaste

–Amor

puesto que no se parecía a ninguno de nosotros aunque mi mujer

–A veces pone una cara igualita a

y en esto una explosión

–La tuya

cuando la mina estalló bajo el primer vehículo de la columna de reabastecimiento, nada más pasar la curva, y después las granadas ofensivas, y después los rifles, y después los bazucas, y después al menos dos ametralladoras, y después los ge tres, y después el psicólogo en el círculo de sillas del hospital

–Qué terrible

con un tronco de plátano cerca de la ventana abierta detrás de él y un enfermero en el patio riéndose con otro enfermero, y después un gato en el tejado, y después dos gatos en el tejado, y después palomas huyendo de los gatos, y después yo

–Caballito caballito

y después mi hija espoleándome con los talones

–Más

y después un letrero en un tronco que anunciaba Lisboa 10.000 km, Moscú 13.000, y después nosotros corriendo hacia la columna, y después el soldado que tiraba las sobras raspando el aluminio con el

cuchillo diciéndole al compañero de delante en la fila

–Estoy seguro de que no voy a poder

cayendo, y después nosotros, los alféreces, intentando juntar los pelotones, y después un conductor solo en el unimog adelantándonos a todos, y después el unimog cayendo de lado en un camino y el conductor quieto, medio dentro medio fuera de aquello, y después yo, sin acordarme del caballito, caballito, corriendo también al azar disparando una ráfaga hacia el pasto, y después el cerdo no comiendo harina, comiéndonos, y después dos mujeres con ropa de camuflaje bajo bidones de gasoil ardiendo, una de las morenas y la blanca a la que le faltaba ahora un muslo, y después el cabo cuartelero vomitando, y después el psicólogo del círculo de sillas del hospital con los ojos cerrados, y después un guerrillero intentando escaparse protegiendo su cuerpo con los codos, y después un militar de cuclillas en el suelo, la boca abierta hacia nosotros y las dos manos en la sangre del pecho, ya sin ojos, ya sin labios, es decir estaban pero no estaban, y después el cuerpo de un segundo guerrillero saltando sobre las balas, y después el capitán gritando órdenes que nadie obedecía, y después ningún cerdo comiendo, y después mi hija surgiendo de una perpendicular del pueblo, y después la amiga de mi nuera acariciando a mi nuera

–Muñeca

y después mi hijo pequeño pegado a mí, y después la tercera mujer con ropa de camuflaje en el suelo, con el pelo fuera del sombrero y el tronco torcido, caballito, caballito, y después sacos de arena deslizándose uno a uno de la caja de la mercedes y amontonándose en la tierra, y después un camillero a gatas acercándose a cuerpos quietos, y después yo cogiendo a mi hijo en brazos para sacarlo de allí, y después su madre sin orejas ni manos caminando hacia mí, y después la perra de vuelta al hoyo donde estaban mi abuelo y mi padre con una perdiz en la boca y la pupila de la perdiz, redonda, odiándolos, y después un último disparo de bazuca deshaciendo un baobab, y después mi hija

–Ya vale

deslizándose al suelo, distraída de mí sin soltar un reno de tela que

encontró ayer en un cajón olvidado y yo abandonado en la silla del salón siguiendo con las rodillas sin nadie arriba y abajo con mi mujer mirándome callada, llena de piedras más ligeras que el agua, Moscú 13.000 km, Lisboa 10.000, Lisboa 10.000, Lisboa 10.000, los primeros perros de la alambrada acercándose con miedo, uno deteniéndose junto a una de las mujeres con ropa de camuflaje para olerla, los negros del poblado hablaban bajito, mi mujer inmóvil en la oscuridad a mi lado

–¿No duermes?

yo que no me movía, no hacía ruido, no se notaba si con los ojos abiertos o cerrados y sin embargo ella

–¿No duermes?

rozándome el cuerpo con la cadera

–¿No duermes?

seguro que sin darse la vuelta hacia mí y

–¿No duermes?

sin notar el ataque y sin embargo

–¿No duermes?

casados hace casi treinta años, más de treinta y su voz no ha cambiado

–¿No duermes?

como si nos hubiésemos visto por primera vez una semana antes

–¿Me permite que la acompañe?

mi mujer tras dudarlo

–Vale

enseguida avergonzada del

–Vale

apretando el bolso contra el pecho como si el bolso la defendiese de mí y en realidad la defendía porque no encontraba palabras, qué hago señores, qué digo ahora, yo buscando frases sin encontrar frases, una pregunta, el inicio de una conversación, un chiste tonto que la hiciese sonreír, si pudiera hacerla sonreír o que me diese una respuesta todo después más fácil y no me venía un pimiento señores, intentaba acompasar mi paso al suyo y eso era todo, nunca he tenido la lengua rápida, no le hago gracia a nadie, escucho más de lo que digo,

normalmente ni siquiera escucho, me limito a estar de acuerdo

–Es exactamente eso

y después agobiado con la respuesta, la extrañeza

–Es exactamente ¿el qué?

al menos presentarme, deletrear mi nombre de modo que me presenté, deletreé mi nombre y mi mujer callada, con la mandíbula contra el cuello y los ojos en el suelo, cómo la trato, le pregunto algo, huyo de aquí corriendo y si huyo de aquí qué pensará de mí, su voz por fin

–Vivo detrás de aquella esquina

o sea un ultramarinos con cajas fuera y un edificio antiguo, de esos que se notaba enseguida que sin ascensor, bombillas fundidas en la escalera y escalones muy altos donde siempre nos tropezamos, me parecía que mi mujer con prisa por llegar pero sin miedo de que algún vecino nos viese, saludó a una señora con un carrito de la compra, a un hombre con delantal a la entrada de una carnicería, se detuvo ante la puerta con una actitud casual buscando las llaves en el bolso donde la confusión de costumbre

–Es aquí

y yo, parado con ella, luchando por no rascarme el mentón en busca de alguna tontería que no llegaba, de una sonrisa que no conseguía, de una propuesta

–¿Mañana a la misma hora?

que por más que lo intentase no conseguía expresar en voz alta, mi mujer una argolla con una llave larga y una llave corta, eligiendo la llave larga, girándola con un ruido que parecía romper cosas de hierro dentro o remover clavos sueltos en una bolsa, hice el gesto de ayudarla que se interrumpió tres centímetros adelante, encontré sus ojos por un segundo y los eludí consciente de que me ponía colorado, consciente de que en mi boca un hilillo detestable de saliva, consciente de que mis hombros encogidos y la melena no muy bien arreglada pero no fui capaz de alisármela, la puerta giró en un principio de cólico y ella sobre el escalón, más alta que yo qué vergüenza, ella mirando hacia abajo

–¿Mañana a la misma hora?

sin mirarme de frente, de reojo a sus propias uñas casi tan cortas como las mías, no mordidas, derechas y sin nada de pintura, me fijé que también zapatos con cordones, una falda de ajedrez, una chaqueta de terciopelo, un lunar en el cuello, conseguí un

–Mañana a la misma hora

atropellando las sílabas, metiéndolas las unas en las otras, comiéndome dos o tres haciéndome un lío con la lengua, a veces muy grande y a veces ni la siento, repetí

–Mañana a la misma hora

pero un

–Mañana a la misma hora

aún más confuso, al que le faltaba una parte esencial que no sabía cuál era, las cejas de mi mujer primero extrañándose y después esa forma que adoptan cuando el resto de la cara empieza a sonreír, es decir no llega a sonreír, solo empieza, algo en las mejillas, algo en el mentón que forma parte de la sonrisa, no la sonrisa completa, solo unos fragmentos, una seña de la mano de las llaves más aviso que seña y por qué motivo un aviso, cuál es la razón para avisarme dime

–Mañana a la misma hora

la frase, en mi cabeza, resonando sin fin

–Mañana a la misma hora mañana a la misma hora mañana a la misma hora

y la puerta cerrándose con un

–Con permiso

que me aconsejaba echar atrás el pie para no quedarme cojo para el resto de mi vida por falta de dedos, crucé a la otra acera y una bombilla encendiéndose en el segundo piso mientras mi mujer pasaba por la ventana quitándose la chaqueta con uno de los hombros ya fuera, así de lejos y desde abajo no me pareció tan guapa, ni siquiera me pareció guapa, recuerdo haber pensado

–¿Dónde narices me estaré metiendo?

mi madre, si lo supiese, volviéndose en la encimera de la cocina con el colador de los espaguetis, caballito, caballito, goteando

–¿Qué sabes de ella?

mañana a la misma hora prácticamente una promesa de noviazgo,

una idea de boda que vibraba a lo lejos, los árboles de la calle ya casi oscuros, dentro de poco el viento lento en las hojas, una especie de silencio anulando los ruidos, personas a la mesa cenando, los primeros murciélagos, yo de vuelta al piso de mis padres

–¿Y ahora?

indeciso entre el arrepentimiento y la curiosidad, adivinar qué vestido llevaría, si el pelo arreglado, si algo de maquillaje o igual que la víspera, la chaqueta con un botón a punto de caerse y yo sin atreverme a decírselo

–¿Se ha fijado en ese botón suelto?

porque el botón, qué sé yo por qué, de repente importantísimo yo que no le hacía ni caso a los botones, qué me interesan a mí los botones, uno de los alféreces mandó traer el gancho para arrastrar la camioneta hasta la alambrada, con la mitad izquierda de la parte de delante destrozada y el asiento del conductor, donde ahora nadie, lleno de sangre, la cuarta mujer bajo un tonel vacío, con uno de los ojos cerrados y la nariz abierta hasta la otra ceja, además de dos piernas derechas, qué raro, ninguna pierna izquierda y las nalgas

–Estoy seguro de que no voy a poder

con manchas casi negras a la vista, ojalá te fijes en el botón y tu madre te lo cosa como debe ser, con el cesto de la costura bajo la lámpara con una atención llena de arrugas que al cortar el hilo con los dientes ganó un aviso

–Ahora mírame eso

devolviendo la chaqueta con un gesto lento, solemne, mientras

–Mañana a la misma hora

un agobio para mí porque no me acordaba bien de la hora, las seis, las seis y cuarto, las seis y media, como no me acordaba del sitio exacto donde nos encontramos, cerca de una terraza al lado del escaparate de una floristería, al azar en medio de la calle, se va tan tranquilo por la acera, pensando qué sé yo en qué y pum, en sentido contrario el amor de nuestra vida y nos quedamos clavados preguntándonos

–¿Será esta?

absolutamente un gong y no es exagerada la expresión, cerdo no

dejes de comer, sobre todo no dejes de comer, cómete la sorpresa, el amor de nuestra vida descubierto no en un baile, no en un bautismo, no en la comida de aniversario del trabajo, con emblemas de plata de la empresa para los que trabajan hace veinticinco años y un estuche con un bolígrafo y un lápiz de tortuga para el señor Borges, portero desde el principio y amigo de la infancia del fundador, suegro del actual Presidente que aunque jubilado nos visita todos los días, ya medio tonto, pesadísimo, quejándose del yerno

–Solo le falta pegarme

el amor de nuestra vida de repente en la acera caminando hacia nosotros sin fijarse, reparando el uno en el otro y nuestra esperanza, en la que ya no teníamos una fe muy allá, zas, cambia, mañana a la misma hora vale pero a qué hora y dónde, yo hacia atrás y hacia delante, con el pretexto de una consulta en el dentista para salir antes, el jefe de la sección, jovencito

–¿Qué muela?

de puntillas porque en la familia bajitos, mirando hacia dentro apartándome el labio con la punta del lápiz, siempre optimista, siempre dispuesto a mostrar entusiasmo, con cara de dolor

–¿Eso que tiene ahí es un cementerio o una boca?

por lo tanto yo hacia atrás y hacia delante en lo que pensaba la calle correcta, creo que estas tipuanas, creo que esta terraza, creo que este perro en esta farola ya ayer aunque todas las farolas se parezcan y todos los perros sean iguales, mi hijo a mí, de vuelta del pueblo

–El del taller dice que con suerte quizá mañana el neumático pero no promete nada

las seis menos cinco y yo solo, las seis y yo solo, las seis y cinco y yo solo patrullando la acera, observando las transversales, enredando en una mercería y un minimercado paquistaní asomándome por la puerta, aterrado de perderla, con el brazo derecho dormido como siempre que me pongo nervioso, tal vez un problema de corazón aunque el médico asegure que el corazón el brazo izquierdo pero añade por precaución que no faltan las personas con las vísceras cambiadas

–Hay de todo en la vida

y parece de hecho haber de todo en la vida menos una chaqueta con un botón cayéndose y una chica caminando hacia mí con una boca seguro que mucho menos cementerio que la mía, vi una que me pareció ella de lejos y más cerca no lo era, esta más baja, más delgada, con las piernas flacas, un ojo que se desviaba al centro observando la nariz, una segunda chica más rubia y en esto mi mujer cogiéndome la mano en la oscuridad

–Si te olvidas de África seguro que te duermes

y aunque sus piedras se puedan volver más ligeras que el agua las mías no, todo vuelve constantemente, no me deja, me persigue, el capellán vino en helicóptero con el comandante a la misa de difuntos, una Cessna civil llevó a las mujeres con ropa de camuflaje

–Estoy seguro de que no voy a poder y no soporto que se rían de mí

a Luanda en ataúdes nuestros, deprisa, cualquier día por falta de cajas nos tiran encima de una tabla como hacen con los negros y ahí nos quedamos mezclados con ellos engordando la mandioca y aumentando los tallos de cáñamo volviéndola más dulce al paladar y multiplicándonos los sueños, visité muchas veces a mis padres en Lisboa si fumaba un poco antes de dormirme, mi madre contenta

–Estás más gordo

y es de matar y ver morir, señora, tanto difunto anima, mi padre con ganas de pegarme en la espalda sin pegarme en la espalda, solo agitándose

–Cuando llegues de una vez volvemos a las perdices

aunque la perra perdiendo la energía y la nariz, se tumbaba en el felpudo de la cocina, indiferente, casi ni tocaba el plato de la comida, casi no bebía agua, si mi padre la llamaba levantaba un poco el hocico y lo dejaba caer, ni un escalofrío por el lomo cuando él

–Perdices

distante, ajena, cuando llegue el frío no aguanta el invierno, se muere mirándonos no enfadada ni con pena, una catarata en un ojo, el otro vago, olvidado, qué ha sido de tu galope Muñeca, qué ha sido de tu energía, fue mi madre la que la enterró en un hoyo en el corral, mi padre meneando la cabeza

–No me atrevo

con aquella cara suya, seca, vacía, que en mi opinión hacía las veces de las lágrimas porque aquí no se llora, se endurece, con las palmas de las manos abiertas hacia delante y hacia atrás, despacito, en los pantalones, lo mismo en los funerales de las personas, lo mismo en las enfermedades, mi madre a mí

–¿Ahora no tienes que volver a África?

y ahí estaba yo en mi cama de la tienda de oficiales sin mirar a las mujeres de los carteles, la casa del pueblo un recuerdo remoto más la esperanza de que en enero se podrán aprovechar las ramas por la noche para ayudarnos a aguantar el frío, el soldado que no podía dejó de tener vergüenza gracias a una cuerda con la que se tropezó, alguien tenía que enredarse con aquello y nadie se burló de él, ya habíamos visto intestinos al aire, ya habíamos visto hígados, todavía dijo

–Adiós

y el de la ametralladora, que no hablaba nunca con nadie, qué sé yo por qué, llorando, después se apoyó en un mango y se quedó así un rato

–Qué joder qué joder

mientras las vergüenzas inútiles del otro desaparecidas con la explosión, el comandante

–Cada uno de estos muchachos

y no dijo, caballito, caballito, nada más, un sujeto con el pelo blanco que a veces, caballito, palabra de honor que me caía bien, no sé por qué pero me caía bien, marcas azules y rojas en el mapa de Angola en la pared, una fotografía de su mujer en la mesa, una segunda fotografía de una señora mayor, o sea caras de personas, nosotros no, si miraba alrededor nada entre el cuello y la frente, no existimos, no estamos, vamos a morir aquí, una chica caminando hacia mí con un vestido claro en la que al principio, hasta que las piedras se vuelvan más ligeras que el agua, no me fijé y era ella, palabra de honor, era ella y el mismo trayecto uno al lado del otro, el mismo silencio, dos o tres veces, no podía creerlo, el codo atrás y adelante al caminar, rozando el mío sin que ninguno fingiese notarlo, dos o tres veces, después dos o tres veces más, después qué hago yo en el trabajo, después qué hace ella en el trabajo, después la madre

enferma, después el trabajo del padre, después un hermano en Luxemburgo para escapar del ejército, después el padre enfadado con el hermano por escapar del ejército, después ya no enfadado con el hermano, después una de estas navidades nos viene a visitar, tiene una esposa, tiene dos hijos, nos echa, aunque sea mentira lo que dice, de menos, el perfil de ella más atractivo al hablar de su familia y yo sintiéndome muy feo, ella por piedad

–Feo feo no diría eso

añadiendo una mirada de soslayo divertida y tranquilizadora

–Estaba de broma claro

y fue la primera, cerdo no dejes de comer, no dejes, vez que sonrió, hasta hoy, al sonreír, se pone siempre de repente como adolescente, con uno de los colmillos a la vista, desde que empezó la historia de las piedras no lo he visto, el médico, siempre que surgía del biombo ya vestida, cerrándose el último broche, animándola

–Esto avanza despacio pero avanza

porque lo último que se debe hacer es destrozar la moral de los enfermos, cuando afloja la moral se empeora enseguida, tenemos que mantener a las personas animadas, con confianza, hacerlas creer en la curación con una palmadita en la espalda

–Está muy lozana hoy

del mismo modo que se alimentan los cerdos para matarlos más felices, otro cubo de bellotas, otro barreño de cáscaras, más restos de comida, huesos de pollo, pieles, esas cosas que se empujan con el cuchillo al borde del plato y mi mujer las iba juntando en otro plato más pequeño para que yo no las masticase por equivocación, ya empezaba a hablar con ella de camino a la oficina, ya empezaba a tener, aunque con miedo, opiniones, preferencias, ya empezaba a pensar como el soldado

–Estoy seguro de que no voy a poder

si por casualidad me venían cosas atrevidas a la cabeza que me hacían ponerme colorado y mi mujer, todavía no mi mujer claro, solo una conocida a pesar de los codos, cada vez más frecuentes, rozándose unos segundos, la verdad es que es obvio, sin fijarse en eso es evidente, cuando se está distraído sucede sin que nos demos cuenta,

en cuanto nos tocamos qué vergüenza, mi mujer casi preocupada

–¿Algún problema?

y yo, de inmediato, deseando que el codo conmigo para siempre y mira, ha sido el destino quien lo ha querido, yo ningún problema por amor de Dios, estoy fenomenal y menos mal que la palabra amor me salió pegadita a la palabra Dios para que ella no la tomase como una falta de respeto o un atrevimiento, la palabra amor ya el segundo día seguro que asusta o por lo menos hace estirar la oreja, nos pone tensos, al ace, seguro que no voy a poder, cho, prudentes, en guardia, amor demasiado deprisa un abuso, hay que tener paciencia, no darse prisa ni asustar a la gente

–Seguro que no voy a poder

hacer todo paso a paso, delicado, prudente, ir avanzando poco a poco como quien no avanza, un toque aquí, ligero, casual, palabra de honor que no ha sido queriendo, ya le debe de haber pasado y volverá a pasar, sería lo que faltaba queriendo, de cualquier forma perdone aunque no tenga la culpa, gestos automáticos, actitudes inconscientes, lo que no me atrevo a hacer realizándose a pesar de mí, cómo nos traiciona el cuerpo, esto de

–Caballito caballito

tras un cuarto de hora cansa, me duelen los músculos aquí, me duelen los pies y mi hija no lo entiende

–Más

tan crueles los niños, tan egoístas

–Más

completamente indiferentes a lo que sentimos pidiendo impertérritos

–Más

el de la ametralladora a mí arrastrando el arma por el suelo

–No se lo tome a mal pero ¿qué hacemos aquí mi alférez?

con ganas de abandonarla, de romperla

–¿Qué hacemos aquí mi alférez?

y tienes razón, es verdad qué hacemos aquí seguros de que no vamos a poder, mi mujer de repente parada, de repente mirándome, de repente, imagíneselo, cogiéndome de la mano

–¿Por qué se culpa tanto?

esto en medio de la calle con personas pasando, dos hombres sacando una lavadora de una furgoneta, una pareja de viejas con carritos de la compra, cada una con su perrito por la correa oliendo ruedas, concentrados, serios, uno de ellos pequeño, blanco, el otro así así, ambos horribles, ambos con ojos de gelatina desenfocada y narices temblorosas, mi mujer a nosotros

–¿Qué hacemos aquí mi alférez?

no, mi mujer a mí

–La verdad es que me cae bien

y yo palabra de honor con ganas de sentarla en mis rodillas

–Caballito caballito

levantándola y bajándola con esfuerzo de los pies y los muslos que ahora no me dolían, no iban a dolerme, yo cogiéndole las manos

–Caballito caballito

por primera vez cogiéndole las manos pensando

–No voy a poder

y aunque pensando que no iba a poder seguía haciéndola saltar

–Caballito caballito

porque eso sí podía, que su pelo de un lado al otro, que sus dedos apretando más los míos, que su boca a un palmo de la mía diciendo también

–Caballito caballito

y aunque todavía solteros, ningún camisón de encaje, ni la sombra de una alianza en el dedo la palma de su mano en mi nuca

–Amor

y todas las piedras del mundo, palabra de honor, mucho más ligeras que el agua.

14

Cuando pienso que mañana van a traer al cerdo a la bodega sacándolo de la furgoneta con varas y palos, gordo, gordo, cayendo en el cemento sucio de barro, intentando liberarse de las cuerdas, intentando mordernos, intentando impedir que le amarrásemos las patas arañándonos, que lo colgásemos del gancho girando la polea y empezando a traer las vasijas junto a la mesa y los cuchillos mientras, por la ventana abierta, veía a la prima de mi padre salir de nuestro panteón después de limpiarlo, con un pañuelo en la cabeza y por encima de ella, muy alto, los pájaros de la sierra, con las alas horizontales, sobrevolando inmóviles las mimosas, cuando pienso en la muerte del cerdo yo que no me acuerdo de casi nada de África a no ser los tiros, la lluvia, los relámpagos que incendiaban los poblados, un mango desapareciendo súbitamente y mi padre, con ropa de camuflaje, saliendo a la selva, cogiendo el arma a la altura de los riñones, con los muslos apartados, con las comisuras de los labios hacia abajo y ojos de repente minúsculos, feroces

–Ay de quien lo toque

a pesar de que el inspector de la policía política

–No se lo lleve a Portugal mi alférez que ha visto lo que le ha hecho a sus padres y más tarde o más temprano se vengará es cuestión de tiempo

porque los negros son como los perros, no olvidan, si fuesen como nosotros serían blancos, ni a porrazos se curan, haga un hoyo, métalo dentro, ciérrelo y ya verá cómo incluso así él hierve de odio, si pudiese venir aquí arriba con una catana lo freía, yo el juguetito de mi padre de eso sí me acuerdo como me acuerdo de la única silla del caserío, la de los muertos, colocada en el espacio vacío en el centro de los chozos, adornada con plumas de gallo, conchas de gusanos y pájaros secos, donde sentaban al cadáver una vez pintado, con collares al cuello y pulseras en los tobillos, envuelto en paños del Congo, con

los párpados abiertos, participando en la fiesta observándolo todo, el inspector de la policía política a mi padre, preocupado

–Mire que ese trozo de carbón le va a medir las costillas ándese con ojo

como si alguna vez yo le hubiera medido las costillas a mi padre y medírselas para qué, qué tontería, el cadáver con el que los parientes, a propósito de parientes la prima de mi padre me saludó desde el otro lado del muro del corral al pasar junto a la casa del pueblo, compartían el aguardiente y la sangre de los pollos degollados con la catana, vertiéndolo en la boca a medida que bailaban de modo que hasta los árboles y el aire rojos, el sol rojo, el río rojo debajo con caimanes rojos, calentando la piel de los tambores en las llamaradas de la paja para que el suelo agitase los pies sin necesidad de moverlos y levantando los brazos tatuados con exclamaciones de alegría, me acordé del canto indolente de las mujeres, la prima de mi padre desapareció en la calle detrás de la nuestra dado que vivía casi encima de la carretera donde mi coche el pobre debía de seguir todavía, y de los gritos del jefe encorvado sobre la tierra que los demás repetían pisando las sombras de difuntos antiguos

–Ay ay

de los cabritos descuartizados babeando espuma y saliva, del humo dulce del cáñamo, del gusto del aguardiente en los cuencos de calabaza, mi padre señalándome con el mentón a la tropa

–Ay de quien lo toque

y los militares callados engrasando los ge tres, de los trabucos que disparaban los milicianos de los poblados, llenos de clavos torcidos, bisagras, piedrecitas, expresándose en una lengua de la que había olvidado casi todo y sin embargo, si prestase atención

–Eh

me parecía entender, el inspector de la policía política a mi padre

–Después no me diga que no le he avisado mi alférez

y entender no solo la lengua, las costumbres, los modos, el sabor de la comida, aunque mañana muere el cerdo todavía comiendo, ojalá tenga tiempo de comerse todas las piedras de mi madre una a una así que el médico a nosotros, sin ningún círculo rojo alrededor de ninguna

mancha

–Se ha curado

no contento, perplejo, mirando el biombo detrás del cual nadie, mi padre en la casa del pueblo ya no flaco, gordo, lento, ya no joven

–Ay de quien lo toque

viejo, un par de gafas en la frente y una de las piernas, con la que se enfadaba y la golpeaba, más difícil que la otra

–Lo que me ha dado Angola señores

medio arrastrándola, torcida, llegado de la visita a la pocilga extrañándome, con un eco de batucada en alguna parte suya, animal cómete todas las piedras, por favor cómete todas las piedras, mi padre

–¿En qué estás pensando?

y estaba pensando, pero no se lo cuento, por qué razón se preocupaba por mí cubriéndome con su cuerpo ya al primer rifle, vistiéndome como usted, estaba pensando, ay, en una mujer cabeza abajo, sin orejas ni manos, entre mujeres y niños sin orejas ni manos y gallinas y perros, estaba pensando en hombres con los ojos abiertos al azar en el suelo, en restos de maderas, en la silla de los muertos caída, en una chica intentando sujetar una cabra que no se le escapaba, sollozando, en el tufo del cáñamo mezclado con el tufo de la pólvora, en el olor a sangre de la sangre, en los primeros perros salvajes espiándonos con cautela y la nariz entre las hojas, estaba pensando en el hombre caído más adelante que vivía con nosotros y no me prestaba atención, estaba pensando en la silla del poblado vacía alrededor de la cual el muerto, solo, seguía bailando, estaba pensando en mi padre

–Ay de quien lo toque

con los ojos minúsculos, feroces, y tela de tienda, y raciones de combate de cuando salía de la alambrada con los soldados, no delante, en medio de la fila con el guía pintado de blanco tres sitios antes y el segundo guía más atrás por si le daban al primero, estaba pensando que en ciertos momentos, aquí en el pueblo, mi padre con miedo por él y por mí mientras seguían sonando los tambores de muerto

–¿Qué va a pasarnos?

sin las palabras claro pero lo oía igual como me oigo a mí

–¿Qué va a pasarnos?

mientras colgaban al bicho y elegían los cuchillos, mientras lo mirábamos pidiéndole no dejes de comer, mi padre observando al cerdo como si él fuese el cerdo, ya gordo, viejo, lento, indefenso, sin oír

–Amor

de nadie, sin haber escuchado nunca

–Amor

de nadie sobre todo no en África al avisar

–Ay de quien lo toque

a los soldados, cuando lo vi matar gente deseando morir, cuando lo vi mirar a mi madre envidiando casi las piedras, cuando al observar al médico lo sabía a veces deseando ser ella, cuando al mirar a mi hermana tenía ganas de abrazarla, no disimule, no mienta, ganas de abrazarla sin atreverse a tocarla porque su cara

–No se atreva a arrimarse

deseando que se atreviese a arrimarse y perdone que le diga esto padre pero con el debido respeto usted un idiota, un tonto, usted casi

–Amor

pidiéndole a mi madre, dentro del camisón de encaje, que lo expresase por usted, usted

–¿Me permite que la acompañe?

y nada más, agobiado, pisándole el pelo, haciéndole daño, apartándose aprisa

–Vuelvo enseguida

y sentado en el salón a oscuras sin atreverse a volver, mirando la calle desde la ventana, las bombillas, usted pobre, usted sin nadie, usted aquí en el pueblo mirando al cerdo, no dejes de comer, cerdo, fruta podrida, verduras, restos, todas las piedras del riñón, hasta las pequeñitas y las que no han salido todavía, mi madre preocupada con los botones de la blusa

–Si sigo mejorando voy a coger demasiado peso

mientras mi padre miraba al cerdo como si él fuese el cerdo, extrañando mi cara, extrañando mis gestos, extrañando la mesa de los cuchillos mientras el poblado seguía bailando esperando a, tantos tornillos en el trabuco del guía, tantos clavos, esperando a la muerte,

Su Excelencia en el dormitorio, alejándose de mí sin atreverse a apagar la luz

–¿Quién eres?

dispuesta a defenderse con la almohada, las rodillas, las uñas porque mi cuerpo pintado, mi piel de guepardo, mis cuernos de cebú, el empleado del taller

–Debería traer aquí el coche no vayan a robarle otra llanta

a la izquierda del café con la puerta llena de motos y hombres, uno de ellos con muletas, con botellines en la mano mirándome sin palabras, las moscas se les posan en la cara y ni se dan cuenta, mi padre llamó al guía señalando el sendero

–¿Dónde acaba esto?

porque no era el sendero de un poblado, demasiadas pocas huellas de pasos descalzos, sin botas, los guerrilleros deben de haber venido por el pasto como debía de estar alguien esperando que pasásemos para atacarnos por detrás, van a presumir por la radio de que nos han matado a todos, Su Excelencia a mí

–Llevas un buen rato quieto con el brazo levantado ¿has perdido el apetito?

a veces sus ojos no bromistas, casi tiernos, incluso hubo mañanas en que

–Espera

y me ponía derecha la corbata antes de salir a trabajar

–Ya que tienes que ser negro que seas un negro elegante

y, palabra de honor, un pellizquito en la barbilla con el cuerpo oliendo al mismo tiempo a perfume y a aquel no sé qué de cuando, una vez al año, te apetece, los dedos de tus pies casi junto a mi cara, no derechos, doblados, por favor aráñame el pecho con ellos, aráñame el cuello, ordéname

–Más profundo

masticando la almohada, de perfil, con una vena del cuello aumentando, los pezones de repente duros y los ojos, sin verme, ordenando

–Ahora

Su Excelencia levantada sobre los codos lamiéndome el pecho,

mordiéndome

–Pégame

mi padre cogido al hombro del guía

–Nos has traído a una trampa cabrón

mientras el segundo guía, soltando el trabuco, escapaba por la selva hasta caer poco a poco, bajo la ametralladora, a unos diez o quince metros de nosotros, un pie calzado y el otro descalzo mientras el cuerpo rodaba, un soldado cayó sobre él con el cuchillo y el cerdo o el guía descalzo gritando que se oía en la aldea asustando a los milanos de la sierra, un gavilán directo a los gallineros, mi madre llamándome para ayudarla a levantarse con una voz que casi desaparecía a cada palabra, las garras de Su Excelencia dentro del colchón

–Dios mío

y sus dientes enormes, mi madre buscando las zapatillas con los pies

–Esto cuesta

con una rebeca por encima del camisón de encaje y los huesos de las manos aplastados sobre la rebeca, recuerdo oírla cantar, recuerdo a mi hermana en sus brazos, ya seria, ya ausente, siempre escondiéndose de nosotros, incluso en mi trabajo cuando decía

–Adiós

y se marchaba por el corredor, lejos de mí y no lejos de mí, nosotros nunca lejos el uno del otro, qué cosa, el pelotón de mi padre entrando por el pasto en abanico, el guía de rodillas pidiendo

–No

con las manos unidas a medida que mi padre, no, el cerdo, no, mi padre, con el hocico en un cubo, se lo comía, una bala de ge tres en la barriga, una bala de ge tres en el pecho, el brazo de Su Excelencia en mis hombros no por amor, agotado, mi madre

–Si me volviese el apetito

y ahora que las piedras sin peso, desaparecidas de la radiografía, el hambre va a volverle señora, créalo, los guerrilleros empezaron a disparar desde unos árboles a la izquierda que la sección de un furriel rodeaba a ráfagas, un perro apareció y desapareció, uno de los tobillos de Su Excelencia, medio dormido, rascaba lentamente el otro, si lo intentase besar una protesta confusa

–¿Aún no estás satisfecho?

cuando era pequeño y me despertaba en medio de la noche llorando mi madre me cogía y me llevaba a su cama donde el calor de sus cuerpos me tranquilizaba, en África el hombre que vivía con nosotros dormía en una estera junto a la puerta y no hablaba conmigo, fumaba caricocos en la puerta, cuando entramos en el pueblo solo una catana, no trabuco ni pistola, fue mi padre quien le disparó, ahora recuerdo que yo de pie a su lado como recuerdo a mi padre mirándome, tocando al hombre, tocándome, hablando con el capellán, el capellán una charla larga

–Prométamelo

y mi padre

–Se lo prometo

mirándome de la misma forma como me mira todavía y no lo entiendo bien, la duda de si

–Ay de quien lo toque

o

–Ay de mí si lo toco

como la duda de si su silencio silencio o su silencio

–Mátame

una vez mi hermana, ella que casi no hablaba

–Vosotros dos

y muda, nació años después de África, no conoció nada de Angola, no vio en nuestros semblantes la alegría de que fuésemos a servir a la Patria, no se fijó en mi padre odiándose a sí mismo, cuando mi madre en la cocina él encerrado en el dormitorio con la cazuela de las sobras de la comida, comiendo, engorde señor alférez, llene el barreño con su sangre y viértalo sobre mí, ser yo un cuchillo en su cuello, no sé, y la oscuridad gritando como no sé si gritó el que vivía conmigo, tanto vacío en el interior del ruido de mi cabeza, mi padre

–Fuego a discreción

y un primer guerrillero entre dos troncos, un segundo, un tercero, un fusil surgiendo de los arbustos y después un guerrillero de rodillas en la hierba, doblándose en el suelo, Su Excelencia durmiendo con la boca en mi cuello en la casa del pueblo y una lluvia fina en la huerta,

el médico dibujando un círculo en una radiografía alrededor de una mancha blanca, intrigado

–¿Será una nueva piedra?

mi padre bajito por el biombo donde se vestía mi madre

–¿El doctor no ha dicho que han desaparecido todas no ha dicho que eran más ligeras que el agua?

el médico también bajito

–Después de la matanza comprobamos mejor esto de los riñones siempre hay sorpresas se imagina una cosa y sale otra

mi madre con la chaqueta de la mariposa, sonriéndonos

–Está todo bien ¿no?

y claro que está todo bien señora, no se preocupe, no es importante que la vida sea corta o larga, lo importante es que sea feliz, su familia, su casa, su bienestar, su hija por fin atenta a usted

–Se encuentra mejor ¿verdad mamaíta?

su marido sin atormentarse con Angola, su hijo una boda que nos traiga a todos paz y serenidad, dos o tres nietos que siempre animan, cambian tanto para mejor nuestros días, rejuvenecemos, volvemos a tener sorpresas, felicidad, algunas preocupaciones pero nada grave claro, con los niños, gracias a Dios, casi nunca grave, las fiebres de costumbre, las infecciones de costumbre, las caídas de costumbre en que por lo general no se rompen nada, una nuera amigable y atenta, tal vez su hija, quién sabe, un caballero en condiciones que los tranquilice a todos, todavía hay hombres así, cómete deprisa esa piedra nueva cerdo, no te olvides de esa piedra, el empleado del taller se trajo el coche al pueblo y la garantía de que el neumático llega mañana, al menos esa fue la respuesta del representante en la ciudad, mañana, lo más tardar después de comer pero mañana seguro, además del neumático una revisión al motor es evidente, que no se pierde nada, siempre hay una pieza que necesita un apretón, las máquinas son máquinas y el tiempo, es lógico, va gastando el metal de la misma forma que no se tienen dieciocho años toda la vida, llegan los treinta, los cuarenta y más, no somos niños para siempre, claro que era bueno pero la vida tiene sus propias reglas a veces sin piedad, crueles, que desgraciadamente no dependen de nosotros, tenemos que aceptarlas,

hacer lo posible para sacarle el mejor partido a las contrariedades y ahí se trata de una cuestión de ingenio y trabajo, también de espíritu positivo, qué importante el espíritu positivo, no dejarnos venir abajo, creer siempre que como dice el pueblo, y es bien verdad, la sabiduría no se equivoca, mejores días vendrán, por ejemplo para usted, señora mía, empiezan ya, ha tenido un rollo en los riñones pero con trabajo y paciencia se ha resuelto la cuestión y ahí está, Dios nos libre, dispuesta para otra, es broma perdone, nadie normal reza por la infelicidad sea de quien sea, deseo salud y paz a todos y ahora la señora se encuentra, afortunadamente, en el umbral de todo eso con años, no sé cuántos pero espero que muchos, por delante aunque esa sonrisa y esos colores no engañen, no se deje venir abajo que no hay razón alguna y mi madre escuchándolo callada como la enfermera escuchaba callada, como mi padre y yo escuchábamos callados, como el cerdo comiendo callado, mañana volvemos a Lisboa, no sé si mañana volvemos a Lisboa, tal vez algunos de nosotros, no mi padre, no yo, mañana vuelvan a Lisboa, no mi hermana quizá, es un suponer, ocupando sola la casa vacía del pueblo, el dormitorio de mis padres, los otros dos cuartitos, el salón, la huerta, el níspero, los olores antiguos, el moho de las paredes, el aroma de mi abuelo, de la perra, mi hermana

–Solo quería verte adiós

en cuclillas en el murito, ni era necesario llegar del trabajo, me veía desde allí sellando papeles, Su Excelencia a mí

–Si nos marchásemos ahora tal vez tú

con los ojos llenos de miedo pero miedo de qué y callándose de repente mientras iban trayendo los barreños al sótano, por qué miedo de las cosas, por qué miedo de la sangre de un animal, cerdo no dejes de comer, de engordar como mi padre, no dejes de mirarme así, uno de los furrieles al cabo

–Si tocas al chico el alférez te mata

el alférez, ay, peinando la selva con su pelotón, tropezando con un rifle, con una ametralladora ligera ya sin munición, con una mujer uniformada boca arriba en la hierba, con las piernas todas arañadas, un mulato, todavía vivo, mirándolo, buscando una pistolita con los

dedos lentos, ciegos, mi padre se la puso en la mano

–Dispara

el mulato y él mirándose fijamente el uno al otro, ambos con las bocas moviéndose aunque sin sonido, mi padre de rodillas con la cara a dos palmos de la cara del mulato, cerrándole la pistola en el puño, metiéndole el índice en el gatillo

–Dispara

dirigiendo el ge tres a su cabeza

–Disparamos al mismo tiempo cuando diga ya ¿quieres?

ambos de la misma edad, con ropa de camuflaje pare

–Cuando diga ya

cida, botas idénticas de lona y de goma, casi a tiras, con la misma fatiga y la misma indiferencia en la cara, las mismas manchas de pólvora, ceniza y arena en la piel, dos cerdos no gordos, flacos, con sed, con hambre, con miedo, que lamían por la mañana las hojas de los árboles, que chupaban raíces cuando se terminaba la comida, que dormían arrimados a los troncos con la esperanza de protegerse de la lluvia, un mulato casi igual a mi padre, casi blanco, ambos con un reloj parado en la muñeca, ya sin cristal y con las agujas torcidas, el mulato levantando despacio la pistola en el momento en que mi padre

–Uno

el cabo escupiendo hacia mí

–Mono

él que no combatía, se limitaba a descifrar los mensajes llegados de Luanda donde tampoco se combatía, se vivía en hoteles con aire acondicionado, se pasaba el fin de semana con las negras de la isla y los demás días se mandaba a los otros a luchar, el doctor en el círculo de sillas del hospital a mi padre

–Tanto odio

y mi padre odio ninguno amigo, qué odio, solamente la alegría de servir a la Patria, la suprema alegría de servir a la Patria lo entiende, mi madre en la casa del pueblo

–Creo que estoy en condiciones de hacer la cena

porque las piedras no solamente ligeras, sin peso, que ya no las siento, no las siento, mi marido conmigo, viejo, con una de las piernas

difícil y yo

–Amor

yo también vieja

–Amor

mi padre al mulato

–Dos

quitando el seguro del gatillo, arrimando el cañón a la garganta del otro

–Dos

el psicólogo en el círculo de sillas del hospital gritando

–Pare

como si el ge tres dirigido al mulato, a él

–Pare

mientras los soldados desactivaban la granada de una cuerda para tropezar, cogían una caja de explosivos, buscaban en los bolsillos de los cadáveres donde esquemas, papeles, una brújula rota, la fotografía arrugada de lo que parecía una mujer negra con un collar al cuello, con casi todos los rasgos borrosos en la imagen, para qué quería aquello el idiota, qué haría con ella, mientras el neumático de mi coche por fin de camino al pueblo pero desgraciadamente el cerdo, pero desgraciadamente el cuchillo, mi padre repitiendo

–Dos

dando resoplidos, gruñendo mientras se escuchaba a lo lejos, llegado del norte casi sobre los árboles, transformando las ramas en pájaros, la avioneta del correo y la comida fresca, el sargento que repartía los números para las mujeres con ropa de camuflaje

–Cinco minutos para cada uno chicas no se agoten con el primero

mi madre a mi padre en la casa del pueblo

–¿Vas a dejar que el mulato te mate?

y por qué no dejar que el mulato lo matase, por qué no matarse los dos el uno al otro, en el instante en el que mi padre dijo

–Tres

la pistola un chasquido porque ya ninguna bala dentro y creo que en toda su vida mi padre nunca sintió un chasquido tan fuerte, la prima de mi padre, de vuelta del cementerio con una escobita y unos

paños, pasó junto al muro de la casa del pueblo donde yo reforzaba la buganvilla con cuerdas y alambre, su nariz y su boca idénticos a los de mi familia, lo demás diferente, qué extraño los parientes, solo se parecen en algunas cosas, que yo recuerde la mujer sin orejas ni manos no se parecía a mí y qué mentira afirmar que no se parecía a mí si casi no me acuerdo de ella, mi padre se levantó despacito sin apretar el gatillo del ge tres, con una lentitud distraída, mientras los furrieles iban reordenando el pelotón para la vuelta a la alambrada, mi padre de pie observando al mulato

–¿Me permite que la acompañe?

con la culata apoyada en la cadera, aún hoy, a veces, noto que su mano la busca, sorprendiéndose de no encontrarla, diciendo a media voz

–Qué estupidez

y sentándose mejor en el sofá conmigo comprendiendo la cara de mi madre, además no cambiada, que ella lo entendía, algunas noches despertaba de repente con la impresión de que él lloraba en su habitación, con la boca en la almohada y la voz de la madre agitándolo, no el brazo, la voz agitándolo

–Despierta que eso ya acabó hace muchos años despierta

pero la pistola del mulato tumbado en el suelo continúa igual que su actitud, no de miedo, no de rabia, ni siquiera de odio, siempre la misma pregunta

–¿Por qué?

y la misma ausencia como respuesta, la misma incomprensión, la misma sorpresa, la misma lluvia en el muelle de Lisboa, las mismas marchas militares, el mismo llanto, los mismos pañuelos despidiéndose sin fin, el motor del barco alejándose, la misma agua no gris ni azul, casi negra, en la que se iba hundiendo, hundiendo, el segundo comandante en el salón de oficiales rompiendo una cerilla y otra sin ser capaz de encenderse el cigarro, mi madre a mi padre pero sería mi padre y si fuese mi padre quién era el hombre tumbado

–Estás otra vez en Lisboa aquí ya nadie se muere

a pesar del cerdo comiendo, a pesar del cuchillo, de la sangre, a pesar de los hombres con delantal de goma que se acercan a él, a

pesar del camisón de encaje tranquilizándolo

–Estoy aquí

a pesar del cuerpo a su lado y de una mano en su pecho, a pesar del cañón sin retroceso que estremecía al mundo, a pesar de su mujer curada, de su mujer con salud, de las piedras del riñón ni siquiera más ligeras que el agua, inexistentes ya, a pesar de mi hermana por fin mirándolo

–Padre

y todo esto, es evidente, mentira delante de los ataúdes, de los difuntos, de los heridos, de los remolinos de llovizna, de la violencia de las tormentas, del mástil de la bandera oculto por un relámpago, a pesar del

–Cuando se entere mi abuelo se mata

y de un cuerpo con un sombrero en la cabeza girando en una cuerda en la viga del granero, a pesar de

–Ya se acabó no lo ves ya se acabó

y del día en que mi hijo negro me sonrió por primera vez, estaba mirándolo sin pensar en él y en esto, de repente, le sonreí, mi madre

–Voy a hacer la tarta que te gusta para la cena

el psicólogo del círculo de sillas del hospital contento

–Por fin de buen humor

él que si viese un bazuca se moriría de miedo, que si presenciase una emboscada lo ingresarían en Luanda, el mulato de la pistola todavía mirando a mi padre, esperando, el mulato soltando la pistola

–Te toca a ti

y mi padre apartando el dedo del gatillo, poniendo el dedo en el gatillo, apartando el dedo del gatillo de nuevo, mi padre al mulato

–Tú

un mulato casi blanco tumbado de espaldas en el suelo sin dejar de mirarlo, quieto, sin miedo, sin pedir nada de nada, solo esperando pero el qué, con una mosca en la mejilla, con los primeros insectos alrededor, una especie de arañas u hormigas, la tierra temblaba pero podían ser las piernas de mi padre, podía ser un corazón cualquiera, no sabía de quién, una persona, un animal entre la hierba, las hojas, hasta el agua, a veces, tiembla así, no se ve pero se siente cuando

tiembla así, mi madre a mi padre en tono divertido, tocándole el hombro, de vez en cuando, al pasar a su lado, le tocaba el hombro, durante años le tocó el hombro, creo que siempre lo envidié por eso, si no prestásemos atención no nos daríamos cuenta

–Tienes la tarta que te gusta de postre

mientras mi padre de pie delante del mulato sin oírla, Lisboa 10.000 kilómetros, Moscú 13.000, los galones ya desteñidos, del color de la ropa de camuflaje, un trozo de tirita de la enfermería, pintado a lápiz verde, uniendo un trozo de tela del codo, mi hermana en la casa del pueblo mirándolos, ni siquiera teníamos un retrato de mi abuelo, para qué, murió, la perra de las perdices murió poco después, no llegué a conocerla, parece que un animal pequeño, movido, ahora unos huesos dispersos, si aún hay huesos, qué sé yo dónde, y los pájaros en paz, levantaban la cabeza por la mañana sin que nadie los molestase, volaban, salían, les tiraba piedras que no los alcanzaban, claro, también qué fuerzas tenía yo, solo un niño, una especie de tejón que no vi y se escapó corriendo rodeando un tronco, el cabo en la alambrada, al furriel

–Dejar a un negro vivo es un crimen

mientras mi madre, con el cuerpo ágil de antes agachándose, levantándose, abriendo cajones, removía objetos en la cocina con Su Excelencia ayudándola sin mirarme, nunca me tocó en el hombro, esa, nunca me hizo una tarta, ni al principio buscaba mi cuerpo, la mayor parte de las veces se quedaba con los ojos abiertos hasta que yo me deslizaba al lado y entonces me preguntaba

–¿Ya has acabado?

mientras se tapaba, en un suspiro, con la sábana y la manta y se ponía la almohada debajo de la cabeza, con los ojos cerrados como si ya estuviese dormida, informando molesta

–Hoy has tardado más

masajeándose una de las piernas poniendo muecas mientras mi madre batía las claras de la tarta en un cuenco, mi hermana con la cuchara en el aire

–Déjeme probar señora déjeme probar

esto cuando todavía hablaba y se interesaba por nosotros, le gustaba

enredarme en los bolsillos buscando la navaja, las llaves, mi madre a ella, siempre agitando las claras

–Guarda eso antes de que te hagas daño

mientras mi hermana giraba las llaves en el aire abriendo puertas invisibles, desapareciendo en la nada, diciéndonos adiós

–Ya estoy en otro sitio

y no lo estaba porque incluso sentado en el suelo podía agarrarla, mi hermana a mí sacudiendo el tobillo que yo agarraba

–Negro

y yo con ganas de pegarle, claro, si tuviese mi cochecito de plástico a mano se lo tiraría, mi madre me cogería antes por la muñeca y yo furioso protestando, a propósito de cochecito ganas de tirárselo a Su Excelencia ahora con los ojos cerrados, de espaldas a mí, fingiendo que dormía, la amiga de la tienda de ropa acariciándole el pelo

–A mi niña le ha entrado sueñito

y mi niña contenta, ronroneando

–Muñeca

con las uñas largas, rojas, acariciando el brazo de la otra mientras el furriel de la primera sección nos decía con señas que podíamos volver, algunos soldados montando la seguridad dentro de la selva, mi padre todavía delante del mulato tumbado que había soltado la pistola vacía, con una herida en la barriga, cerca del ombligo al aire, donde el emblema del partido tatuado, la piel más clara que la mía, casi del color de mi familia, casi del color del cerdo, los ojos tampoco oscuros, la boca fina, el pelo, si se lo peinase, liso, la mano izquierda en el pecho, la mano derecha en dirección a mi padre todavía de pie a su lado apuntándole con el ge tres, mi padre joven, delgado, cansado, aunque en su cara, intacta, la alegría de servir a la Patria, las marchas militares mientras desfilaban en el muelle, las marchas militares mientras se alejaba el barco, la lluvia sobre el agua gris del Tajo, tanta lluvia sobre el agua gris del Tajo, Lisboa más pequeña, el muelle minúsculo, mi padre y dos camaradas con la puerta cerrada y la cortina del camarote corrida para no oír los gritos de las personas que se despedían, más los gritos de las gaviotas, más los gritos del teniente mandándoles correr durante la instrucción

–Esos brazos bien altos esos brazos bien altos

más árboles, más lluvia, más pájaros, más el mulato a mi padre

–¿No dispara mi alférez?

una petición debajo de él sonriéndole

–¿No dispara mi alférez?

mientras el cerdo seguía comiendo, seguía comiendo, seguía comiendo, el cerdo preguntando

–¿No dispara mi alférez?

con la boca llena de papas, y cáscaras, y restos, mi padre le dio el ge tres no con el cañón mirando al mulato, con el cañón hacia arriba y volvió a contar

–Uno

mientras se observaban el uno al otro, volvió a contar

–Dos

y al contar

–Tres

en el momento en que se giraba para salir con el pelotón de camino a la alambrada ocupando su lugar en la fila sin mirar nunca atrás el tiro con el que el mulato repitiendo

–Tres

hizo desaparecer la mitad de su propia cabeza.

15

Y cuando el Cessna de Jaea me dejó en Luso, y cuando el Nord Atlas me dejó en Luanda, y cuando la furgoneta de la Fuerza Aérea me dejó en el Estado Mayor, y cuando el taxi me dejó en la pensión de Mutamba, y cuando el dueño de la pensión me dejó en la habitación del segundo piso, y cuando cerré la puerta y me senté en la cama con la maleta a mi lado, por abrir, en el colchón y la cisterna del cuartito de la izquierda siguió goteando, y cuando saqué la sudadera del ejército, y cuando me aflojé el nudo de la corbata, y cuando me quité la camisa y me quedé desnudo de cintura para arriba, solo con la medalla de metal con el número mecanográfico y el grupo sanguíneo al cuello, si por casualidad un lanzallamas me quemase la medalla resistiría, con números y letras grabados, en la ventana ruido de autobuses, coches y la sonrisa astuta del furriel enfermero dándome un paquetito

–Los tubos de pomada antivenérea mi alférez ojalá los gaste todos

que me metí debajo del chaquetón civil pensando en la cara de enfado de mi mujer, abochornado

–Quince días de permiso sin conocer aquí a nadie ¿qué hago?

mi chaquetón civil en la maleta hace muchos meses sobre el armarito de lata, abollado, sucio, las camisas arrugadas, sucias, los pantalones con fuelle, una única corbata con la mitad del forro, descosido, al aire, en la ventana jeeps, personas, negros vestidos como nosotros acompañando a las traineras que salían a pescar, la voz de mi padre en mi oído, lejísimos

–Es una pena que este año no te tengamos en la aldea para el cerdo chaval

mientras yo intentaba arreglar el forro de la corbata metiéndolo con el dedo, sintiéndome más solo que en la alambrada a la hora en que los infelices del poblado traían las latas vacías ofreciéndolas con la esperanza de una sopa, pasos en el pasillo de la pensión, una risa

masculina, una voz enfurruñada de chica

–No me trates así que no soy negra de suburbio

y otras voces en la escalera, otros pasos, el retrete para todos al final del pasillo, siempre con gente protestando, enfadada, al otro lado de la puerta y las protestas de dentro ampliadas por los azulejos, en cuanto se entra en el retrete la voz aumenta enseguida, con una gota de grifo mal cerrado explotando en la loza mientras las palmeras de la marginal agitaban los brazos casi levantándose del suelo, cambistas desaliñados, con una carpetita, cambiaban moneda de Angola por escudos a soldados de paisano y sujetos descalzos ofrecían por las esquinas cocodrilos de madera, Luanda esto y chabolas, perros vagabundos, miseria, mi padre criticándome en la salita del pueblo

–¿No estabas mejor con nosotros?

como si la culpa fuese mía, como si lo hubiera elegido, un día llegué del trabajo y un papel esperándome, no en el baúl de la entrada donde se ponía el correo y donde había un plato de barro con un pomo, un frasco de jarabe vacío y llaves, en el bolsillo del delantal de mi madre que me lo dio sin mirarme

–Esto es para ti

un papel que ella arrugó no sé cómo y parecía mojado, entregado como si estuviera enfadada, yo pensando

–¿Habré hecho algo?

sin acordarme de nada, nunca tuve problemas con nadie, nunca traté mal a nadie y mi madre con una especie de rabia, con la postal o lo que fuese temblando

–Esto es para ti

mi padre leyendo el periódico, demasiado interesado en las noticias como para prestarnos atención, solo le veía la calva redondeada por la bombilla del techo y la parte de arriba de las gafas, los dedos que quedaban numerosísimos, jamás le noté tantas falanges sujetando las páginas y uno de los zapatos aplanando deprisa el suelo con la puntera, yo cogiendo el papel mirándolos

–¿Qué ha pasado?

me recuerdo sorprendido, con el ceño fruncido, mirando al uno y al otro sin conceder gran importancia a lo que tenía en la mano

–¿Qué ha pasado?

y ellos callados, yo con veintidós años, en marzo veintitrés, en mi cabeza en aquel momento ya un hombre completo, es obvio, en mi cabeza de ahora un crío y era el crío quien preguntaba

–¿Qué ha pasado?

pensando en un jarrón roto y que me acordara no había roto nada o en ropa mal puesta en el tendedero que dejó manchas en las sábanas de los vecinos de abajo, ya trabajaba, ya estaba casado, vivíamos todos en el mismo apartamento diminuto, mis padres en su habitación y mi mujer y yo en lo que había sido siempre mi dormitorio o sea un sitio minúsculo de modo que se escuchaban todos los ruidos, en el caso de apetecerme yo a mi mujer, bajísimo

–¿Crees que ya estarán dormidos?

porque casi siempre era a mí a quien le apetecía, natural, yo el macho y ella aceptaba o no, en el caso de no aceptar

–Acabo de oír una tos

en el caso de aceptar una palabra que no conseguía distinguir si

–Amor

o si

–Cuidado

y, por lo que la conozco, más inclinado para

–Cuidado

que para

–Amor

aprendiendo a mi costa lo que parecía imposible o sea que no hay ninguna parte del cuerpo que no se ponga de puntillas y que hasta de puntillas se consiguen relaciones que un primo de mi madre, amigo de palabras trabajadas, llamaba fructuosas, y mientras yo me probaba la ropa de civil, en Luanda, delante de un espejo manchado, mi padre criticándome en el pueblo, con menos pañitos que ahora

–¿No estabas mejor con nosotros que en África?

la ropa de civil que me costaba creer que mía, los brazos estrechos, la espalda apretada, el botón del cuello estrangulándome y un sujeto ya morado, que tuve dificultad en ver que era yo, pidiéndome

–Socorro

con los ojos angustiados, acabé solucionando el problema ensanchando el nudo de la corbata y me volví igualito a los cambistas de Mutamba, siempre atento a la posibilidad de la policía, al abandonar la pensión de paisano, Dios mío, aunque el pelo corto, aunque la piel chamuscada, aunque algo en los gestos, más precavidos, más lentos, que la gente no notaba, como si detrás de las casas selva, como si en las esquinas un cañón sin retroceso, como si en las filas de los autobuses rifles esperando, como si minas de cuarenta kilos bajo las piedras de las aceras, como si trampas en las terrazas, esperando, yo buscando constantemente el ge tres que no tenía, ramas partidas por guerrilleros imprudentes y por lo tanto una saltadora por allí o una cuerda para tropezar, mi madre, después de África, también encorvándose para coger el mantel

–¿Qué estás mirando debajo de la mesa?

y no haga caso señora, a veces no estoy aquí, sospechas de una antipersonas que son huidizas, él junto a los flecos de la alfombra, mi mujer con ganas de cogerme en su regazo lo sentía porque alargaba los brazos

–Dios mío

y en la lluvia de las ventanas los pasos rápidos de un guía o los de mi hijo en la alambrada persiguiendo a una cabra, fuera de la pensión, de camino a la Baixa, olor a funge y gallos fritos, las traineras de la bahía saliendo antes del crepúsculo, con las luces encendidas, moviéndose despacio, como las de los chozos de las fincas al acercarnos, una tarde el cuerpo de un bailundo ahorcado por la policía política en un mango por comprar pescado seco en la cantina del pueblo en vez de en la barraca más cara de la finca, los insultos de los cipayos cuando lo levantó la cuerda

–Hijo de puta

las palmeras de la isla nacían una a una junto con las bombillas de cuatro o cinco casas mientras caminaba sin destino por la circunvalación sintiendo el olor del agua y el gasoil de los barcos que se alejaban despacio, mi mujer a mí

–¿No te dan pena los cerdos?

la impresión de que un zorro arriba, junto al cementerio, la

impresión de que una jineta, le pedí a un furriel que cuidase a mi hijo mientras yo en Luanda, nadie sabe de nosotros en Portugal, nadie habla de la guerra, se finge que se olvida o se olvida de verdad, yo en la calle de los bares llenos de mulatas y hombres en la barra, solo codos, tan desastrados como yo, con la nariz dentro de los vasos como los burros, enganchados a los carros, delante de los capazos, con los hocicos en medio de la paja mirándonos mientras comían, una mujer que desaparecía en el humo del cigarro y surgía del humo, a mi lado, con un anillo más

–¿En serio eres oficial?

que seguían naciendo en la habitación de la pensión, mi madre a mi padre a media voz, en Lisboa, bajándole el periódico y haciendo surgir un ojo abochornado

–¿Conocerla?

el mismo de hace treinta o cuarenta años cuando entró con el padrino en un tercer piso sin ascensor de la parte antigua de la ciudad donde señoras con poca ropa, en zapatillas, charlaban las unas con las otras en sillas medio rotas sin prestarle atención y un sujeto con muletas dormitaba en un rincón, llamándolas de vez en cuando

–Chavalas chavalas

y desapareciendo de nuevo, diluido en párpados sobrepuestos en el interior de sí mismo, uno de esos lugares del pasado donde siempre hay un cachorro que creíamos perdido y una abuela masajeando varices mientras el padrino de mi padre en negociaciones complicadas con una de las señoras, de aspecto más benigno que las compañeras, que me llevó a una habitacioncita donde se desplegaba un colchón, con algo de paja a la vista, apoyado en el suelo y en el cual por unos momentos me sentí un muñeco sin fuerza, empujado y atraído por una criatura con prisa, que me devolvió al mundo un poco más húmedo de lo que había llegado

–Ponte al fresco chico

y mi padre y mi padrino de vuelta a casa en silencio, vagamente satisfechos, vagamente culpables

–Pero ¿de qué?

el recuerdo del sujeto de las muletas acompañó a mi padre toda la

vida, a cada dos por tres, incluso durante la cena, se abrían en él párpados invisibles

–Chavalas chavalas

acompañadas por la paja de un colchón en ruinas que olía a mucha gente, mi padre, sin acordarse bien

–¿Qué me pasó allí?

mi madre a mí, ningún cañón sin retroceso, ningún bazuca, encogiéndose de hombros con una resignación cansada

–Está envejeciendo no hagas caso

porque con el tiempo no controlamos las, tal vez una ametralladora, de repente, entre dos troncos pero no estaba seguro, de cualquier modo afortunadamente ningún disparo, porque con el tiempo no controlamos las manchas, mi madre señalando a mi padre con el tenedor

–Cada vez se ensucia más

me pareció que no con pena, vengada pero qué venganza señores si no la trató mal nunca, supongo que se ocupó más del gato que de ella, hasta pescado le ofrecía con la punta del, la ametralladora afortunadamente desapareció, cubierto, la mujer que iba aumentando los anillos en el bar de Luanda a mí

–¿En serio eres oficial?

probablemente acostumbrada a sargentos y cabos y yo con dificultad para oírla por culpa de las charlas, las risas, el ruido de las botellas y los vasos y de una emboscada al fondo, más allá del escenario de la orquesta, donde un guerrillero sentado en la pista de baile intentaba contener la sangre con las manos y el estrépito de los ge tres se desvanecía, solo el sonido de los recorecos de la orquesta y la garganta de un mulato cantando, la mujer de los anillos, impresionada, a medida que un soldado tiraba de una anilla y lanzaba una granada en dirección a los lavabos

–¿Alférez?

sin creerlo del todo debido a mi ropa por planchar y el botón del cuello suelto, le enseñé el carnet con el uniforme número dos mientras algunos azulejos de los lavabos nos caían alrededor y los empleados se ocupaban de un cliente boca abajo en el suelo, el uniforme número

dos y la gorra que la mujer de los anillos, del tipo de las señoras con ropa de camuflaje que nos visitaron en la alambrada, examinó respetuosamente y me devolvió cogiéndolo solemnemente por una puntita como mi madre el papel del ejército, dándomelo sin mirarme

–Esto es para ti

y después limpiándose en el delantal, el primer fin de semana que me vio con uniforme apartó la mejilla cuando intenté besarla, intentando descubrir quién era yo debajo de la gorra preguntando

–¿Eres tú de verdad?

casi sin mover la boca, es decir las palabras estaban, se entendía que

–¿Eres tú de verdad?

pero no todas del mismo tamaño ni colocadas por orden, al azar, se notaba que el dedo índice en su cabeza ordenando las letras, equivocándose, quitando una vocal de aquí para ponerla allá de modo que el

–¿Eres tú de verdad?

lento, torcido, confuso, un hijo con botas y la cabeza rapada, una estrella metálica en el hombro, que no parecía más joven ni más mayor, solo parecía un extraño, busqué un juguete antiguo en el baúl porque quizá con una locomotora de hojalata me reconociese o el Pinocho articulado al que le faltaba el brazo izquierdo, o sea tenía las orejas y lo demás, solo le faltaba el brazo izquierdo, en qué ataque a qué poblado se lo habrán arrancado, nunca vi ningún Pinocho en Angola, en la selva no había cosas de niños, cochecitos, canicas, el oso de felpa que sonrió hasta quedarse sin relleno después de que se le fuera todo por las costuras, lo cogías y el animal colgado, vacío, ni siquiera se sentaba, se apoyaba en las cosas y desistía de vivir, lo que la simple falta de algodón cambia a las personas, me acordé de mi abuela cuando se quitaba la dentadura postiza y se la quitaba casi siempre para gritarnos mejor en una discusión con las mejillas chupadas hecha de escupitajos y diptongos que no sabía que existían antes de su furia, mi mujer sorprendida

–Qué grande es el alfabeto

tan grande es verdad y tú solo cuatro letras

–Amor

si por ejemplo usases algunas más conmigo tal vez nuestra hija nacería antes y hablaría con nosotros en lugar de evitarnos callada, solo desprecio y caras, las luces de las traineras de Luanda en la bahía, los codos de las bielas adelante y atrás como caballeros con prisa sudando a la orilla del río observando con el mentón, no con las pupilas, a los pescadores, con cebos de paciencia, entre un capazo vacío y un banquito de lona, uno de ellos con una pipa con vocación de locomotora mandando señales indias de humo a la tribu en Almada, la mujer de los anillos a mí

–Vine de Portugal hace tres años

cuando empezaron a mandar señoras en los navíos para mejorar los niveles de cariño de la tropa, tratada con penicilina cuando se acompañaba de comezón o de dolor, la mujer de los anillos me escoltó hasta la pensión a través de calles estrechas vigiladas por perros solo mandíbulas y ojos severos cogiendo por las correas a policías militares, resoplando y una respiración feroz lista para transformarse en ladridos cuando se levantan sobre las patas traseras, los soldados, esos, matan a todos los chuchos, a todas las gallinas, a todas las cabras, a todo el mundo, mi hijo de pie, solo, abrazado a un trozo de mandioca, los crujidos de lengua de fuego, las llamas de un lado a otro a lo largo de los hilos de gasoil, las melenas doradas, después plateadas, después grises de los árboles, después cayendo en trozos negros, después polvareda que cualquier brisa, no viento, cualquier brisa se lleva, después la policía política ahorrándose dos o tres prisioneros flaquísimos empujándolos con las culatas hacia los jeeps, sus piernas sin fuerza, los brazos cintas colgando, una u otra cabeza mirándonos no con los ojos, con la boca, la mujer de los anillos molesta con los tacones

–¿Está muy lejos todavía?

siguiendo sorprendida conmigo

–Un alférez

cogiendo el papel de mi madre

–Esto es para ti

que arrugó no sé cómo y me parecía mojado mientras mi padre se ahogaba cada vez más en las noticias, susurrando en una especie de

sonrisa incolora

–No va a ser muy difícil ya verás

que intentaba mantener el equilibrio, con la ayuda de los brazos apartados girando, en la cuerda floja de la boca, si alguna vez, por ejemplo, mi hija sonriese, que no lo creo, puede que algo de ese tipo, manteniéndose un segundo antes de desaparecer en la piel, sustituida por pupilas duras

–Solo quería verte adiós

y cuyo peso costaba aguantar en lo alto de las mejillas, explícame cómo lo haces cuando estás, por favor cerdo no dejes de comer, sola, después de la última luz apagada y la oscuridad, cómete también la oscuridad, más grande dentro de nosotros en la habitación, con el pasado alrededor, tan confuso como la calle, alguien que nos coge en brazos y nos olvida, gente que no se fija en nosotros, las sillas del futuro ocupadas por personas charlando las unas con las otras sin vernos, la mujer de los anillos, con los zapatos en la mano

–¿Después de aquella esquina dice?

bares y bares, un tiro no sé dónde, la policía militar corriendo, halcones en la sierra del pueblo, tan tranquilos, cómete a los halcones cerdo, mi mujer en medio de la cena, apretándose la cintura

–A veces tengo una molestia aquí y después se me pasa debe ser algún músculo

y es bien posible que sea un músculo, siempre inclinándose y enderezándose, a quién no le duele la espalda, hay gente exagerada que a la primera punzada piensa ya en los riñones, van de médico en médico cambiando de pomada insistiendo

–Es ahí dentro

y quizá sea ahí dentro, una vértebra que se ha torcido un poco o algo así, espero que cuiden a mi hijo en condiciones, recen para que no lo vea sin orejas y sin manos no vaya a ponerse a cantar el ge tres y encuentren a un soldado boca abajo, el médico

–Me buscan cada trabajo

liado con un maxilar al que le faltaban trozos o con las radiografías de mi mujer, haciendo círculos rojos dentro de un pulmón, hablando por un extremo de la boca

–¿Después de aquella esquina dice?

no, eso la mujer de los anillos, descalza, con los zapatos en el gancho de los dedos, apoyada en la pared masajeándose un pie dañado con una arista de piedra

–Me parece que aquí hay algo

el médico llamando a un compañero, rucio, con bolígrafos de varios colores en la bata y muchos árboles en mi memoria, muchos ríos, aquel olor de África, aquella densidad de la tierra

–¿Qué te parece esto?

el compañero con las manos en las rodillas estudiando una arenilla de diferente densidad murmurando palabras en latín para que no, aquel olor de África, lo entendiésemos, más que el olor, la presencia viva de la tierra, la sensación de que todo respiraba dentro y fuera de nosotros, que no éramos totalmente independientes de los insectos, de las plantas, de los animales escondidos, de los pulmones de las cosas, mi padre callado, mi hermana no con nosotros, claro, no sé dónde, en el cementerio, en la sierra, en una de las veredas del pueblo, si la saludaban no veía, quieta delante de un muro contemplando una piedra, yo a la mujer de los anillos

–Enseguida después de la esquina

porque recordaba el edificio rosa antes y la tapia enfrente, un camisón de encaje

–Amor

muy lejos de mí, un brazo en mi nuca pero muy tímido, ninguna emboscada, ningún tiro, ningún grito, el comandante de operaciones fumaba siempre con boquilla, con el meñique en forma de argolla, casi todos los sargentos cogían el vaso con el meñique en forma de argolla mientras que mi hijo cogía la comida con todos los dedos dentro, todos los dedos en el plato, todos los dedos en la boca mirándome callado, la mujer de los anillos mayor que yo por las arrugas y la manera de andar, uno de los dientes de delante oscuro, roto, si el diente igual que los demás seguro que su voz más fina, a la altura de mi hombro en un tono amigo que casi me emocionó

–Puede que te haga un descuento

y no me lo hizo porque así vestido no puedes ser oficial, le has

robado la tarjeta a algún teniente, no andas como ellos, con autoridad, firme, obligando al mundo a admirarte solo por el sonido de tus talones y después metiendo el mundo en vereda no con charlas, gritos

–Desnúdate

–Túmbate

–Dame

antes de

–Levántate

–Vístete

–Sal

y quedarte estirado como un jurel, sin verme, antes de sentado en el borde de la cama, con la cara escondida entre las manos, repitiendo un

–Sal

que yo, ya en las escaleras, todavía escuchaba, que yo, ya en la calle, todavía escuchaba, que en el barracón donde duermo, cómete también esto cerdo, no te olvides de comerte también esto, todavía escuchaba, un

–Sal

que se iba volviendo no de hombre, de niño con miedo, un

–Sal

igual que

–No apaguéis la luz

igual que

–Por lo menos dejad encendida la luz del pasillo

y un chico en pijama observando desde el colchón, asomado al pasillo, con las manos apoyadas en el suelo, con miedo de las amenazas y los peligros de la oscuridad, los rifles, las granadas, las ametralladoras ligeras, un oficial no oyendo

–Amor

oyendo

–Hijo

y al decir

–No hables que me distraes

diciendo

–Madre

sin reparar que en mi más deprisa cerdo, más deprisa aunque te atragantes, aunque te mueras con la comida atravesada, más deprisa ahora sin reparar en la alegría de la mujer de los anillos

–Dormir con un oficial da suerte

esto en la entrada de la pensión que me pareció más modesta, más pequeña, aún menos limpia que cuando entré por primera vez, el mostrador más pequeño, una planta medio muerta en una maceta, con hojas castañas o verdes junto al tallo y después castañas, o castañas junto al tallo y al final negras, una fotografía de Luanda, torcida, en la pared, con el cristal agrietado, dos blancos viejos, con pantalones cortos y zapatillas char, qué ganas de decir

–Te quiero

también, te quiero, te quiero, lando en sillas de mimbre, uno de ellos con una pegatina en el codo izquierdo, se callaron para observar a la mujer de los anillos, al entrar con esas pupilas, que se convierten en graduadas como reglas, de los hombres, a cada cinco rayas una raya más larga, negra, a cada diez rayas una raya aún más larga, roja, mi padre a mi madre

–Debes haberte hecho daño en la columna no te preocupes

quitando con la uña una costra de la chaqueta, además de mayor que yo la mujer de los anillos ropa más barata, un bulto morado en uno de los tobillos que preferí no ver, si observamos a las personas con atención lo que no faltan son defectos, la nariz, el pelo, etc, a mí mismo casi no me miro salvo cuando me afeito, mi nuera siempre preparada, la muy lista, más viva que la madre que la parió, encontrando defectos, no bajo la forma de denuncias, bajo la forma de preguntas inocentes

–Eso ahí en la barbilla ¿no será un grano?

y el índice tocándolo con cuidado porque

–A lo mejor se pega

la escalera a la derecha y ahí hay algo que no tenemos en la alambrada, escalones, todo al nivel de la arena, hasta a eso voy a tener que acostumbrarme de nuevo en el caso de salir vivo de aquí, escalones, pasamanos, felpudos, esos extraños lujos de los ricos, la de

los anillos, más acostumbrada que yo a la fortuna, trepando por la escalera, delante de mí, ni una mirada de reojo a los viejos, con los talones crujiendo, y yo detrás con mi mujer en la cabeza, no exactamente arrepentido, perplejo, conforme con que no camisón de encaje, no

–Amor

y por consiguiente además de perplejo también curioso, habrá brazos en la nuca, rodillas en mi pecho, una boca torcida de extracción de muela sin anestesia y un aliento sobre mi hombro

–Ay madre

espero que lo suficientemente bajo como para que mis padres no lo notasen, incluso antes de mi hermana solo les oí silencio y ahí está la razón, probablemente, de que no hablen casi nunca, agachada en un rincón, seria, ausente, cuando se entretenía un poco con nosotros, reparaba, como mucho, en la tos de mi padre en el pasillo o en una cañería en la cocina, incluso atormentado por la vértebra que más tarde me pasó a mí, mi mujer sin molestar a nadie, a veces seguro que las palabras eran una forma de expresar aún más el silencio, no de anularlo, en el descansillo del primer piso una Venus de Milo de loza y un cepillo, en el segundo mi habitación la tercera puerta a la izquierda, cada una de ellas un número en una medallita metálica con agujeros para dos tornillos pero siempre con uno solo de modo que la medallita se balanceaba cada vez que abrían o cerraban la puerta y ahí estaba la cama individual, una lámpara con la tulipa plisada, en otro tiempo blanca y ahora gris, una silla poco segura, la cortina manchada por manos sucesivas de docenas de mujeres con anillos y el armario con mi maleta encima, todo aquello hecho a propósito para disgustar al mundo

–Qué miseria

mientras nos movíamos cuidadosamente con la esperanza de no rozar nada, un pelo antiguo en la almohada, el aire acondicionado que no funcionaba, el olor de Angola en la ventana que no cerraba del todo, la mujer de los anillos a mí, desilusionada

–Creía que los oficiales vivirían de una forma diferente a los soldados

y por el hueco de la ventana la música de los bares y el aliento caliente de la calle, me pareció que los ejes de un carromato curvados en una de las cuestas del pueblo, los cipreses del cementerio hablando antes de dormirme, pronunciando uno a uno los nombres de los muertos, el chirrido de la palanca de la bomba de agua de mis padres, una especie de ganas de llorar pero detrás de los ojos, lejos, esto más en Lisboa que en África, en África no tenía tiempo para tener pena, la policía política se llevó al viejo de la máquina de coser tras un ataque a la alambrada, cuando la cabeza de un soldado desapareció con la ametralladora disparando desde la pista de aviación sobre nosotros, pensándolo mejor no fue una postal lo que me dio mi madre en Lisboa, arrugada, húmeda

–Esto es para ti

fue la mujer de los anillos, casi de su edad, sentada en la cama de la pensión mirándome con las piernas abiertas, abrazada al bolso seguro con un cuchillo dentro no fuese a no pagar, incluso cuando están con nosotros no dejan de agarrarlo, por precaución, porque llegan tocados de la selva y a veces no pueden

–No puedo por tu culpa

a veces se enfadan

–No pensé que fueses así que dieses tanto miedo

a veces intentan pegarnos

–Hueles a negra

a veces se asoman a la ventana gritando de espaldas a nosotras

–Márchate deprisa que no te quiero aquí

con miedo de que veamos sus caras y si nos giramos hacia ellos en la puerta están llorando, los pobres, de repente tan pequeños, dentro de la caracola abierta de las manos y entre los dedos, bajito

–Socorro

con un labio de niño temblando, recuerdo a un coronel mayor convertido de repente en niño

–Cójame en brazos

que se me puso en las rodillas, sacó una granada del bolsillo, con el anzuelo del dedo índice en el gatillo haciendo el gesto de tirármela, guardándosela de nuevo, pidiéndome perdón

–Si fuese tú me iba yendo

y enseguida, yo ya en la calle, una especie de explosión y la policía militar corriendo, el médico de familia le recetó una pomada para las malas posturas de espalda de mi mujer

–Un poquito de crema al acostarse y dentro de una semana como nueva

y no lo estaba, dentro de una semana más dolores, es la vida, siempre dispuesta a bromas, sorpresas, la mujer de los anillos a mí, esperando sentada en el colchón, arreglándose un poco en la cama

–He venido aquí a trabajar si quiere conversación no me importa siempre que me pague

porque tardé en entender que la mayor parte de los soldados no quiere servicio, quiere atención, quiere palique, quiere un chupete pero le da vergüenza pedir un chupete, cansados de matar y nos buscan para atenciones, caricias, dedos que le entallen la ropa, un rato de silencio donde puedan meter toda la basura de la guerra, por ejemplo la niña a la que le dieron a chupar el cañón de la pistola y se serenó enseguida, quietecita, fue remedio de santo, en cuanto apreté el gatillo, quieren una presencia que les ayude a dormir, dedos lentos en el pelo, una mano en la frente, la promesa de que se acabó, prometo que se acabó, nadie te va a asustar más, cuáles escopetas, cuáles negros, cuál obligación de tantear porque los berliet son oro, un berliet tres millones, un soldado cuatrocientos y por lo tanto los hombres, tan baratos, que tanteen, claro que se gasta un poco de combustible para las evacuaciones y unas compresas pero la diferencia compensa, guarda la piqueta ahí en un rincón de la habitación y no pienses más en eso, si es necesario te digo

–Amor

en serio que te digo

–Amor

como si fuese verdad y no te cobro más, tan fácil decir

–Amor

tan sencillo decir

–Amor

sobre todo cuando no se siente nada, pensándolo bien el

–Amor

aún más sincero cuando no se siente nada, no se queda atravesado en la garganta, no tropieza, no nos avergüenza, no nos hace pensar

–¿Y ahora?

no le cuesta salir, cómete el amor cerdo, cómete las cáscaras y las papas de los besos, cómete esa cosa extraña que nos asusta tanto, mira el alférez, palabra de honor, casi sereno, contento, prometiéndome un camisón de encaje si mi brazo en su hombro, si mi mano en su nuca, si los poblados dejan de arder, si los negros sin orejas ni manos de nuevo enteros, vivos, al final casi personas, no como nosotros, está claro, pero, hasta cierto punto, se mira mejor y parecidos, también andan, casi hablan, hay momentos en que llegan, si prestamos atención, parece que personas, al menos así de repente se parecen, claro que si nos fijamos mejor notamos diferencias la manita siempre tendida

–Mi arfere mi arfere

las facciones mal acabadas, las porquerías que comen, la delgadez, la sumisión, el no entender el lenguaje, responden

–Mi arfere

sea a lo que sea, si queremos dormir con las mujeres dormimos con las mujeres, ellas quietas, serias, no

–Amor

es evidente, vas a ver y quizá tengan razón, qué significa

–Amor

al final o

–Cariño

o

–No me dejes

o

–Prométeme que no me dejas

o mentiras así, no he visto nunca a un perro mentir o a una cabra hacer trampas, van durando eso es todo, se alejan para morir, no molestan a nadie, si no los enterramos hay siempre otros perros u otras cabras o esos pájaros grandes, feroces, que se los comen, tiran de la piel, tiran de la carne, tiran de los intestinos y los devoran, el alférez, sin desnudarse, a mí, con su ropa de civil

–¿Va a comerme señora?

y no se atrevía a acercarse, temeroso, él que en el bar, aunque mal vestido, me pareció un hombre de verdad, solo en la barra con una botella y un vaso pero bebiendo de la botella y limpiándose la boca con el dorso de la mano, él mirándome de soslayo

–Usted

no, él

–¿Me permite que le pague un licor?

más propio para señora, más dulce, más flojo, él no

–Tú

él educado, él

–Me gustaría estar con usted

él

–Me gustaría charlar

él la invitación para la pensión

–Estamos más cómodos

él

–Nadie nos va a interrumpir ¿verdad?

siempre mirando alrededor con miedo a emboscadas, ataques, un cañón sin retroceso, una cuerda de tropezar, él

–Madama

él siempre

–Madama

y yo, es lógico, con ganas de reírme, yo con muchas ganas de reírme, de burlarme de aquel triste, de tomarle el pelo y sin embargo lo acompañé a la pensión, y sin embargo lo ayudé cuando se tropezó con una piedra, y sin embargo dije

–Cariño

y sin embargo dije

–Amor

y sin embargo, ni me lo puedo creer, por primera vez yo que me meto en cualquier berenjenal por ser pobre, me apeteció no aceptar el dinero.

16

Lo único que oí al despertar en la casa del pueblo fue el minutero del reloj de la cocina dando vueltas en la pared zumbando bajito intentando decir algo que no comprendía, me esfuerzo mucho por entender las cosas y no lo consigo señores, mi padre a mí

–Chico

no

–Hijo

nunca me trató de

–Hijo

me trataba de

–Chico

siempre, Su Excelencia claro insinuando

–No se considera tu padre

te traje de África por soledad o como quien pretende un recuerdo, una prueba cualquiera de haber estado allí o si no por remordimiento

–Al menos a este no lo mato

pero no por amor, no te pienses ni por un momento que por amor a ti, una especie de trofeo vivo que exhibía

–Mi chico

no

–Mi hijo

porque ningún negro estaba seguro de conocer a sus padres, puede ser este, puede ser aquel, puede ser un hombre de paso que pagó a la madre con una manta o una cabra o que ni siquiera le pagó, la cogió lavando ropa en el río, está claro que hubo un hombre viviendo en el poblado antes de que llegaran los soldados pero otros hombres antes que ese también vivieron allí, la diferencia es que este al que llamo

–Padre

no se marchó con los demás, me llevó con él siempre, discutió en Luanda con los funcionarios blancos, escribió papeles, dio dinero, me

compró ropa de blanco, viajó conmigo en el barco, dormía a mi lado, no dejaba que se burlasen de mí, cuando cogí el paludismo no me abandonó en la cama, el médico a él

–Usted es más madre que padre no se preocupe que el chaval está casi bueno amigo

y no sé si lo quiero o no lo quiero, me he acostumbrado, se las arregló para que comiese con los oficiales, no con los soldados, en una esquina de la mesa, con un cojín sobre la silla para llegar a los cubiertos, me corregía los gestos, si el capitán a él

–Ay mamá

se enfadaba, una vez me abrazó con los ojos raros porque yo sin querer le dije

–Padre

la última vez antes de la enfermedad de la mujer cuando los ojos se le pusieron raros, es decir más nublados, es decir pequeñitos, empecé a olvidar la lengua, los chozos, me metió en la escuela, se enfadó con la profesora

–¿Cómo que no es inteligente?

y me cambió de escuela, a veces en medio de la noche se levantaba dando gritos

–A los refugios deprisa

con mi madre calmándolo en vano

–Ya no estás allí estás en Lisboa acuéstate

él sin oírla

–¿Has protegido al niño?

de manera que me va a costar tener que matarlo mañana señor cuando lleguen el cerdo y los cuchillos largos, sé que lo tengo que matar y no querría matarlo, querría quedarme con usted en la sierra, querría que los dos escuchásemos a los tejones

–¿No oyes?

corriendo entre las vides, si alguna vez me sonríe

–Ay mamá

siento un nudo aquí y una voz que no llega a escuchar

–Ay Calunga

porque le clavé el cuchillo grande en el cuello y los blancos

corriendo hacia mí

–Cabrón

incapaces de entender que nos queríamos el uno al otro, que yo tenía que hacerlo y él que aceptar que yo lo hiciese para que todo correcto por fin y nosotros dos en paz, padre e hijo sin nadie que los separara, yo

–Padre

y él

–Niño

el chozo intacto y mi madre con orejas y manos, mi madre

–Criatura

y yo la criatura de los dos, la mujer de mi padre sin tocarme, entendiéndolo, la hija de mi padre entendiéndolo, córtenme el cuello sobre su cuello, llenen mis tripas como llenan las suyas, cocínennos, cómannos, denles nuestras patas a un vecino, nuestros brazos a otro, no me metan en el cementerio con ustedes, tiren lo que quede aquí y márchense deprisa sin acordarse de nosotros o tal vez, eternidad, los perros y las hienas y esos pájaros blancos con el pico curvo llegando por fin, el pueblo tan vacío como el poblado del que vengo, solo dos o tres ancianos, con gorra, que resisten en el pueblo a la sombra de un muro, inmóviles, esperando, los gitanos pasando por la cresta de la sierra y el otoño llegando gris, castaño, opaco, con las primeras lluvias lentas, el primer frío, quedará la aguja del reloj de la cocina dando vueltas en la pared, cada vez más borroso, más lento, sin decir ya nada, inmovilizándose poco a poco y cuando se paró el tiempo dejó de existir, sustituido por la sombra enorme de la sierra o por el reflejo del Tajo en las nubes, a primeros de noviembre, cuando todo parece una muerte triste, con un viejo y un niño esperando las perdices de la mañana en un cercado y los pájaros palpitan uno a uno, surgiendo de las hierbas acechando alrededor con un solo ojo desconfiado y serio, lo último que oí al despertar en la casa del pueblo, justo en el extremo de la primera colina de la sierra, además de la aguja, fue a la mujer de mi padre

(vale, digo padre)

respirando sus piedras contra la muerte en la cama, piedras que el

médico le niega

(–Ya no veo ninguna)

mientras los soldados, venidos del este, se acercan en abanico al poblado, con uno de los guías delante y el otro atrás, escondidos en el pasto o encorvados de arbusto en arbusto, con las granadas en el cinturón y las escopetas, horizontales, a la altura de la cadera mientras un comisario va recogiendo la mandioca de los campos de cultivo y mi madre con orejas y manos desaparece con uno de los guerrilleros en la espesura de la selva, con un pañuelo en la cabeza, descalza como siempre, caminando con unos pies que parecen raíces agrietadas, un vigía a gatas y con la cara pegada a la tierra

–Viene gente

y se sienten los unimog esperando en los caminos, el alférez mandando con un gesto que las ametralladoras apunten, las anillas de las granadas ofensivas quitadas por la mitad, un helicóptero de reserva en la llanura, el viento de contra para impedir el olor, el primer perro gimiendo, enrollado en las patas al enrollarse en sí mismo, los hombres apagando las pipas

–Portugués portugués

los portugueses que me encontré en el barco para Portugal, flacos, callados, sin entender el mar, que me encontré después en el círculo de sillas con el psicólogo en el hospital, ancianos, algunos lisiados, la mayor parte siempre en silencio mientras yo esperaba al que me había traído fuera en una sillita, los demás

–Su negro ha crecido

y su negro había crecido de verdad, ahora es un hombre, trabaja en una oficina, se casó con una blanca que lo desprecia y se ríe de él

–Negrata

todavía no entiende estos olores de aquí pero ya no se acuerda de Angola, casi no se acuerda de las cabras degolladas, de los perros destripados, de los gritos no fuertes, cerca del silencio y mi padre mandando en todo aquello, el gasoil, las llamas, los pelos quemados de los cerdos, de él, de mí, el cerdo que dentro de nada iré a ver ahí arriba, el último día que come, ahora solo en la pocilga sin mirarme siquiera, me mira la hija de mi padre, también callada, seria

–Solo quería verte adiós

disminuyendo por el pasillo de camino a la calle, te acordarás de mí, me olvidarás, no sé, debes olvidar porque todo se olvida, hasta olvidamos lo que más queríamos recordar, tal vez Su Excelencia se me quede en la cabeza, no sé, empujándome con la mano abierta en el pecho, disgustada

–Algunos días hueles tanto a negro que me marea

impidiéndome tocarla, ni acercarme, ella olisqueando el sofá, las sábanas, el dormitorio

–Qué horror

y la amiga sin darme la mano, apartando la cabeza porque huelo todavía más si me echo perfume

–¿No te marea el perfume?

pero el dinero que gana el negro, aunque poco, viene bien y además obedece, está contento, no pretende mandar, no se atreve a enfadarse, si lo echamos a la cocina se queda allí en un banquito esperando que lo dejemos volver, siempre sumiso, humilde, con pulseras y relojes que brillan, lo que les gusta todo lo que brilla, lo que resplandece, lo que no vale nada, el cerdo ni me miraba, entretenido con un cubo de fruta llena de bichos, mañana nosotros tres muertos y la casa cerrada, el pueblo un espejismo, el cementerio solo hierbas, el último viejo sin mirar nada, mi hermana si por casualidad vuelve a pasar por aquí

–Creo que tuvimos una casa por ahí

no muy segura

–Creo que por ahí

observando los árboles, la ladera

–Creo que por ahí pero no estoy segura

viviendo qué sé yo dónde o con quién, trabajando en qué, en qué piensas hermana, qué querías de la vida, qué intereses tenías, cuéntamelo

–Solo quería verte adiós

y si por casualidad te viese desde la ventana tú en ningún lado, a veces, a lo que he llegado, creo que existes de verdad, no tocabas nada, no mirabas nada, no hablabas con nadie, la misma ropa durante meses, el mismo silencio, la misma alienación, el mismo rincón de la

mesa sin hacernos ni caso, oyendo voces interiores que nadie conocía, mi padre y mi madre, no sé por qué evitaban mirarte, no tocabas nada, casi ni comías, si te preguntaban cualquier cosa un gesto apartando la pregunta, llegabas sin avisar, te marchabas sin despedirte, cuando madre enfermó nada diferente en ti, te quedabas por un momento sin mirar a nadie y después el sonido de la puerta de la calle sin habernos dado cuenta de que habías salido de casa, si me asomaba a la ventana te veía caminar por la calle con el mismo paso de siempre hasta doblar la esquina, nunca te conocí ningún novio, ninguna compañera, nunca te vi reírte, nunca te vi llorar, no dijiste nunca mi nombre y sin embargo todos los años venías a la matanza y mirabas a mi padre, los cuchillos, a mí como si supieses lo que va a pasar mañana, creo que mi padre y mi madre lo sabían como tú pero no dijeron nada, para qué, tan igual que ni mi padre ni yo mencionamos una sola vez las manos y las orejas cortadas, los chozos ardiendo, los animales degollados, Su Excelencia a mí después de examinarnos uno a uno con una extrañeza angustiada

–Cuando estoy con vosotros no entiendo nada

con miedo de nosotros, inquieta y en esas ocasiones yo no negro del mismo modo que mi padre no blanco, nosotros criaturas extrañas que la aterrorizaban, a veces cuando solos en casa sentía de repente que me tenía miedo, pequeña en el sofá, indefensa, frágil, rodeada de ametralladoras y uzis, casi gritando de terror, o mejor me parecía que cerrabas la boca con fuerza para no gritar de terror, seguro que si lluvia fuera y una voz en un micrófono, entre marchas militares

–Veo en vuestros ojos la alegría de ir a servir a la Patria

mientras los perros salvajes te agarraban los tobillos y te saltaban a la garganta, mientras los bidones de gasoil levantaban las llamas hasta las copas de los árboles, mientras tu amiga acariciándote

–Conmigo aquí nadie te hará nada

mientras el alférez a los soldados

–Mata mata

mientras el alférez, sirviendo a la Patria

–Que no quede ni uno

y ella, con la mano en la boca

–No

ella casi de rodillas

–No

hasta que lentamente yo de nuevo negro, hasta que lentamente

–Odio tu olor apártate

y yo inofensivo en la camilla, yo inútil, yo un animal, yo un débil

–No entiendo el motivo por el que sigues conmigo

sin levantar la cabeza hacia mí, despreciándome, mandándome poner la mesa, mandándome quitar la mesa, mandándome servirte, traerte un vaso de agua de la cocina, sentarme en una silla apartada de la tuya y en ese momento, de repente, en medio de chispas y explosiones que obligaban a los chuchos, a las cabras, a las gallinas y a las personas a huir en una confusión de alas y patas y balidos y gritos, en una confusión de pájaros que desaparecían de los árboles, en una confusión de cosas que caían, rodaban, se deshacían, empezaban a surgir los ruidos de las armas, las exclamaciones, las órdenes, los blancos y los catangueses corriendo hacia nosotros, yo solo, sentado en el suelo, con un macho cabrío arrimado a mí llamando antes de que lo rajasen con el cuchillo, si pudiera contarle esto a mi hermana, si pudiera decirle que no tengo tiempo porque ella dándome la espalda después de

–Solo quería verte adiós

ella que seguirá viva al contrario que el cerdo y mi padre y yo porque tenemos que morir los tres, porque ya deberíamos haber muerto los tres hace mucho tiempo, el psicólogo, en el círculo de sillas del hospital

–Dios mío

al que un tirador le cortará las orejas y las manos y lo dejará por ahí en los azulejos de la enfermería o en el rojo de la tierra donde por fin solo el hechicero bailando tras desgarrar el cuello del gallo de un mordisco y bebérselo, siempre bailando, en el pueblo vacío, algunos leprosos allá abajo, el lodo del agua, Bichezas dándome un plato de alubias

–Cómete esto

con su pulserita de cuentas, mientras calentaba agua para el té de

los oficiales, mientras en el trabajo me pagan menos que a los demás, soy negro, hace un día de vvvvvvvviento y a mí me gusta el vvvvvvvviento, mi padre a mí sin imaginarse, el pobre, que va a morir, va a morir, vamos a morir aquí

–Niño anda hasta el animal

de modo que nosotros dos caminando el uno al lado del otro por las callejuelas casi todas torcidas y arriba lo que fue la capilla y es ahora un pajar a pesar de la cruz en lo alto, donde las mujeres baratas calientan castañas y verduras en un cazo, una vez una de ellas

–Chico

con un gato gris de ojos amarillos en brazos, mujeres con las cuales los sujetos del pueblo a veces y no pagaban en dinero, pagaban en fruta, mollejas, un trozo de chorizo, todo esto en silencio, sobre una manta o un pedazo de manta, una de ellas

–Chico

y yo quieto mirándola, no había visto nunca unos pies tan grandes, no había visto nunca unas manos tan grandes, pechos vacíos como en África sobre las costillas delgadas, cuatro o cinco mujeres todas ellas canas, los leprosos en el río, sin moverse bajo los tiros, un furriel a los soldados

–No gastéis el gasoil con ellos

pero ya estaban también ardiendo hasta que al final los unimog salieron por el monte, el cerdo solo en un cercado comiendo de un cubo masa de pan y vino, la prima que cuidaba el panteón charlando con mi hermana parada junto al muro mirándome a mí, no a mi padre, a mí, mi madre sola en casa

–Amor

que es cuando las palabras no dichas se vuelven claras pero

–Amor

por quién, mi padre a mí

–¿Has visto alguna vez un cerdo de este tamaño?

con una de las orejas colgando y la otra viva, alerta, moscas en el lomo, en el cogote, mientras devoraba las propias heces mezcladas con restos, falló una lagartija en la pared, no falló un grillo, la mujer a mí

–Ven aquí chico

y dentro muy oscuro, ropa en el suelo, desperdicios, una vez mi padre encontró a una de las mujeres ahorcada en un olmo mirándolo, a lo mejor todavía está allí en la cara norte de la sierra donde mi padre se negó siempre a ir por miedo a que una voz balanceándose en un árbol

–Chico

y ojalá se la hubiese comido el cerdo que iba a matar mañana, yo en el regazo de mi padre, en un unimog del ejército, alejándonos del poblado, cada vez menos senderos, una u otra cerca en ruinas, una casa a la que le faltaban las columnas, una cabeza de leopardo, solo por un segundo, acechando desde el pasto y por lo tanto un antílope perdido trotando por allí, Su Excelencia en un taburete en el huerto echándose crema en los brazos, mi padre ayudando a mi madre hasta el sofá del salón

–¿No te estoy cansando?

poniéndole una almohada en la espalda y enderezándole la columna, no con el camisón de encaje, con una bata ya deshilachada y zapatos viejos con los cordones desatados, de esos de charol de las bodas, es decir mi madre que no era mi madre con las manos pálidas, delgadas, los puños finitos, la alianza en el dedo corazón, los ojos sin interés por nosotros flotando al azar en la jaula de los párpados, cerca del muro me pareció que una jineta desapareciendo entre los matojos por no mencionar a los zorros vigilando inmóviles a los conejos pequeños que se alimentaban más de miedo que de hierbas, la negra que antes me llevaba a la espalda y me daba el pecho vacío renunciando a huir de los soldados, inmóvil, y el dedo de un soldado, de repente sin atreverse vacilando en el gatillo, fue alguien detrás de él, creo que un cabo, creo que un furriel, creo que un alférez, creo que mi padre, por fin tirándola al suelo, cogiendo el cuchillo del cinturón y arrodillándose, me acuerdo del filo, me acuerdo de la sangre pero podía ser de una cabra, de un perro, de un gallo, todo tan lejos, tan impreciso, tan silencioso a pesar de los tiros, de las bielas, de los gritos, de un helicóptero armado dando vueltas, de un guerrillero intentando ponerse el uniforme de un sudafricano caído sobre un barrote y huir clavándole la catana en el pecho, mi madre

sacudiéndome en la casa de Lisboa

–No llores

sin que estuviese llorando, en lugar de chozos una silla con mi ropa, en lugar de sol la bombilla apagada del techo, en lugar de árboles los automóviles fuera, yo en su regazo buscándole el pecho no vacío, con leche o lo que me parecía leche, yo a mi madre

–Sáqueme de África señora

imitando a mi padre ante el psicólogo en el círculo de sillas del hospital

–Sáqueme de África señor

sáqueme de África y asegúreme que no he estado allí, no vi nunca aquellos crepúsculos, aquella lluvia, aquel viento en el pasto, aquellos murciélagos en los mangos, aquellas llanuras sembradas de lucecitas por la noche, mi padre casi con voz de niño

–¿Por qué no estoy aquí con todos?

porque no marcho lento y tranquilo, porque no puedo escaparme, dormirme sin temer que me despierten llamándome

–Mi alférez

sin soldados poniendo el cañón del ge tres detrás del cuello tras anunciar

–Hasta ahora mi alférez

y pasar el resto de la noche limpiando el techo de zinc de trocitos de hueso, mis padres con un papel en la mano

–Es para ti

entregándomelo sin querérmelo entregar o dejándolo en una esquina de la mesa esperando que lo leyese

–Veo en vuestros semblan

por qué motivo mi hermano, muerto en un accidente de automóvil, no me viene a ayudar poniéndome la mano en el hombro prometiéndome

–Te quedas aquí conmigo

en sus tumbonas, en sus estatuillas, en el olor color rosa de su perfume, no me desnudé en el cuarto de la pensión con la mujer de los anillos, me quedé a su lado, no en Luanda, en la casa del pueblo, sintiendo después al cerdo comer en la calle, sintiendo su mano en mi

cabeza

–Estoy aquí

viéndolo cruzar las piernas como las cruzan las mujeres, saludarme como saludan las mujeres, descansando mi cara en su regazo como las descansan las mujeres, acariciándome la mejilla

–Hermano

con dedos tan delicados, tan femeninos, tan dulces, mi padre lo despreciaba intentando no despreciarlo, mi madre procedía como si no se diera cuenta, mi hija se quedaba mirándonos no en un trípode a lo lejos, cerca, mi hija, por primera vez no indiferente

–Mis hombres

casi igual que nosotros, de hecho casi de nuestra familia, mi padre fingiendo que no lo entendía y mi madre bordando más deprisa, la prima que cuidaba nuestro panteón mirándonos tras conversaciones secretas con los muertos, mi hermano a mí

–Tú

mi hermano a mí

–Nosotros

y después el automóvil, y después tu muerte, y después yo a mi mujer

–¿Me permite que la acompañe?

y mi mujer primero sorprendida, después seria, después sonriendo

–Puede ser

mi mujer

–Vale

y yo a su lado, agobiadísimo, torcido, feliz, pensando

–¿Qué digo ahora?

y sin decir nada, solo feliz, disculpen haberlos olvidado, solo feliz o si no tal vez no los haya olvidado, estaban conmigo, mi madre a mi padre

–Por lo menos se llevan bien los tres

y es verdad nos llevábamos bien los tres, es decir no sé si nos llevábamos bien, nos llevábamos los tres y ahora mi hija y yo solos mientras el cerdo se come el recuerdo de mi hermano hasta que yo lo olvide, queda mi hermano mirándome, eligiendo el cuchillo,

enseñándomelo fingiendo no enseñármelo, mi hijo a mí

–Usted

no enfadado conmigo, no detestándome, tan tenso como yo, tan sereno como yo, tan decidido como yo, explicándome sin palabras

–Yo no quería no quería palabra de honor que no quería

como yo no quería a la mujer de los anillos en la pensión y, sin embargo, la tuve, volví al bar y la tuve, entró conmigo en el cuarto preguntando

–Al final ¿quieres?

y no era que quisiese pero quería, no era que me apeteciese pero me apetecía, al preguntarme

–¿Cómo prefieres que te trate?

le respondí

–Con amor

ella mirándome de lado desconfiando de que estuviese de broma y no estaba de broma

–Con amor

ella mientras se desnudaba

–No es que me cueste mucho pero pagas un poco más por el amor

añadiendo

–Como pagas más si hay besos

sin que yo adivinase qué sería más caro, los besos o el amor, mi madre me daba todo gratis

–Pero yo no soy tu madre

y francamente no sé si de verdad no era mi madre, todo se confunde en mí, mi padre desde el sillón

–Hijo me gusta que seas un caballero

contento conmigo

–Chico me gusta que seas cariñoso

de manera que toqué el cuello y los hombros de la mujer de los anillos que se reía de mí

–Tan respetuoso este

me explicaba

–Si quieres puedes pegarme siempre que no sea en la garganta y no me hagas daño

pero no me apetecía pegarle a nadie, no me apetecía tratar mal a nadie, no me apetecía matar a nadie, maté a la madre de mi hijo que mañana, cuando llegue el cerdo, desconfiado, lento, me matará a mí, el cuchillo bien metido en la carótida chaval, el cuchillo bien metido en la carótida, denle vueltas a la sangre para que no se cuaje, no la viertan, no la dejen en el cemento, límpienla con un paño mojado para que no quede nada, mi hermano a mí

–Estas cosas hay que hacerlas bien hermano

besé a la mujer en el pecho, besé a la mujer en el vientre, sentí la falta de un colmillo cuando la besé en los labios pero no me importaba palabra de honor, mi lengua en su boca como un caballero de verdad, esforzándome claro, nervioso, con poca competencia, su lengua en mi boca sin entusiasmo, la busqué con los dedos sin encontrarla pero su mano me ayudó

–Más arriba tonto

no mucho más arriba pero más arriba donde un bultito, unos pelos, la cicatriz de una operación

–Tuve un hijo

y al final de la cicatriz la encontré, me previno

–Nada de brutezas ahora

de modo que yo nada de brutezas, cuidadoso, lento, pasando el meñique por los muslos blandos, descubriéndola con el pulgar

–Es aquí

la mujer de los anillos a punto de reírse de mí

–¿Querías que fuese en el cuello tontaina?

arrepentida de tratar a un oficial de

–Tontaina

como si yo fuese un oficial y no sé lo que era, era timidez, era vergüenza, era el brazo de mi mujer en mi espalda, era el camisón de encaje, era un talón frotándome la pierna, era una mano guiándome las caderas

–Prueba ahora

recordando de repente quién era yo

–Pruebe ahora señor alférez

no, una frase más larga

–Pruebe ahora señor alférez va a ver como puede

y a pesar de unas resistencias raras

–Todavía no está exactamente en el sitio

pude o sea fui deslizándome hacia dentro casi sin darme cuenta, una cosa en el interior de otra cosa y la mujer de los anillos aplaudiéndome

–Ya está

y ahora que ya está qué hago señora mía, me muevo hacia delante y hacia atrás, me muevo de lado, no me muevo, solo espero, digo

–Amor

la mujer de los anillos

–Con más alma mozo

y yo abriendo la voz

–Amor

yo como con mi mujer aunque no fuese mi mujer

–Amor

un

–Amor

que no me salió ni bien ni mal, me salió raro, con una voz oblicua

–Amor

y después a medida que yo hacia atrás y hacia delante menos diferente de mi mujer

–Amor

mientras la de los anillos me ayudaba con amistad, empeñada

–Ese amor como debe ser

yo, en un tono como debe ser

–Amor

pensando en mi mujer en Portugal, sola en la cama, a lo mejor con la cabeza en mi almohada para sentirse menos sola mientras mi hijo avanzaba hacia mí con el cuchillo, me encontraba la carótida, me encontraba la yugular, me susurraba

–Padre

al mismo tiempo que la de los anillos me decía, empujándome

–Para ser la primera vez no ha estado mal pero ahora si haces el favor sal de mí que ya has muerto se acabó.

17

Hoy que es la última cena antes de la matanza mi hija se ha dignado comer con nosotros en la mesa, es decir ha añadido un plato para ella y se ha sentado en una esquina del mantel entre mi nuera y mi mujer, ha aceptado una servilleta, ha aceptado que la sirviéramos, ha esperado a que yo cogiese los cubiertos para empezar, la cara por fin parecida a la nuestra, no cerrada, normal, sin apoyar los codos en el mantel, solo los antebrazos, los gestos sin ángulos, los rasgos tranquilos, mi mujer feliz, mi hijo sonriente y los ojos de ella no han huido, han aceptado la sonrisa sin volver la cabeza, sin marcharse, el níspero negro contra la ventana cerrada, ninguna farola fuera, solo nosotros en este mundo, una u otra lucecita más lejos en el cementerio, temblando, después la forma quieta de la sierra, toda mi familia conmigo y yo tan contento señores, mi mujer ha puesto por un momento la mano en la nuca de mi hija y ella lo ha permitido, es decir ha tenido el reflejo de encogerse pero no lo ha hecho, mi mujer ha aprovechado para apartarle las espinas al borde del plato con una delicadeza rápida y ella también lo ha permitido, mi padre siempre quiso que la matanza fuese una fiesta y va a serlo, no me olvido de la alegría con que nos miraba ese día, se sentaba con su sombrero, corbata y la cadena del reloj atravesándole el chaleco, mi abuela, siempre de luto, con el anillo que guardaba en la cajita puesto en el dedo perfeccionando sus gestos, el compadre de mi padre alzando la copita de moscatel

–Sí señor sí señor

con el botón del cuello de la camisa abrochado por cortesía y respeto, cuando terminaba la comida mi padre daba por finalizada la cena yendo a orinar al corral, lo veíamos de espaldas con las piernas separadas, con una bisectriz reluciente en el ángulo de los pantalones y tras liberarse mi padre de la última gota, perentoria y solemne, colocando el aparato que la había vertido en el estuche de la bragueta,

operación lenta, llena de sacudidas y movimientos laterales, en el huerto nos sentamos en ladrillos, entre el níspero y las coles, casi invisibles los unos para los otros, respirando la oscuridad con una satisfacción silenciosa, con la paz de los muertos llegando del cementerio junto con las palpitaciones con que las gallinas cambian la dirección de los sueños en los posaderos, nos sentíamos eternos esas noches en que el aire entraba y salía de nosotros sin ser por la boca, a través de la piel porque nuestros cuerpos eran de repente permeables a todo, en cierto momento me di cuenta de que mi hija, que seguía con nosotros, sonreía no para nosotros, para ella misma y así tan diferente, casi guapa, satisfecha por estar todos juntos y por la fiesta de mañana, con mi mujer repartiendo la carne, ya libre de las piedras y de la delgadez y los dolores, surgiendo del biombo del médico no frágil, no enferma, con la edad con que la conocí, caminando a mi lado en dirección a casa, tímida, apocada, contenta, sin ninguna guerra separándonos, sin las mercedes por los caminos bajo los árboles enormes y los soldados de avanzadilla hacia el objetivo, yo detrás del buscaminas, en el segundo vehículo, el de la radio y la ametralladora, el cabo y el de la munición arriba, en una especie de torrecita, y el bazuca mirando a un lado y al otro, todavía sin mi hijo, solo, pensando faltan catorce meses, faltan trece, dentro de nada, es un momento, vuelvo y volví, sin una herida, sin un arañazo, enterito, mi mujer en el muelle esperando en medio de la gente, quizá un poco más delgada, un poco más mayor, con un vestido que no conocía y el pelo corto, una especie de flequillo que casi le tapaba los ojos cuando se ponía, por ejemplo, seria de repente, pensando, el pelo me desilusionó pero no abrí la boca sobre ese tema, las orejas a la vista, los pendientes que no conocía, quién te los ha regalado no me mientas, dime, se lo pregunté en medio de toda aquella confusión de gente, abrazos, risas, llanto, si en el caso de haberla visto así la primera vez le hubiera preguntado

—¿Me permite que la acompañe?

su abrazo rápido, sin fuerza, mi abrazo rápido, sin fuerza, comportándonos como extraños, no era así como nos abrazábamos, no era así como nos tocábamos, no era así como nos mirábamos después,

el resto de mi familia idéntica, yo cambiado pero reconozco mal estas expresiones, estos gestos, ahora voy a vivir con usted porque no me salía el tú, le puse la mano en el hombro y la quité enseguida puesto que el hombro diferente a mi recuerdo, me acordé de la criatura de los anillos

–Una vez fui a Portugal y me volví en el primer barco porque no me entendía con nadie

ni mi madre, ni mi padre, ni un primo con el que había vivido, lo que altera Angola a las personas señores, se convierten en otras, ceremoniosas, distantes, fingiendo conocernos sin saber quiénes somos y dentro de nada una mina, un ataque, dentro de nada una cabra entrometiéndose en nuestras piernas, latas oxidadas junto a la alambrada pidiendo comida, mi padre a mí, con una arruga nueva en la frente mientras me parecía que una explosión a lo lejos, probablemente un antílope que pisó una mina, probablemente un cable mal conectado, de repente tantos abrazos, tantas lágrimas, tantos muertos que no se llevaban los helicópteros

–Parece que no estás radiante por vernos

mi madre casi colgada de mi cuerpo pero sería mi madre, mi hijo tropezando abrazado a mis piernas, un grupo de chicas dando saltos alrededor de un soldado mío

–Fernando Fernando

que las observaba aterrado, seguro que el general, invisible, leyendo un papel que no existía, volviendo a empezar su discurso de dos años antes

–Veo en vuestros semblantes la alegría de ir a servir a la Patria

cuando la Patria abrazos, gritos, chales, pañuelos, gaviotas asustadas que graznaban, graznaban, mi mujer dándome el brazo pero sería aquella mi mujer, este perfil no me dice nada, esta voz no me dice nada, este olor no me dice nada, esta lengua en mi boca de la criatura de Luanda o suya, este pecho contra el mío de ninguna de las dos, una mano discreta y rápida en mis pantalones sin haber pagado, sin habérselo pedido, ni

–¿Me permite que la acompañe?

le pregunté, la veía pasar a mi lado y eso es todo, no me atraía

mucho pero bueno, verdad, y después puede ser que pique el anzuelo, puede ser que, esto sin compromisos, claro, sin garantías, sin promesas, un juego aunque con expresión seria, un pasatiempo, la gente a los veinte años no valora las cosas y después, claro, paga por ello, se mira la mano y una alianza, imagíneselo, un apartamento que no conocíamos, ropa de mujer mezclada con la nuestra, esos tejidos suaves, esos colores excitantes, secadores de pelo, frascos de perfume, carmín, olores que entran ganas, la cama mejor hecha, las almohadas lisas, zapatillas en las que no nos caben los pies, un aliento, en medio de la noche, haciéndome cosquillas en la nuca, mi mujer cada vez menos diferente de la mujer antes de la guerra, la de los anillos deshaciéndose poco a poco en la memoria, ya he perdido los rasgos, ya he perdido las formas, estoy perdiendo la sorpresa

–Un alférez

con una voz cada vez más apagada, la policía militar cruzándose con nosotros, desconfiada, severa, el susurro de no sé quién en mi interior

–Cuando se entere mi abuelo se mata

mi mujer en el sofá, en medio de la tarde, mientras yo buscando

–¿Qué escopeta?

y, en la oscuridad del dormitorio, de nuevo

–Amor

y encajes, al final volver de la guerra es esto, al final se acabaron los muertos, es solo esto, mi hijo mirándolo todo sin entender nada, daba dos pasos y se metía en sí mismo o en el alférez paracaidista que tocaba la antipersonas con la puntera de la bota, el guía examinando huellas

–Todavía estamos lejos

mi mujer a mí

–Cuando me viste en el muelle parecías no reconocerme

con los ojos envueltos el uno en el otro lo que es costumbre en ellas antes de llorar

–Dejaste de acordarte de mí

mi padre abriendo la puerta de casa

–Aquí estamos

y qué desilusión Dios mío, pensar que he estado veintisiete meses soñando con esto, tan guapo en África y ahora todo esto, habitaciones pequeñas, muebles sin gracia, la terraza a las traseras de terrazas idénticas con ropa también desteñida en las cuerdas y un triciclo de inválido donde el hijo del señor Araújo ponía al señor Araújo, todo torcido, en aquella silla, avanzando a sacudidas, perseguido por un perro, de camino a la calleja, balanceándose en los charcos y saltando con las piedras, el hijo del señor Araújo siguiéndolo por un momento y volviendo al edificio tras darle una patada a una lata cuando, en realidad, se la daba a la propia vida y después, ya se sabe, el camisón de encaje y el

–Amor

que al principio gusta y después cansa, qué significa

–Amor

qué pretendes decir cuando dices

–Amor

el apartamento al mismo tiempo familiar y extraño, no solamente nuestra casa, un alférez en una cama a la izquierda y un segundo alférez en otra cama a la derecha, o mejor la cama a nuestra derecha vacía porque el alférez de la derecha en Luanda recuperándose de una mina, astillas en el vientre, en el muslo, un trozo de intestino cortado, mi mujer refunfuñando palabras que no existen en la voz de niña del sueño, es decir palabras que no existían antes que ella, existen ahora y no las entiendo, qué sé yo de tu infancia, qué sé de ti, dos o tres fotografías, una muñeca, en el fondo del baúl, con un único ojo, el otro una bolita de cristal perdida no sé dónde, qué raro que no haya aquí cabras y gallinas, qué raro que las estrellas no hagan ruido por los mangos, un brazo de mi mujer sobre el mío pero el olor ha cambiado, un jarrón nuevo en la cómoda al lado de un retrato mío, de uniforme, en el barco a África, otro oficial, casi de espaldas, al fondo

–Veo en vuestros semblantes la alegría de ir a servir a

mi padre tosiendo en la terraza y mi madre en el pasillo, descalza porque la punta de los pies se entretenía en el suelo, trayéndole un vaso de agua para calmarle la garganta, sentí los pelos de mi mujer en mi costado y me puse duro, todavía pensé en esconderme pero sus

dedos me agarraron y crecí más al mismo tiempo que mi voz, sin que me diese cuenta

–Disculpa

se dio ella apartándose ofendida

–¿Disculpa?

y estuve allí una buena media hora con justificaciones y caricias hasta convencerla pero el

–Amor

no vino ni la colaboración de costumbre, ella rígida contemplando el techo, vino al final la bombilla de la lámpara y un ceño fruncido policial con unos morritos debajo

–¿Les has cogido gusto a las negras?

yo que no la había visto llorar nunca, noté un pañuelo, pero de espaldas, cuando fui a Angola, al volverse una sonrisa en arcoíris, con más morado que los demás colores

–Dos años pasan en un momento

y

–Veo en vuestros semblantes

una gotita transparente, insegura, dispuesta a caerle de la barbilla y no cayó, no me había imaginado que un uniforme doliese pero duele, no he estado nunca con una negra porque, no sé bien, solo no me dan miedo después de muertas y además el olor de la piel, el olor de la mandioca, el olor de la tierra, el comandante de operaciones lo hacía con la boquilla encendida, todo rodeado de humo, gruñendo

–Ya ya

bajito, cada vez más deprisa, cada vez más confuso hasta callarse de repente, afortunadamente nunca me apretó la mano, la boquilla no le dejaba, el comandante a él, apartándolo con la manga

–Apesta a cantina

a pesar de Lisboa, de los árboles normales, de las casas, de las calles, de la ausencia de negros exceptuando a mi hijo, África seguía conmigo en un escape de autobús, en un susurro de hojas, en la impresión de que alguien mirándome donde no podía verlo, oculto en una esquina o en la penumbra de una tienda, a lo mejor leprosos en la sierra del pueblo, algo en el viento donde presencias, cuchicheos, mi padre a mí

–¿Qué estás oyendo?

cuando me enderezaba, a la mesa, a la escucha, intentando coger el ge tres que no tenía, me descubría buscando la ropa de camuflaje en el armario, mi mujer en medio de la noche

–¿Con quién estabas hablando?

y yo, tardando en reconocerla, mirándola, callado, sonriendo al verla inclinada sobre mí, yo

–Debe de haber sido un sueño

el médico que controlaba a mi mujer tranquilizándola

–Vienen un poco locos de la guerra señora es una cuestión de paciencia eso se pasa

como si hubiese estado allí, como si lo hubiese visto, como si lo hubiesen metido en el helicóptero con un frasco de suero en vena y el médico

–Gracias a Dios todo se olvida

detrás del piloto y del mecánico ocupado con una palanca

–Más deprisa coño

como si hubiese muerto, a pesar de una especie de sonrisa y de una voz débil

–Hasta ahora

y un soldado secándose en la manga, dentro de nada el cerdo muerto, ningún gemido, ningún aliento, subir a una escalera para soltarlo del gancho y tenderlo sobre una arpillera en el suelo, los ojos abiertos, ciegos, con una especie de hilo de barro corriendo por el hocico, un cabo al helicóptero, secándose en la manga

–Hasta ahora

y las aspas del aparato sacudiendo el pasto, yo al médico de mi mujer

–Con el tiempo todo va pasando el doctor tiene razón

no hay nada que no se pierda, es la vida, queda algún que otro recuerdo pero cada vez más tenue, a mí por ejemplo me quedó la palabra

–Amor

que no oigo hace tiempo, de vez en cuando su cuerpo pero en silencio, rápido, después la mitad de un vaso de agua, de espaldas a

mí, un

–Hasta mañana

confuso, con las sílabas fundidas las unas en las otras, todo va pasando con el tiempo, es verdad, no me acuerdo de qué llevabas puesto ayer, no me acuerdo de si hablamos, me acuerdo de que fuiste a buscar una botella a la despensa porque se había acabado el vino, todo se acaba menos las piedras de los riñones, la delgadez, los movimientos más lentos, traerte un cojín para la espalda, de repente la frase, que creía perdida, en un descanso entre los dolores

–¿Les has cogido gusto a las negras?

mis padres, en el cementerio, escuchando el viento de octubre, todavía no frío pero muy triste, mi madre diciéndome

–Buenas noches

antes de morir y yo, asombrado con la frase, respondiéndole

–Buenas noches

sin querer, si paso junto a su sepultura a veces repito

–Buenas noches

y mi madre callada, hace un tiempo le pregunté a mi prima si al limpiar los ataúdes le deja un

–Buenas noches

al oído y ella mirándome extrañada

–¿Habrá bebido?

y en cuanto a mi mujer el camisón de encaje en el fondo de un cajón de la cómoda, ya no conozco tu cuerpo, a veces, al desnudarte, veo una pierna delgada y los huesos de la espalda, el médico, que renunció a la esperanza

–Dos o tres meses más es imposible saberlo

y después no sé si me atrevo a volver a esta casa, para qué, solo le pido a mi hijo que acierte bien en el cuello, mi hijo mirándome la cena casi intacta con una mujer sin orejas ni manos en la cabeza, con un hombre, que intentó huir, dos o tres pasos por delante, de bruces, mi hijo como si por fin hubiese descubierto quién era, debería haberte dejado en África, entre animales descuartizados, hasta que los perros salvajes se interesasen por ti, no matan de una vez, van arrancando trozos, Bichezas a mí, riguroso con la etiqueta

–¿Quiere que trate al chaval de niño mi alférez?

Fininha, si sigue viva

–Durante la guerra salí con un chico que se quedó en Angola pero perdí su retrato y ya no me acuerdo de él

yo sí me acuerdo, qué cosa, era alto, delgado, con una parte de la nariz más grande que la otra, cuando se reía le faltaba un colmillo igual que a la chaqueta blanca le faltaba un botón, en la barriga que se notaba más, mi hija de repente

–Papaíto

y yo sin creerla

–¿Qué?

palabra de honor que

–Papaíto

imagíneselo, ahora que mi mujer no

–Amor

es cuando ella

–Papaíto

es decir el mundo al revés, cuando el lunes si vuelve de la casa del pueblo el médico de mi mujer la ingresa y queda solo un

–Amor

muy antiguo flotando por allí sin que nadie se fije en él, tan desteñido, tan tenue, tal vez alguien alquile el apartamento, la noche de la boda mi mujer

–¿Me permite que la acompañe?

y yo intentando acomodar el paso al suyo, esperándome bajo las sábanas, agobiadísima Dios mío, y yo más agobiado todavía haciéndome un lío con la camisa, soltaba un botón aquí y abrochaba otro sin querer, me daba vergüenza quitarme los calzoncillos, los calcetines, ponerme el pijama nuevo que me regalaron mis padres del mismo modo que me molestaba el uniforme planchado en el muelle de embarque para Angola

–Veo en vuestros semblantes

y en mi semblante puro miedo a ella como en su semblante puro miedo a mí, soldados desfilando bajo la música y la lluvia, gaviotas, en Luanda enormes, en el interior, lejos del agua, murciélagos

gritando y golpeándose constantemente en las paredes del aire, mi padre a mí después de comer, en la oscuridad del huerto, dándome en la rodilla con la jovialidad de la mano

–Lo que me gustaba todo esto cuando era niño

el pueblo mucho más grande que ahora, hasta cura tenía en una casa con una celosía y una criada que me sonreía siempre

–Ojalá tuviera tu edad pequeño

con chal incluso en agosto, colgando calcetines en una cuerda, le gustaba cogerlo por la cabeza y apretarla, doña Eurídice, mi padre se acordaba siempre del nombre

–Eurídice es bonito

que olía a colada y a incienso de la iglesia, se contaban historias entre risitas pero siempre se cuentan historias de las empleadas de los curas que nos daban la mano para besarla, mucho más suave que la nuestra y siempre la misma frase

–Estás hecho un hombre

mi padre que no había forma de dejar de ser un muchacho por más que caminase de puntillas y engolase la voz, qué lento el tiempo de la infancia, a partir de cierto momento, pumba, se pone a pasar muy rápido y no hay quien lo pare, de ahí a las piernas torcidas un segundo y de las piernas torcidas al ataúd ni se dice, mi abuelo por ejemplo todo energía, todo

–A paso ligero

se quejó tres días y ahí se quedó, ni para un

–Ay Jesús

tuvo tiempo, la capilla iluminada con él dentro, abarrotada de chales que conversaban, fuera hombres bebiendo de una botella y hoy día casi nadie, solo el ciego llamando siempre a su ahijada

–Arminda

porque tiene frío, porque tiene calor, porque ha perdido la gorra, porque quiere irse a casa, porque pipí urgente, porque le apetecen uvas incluso fuera de temporada, su boca, masticando, una bolsa vacía con la lagartija de la lengua agitándose dentro, si se le acerca algún perro una pregunta molesta

–¿Quién anda por ahí?

azotando el vacío con el bastón, nosotros callados alisándole la chaqueta y él volviéndose para atrás, siempre en la dirección equivocada

–Zorras

había un ciego en el poblado, junto a la alambrada, que no necesitaba ver, resolvía todo con el olfato, si por casualidad yo cerca, incluso callado

–Jefe

agachado en un desnivel masticando raíces, el cerdo en la cochiquera ya no comía, nos observaba desde el interior, desconfiado, serio, mi hija a nosotros

–Lo sabe

como mi hijo sabe que se le nota en la cara y en la forma en que me rehúye, se aparta, ha dejado de responderme, me evita, cuando me cree distraído lo veo espiándome, qué sabes tú, qué me quieres hacer, una mujer sin orejas ni manos, un hombre tirado en la hierba, su silencio acusándome

–Los mató los mató

no el viejo de ahora, joven, los unimog entrando en el poblado, el gasoil, los tiros, un niño corriendo, gallinas sin cabeza dando saltos, el olor de los cadáveres más fuerte que la mandioca, una ametralladora disparando sin descanso en dirección a los leprosos, mi hijo que no era mi hijo, no fue nunca mi hijo, no será nunca mi hijo

–Los mató

me trajo a Lisboa, convenció a Su Excelencia

–Yo pago yo pago

para que se casara conmigo, la ve a escondidas, le da dinero, se convenció de que me quiere y no me quiere, no se lo perdona y eso es todo o si no ya se siente perdonado, o si no se sentirá perdonado cuando consienta que coja el cuchillo, me cuelguen por los pies, elijan el filo más grande, me abran el cuello, pongan un barreño debajo y oigan mis gritos, me vean morir, el psicólogo a mí, en el círculo de sillas

–Cállese

el psicólogo a mí sin fijarse en los demás

–Cállese

el psicólogo en la casa del pueblo presenciando mi muerte, no son las piedras de mi mujer, son las mías las que se han vuelto más ligeras que el agua, mi mujer en camisón de encaje

–Amor

y yo a su lado inmóvil en la cama, con una de las piernas colgando sobre el suelo, con uno de los brazos colgando sobre el suelo, mi mujer muy delgada, incapaz de abrazarme, mi hija por fin preocupada por mí

–Cómo es morir explíquemelo padre

y después las orejas cortadas, las manos cortadas, y después los ge tres que no se callan, y después el viento llevándose los restos, y después los relámpagos, a lo lejos, por la zona de Cambo, y después los perros salvajes olisqueando no con los hocicos, con las orejas, en aquel trote suyo sobre muelles, aquel olor horrible, el cerdo de la cochiquera ya no comía, nos miraba desde dentro, desconfiado, mi hija a nosotros

–Lo sabe

como lo sabe mi hijo, claro, como lo sé yo, y realmente las piedras tan ligeras que no puedo quejarme, no me molestan, no me hacen daño, el médico a mí

–Con los medicamentos que hay ahora su esposa no va a tener dolores

o sea todo tranquilo, todo en paz, la casa serena, nosotros uno al lado del otro, plácidos, oyendo los árboles más allá del cementerio, oyendo la sierra, una vez, hace muchos años, vi a un jabalí corriendo junto a un arroyo moviendo las agujas de hacer punto de las patas, si le preguntase hoy a mi mujer

–¿Me permite que la acompañe?

ella tras un silencio tenso, sin mirarme

–Vale

y los dos caminando uno al lado del otro, formales, sin rozarnos, salí del cuartel en el último unimog, disparando un último tiro a un pollo que seguía vivo, encaramado en una rama, con una de las patas colgando en el aire en medio de una frase o de un gesto, no volveré a

África, no volveré aquí, mi prima que cuidaba el panteón consolándome

–A pesar de todo fueron muchos años

mientras mi abuelo y mi padre esperaban, agachados en los arbustos, la primera perdiz, con el cuerpo de la perra aumentando poco a poco, la cola barriendo lentamente la tierra, la conocí ya vieja, casi sin poder correr, mi abuela aplastándole la comida antes de echársela en el plato, mi abuelo lisiado del brazo izquierdo, callado en el salón porque las palabras acabaron mirándome sin conocerme

–¿Quién es ese?

mi padre con pena

–Su nieto

y él intrigado mirándome las botas, los pantalones cortos, las manchas, mientras las perdices volvían al nido con miedo de que una jineta cerca, agachado junto a un arbusto de boj, al mismo tiempo que en Angola el guía

–Mi arfere

me señalaba huellas hacia el norte, en dirección al Luanguinga, que se perdían en la llanura, las más profundas seguro que con un cañón sin retroceso, las más ligeras rifles, las últimas de una persona sola que volvió atrás supongo que para espiarnos, una persona y después dos, después tres, después un grupo, uno de los furrieles a mí, bajito

–Si hacemos las cosas rápido y borrando nuestras suelas con una rama podemos cogerlos por detrás

esto con una sección y el bazuca, los demás siguiendo un cuarto de hora más antes de volver pero por el otro lado, mi mujer a mí

–Mañana tengo dentista no puedo pero pasado a la misma hora

sin mirarme, arreglándose una uña con el pulgar de la otra mano, quizá no fuese guapa pero el pelo vivía solo, las piernas algo fuertes, incluso con el problema de los riñones al contrario que el resto del cuerpo no adelgazaron mucho

–Pasado mañana aquí a la misma hora

los ojos se me escapaban siempre, no era que estuviesen en otro lado, solo se interesaba por una mitad mía igual que cuando dijo por primera vez

–Amor

tuve la impresión de que solo una parte suya en la voz, aún hoy tengo la impresión de que no me dabas todo, faltaba un trozo de la boca, faltaba un pedazo de cuerpo, los guerrilleros iban a buscarnos y nosotros esperándolos, dejaban una hoguera mal apagada, unas latas vacías, dos o tres botecitos de una comida de combate, pistas con máscaras alrededor, solo al quinto o sexto trayecto de su trabajo a casa empezamos a hablar, es decir yo una pregunta aquí y otra allí y respuestas tan débiles que casi no las oía, al final descubrí a una madre, un padre, una hermana mayor casada en el norte que venía por Navidad con dos hijos pequeños, todo esto retraído, dudoso, en un momento dado, de repente, su voz preocupada

–Todo esto es un rollo ¿no?

en un tono con mucha más vida que hasta entonces y yo mirándola sorprendido, por primera vez al despedirme me dejó cogerle los dedos y el pulgar una especie de caricia a derecha e izquierda en mi mano, por primera vez su cara ante la mía, con una pequeña cicatriz en un extremo de la boca que me conmovió, me rozó el brazo y enseguida un primer guerrillero, un segundo, ambos con rifle pero sin ropa de camuflaje, descalzos, en pantalones cortos, con un extranjero con gafas detrás, otros más apartados, paralelos a estos, mi hija mirando al cerdo, seria de repente

–Padre

con una expresión que no le conocía, tal vez amistad qué sé yo, tal vez otra cosa que prefiero no saber ni hablar de ello, para qué, de qué sirve ahora, cuántas veces me apeteció cogerte en brazos, cuántas veces me apeteció que me mimases, tonterías así, cuántas veces sobre todo el deseo de que me llamases

–Padre

su expresión cambiando de repente

–Mañana va a morir

y gran sorpresa es verdad, mira qué novedad, como si no supiese que iba a morir mañana, cuál de nosotros, el animal o yo, es el cerdo, cuál de nosotros está aquí acechando la cochiquera a tu lado, empezamos a disparar a los guerrilleros desde dos lados de la selva, en

uno el bazuca, en el otro la ametralladora y el ge tres disparando ráfagas, los rifles casi no cantaron, el cañón sin retroceso mudo, un mulato intentó dos o tres veces el gatillo antes de despeñarse dando vueltas en medio de una fuga de pájaros, cuando lo sepa mi abuelo se mata, el alférez paracaidista haciéndonos señas a medida que se alejaba el helicóptero, un negro de rodillas y las manos unidas, después a gatas, después tumbado en el suelo, después una especie de animal de peluche sin relleno, después silencio, después nada, sandalias al azar en la hierba, el brillo de una llave, la medallita en un hilo, lo que parecía una pistola, apuntada a nosotros, que bajaba poco a poco, no rígida, de metal ablandándose, la culata blanda, el cañón blando, la sombra líquida, el de la radio llamando a la sede de la compañía

–Toma nota de estos detalles

y por qué motivo la sangre no roja, oscura, mi sangre y la sangre del cerdo mañana no rojas, oscuras, cuando mi hijo me atraviese con el cuchillo y en ese momento las piedras, ahí está, más ligeras que el agua, mucho más ligeras que el agua, flotando alrededor de mi mujer y ella curada, el médico

–Puede ser puede ser

revoloteando a mi alrededor y yo muerto, la mujer de mi hijo a mi hijo

–Vámonos de aquí

y cómo nos vamos de aquí si el pueblo se cerró sobre nosotros, no podemos escaparnos, no nos dejan escaparnos, todo ha parado incluso por encima de nosotros, hasta los milanos de la sierra aprisionados en los árboles, pobres bichos inútiles, el níspero parado, solo sombra, las verduras del huerto quietas, mi mujer quieta, sentada en el salón, fíjense en la chaqueta con la mariposa metálica en la solapa, hagan que el médico la anime

–Pero qué chic

el médico

–Ya les gustaría a las chicas de veinte llegarle a los talones cuando usted se arregla

aunque débil, pálida y la boca colgada del anzuelo de la nariz, se va

a morir dentro de uno o dos meses porque volverá el peso de las piedras, qué remedio, empujándola hacia abajo, su boca

–Amor

a nadie porque nadie la escucha, se escucha a sí misma

–Amor

sin poderse imaginar que pueda ser a mí porque yo en un barreño de la bodega, sin miembros, sin entrañas, sin cerviz e incluso así, anda, es posible que se dirija a mí

–Amor

vestida con un camisón de encaje con lacitos

(siempre se olvidan los lacitos)

diciendo

–Amor

diciendo

–Amor

diciendo

–Amor

pero a quién, señores, si solo enfermeras, médicos, visitas, otros enfermos en otras camas y ella, palabra de honor

–Amor

mientras volvíamos a casa, atravesando el pueblo, por callejas donde ya no vive nadie, construcciones vacías, viejos con gorra en la plazoleta que ya ni se fijan en nosotros, algún que otro perro hambriento que se aparta con miedo, media docena de palomas arrastrando la cola por las piedras, mi padre a mí

–El año que viene cuando cumplas diez te voy a enseñar a cazar perdices

y no con la perra de mi abuelo, claro, un animal más joven, más atento, más rápido, nosotros dos en un talud, todavía de noche, esperando la mañana, arrimados el uno al otro debido al frío, a pesar de los gorros, de las camisas, de las zamarras, de una manta en las rodillas, los dos presenciando el cambio de color del cielo, ya no negro, sin luna, sin estrellas, una primera banda pálida en el horizonte, una segunda banda de color rosa, una translucidez casi violeta en el aire, el primer sol aún sin sol, una claridad indefinible

que aumenta lentamente, se dilata, crece, se espesa, nos deja por fin divisar los troncos, las copas, la tierra firme, las plantas, las hojas mojadas que se van secando, secando, las primeras agitaciones en los arbustos y mi padre

–Amor

perdón, mi padre no

–Amor

mi padre

–Coge el arma que llegan ya

ambos mirando un relieve a la izquierda, unos tallos, una higuera enana, oyendo ruidos minúsculos aumentando poco a poco y la perra más frenética, más ansiosa, con las orejas hacia delante y las patas como muelles mientras mi padre

–Atento jovenzuelo

coge la escopeta apoyándose en un montículo de tierra, con el dedo en ambos gatillos explicándome

–Se hace así

doblado hacia delante clavado en la línea donde una especie de cardos y donde lo que parecía una cabeza de pájaro, mi padre

–Es la hembra la que manda sobre los demás

surge de repente, en silencio, observando alrededor, derecha, quieta, prudente, con el pico abierto, acechante y desaparece de nuevo para volver con dos o tres perdices más, mi padre a mí

–Ahora se quita el seguro del gatillo

y el arma apuntada a los animales, quieta, esperando, la perra derecha sobre las patas, el hocico estirado, las orejas hacia delante, dispuesta a correr en cuanto mi padre le tocase el lomo

–Muñeca

cuando la escopeta, que oscila un poco eligiendo el objetivo, se queda quieta de repente, cuando sus hombros y mi padre

–Ahora

se reúnen de repente alrededor del cuello, cuando la espalda no doblada, erecta, cuando el cañón del arma se transforma en una explosión y plumas, y tierra, y plantas, y la cabeza de un pájaro cayendo, y mi padre a mí

–¿Lo has entendido?

mi padre a mí

–¿Lo has entendido bien?

y la perra corriendo hacia la perdiz, agitándola entre los dientes, trayéndola, dejándola a nuestro lado, aceptando el terrón de azúcar que le da mi padre mientras me rodea los hombros con el brazo y me susurra al oído

–Hijo

en un tono que incluso mañana, cuando le claven el primer cuchillo, no olvidaré.

18

Casi al caer la tarde cuando una bandada de gansos silvestres atravesó la sierra con el pescuezo estirado en dirección al pantano con la hembra que mandaba describiendo una curva amplia aprovechando el viento, tocando la bocina delante, de momento muy por encima de los árboles, y los gansos más pequeños detrás, torpes, agobiados, que un zorro encontraba a veces, caídos en la hierba, piando de miedo, incapaces de huir con una pata rota, intentando defenderse sin ser capaces de defenderse, dejé a mi padre y a mi hermana el uno al lado del otro delante de la cochiquera, con los codos rozándose ellos que nunca se rozaban, mirando al cerdo, yo pensando sorprendido a lo mejor les gusta estar juntos imagínense, a lo mejor nos gusta estar juntos en esta familia y los gansos bajando a lo lejos, con las patas ya estiradas, en dirección a los cañizos, buscando culebritas y ranas, me dirigí a casa donde mi madre con la cabeza apoyada en el respaldo de la butaca contemplaba sin fijarse en mí la pared de enfrente con los ojos más solos que he visto en toda mi vida, distraída de todo excepto de las piedras que le bailaban alrededor, ganas de decirle no son piedras señora, es el cáncer del riñón que le ha invadido todo el cuerpo, los huesos, el hígado, los pulmones, es su muerte lo entiende, no necesita ningún cuchillo ni que le disparen un arma de guerra haciéndola girar en el poblado tropezándose consigo misma, tantos cuerpos suyos con los que tropezar antes de caer, el riñón es suficiente, sus piernas riñón, sus brazos riñón, su barriga riñón, su cabeza riñón, le alisé la frente con la boca y el beso también riñón, un sabor a enfermedad que me asustó, yo que daba lo que fuera por sentirla por la noche, despertándome sin despertarme mientras me colocaba la sábana, saberla allí con un camisón que olía a mi padre sin salir de un sueño, con el níspero, dentro y fuera del dormitorio, protegiéndome de los imprevistos de la mañana, no era mi voz porque no tenía voz, eran mis dedos que articulaban

–Ay mamá

dirigido a usted y a una mujer sin manos, con las rodillas en una estera gritando callada mientras yo intentaba impedir que se me escapara hasta que mi padre me cogiera en brazos y se marchase conmigo, de eso me acuerdo, entregándome al conductor de un autobús, sin dejarle acercar la pistola

–Cuídalo

a medida que la mujer sin manos me hablaba de cosas que no entendía, no enfadada, pidiendo, de modo que mi padre decidió quedarse con el niño que yo era, con un ombligo enorme, tan flaco, mirándome sin esperar nada, sin desear nada, sin pensar en nada, el capitán a él

–¿Para qué lo quiere?

y mi padre al capitán

–Tal vez dentro de muchos años se vengue y me mate

con una especie de sonrisa que no era una sonrisa como la sonrisa de mi madre, en la casa del pueblo, tampoco era una sonrisa, era una piedra más dura que me pesaba en la mano, qué haré con ella señora, qué hago con usted, no quiero coger mañana el cuchillo, no quiero matarlo, no quiero sentir a mi hermana esperando, no quiero sentir a mi padre aceptando, el médico a mí

–Su madre

y un gesto que desapareció a medias, no quiero a Su Excelencia apoyándose en la pared, mirándome con la boca aplastada, no quiero a todo el mundo apoyándose en la pared mirándome con la boca aplastada, no quiero a alguien anunciando al teléfono

–Ha muerto

quiero a mi abuelo, al que no conocí, enseñándome la escopeta de las perdices, mi madre sin mirarme

–Estoy cansada

y yo a su lado, igual que mi padre

–¿Me permite que la acompañe?

los dos andando el uno al lado del otro sin mirarnos, sin hablar, es decir no venían las palabras, la precaución de no ponernos demasiado cerca el uno del otro, ceremoniosos, con respeto, si alguien en sentido

contrario nos apartábamos para que pasase entre nosotros, somos dos criaturas que no se conocen y por casualidad caminan al mismo ritmo, el jefe de puesto mandó a los cipayos juntar a los negros y el hacendado del algodón los elegía

–¿Venden salud estos?

descalzos, flacos, bajos, callados, mi madre

–Tengo frío

porque las piedras que flotan se enfrían en el aire, le traje una manta de cama, le traje una colcha que saqué del baúl, sus ojos en mí sin verme

–Estás ahí ¿verdad?

no un niño negro, un negro ya adulto, con el pelo gris y allí estaba señora, allí estaba, casi nadie se fijó en mí pero le aseguro que allí estaba, la mujer sin manos

–Criatura

allí estaba también, mi hermana apoyó, palabra de honor, el codo en el hombro de mi padre y mi padre

–Niña

que era todo lo que le permitía la emoción, la recuerdo durmiendo en la cuna, la recuerdo en el regazo de mi abuela que no me quería y me trataba de negrucio

–Apesta

intentando cogerle la medalla del cuello tan gastada que casi no se distinguía la imagen, mientras ella me señalaba a mis padres

–Yo no aguantaría este pestazo

mi padre despeinó a mi hermana y mi hermana, que por lo general no se preocupaba por los peinados, arreglándoselo ofendida, el cerdo intentó poner las patas de delante en el lomo de una hembra, baló, lo dejó, Su Excelencia mirándome de reojo

–Cómo la entiendo un monstruo así

y se tumbó en una arpillera al fondo para estudiarnos, de vez en cuando refunfuñaba como si preparase, los negros del hacendado enfermaban uno tras otro arriba, un discurso, abría la boca para el primer ronquido y se callaba, mi hermana a mi padre

–No sé si volveré a Lisboa en el autobús de la noche

repentinamente agobiada, tensa, encogiéndose en el interior de sí misma, mi madre, con los ojos cerrados en una

–Si sigue así también voy mañana a la matanza

voz parecida a su voz antigua, cuando llegamos de África me obligaba a comer a todas horas

–Todavía está flaco

mi padre a mi hermana mientras un perro ladraba en una callejuela cualquiera

–¿Me harías esa afrenta?

con algo en la voz que no descifraba, no tristeza, no desilusión, un sentimiento diferente, qué siento por él, qué siento por ella, qué siento por todos Dios mío, a veces, por la noche, cuando estamos acostados, ya con la luz apagada, me apetece, no es exactamente apetecer, se me pasa por la cabeza, es decir oigo los unimog acercándose, oigo a las personas en los chozos, un perro que se sienta sobre las patas traseras y empieza a aullar, no exactamente aullar, ladridos extraños, una silueta preparando un trabuco, pasos que se detienen, caminan, se detienen de nuevo, qué sentirá la tierra cuando la pisan, qué sentiré yo mañana

–Los portugueses

sombras, claridades, motores, mi madre a mi padre, rascándome la nuca, contenta

–Ya ha cogido dos kilos y tiene menos barriga

ella joven, delgada, con la bata manchada de trabajar en casa, mi padre quitándose un zapato para rascarse la espinilla

–Anoche soñé que uno de nuestros soldados

y después callado masajeándose los dedos, siempre se quejó de que las botas de lona le arruinaron la vida, los unimog rompiendo la fila y apartándose los unos de los otros, se notaba el esfuerzo de las bielas en los huecos, de vez en cuando una voz, el olor a gasoil quemado, el ruido de una culata, una rueda luchando con una piedra, más trabucos, ningún pábilo en los chozos, un perro que ladraba en silencio, qué hará mi hermana cuando muera el cerdo, no la he visto nunca acompañada, no le he conocido ningún hombre, un vecino de mi padre, viudo, le dejaba notitas en el buzón que ella le devolvía,

rotas, por el mismo sistema, no le saludaba, se cruzaba con él sin verlo, mi madre callada pero se notaba que con pena, se le veía en la curva de la boca, mi padre creo que nunca lo supo, me acuerdo de la mujer del viudo, con un defecto en una pierna, bajando de lado las escaleras del edificio con un bastón en un lado y la mano apoyada en la pared al otro, sin pedir ayuda, sin quejarse nunca, mi madre a nadie, o sea a mi hermana

–El marido la apoya siempre no hay muchos así

la mujer del viudo luchando con los escalones ayudada por la boca abierta y las arrugas de la frente, si tenemos un problema en cualquier parte del cuerpo las otras partes solidarias, por la noche, cuando la oscuridad perfecciona los sonidos, la pierna enferma mucho más ruidosa que la otra, Doña Belinha, atraviesa el pasillo intentando mantener en equilibrio más o menos sus dos mitades, la voz de su marido, en el dormitorio

–¿Puedes?

y la respuesta una dificultad torcida sin palabras, o fue de nacimiento o fue un accidente debido a las múltiples, el cerdo, traiciones de la calle, un coche despistado, aceras mal empedradas, cosas que resbalan, el cerdo, sin más comida en la cochiquera, resoplándole a mi padre hablándole con los ojitos minúsculos, qué vienen los soldados a hacer aquí al poblado, algún que otro hombre salía de vez en cuando para observar la selva cuando se apagaban los pábilos, cuerdas de tropezar en los senderos, si los soldados las pisan explota una granada a la altura de las rodillas, el poblado oculto entre el pasto, entre los árboles, en un extremo de la llanura olvidado por los soldados, mi hermana a mi padre, asomada a la cochiquera

–¿Seguro que es este el cerdo que van a matar mañana?

queriendo decírselo sin querer decírselo, pensando y sin expresar nada, recuerdo un mirlo en un parterre, a un primo de mi padre sachando más lejos, la carretera del pueblo con una santa en una hornacina cerca de un cruce, al comandante de operaciones rondando a una niña y al capitán indignado

–La chica tiene siete u ocho años comandante no tiene cura

mientras la boquilla del comandante fumaba, fumaba, mi madre a

mí cuando fui a casa a darle el jarabe

–Hay algo que no va bien ¿verdad?

inmóvil, sin abrir los ojos pero se notaba que inquieta, por muy ligeras que sean las piedras una vibración que nos atormenta, se escuchaba a la hembra convocando a los otros gansos en el pantano, se escuchaban las alas a ras del agua y de la hierba, un perro en una casa lejana, uno de los últimos pájaros, atascado, intentando salir del barro, la seda de un gato en el tejado de la casa del pueblo, yo a mi madre

–No se preocupe señora

que son solo los soldados que nos vienen a matar, es solo la guerra, son solo los blancos, es solo mi padre defendiéndose de los cuchillos

–Mata mata

el psicólogo del hospital en su círculo de sillas

–Todo eso acabó hace tiempo señores

y si acabó hace tiempo por qué razón continúa, qué hacemos todavía allí, cómo será África ahora, restos de autobuses, restos de unimog, lisiados en los poblados, aldeas de leprosos sin que nadie toque su campanilla, toqué yo una campanilla imaginaria para que mi madre una cucharada de sopa, dos cucharadas de sopa y la mano empujando el plato

–No insistas hijo

un día de estos me pidió que le trajera el camisón de encaje que acabé encontrando en el fondo de un cajón y se quedó mirándolo un buen rato sin atreverse a tocarlo, el camisón y un anillo en una cajita de cartón con amores perfectos pintados, una piedrecita en un aro de plata porque el oro caro o a lo mejor ni plata, se cogía la caja y el pasado se removía dentro, una prima mayor siempre con ella y mi padre, sentada enfrente con una mirada feroz, si por casualidad una sonrisa demasiado abierta la prima enseguida

–Respeto

mi hermana a mi padre

–Fíjese bien en el cerdo señor

mi padre sin entenderlo

–¿Qué?

asegurándose las cartucheras del ge tres, mi madre a mí

–A veces me apetecería vestirla como debe ser

y no era mi madre, señora, tenía manos, tenía orejas, una cama de verdad, no una esterilla

–Ayúdame a acostarme

tan ligera ahora que han desaparecido las piedras y sin embargo al cogerla en brazos para llevarla al dormitorio me pareció que sus brazos sin manos, su cabeza sin orejas, la cara con arena, el pecho vacío al aire y por lo tanto ella mi madre de verdad, con la espalda en la tierra y yo a su lado, sin entenderlo, mientras todo ardía alrededor como arderá mañana mi padre después de los cuchillos y yo por fin capaz de llamarla

–Ay mamá

como la llamo aquí, en la casa del pueblo, con ella muerta de cansancio en la cama

–Ay mamá

no mirándome, mirando en el techo del dormitorio la paja que ardía, mi madre a mi padre, buscando la llave en el bolso

–Vivo aquí

sin mirarlo como él tampoco la miraba, avergonzados, tímidos, con los unimog esperando y el de la ametralladora buscando negros vivos alrededor, mi madre a mi padre

–Tal vez me encuentre un día de estos

apeteciéndole verlo y sin atreverse a verlo, el psicólogo a mi padre en el círculo de sillas del hospital

–¿Qué historia es esa que está contando?

y ninguna historia doctor, es verdad, del mismo modo que en mi caso mi padre este y también un hombre de bruces en el suelo, no me obliguen a tener solo un padre y una madre, tengo cuatro y los cuatro mueren mañana con el cerdo excepto mi madre blanca hablando en un suspiro no sé a cuál de ellos

–Amor

mi hermana apartándose de la cochiquera

–¿Vamos a pasarnos la vida entera mirando a este bicho?

que ya no nos miraba, dormitaba en un rincón, tan deforme, tan

gordo, tal vez diciendo

–Hija

tal vez diciendo

–Amor

o era mi madre la que decía

–Amor

mientras los soldados se alejaban en dirección a la alambrada del mismo modo que los gansos salvajes volvían al pueblo, con la hembra que mandaba bajando sobre la sierra, una columna, un jeep sudafricano, los ge tres espiando los árboles, mi madre encontrándome en el dormitorio

–Eh

el hechicero, con los brazos en cruz, sangrando por uno de los ojos, mi padre y mi madre ahora en el escalón de la huerta con la noche de Angola alrededor, estrellas desconocidas demasiado altas, por qué los negros tan pobres, por qué los matan a todos, mi padre tirando de mí hacia el unimog

–Vamos

y yo dejando a mi madre, sin manos, en el dormitorio y sentándome en el escalón con mi hermana y mi padre, el olor a petróleo de los pelos quemados del cerdo, los dedos que buscaban la vena bajo la oreja, mi padre rascándose la nuca

–Mañana

mi hermana a él

–Como ya no tiene escopeta ¿con qué cuchillo quiere que lo maten?

el psicólogo del círculo de sillas del hospital a nosotros

–Cállense

vestido de comandante, bajito, pelirrojo, medio calvo, con una boquilla en los dientes mientras los gansos salvajes se juntaban en un peñasco de la sierra con la hembra repitiéndoles

–Amor

y las piedras alrededor de ella flotando al azar, de pequeño mi padre, no el que se quedó en Angola, el que volvió conmigo, me señalaba los pájaros

–Un día volaremos

mi madre tosió en su habitación y mi padre preparándole un caldo

–Te tomas cinco o seis cucharadas no te pido más que eso

tendiéndole una mano que temblaba, de qué tiene miedo, qué teme que suceda, todo tan sencillo, tan claro, se acabó África, se acabó Portugal, nos quedan unas horas, a partir de mañana por la mañana ninguna mujer aquí, Su Excelencia y mi hermana de vuelta a Lisboa, la casa del pueblo, dentro de un año, ya ni siquiera tejado, uno o dos viejos, uno o dos perros, no la gente en la calle y eso es todo, la prima de mi padre cuidando el panteón con jarroncitos de margaritas en las dos ventanas o quizá venga a Lisboa también y nada de panteón, unos restos de cal, unas cruces, cipreses oxidados, la estrella al fondo donde no pasa nadie, tal vez un carromato, una bicicleta penando en la subida, una chica con leña sobre la cabeza, un burro agarrado a un barrote y ya está, todo vacío, se acabó, el cerdo acabando de gotear en los barreños sin que nadie le coja las vísceras, su cuerpo balanceándose en el gancho y entonces el mundo parado, se acabó, el psicólogo del círculo de sillas en el hospital

–Se acabó

las bandejas de aluminio de la comida de los enfermos

–Se acabó

la caja de los cubiertos

–Se acabó

vuelven de África así, se acabó

–Veo en vuestros semblantes la alegría de ir a servir a la Patria

y se acabó, qué Patria, una guerra verdad, los negros que se rebelaron verdad, la independencia verdad, algo que nadie recuerda verdad, mi abuela dándole un papelito a mi padre

–Parece que es para ti

mi padre con el papelito en la mano y de qué sirve el papelito si todo se ha acabado, marchas militares, lluvia, las gaviotas al lado las unas de las otras en el techo del muelle, son las mismas de entonces solo que el entonces se acabó, mi padre al niño negro que olía como los negros y se comportaba como ellos que no son como nosotros, comen raíces, insectos, larvas, mastican hojas

–Ven

y el niño a su lado sin rozarse, callado, no rozan a nadie, dicen

–Eh

o lo que parece

–Eh

y vale, a veces, antes de la enfermedad, si mi madre dijese

–Eh

me sorprendería porque no relacionaría la palabra madre con la palabra eh, relacionaría la palabra madre con un vaso de leche traído de noche a la cama o a una presencia a mi lado cuando me despertaba en medio de la noche rodeado de gritos, amenazas, tiros o un trote de perros salvajes junto a los chozos y el pánico de yo solo incapaz de defenderme, sin nadie que me protegiese ahuyentándolos y, a partir de cierto momento, relacionándola con un biombo en una consulta de hospital y a un hombre con bata blanca casi hablando, sin hablar, sustituyendo el habla por

–Vamos a ver vamos a ver

mientras pulsaba y soltaba el botón del bolígrafo observando la punta para no mirarnos, mi padre, mi hermana y yo esperando, una pausa desagradable en lugar de una explicación y el

–Vamos a ver vamos a ver

más bajo, lento, con las palabras no caminando, paradas

–Vamos a ver

atentas a los sonidos detrás del biombo, el médico con la barbilla en la corbata, sin mirarnos, mencionando piedras que aumentaban o se desvanecían, sin mencionar la enfermedad a no ser por una frase vaga

–Esto de los riñones

o

–En este momento no creo que una operación

y, después, un silencio desierto, con más párpados que ojos, con más cejas que expresión, diluyéndose en dedos en el hombro de mi madre

–La cosa marcha

en que mi padre creía en el pánico de dejar de creer, de no poder repetir, tantos años después

–¿Me permite que la acompañe?

de no volver a escuchar

–Amor

por parte de un camisón de encaje

(con lacitos)

ya no joven la pobre, amarillenta, consumida, espero mañana no equivocarme con el cuchillo y juro que en este momento no siento odio, señor, aunque no lo comprenda, y lo comprendo y no lo comprendo pero le quiero, no tiene culpa de que le hayan dado un papelito al volver del trabajo

–Ha llegado esto en el correo para ti

y qué hacer con esto sino obedecer, consentir que le cortasen el pelo, lo uniformasen, le arrancasen tres dientes

–No queremos que después haya problemas y al menos estos tres quedan resueltos

obligándolo a gastar meses de humillaciones y órdenes en cuarteles incómodos, helados, porque lluvia civil no moja a militar, porque el soldado portugués es tan bueno como los mejores, porque el segundo pelotón es aquel pelotón, porque dar la vida por la Patria es vivir no es morir, porque ese brazo más alto al desfilar cadete, ese brazo de niña más alto sea un macho, porque Portugal uno e indivisible del Miño a Timor, porque la defensa de la civilización cristiana contra el comunismo ateo es una batalla sagrada, porque no gaste todo el barro al arrastrarse por culpa del tontaina que viene detrás, porque la fanfarria el día del embarque requiere aplomo y moralidad, los vehículos en orden bandidos, los mismos que empezaron a dejar el poblado tras destruir toda aquella mierda, porque veo en vuestros semblantes, porque orgullosamente solos, porque hemos ganado las cruzadas a los infieles, porque el Infante Santo, porque el Condestable, porque los huevos mademoiselles, sobre todo los huevos, ni un huevo fuera de sitio idiotas, porque el regreso a la alambrada con un gusto raro en la boca, porque sálgase un rato capellán que la conversación no es para señoras, porque los muertos solo mueren si los vivos no los merecen, porque un soldado a mí

–Mi alférez

antes de un tiro de ge tres en la boca y la cabeza una sandía abierta, el cerdo y mi padre mirándose casi con pena como se mirarán con

pena mañana, porque los gritos del animal, porque la sangre en los barreños, porque mi hija bajito

–Padre

mi hija muy bajito

–Padre

que no estoy seguro de haberla escuchado, porque si alguien tiene que matarlo prefiero ser yo, aunque mi padre de bruces en el suelo prefiero ser yo, la hembra que mandaba sobre los gansos graznando en algún punto de la sierra, mi madre colocándose mejor la blusa mientras el médico ponía el historial encima de otros historiales

–Aquí estamos en la lucha

o sea otra forma de

–Vamos a ver vamos a ver

esto mientras mi madre todavía con fuerzas, ya delgadísima, ya con dolores pero trabajando aún en casa aunque un poco más lenta, aunque parándose para apoyarse en la cómoda, con el mentón torcido y ojos en nosotros sin vernos, veían lo que le parecía un vacío, sin objetos, sin personas, sin ninguna emoción, que se contraía y dilataba y en la nada ningún sentimiento, ninguna gana, ningún miedo, algo que no le pertenecía ni le afectaba pero en lo que entraría dentro de poco, sola, sin que nadie se acercase a ella

(pero no se sentía sola, se sentía indiferente)

tranquilizándola

(pero estaba tranquila)

sonriéndole

(pero no se encontraba triste)

mi hermana con miedo, casi llamando

–Madre

y callada, con la boca abierta pero callada, apoyándose en la pared que cedía, cedía, el médico, asustado

–Si sigue así dentro de nada se nos viene todo encima

las paredes, el techo, los muebles, los instrumentos, nosotros, queda la mariposa metálica que no vale un duro, no somos ricos, revoloteando a ciegas por ahí, queda el negro no como es ahora, claro, pequeño, casi esquelético, apoyado en un muro de adobe, agarrado a

una cabra que no deja de balar, sorprendida con el humo de los jeeps que renqueaban por los desniveles y las cenizas de los chozos donde aún una u otra llamarada, los pies demasiado grandes para su tamaño y huesos mucho más grandes que él, cómo puede haber huesos tan grandes en un cuerpo tan pequeño, queda mi padre al que dos o tres sujetos atan los brazos, las muñecas, los tobillos, las pier

–Veo en vuestros semblantes la ale

nas, que cuelgan cabeza abajo en el gancho de la bodega sobre los dos barreños, un perro ladrando fuera, gallinas, los cuchillos en la mesa de tablero metálico, mi abuelo explicándole a mi padre cómo afilarlos en una rueda de piedra que se aceleraba y desaceleraba dándole a un pedal, antes las tías venían a verlo, ansiosas, felices, con pena del sufrimiento del cerdo, acercándose más diciendo

–No quiero verlo

acercándose más decidiendo

–No puedo verlo

tapándose los oídos con las manos, con lágrimas de pena y acercándose más, mi padre al que dos o tres sujetos con boina atan los brazos, las muñecas, los tobillos, las pier

–Veo en vuestros semblantes la ale

nas, que cuelgan cabeza abajo en un gancho de la bodega, sobre los dos barreños, un perro ladrando fuera, gallinas, las tías armadas de taburetes, sillas, un hule para el caso de que la sangre las manchara, apuntándome unas a las otras

–¿Te has fijado que el bicho tiene lágrimas?

que el bicho tiene pestañas transparentes, la alegría de ir a servir a la Patria, los soldados llorando en el barco, gritos de adiós en el muelle, pañuelos, una marcha militar aún más fuerte, el general bajando de la tarima de charla con dos o tres oficiales respetuosos, las gaviotas en círculos frenéticos despeñándose casi en el agua, un navío de guerra en la otra orilla, los sargentos empujando a los soldados hacia el interior del navío, ya nada de ruido, solo la lluvia, un primer cuchillo, un segundo cuchillo, los filos probados en un trozo de madera, un tercer cuchillo más ancho, más corto, ideal para cortar orejas, para cortar manos, al segundo golpe ya se puede, la policía

echaba a la gente del muelle

–Se acabó se acabó

yo con un delantal de hule, mi hermana tapándose la cara

–Dios mío

no con fuerza, con cuidado como si en ella también piedras, los militares ya lejos, solo los árboles y abajo, de vez en cuando, el río, los antílopes que bebían por la noche, algún que otro leopardo que no los perseguía, mi padre con mi hermana a caballito de un lado al otro del pasillo, primero al trote, después al galope, después de nuevo al trote, después quieto

–Me vas a matar

él que antes corría con ella sin importar el tiempo, mi madre preocupada

–Mira que te cansas

mientras yo probaba los movimientos del cuchillo con la muñeca y él intentaba seguirme retorciéndose en el interior de las cuerdas preguntando

–¿Eres tú quien me va a matar?

el hombre de bruces en el suelo que fingía no conocerme y yo no conocía, cuando se tumbaba en la estera de mi madre el chozo se balanceaba y a pesar del silencio las cabras corrían hacia la explanada, asustadas, no tuve hermanos, tuve esta hermana blanca

–Dios mío

ya no se veía Lisboa desde el barco, se veía el mar pardo, un furriel sonándose las lágrimas, el soldado portugués es tan bueno como los mejores, el soldado portugués es tan bueno como los mejores, el soldado portugués es tan bueno como los mejores, vimos entre dos salvavidas, por un instante, unos delfines, después ningún delfín, solo el ruido de las hélices, nada a no ser mi padre dejando a mi hermana en el suelo

–No puedo más

retocándose el nudo de la corbata en el sofá, mi madre ordenando el cesto de la costura a su lado

–¿Te apetece comer algo?

y no le apetecía comer nada

–No soy capaz de tragar nada

el capitán esperándonos en la alambrada

–¿Ninguna baja?

mientras los catangueses charlaban en suajili junto al polvorín y el hombre de la policía política entraba con dos soldados de uniforme y desaparecía con un negro con las manos atadas a la espalda al que uno de los policías iba picando, Portugal uno e indivisible del Miño a Timor, cambié el cuchillo ancho por otro más largo pensando dónde estaría la carótida de mi padre, junto a esta arruga, junto a aquel tendón, no sé si las pulsaciones que sentía eran mías o suyas, mi padre a mí, poniéndome entre sus piernas, en el jeep

–Chaval

cuando íbamos a cazar por la noche con un faro en el capó, a veces formas grises galopando a lo lejos, a veces na, el primer pelotón no es mejor ni peor, es un pelotón, la mayor parte de las veces nada, mi padre al conductor

–Entra más en la selva idiota

y si una antipersonas, y si guerrilleros, y si un espía suyo dando señales imitando a los pájaros de la oscuridad, pasé despacito, a lo largo, el filo del cuchillo por el dedo índice y me pareció bien afilado por los dos lados, pedí una luz más para ver mejor la piel y no la piel, claro, de un chico de veintitrés años como cuando lo conocí, ojalá tuviera yo esa edad, la piel de un hombre de sesenta y estoy siendo generoso, la piel de un hombre de setenta años, ya no elástica, ya no suave, con manchas e irregularidades del tiempo, una piel como nunca será la mía puesto que también me matarán, no sé cuál de los cuchillos pero también me matarán, tal vez el más fino, tal vez otro cualquiera, qué más me da, solo espero que me corten rápido las orejas y las manos, es mi última noche aquí, es la última noche de mi padre aquí, me fijé en el vuelo de un mochuelo y en el viento en el níspero, las hojas ya antiguas una especie de ruido de papel, la luz del salón de la casa del pueblo encendida y una sombra lenta, o lo que parecía una sombra lenta moviéndose dentro entre la cocina y el salón, un sonido breve de loza contra loza, un grifo, lo que me parecieron zapatos, lo que me parecieron zapatillas, lo que me

parecieron zapatos arrastrándose como zapatillas, un cajón que se abrió y cerró, sentí que alguien entraba en casa de la forma que suele entrar mi hermana, desordenada, rápida, empujando la puerta sin abrir del todo el pestillo y por lo tanto un chirrido desagradable de metal, me pareció escuchar tu voz sin distinguir las palabras, tal vez una pregunta

–¿Padre?

o supongo que una pregunta

–¿Padre?

y enseguida apostaría que sus pasos en el salón, una tos, una pausa, de nuevo la tos, la protesta de una silla, el sonido de cristal contra cristal de la jarra al verter agua en los vasos, lo que era sin duda la tardanza de mi madre en sentarse a pesar de no entender una tardanza tan grande si las piedras se han vuelto más ligeras que el agua de modo que dejé el cuchillo de mañana en la mesa de los cuchillos, colgué el delantal de goma de su clavo y al entrar me encontré a los tres a la mesa y mi madre regañándome mientras repartía la sopa por los platos, empezando por el de Su Excelencia

–Por lo que has tardado chaval ya pensaba que no ibas a venir.

19

Como todo el mundo tengo padre y madre, o sea una madre muriéndose de cáncer de riñón, el médico colocó las radiografías sobre una placa de cristal opaco con bombillas detrás que le iluminaban también los dedos, el puño de la camisa con un gemelo dorado y el bolígrafo en la mano, dibujando círculos alrededor de manchas

–La medicina no es una ciencia totalmente exacta hay sorpresas

y un padre sentado a la mesa delante de ella mirándola, rodeado de fantasmas que lo perseguían sin descanso, vehículos militares balanceándose por el camino revolviendo a la tropa, soldados que disparaban, árboles secos por el exfoliante, el comandante enseñándoles a los periodistas venidos de Luanda una cubierta en un almacén

–Como pueden comprobar con honestidad aquí no hay sombra de napalm

y por debajo de la cubierta parte de algunas bombas a la vista y sobre todo aquel olor, aquel olor, pueblos devastados, árboles quemados, torreznos de cadáveres a los que les faltaban trozos, varios todavía ardiendo, además de mi madre y mi padre tengo un hermano negro que mi padre se trajo niño de allí, después de marcharse los te seis dejando los chozos en llamaradas finales, el médico a nosotros, contento con los gemelos mientras mi madre recibía su tratamiento en otra sala

–La resistencia humana es un misterio

mi hermano que casi no se acuerda de Angola con la cabeza, se acuerda, sin saberlo, con el resto del cuerpo, sobre todo las partes que faltaban en el resto del cuerpo de los demás, ojos que no veían por sí mismos, veíamos nosotros por ellos, parecen ciegos y no lo son, parecen muertos y siguen, incluso ahora, bajo la tierra, hablando, están los que fuman cachimbas con el agua burbujeando en el interior,

están los que comen grillos fritos en un, el médico a nosotros colocándose bien el gemelo

–Tal vez podamos ayudarla a vivir un tiempo más no sé

están los que comen grillos fritos en un pinchito, los que roen la mandioca que todavía no se ha secado en las esterillas mientras el médico hablaba de paciencia y coraje, se marchaba sin despedirse, solo un gemelo nos dijo

–Es la vida

una emboscada es la vida, una mina es la vida, unas gafas de ciego, señores míos, son la vida, solamente un fragmento más de nariz, un fragmento más de mandíbula que falta, un día de estos la calle ahí abajo, cinco pisos ni dan tiempo a pensar, siéntese, como mucho, un frescor rápido y después se deja de ser lo que quiera que sea y se acabó, uno de los pilotos de te seis, sentado en la pista, haciendo rayas en la tierra con el dedo con una angustia infantil

–No puedo más con esto no puedo más con esto

apartando sombras con las manos y carbones que todavía se agitaban, lo que debería haber sido una mujer con el pelo en combustión, una cara solo dientes, ningún rasgo, solo dientes, no treinta y dos, cien, doscientos, y no negros, rojos, que iban goteando, goteando, cada diente una llamarada y la lengua cayéndole, una especie de gusano morado que se convertía en ceniza, como pueden comprobar no hay, las mentiras de los comunistas no tienen fin, señores, no hay ni sombra de napalm por aquí, una guerra limpia, humana, defensiva y ahí tenemos la prueba de las mentiras de la propaganda soviética, el soldado portugués es tan bueno como los mejores, quién ha civilizado el mundo sino nosotros, y a base de avemarías y de picotas fuimos hasta ellos y en un santiamén los matamos a todos, mi padre tiene una casa pequeña en un pueblo pobre, claro, cerca de Lisboa, que construyó un tío de su abuelo entre el cementerio y la base de la colina sobre la carretera bordeada de plátanos que conduce a la ciudad, cuántas veces anduve por allí persiguiendo mariposas, mi padre no me habló nunca de mariposas en África, de murciélagos sí, enormes, no una carretera importante, la carretera secundaria que lleva a la carretera importante siempre con

tantos camiones, fábricas de vez en cuando, ningún poblado desierto, ningún negro y donde un fin de semana al año se reúne la familia, desde mucho antes de nosotros, para hacer la matanza, como hacía tanta gente de esta zona, reunidos en la bodega, en silencio, escuchando los gritos del animal que se van haciendo más humanos, más débiles, que acaban transformándose en silencio con nuestro silencio alrededor, el silencio no solo de mi madre, de mi padre, de mi hermano negro, de mí, el silencio de los parientes viejos que aún viven aquí, respirando por las bocas abiertas porque vivir da trabajo, en este lugar ahora sin nadie excepto bichos perdidos, cada vez menos, que todavía insisten, a la deriva por las calles, perros vagabundos, unas cabras, un burro cojo, sin dueño, que soltaron los gitanos porque no servía para nada, mi padre y mi hermano descuartizan el cerdo y separan la carne, con mi hermano, a medida que fue creciendo, observando cada vez más a mi padre de forma idéntica a la de siempre, obediente, tranquila pero con algo, quizá brazos sin manos, quizá cabezas sin orejas, quizá mi padre, de rodillas, cortando, cortando, mi hermano que por primera vez me asustaba, mi madre, desde que enfermó, casi siempre inmóvil en una silla, rodeada por las piedras que el médico afirma que tiene dentro del cuerpo con la idea de ahorrarle el sufrimiento de saber que cáncer de riñón, arrugando la sábana con una angustia infantil

–No puedo más con esto no puedo más con esto

y quién puede con esto, la fiebre, los dolores, el cansancio, el médico explicándole, dibujando en un papel, que los riñones fabrican piedras que se esparcen por dentro y hay medicamentos que con el tiempo las disuelven liberándonos de los dolores y anulando las hinchazones de los huesos dado que los huesos, y no hay quien no lo sepa, también piedras porque estamos hechos, es evidente, basta pensarlo un poco, de piedras y algo de carne, tocamos la cama con la piel, por ejemplo, y comprobamos que por debajo piedra, o las rodillas por ejemplo, que son piedras redondas y tal vez mi madre no lo crea, qué sé yo, siempre ha hablado muy poco, siempre se ha escondido detrás de sí misma y de la mariposa de latón, incluso al decir

–Amor

incluso al aceptar que la acompañasen casi muda, mi madre que insiste en cocinar y ocuparse de nosotros caminando apoyada de silla en silla, con uno de los pies más lento que el otro porque el tobillo o la cadera piedras negándose a avanzar, mi padre finge no verlo ocupado con Angola y ataques y escopetas, pisando el suelo con atención a las minas y deteniéndose de repente porque un helicóptero de camino, en su cabeza, a nosotros, calculando por la inclinación de los árboles y, como consecuencia, de los muebles, con las hojas de la cómoda y del armario vibrando, en ciertos momentos con un cañón meticuloso que iba apuntando el pasto del suelo, en otros para llevarse a los heridos que no lloraban nunca, esperaban tumbados en una lona, dormidos, pálidos, con muchos más surcos que antes en las mejillas y en los párpados, ya muy lejos de nosotros, sin interesarse por nada mientras un soldado, en cuclillas, iba hablando por la radio, el alférez que mandaba en aquello fumaba en el unimog maldiciéndose a sí mismo, el general que discurseó en el muelle orgulloso, con fusta y guantes

–Veo en vuestros semblantes la alegría de ir a servir a la Patria

y en la memoria del alférez gaviotas, la lluvia de enero, el Tajo casi negro, el general que ajustaba mejor el micrófono

–Muchachos

por lo tanto tengo padre y madre pero no vivo con ellos, desde que me recuerdo viviendo con ellos no vivía con ellos, siempre me creí sola, quizá viviese más con mi hermano negro que no vivía con nadie, apoyado en la baranda con la esperanza de chozos, de gallinas, de esterillas, atento a una ametralladora lejana que no dejaba de cantar, incluso después de casado siguió viviendo sin nadie excepto cabras y perros, miraba a través de la mujer a un hechicero que bailaba, notaba al jefe apuntándolo con el bastón

–Nos abandonaste

vistiéndose como los blancos, comiendo como los blancos, comportándose como los blancos, ninguno de nosotros habla mucho, respondemos pero me parece que respondemos como responden las fotografías, están allí y eso es todo, por ejemplo la de mi abuelo, con gorra y un cigarro apagado en la boca explicando

–No traigo la escopeta porque no he visto perdices

siguiendo a las palomas y las tórtolas con desprecio, sentado en una caja con la perra a los pies, a dónde se marcharon, las malvadas, ni una hembra al amanecer, ni un piar, un hombre con tres cejas que se fruncían todas al mismo tiempo, dos en su sitio y la tercera, igualita, entre el labio y la nariz, haciendo de bigote y yo incapaz de apuntar cuál de ellas más seria puesto que todas se fruncen, atentas como si algo importante fuese a pasar del lado de acá del cristal donde lo que pasa es que es demasiado tarde para cualquier cosa, mañana el cerdo, la prima del panteón con más trabajo y ya está, el médico de mi madre

–Quizá una semana

el retrato de una tía hecho meses antes de ahogarse en un pozo ahora vacío, con tierra y hierbas al fondo que brillaban entre sombras, descalza, tras dejar las zapatillas al lado de la bomba, alineadas, colocadas como debe ser al lado de la cama porque invierno, porque frío, la prima cuyos rasgos, a pesar de la sonrisa por casualidad del tipo de la mía, es decir más cara seria que otra cosa, atravesando a las personas con una indiferencia rápida, parecían gotear no sé qué entre disgustos antiguos y angustias secretas, mi padre estudiando la alfombra del salón

–Cuidado con las trampas tía Sabina

porque se va un pie al garete y queda la zapatilla del otro mientras mi madre lo disculpaba con un gesto

–La miseria de la guerra

la casa del pueblo con el gallinero vacío, con un posadero roto contra la pared donde solo pueden poner huevos las arañas, de pequeña jugaba en la plazoleta con la ahijada del dueño de la venta, tirándoles terrones a los pájaros de los árboles y buscando nidos mientras las palomas de Cardal Florido volaban sin descanso y a cierta altura, qué sé yo por qué, dejé de hablar con ella de la misma forma que fui dejando de responder a quienquiera que fuese, mi madre más baja que yo y en esa época altísima

–¿Estará enfadada?

y no estaba enfadada, no era eso, se quedaba en un rincón y ya está,

con la palma de la mano en la mejilla, vacía, incluso en la escuela, incluso en el recreo, incluso con las otras niñas, qué le pasará después del domingo a la casa del pueblo sin nadie, quizá una sombra solitaria, de vez en cuando, observándola echando de menos qué sé yo el qué, a lo mejor a mi madre

–Hija

con un vaso de leche en la mano mientras me despertaba y las cosas se acercaban a sí mismas, la ventana se hacía ventana, la puerta se transformaba en puerta, los rasgos ocupaban su sitio uno a uno, ajustándose a la posición que habían dejado en la víspera, la boca se corregía un poco entre las mejillas, la peca que faltaba en la barbilla aparecía por fin, mi madre a mi padre, con la ropa de camuflaje que ya no le servía, era delgado a los veinte años, escondido bajo su ropa, qué contradicción que el tiempo nos aumente el cuerpo mientras nos estrecha los brazos y las piernas, la espalda no derecha, blanda, el cuello más corto, los rasgos que bajan hacia el cuello de la camisa, va a ser vieja enseguida, envolver las palabras en saliva, la voz de mi madre lejana, confusa, la de mi padre, más joven que yo, al lado del conductor de la mercedes

–Coges todos los baches del camino

hace un tiempo fui con él a una comida del batallón, calvicies, canas, abrazos, barrigas grandes sin intestinos al aire ni fragmentos de mortero, mucho tiempo contra la suya que también había crecido, ojos con lágrimas no sé si de la guerra o del tiempo, cuando los párpados ya no tienen fuerza

–No puedo más con esto no puedo más con esto

y a veces un destello en la sien o en la nariz que la boca mastica antes de tragar, me parecía que de vez en cuando un cocodrilo en el restaurante, un antílope, un hombre de bruces del que no quiero hablar, una bomba de fragmentación explotando fuera, carreras, balidos de cabras, la enorme paz de ciertas noches, mi madre insistiendo

–¿Y la leche?

mientras llegaba el cerdo, mal equilibrado en las pezuñas, en un carro hecho polvo y mi hermano mirando los cuchillos evitando mirar

a mi padre, ya es tarde para que los soldados mueran jóvenes, ahora acaban mayores, la muerte de los viejos tan sencilla, un sollozo y los ojos abiertos, o sea la misma expresión de enajenación, no miraban el vaso de leche si mi madre

–Hijos

se chupaban de vez en cuando la lengua pensando en qué, me acuerdo de un primo mío

–Dulce

sin que conociésemos a ninguna Dulce, no había en el pueblo, tal vez alguien que había descubierto en la mili en Viseu y con la que no había hablado nunca, iba de paseo con un compañero y al cruzarse con una chica que no sabían quién era alguien

–Dulce

y ella se dio la vuelta, está claro que ya no recordaba sus rasgos, es decir recordaba un pañuelo amarillo, mi primo

–Dulce

al pañuelo, sorprendido de acordarse del nombre, la obstinación de los recuerdos perdidos que regresan, la obstinación de las cosas que olvidamos y duran en secreto espiándonos de lejos, mi primo todavía preguntó

–¿Dulce?

y ninguna respuesta, ningún helicóptero los llevaría sobre los árboles, ningún enfermero los acompañaría con la bolsa de suero, mi primo de camino al hospital con la tripa cosida de balas, acabó en una silla de ruedas, con un chal sobre las rodillas, y mi madre insistiendo con la leche

–¿Es para hoy o qué?

y él mirándola con desprecio, enfadado, con la uña del meñique más grande para la higiene del agujero de la oreja y a propósito de uña cómo se las cortarán los negros si no tienen tijeras, el piloto del te seis, al meter dos bombas de napalm en el avión, mirándolas de reojo

–¿Y si esa mierda explota estando en el aire?

y si esa mierda explota estando en el aire te conviertes en un rastro de humo negro, en explosiones sucesivas, que acabará en una traca junto al río, haciendo arder el barro y el pasto, mi madre mientras mi

padre intentaba meterse debajo de la cama, convencido de que el colchón lo protegía

–Tranquilo que no te vas a morir ha sido una rueda que se ha pinchado en la calle

y mi hermano en un rincón del chozo mientras el hombre de bruces en el suelo dejaba de agitarse, no ha sido mi padre, ha sido un furriel cualquiera, al mando de mi padre, quién le ha golpeado en el cuello con una catana o algo así, si yo hablase con la gente no me callaría señores, la primera vez que me pinché no sentí nada, palabra, solo mi madre

–Por fin te veo de buen humor

solo porque en cierto momento, en medio del pescado de la cena, le sonreí, esto en la época en que el médico a ella

–Una piedrecita de nada

y a mi padre bajito, entre puertas

–Tenemos que verlo mejor

añadiendo lentamente

–Puede ser un quiste puede ser otro problema vamos a hacerle una biopsia

a medida que varias antipersonas explotaban al mismo tiempo cortándonos las piernas aunque siguiéramos idénticos, mi madre, tras vestirse en el biombo, poniéndose derecha la falda porque le hacía daño la cremallera

–¿Y la leche?

no, mi madre sorprendida

–Estáis todos muy serios

porque solo una molestia, a lo mejor una vértebra torcida por el colchón, a lo mejor una mala postura durante el sueño que ofendió a un músculo, mi madre mirándonos, primero intrigada y después inquieta

–¿Habéis descubierto algo preocupante?

y nada alarmante señora, solo unas pruebas para quedarnos tranquilos, una radiografía, análisis, las consultas de los médicos deberían tener juguetes, globos y caramelos en vez de camillas, mesa e instrumentos misteriosos, solemnes, dispuestos en una especie de

tranquilidad amenazante, la bodega de la casa del pueblo un postigo arriba hacia el corral que prolongaba el día, recuerdo a mi abuelo en un taburete viendo el atardecer, una vez al llamarlo para la cena siguió sentado, con la boina sobre la nuca, cuando mi abuela le tocó el hombro se inclinó hacia la izquierda, se cayó, y después lo que recuerdo sobre todo son sus botas enormes, sin cordones, y el reloj de cobre del que se abría una tapita para confirmar la hora que es siempre la misma en el pueblo, para qué preguntarlo, Su Excelencia a mi hermano, tirándole del brazo para llamarlo a un lado

–Vámonos no me apetece estar aquí mañana para ver morir un animal

y mi hermano mirándola, mirando los cuchillos, mirándola de nuevo, al lado de la pista de aviación dos cañones sin retroceso disparando sobre nosotros, no nos dieron pero deshicieron una buena parte de la alambrada y del almacén de los sacos, después los cañones se callaron, después el pelotón que los cogió por detrás los obligó a huir a la selva, la lluvia que empezó a caer, esto contaba mi padre, borró los caminos y los perdimos, el médico a mi madre

–Un quiste insignificante en el riñón una operacioncita nada complicada y listo

y mi madre sin cambiar de expresión como cuando mi padre

–¿Me permite que la acompañe?

y la acompañó durante más de treinta años, antes de la guerra normal, después de la guerra siempre atento al ruido de las puertas, al ruido de las ventanas, a un escape en la calle, le pedía a mi madre que se sentara a su lado en el sofá, si llegaba a casa y no estábamos se encerraba en su dormitorio, agobiado con los ruidos del piso de arriba, con los ruidos en el piso de abajo, con las voces y los pasos en las escaleras, aunque tenía las llaves gritaba siempre, en el vestíbulo

–Soy yo padre

sintiéndolo observarme, desconfiado, por alguna cerradura, una noche, a la mesa, se giró hacia mi hermano y le dijo

–Perdona

sin añadir nada más, solo

–Perdona

y un gesto que deshacía el

–Perdona

después, siempre que conseguía dinero me pinchaba, mi madre alarmada

–Tienes los ojos muy brillantes

y no son solo los ojos señora, me siento casi feliz, de repente todo fácil, todo correcto, todo agradable, el que me vendía me visitaba a veces

–Creo que necesitas un amigo

se comía las cosas de la despensa, se fumaba mis cigarros, se acostaba a mi lado en la cama, me hacía daño con la prisa de los dedos y al día siguiente me dejaba un papelito con polvo, ni siquiera una dosis, ni siquiera media dosis, una pizca que no llegaba para nada, la bañera sucia, la toalla en el suelo y después desaparecía por unos días, lo veía con sus socios, algunas noches me hablaba, otras noches no me veía, otras noches

–Ahora no tengo tiempo

dándome la espalda o empujándome con el codo, mi hermano, desconfiado

–¿Qué te pasa?

porque mis pupilas más agudas, mis gestos más lentos, mi madre a mi padre, sin entenderlo

–A veces se le cambia el carácter

y quién le quitaba dinero de la cartera, mi madre lo adivinaba porque yo adivinaba que lo adivinaba incluso sin hablar ni cambiar la expresión, una vez me pareció, no estoy segura porque no era sensiblera, que lágrimas, lágrimas es una exageración, una humedad discreta como cuando mi padre interrumpía de repente, después de cenar, la lectura del periódico y se abría la camisa enseñándole el pecho

–¿No me han herido hace unos minutos con una bala aquí?

mi madre traía del cuarto de baño un espejo para que se tranquilizase, aunque mi padre con el dedo clavado en las costillas

–Siento algo metálico puede haberse escondido

de un lado para otro en la alfombra con ganas de llamar al

enfermero del ejército y que el helicóptero le impidiese morir, el enfermero fingiendo que sacaba con una pinza algo de la piel y enseñándoselo a mi madre

–Su marido tenía razón señora mía mire el proyectil

y mi hermano y yo callados aunque el silencio de mi hermano

–Solo quería verte adiós

diferente al mío, con una especie de rabia que yo no entendía apareciendo y desapareciendo de sus ojos donde me parecía que árboles, animales corriendo, un relieve del color de la sangre en el suelo pero a lo mejor me equivoco, no veo a mi padre haciendo nada malo a nadie, estuvo en África con otros viejos pero qué pueden los viejos, levantándose con dificultad, sentándose con dificultad, caminando despacio sin fuerzas para apoyarse los unos en los otros, ninguno de ellos, es evidente, capaz de encajarse un bazuca en el hombro, picoteando comida empujada por un dedal de vino y por eso si mi madre

–Las pasó canutas en África el pobre

claro que no lo creía como no creía que se muriese allí, al decirle esto a mi hermano él callado, asomado a la cochiquera para examinar al cerdo, entreteniéndose en la bodega para reflexionar sobre los cuchillos, yo diferente porque el pinchazo,

–Solo quería verte adiós

hacía el mundo más acogedor, más risueño, porque no es solo la disposición simpática, soy yo capaz de hablar aunque mi padre

–Ten cuidado con los caminos

evaluando el suelo con la punta de los pies, esto no siempre, lógico, a ratos, de repente, cuando la máquina de coser de la vecina parecía tricotar el mundo, un abril, de pequeña, me desperté porque mi madre, en su cama

–Amor

y callándose enseguida con miedo a que la escuchase, minutos después entró en mi habitación sin encender la luz y aunque no la distinguiese sentía su brazo que aunque no me tocaba sí pesaba, un olor diferente en ella, la mano en mi hombro, un secreto en el pasillo

–Gracias a Dios no la hemos despertado

y los muelles del colchón antes de dormirse de nuevo, basta pincharme para que todo vuelva o sienta a mi padre revolviendo en el armario

–¿Qué ha sido de mi ge tres?

y después un amplio silencio, y después él con una voz alterada

–¿Has visto las tonterías que me vienen a la cabeza?

y los muelles de la cama antes de dormir, y gaviotas, y personas, y cuando ellos ya durmiendo una voz en aquello que parecía un micrófono

–Veo en vuestros semblantes la alegría de ir a servir a la Patria

y después nada a no ser los ruidos de la calle, un autobús, una ambulancia, pasos, el viento en las tipuanas más bajito, en secreto, mi madre bebiendo agua en la cocina murmurando

–Dios mío

el pianista del tercero que llegaba tarde porque tocaba en el Casino, goteando teclas de los dedos, el cerdo mañana por la mañana y volver a Lisboa que me hace falta el pinchazo, me duelen los brazos, me duelen los intestinos, siento la falta de la paz que me ofrece aquello, dejo de tener miedo a que mis padres mueran y me dejen sin defensa en este cuarto alquilado que no saben dónde está y aunque no lo sepan me encontrarían enseguida, yo en brazos de mi padre sin el aliento de mi madre en su cuello, oírlo

–Mi niña

que escuché tan pocas veces y sentir una especie de, es decir no sentir nada, solo un pequeño alivio, su mano en mi espalda, el contacto de la barba, que creció durante la noche, en la frente, palabra de honor que hay momentos en que si pudiese decir

–Amor

lo diría y aquí entre nosotros la envidio madre, usted que me hacía sufrir al cortarme las uñas de niña, sobre todo los bordes y yo aterrada de quedarme sin dedos, su manera de peinarme que me arrancaba el pelo y si me quejaba inmediatamente

–Déjate de tonterías niña

conmigo buscando un espejo para verme la calva, los zapatos siempre demasiado grandes, con algodón en la puntera

–Porque estás creciendo

desgraciadamente creces demasiado deprisa, muy pronto tendrás como mínimo dos cabezas más que yo, obligándome a encaramarme en un taburete, de esos que siempre se mueven, para llegarte a la cocorota, esto en el caso de no romperme una

–Veo en vuestros semblantes la alegría

de no romperme una pierna antes y quiero ver quién cocina y se encarga después de esta casa, zapatos gigantescos

–No somos ricos ¿lo sabías?

obligándome a patinar con aquello como esas personas de los esquíes cuando no se deslizan, levantando las rodillas como patas inertes sin mencionar el suplicio de las trenzas que mi madre torturaba, la agonía de los pendientes con el gancho en el agujero de la oreja fallando siempre en el agujero, masticar con la boca cerrada antes de que me manche, no es bonito que se vea la comida a izquierda y derecha allí dentro, pareces tu hermano que es negro el pobre, nunca le enseñaron esas cosas, claro que está siempre la disculpa de que para una madre enseñar sin

–¿Todavía no ha visto el cerdo de mañana señora?

para una madre enseñar sin manos es difícil, así que enseñar con ellas sabe Dios, lo intentamos, ojalá fuese un hombre como tu padre para solo preocuparme por la guerra, no hay semana en que no me despierte sacudiéndome

–¿No oyes la ametralladora?

e intentando empujarme debajo de la cama donde solo hay polvo y una bota de agua, mira mira, que creíamos perdida hace siglos y al final está ahí sola esperando a un pie que sirva, ahí está una ventaja de las ametralladoras, dejarnos calzadas, el problema es que no se las puede coger con los dedos, tan lejos el imbécil, hay que empujar con el mango de la escoba al otro lado del colchón y volvernos delgadísimas porque el otro lado del colchón casi pegado a la pared, todavía no he visto el cerdo de mañana, es verdad, pero

–Veo en vues

no soy muy de cerdos, primero huelen mal, segundo son feos y tercero se parecen a nosotros en la forma de ser, los movimientos

agitados, los resoplidos, la alienación de los demás, el que me vende los pinchazos me hace una rebaja siempre que respondo a su orden

–Ven

y mientras estoy allí, con la nariz apuntando al techo, intento pensar en otra cosa, unas veces soy capaz, otras solo

–¿Cuándo se acaba esto?

y si por casualidad me hace daño en el pecho o la barriga me aguanto hasta que se levanta disgustado

–Parece que estás muerta

y no parezco muerta, estoy muerta, hace mucho que estoy muerta y nadie lo sabe, a cada rato mi padre

–Siempre hablaste muy poco hija

y hablar para decir el qué señor, qué hay que decir todavía, qué se puede decir, qué quieren que diga, más vale caminar en silencio para que los guerrilleros no se den cuenta, a mi abuelo, al menos, le gustaban las perdices y quitárselas de la boca a la perra para colgárselas en el cinturón, algunas todavía estremeciéndose, mi padre mirando la lámpara del techo refiriéndose a mi madre, creo yo

–Si no hubiese ido a la guerra tal vez fuésemos felices

y qué pretende expresar con felices, menos alféreces paracaidistas, menos miedos, menos muertos, unas ganas de nietos que no entiendo, corriendo sin parar hasta quedar agotados, el médico a mi madre con un optimismo que me pareció excesivo

–La operación ha ido fenomenal

y ella, sin articular palabra, de acuerdo para agradarle, para agradar a mi padre, para convencerse de que se agradaba a sí misma, no podía mover un dedo pero estaba de buen humor, tranquila, y ahora, no es verdad, se resuelve la cuestión de las piedras haciéndolas más ligeras que el agua, yo a mi hermano, en la bodega

–Pareces indeciso con los cuchillos

él sin responderme, solo una ojeada vacía, él

–Si te lo pudiese contar

y no me lo podía contar, no me contaba nada de nada, en Angola callado, en Portugal callado, mi padre

–Chico

y él callado acordándose de lo que había olvidado durante tantos años, las manos, las orejas, el hombre que vivía con ellos, dormía en otra esterilla, iba y venía, no les hablaba, no parecía inquietarse, no parecía interesarse, fumaba con los demás y comía pollo, intentando huir y no el ge tres, mi padre corriendo hacia él con un filo, el hombre cayó sin un sonido, primero de rodillas, después boca abajo, después quieto, es decir la mano cogió algo de tierra, se cerró y eso fue todo antes de abrirse lentamente, yo a mi hermano

–¿Quién era?

y mi hermano siempre estudiando los cuchillos, el viento producía sonidos de madera en las hojas, una teja rota no sé dónde, en el techo del gallinero o en el tejado de la casa que no sé cuánto tiempo aguantará todavía, mi padre sentado en el salón observando a mi madre con los ojos cerrados, un perro, no un chucho de los negros, corriendo tras un olor, con el hocico pegado a los matorrales para escuchar mejor, era la densidad o el color de los olores lo que los guiaba, un sujeto en el suelo esperando que lo matasen, las cabras corriendo lejos, la mandioca retorciéndose sin parar en las esteras, relámpagos en la llanura pero no llovía, los cocodrilos del Cambo mitad en el agua mitad en la arena, algunos tan largos que mi madre no podía creerlo, las culebras del barro retorciéndose, los milanos de la sierra vigilando todo, aprovechando el viento para permanecer quietos y la seguridad de que algo iba a pasar en esta casa mañana, si pudiera preguntarle a mi hermano

–¿Eres tú quien va a matar al cerdo?

y no lo soy, no es que falten las palabras, me falta la garganta, algo que me impide los sonidos, creo que quiero a mi padre, se enfadaba conmigo, no me preguntaba nada, no me criticaba, estoy segura de que sabía que le compraba los pinchazos al otro y se callaba, una tarde me pareció verlo a lo lejos y después desapareció chocándose con la gente, chocándose contra un muro, no me riñó, no se lo contó a mi madre, cuando no lo miraba lo sentía atento a mí, observando mis dedos que temblaban, se asustaba cuando malograba un gesto, comía sin levantar la cabeza, todo dentro del plato, mi madre

–¿Algún guerrillero?

y él callado negando con la cabeza, se quedaba en la puerta de mi dormitorio, apoyado en el quicio de la puerta, esperando que me despertase, con la palabra

–Hija

en la boca, incapaz de salir, la palabra

–Hija

que después disminuía en el pasillo llevándose a sí misma, yo a mi hermano, en la bodega

–No vayas

sin continuar la frase y mi hermano de espaldas a mí, inmóvil, mi hermano

–También lo quiero pero tengo que hacerlo

como mi padre sabía que lo tenía que hacer y no se protegía, lo aceptaba, todo esto por un negro de bruces con una bala en la espalda imagíneselo, lo que vale un negro señores, quién no los oía gritar con el napalm incluyendo los leprosos harapientos ardiendo que lo diga o quién no los vio huir por el poblado en dirección al río mientras el de la ametralladora los alcanzaba uno a uno, corriendo o a gatas o incluso reptando, mi padre contaba que el agua también en llamaradas, que las ramas de los árboles más cercanos se caían una a una, que los huesos al aire carbonizados pero el soldado portugués es tan bueno como los mejores, carbonizados, negros, el médico a mi madre

–Con los problemas de los riñones lo único que hay que tener es paciencia

mi madre de momento no delgada, solamente pálida, caminando con más dificultad que antes, sin cortarme las uñas hace un tiempo, sin peinarme, sin interés por nada, mirando hacia dentro, tardando el doble en la cocina, inmóvil en los azulejos, si mi padre, por ejemplo

–¿Me permite que la acompañe?

creo que ni lo oía, seguía dirigiéndose al dormitorio sin fijarse o si no

–Déjame

o si no

–No me fastidies

la merluza demasiado cruda o demasiado cocida, si mi padre deteniéndose de repente, no sentado, no levantado, en actitud de alarma

–¿No oyes pasos en el pasillo?

mi madre sin paciencia para los pasos

–Entre que entran y no entran aprovecha y come

y por lo que se refiere a mi hermano mi padre con precaución, se notaba que le imaginaba las intenciones, le controlaba los gestos, comprobaba si estaba en el descansillo haciéndoles gestos a otros negros o si algún bazuca en la calle, entre dos coches, apuntando a la ventana, la impresión de que cabras y gallinas en la habitación, en el pasillo, en el salón, un círculo de viejos fumando en silencio, mujeres que volvían del río con latas de agua en la cabeza, formas que se movían en el pasto del vestíbulo, chozos en lugar de edificios en la calle, antipersonas abajo en el empedrado, una cuerda de tropezar en los escalones, los milanos que anteceden a la lluvia volando a ciegas en la llanura, un primer relámpago, un segundo relámpago demasiado lejano pero resonando de colina en colina, las tumbas peladas de los jefes con palmeras encima, una de las mercedes esperando que la arreglasen de una mina, sin las ruedas de delante y el motor abollado, mi padre a mi hermano

–Ya no eres mi hijo

no me sigues siempre, no te arrimas a mí, no te sientas en mi regazo, no duermes a mi lado en la cama, has dejado de conocerme como yo te he dejado de conocer, qué nos ha separado dímelo, ha sido por culpa de un hombre que no conozco de bruces en la tierra, una mujer sin orejas ni manos, un negro de rodillas delante de un soldado que dispara sobre él, un viejo en cuclillas

–Veo en vuestros semblantes

no, un viejo a gatas

–Mi arfere mi arfere

el jefe de la máquina de coser cosiendo, cosiendo, la bodega apagada a lo mejor con el cerdo dentro ya colgado del gancho, Su Excelencia al negro, a mi hijo, al negro

–Por el amor de Dios vámonos ya deprisa

arrastrando una maleta y yo junto al níspero escuchándolos, yo pinchándome escuchándolos, alguien a alguien

–Amor

lejos de mi cama y yo oyéndolos

–Amor

o mejor solo una voz de mujer, ninguna voz de hombre

–Amor

y después silencio, y después el viento en la sierra, y después mi hermano conmigo, en la oscuridad de la huerta, a mi lado

–¿Lo entiendes?

y yo quieta, mi hermano de nuevo

–¿Lo entiendes?

y yo asintiendo, creo que asintiendo, seguro que asintiendo como asentía mi padre, como mi padre a él

–Sí

mi padre dudando

–Hijo

con más firmeza

–Hijo

con firmeza

–Hijo

y por lo tanto los cuchillos esperando, él esperando, mi madre esperando y dentro de poco mañana, los delantales de goma, la lámpara del techo, yo tapándome la cara con las manos, yo

–Padre

y los ojos del cerdo, serios, quietos, agudos, que me querían.

20

Estaba en la bodega acabando los preparativos de la matanza, los barreños, las cuerdas, los delantales de goma, el filo de los cuchillos, la sombra del níspero que empujé con el codo y en esto, sin que comprendiese el motivo, sentí que mi cuerpo se balanceaba a derecha e izquierda hasta entender que me encontraba a caballito del hombre caído de bruces en la tierra, que no conocía, con una bala en la cabeza y una herida en la espalda, cerca del poblado, más allá de la mujer sin manos ni orejas, y que el hombre me llevaba en dirección al río cogiéndome por los tobillos con las manos mucho más grandes que las mías, rodeando los cultivos de mandioca, rodeando los tallos de cáñamo, espantando a las gallinas que quedaban y a una cabra moviendo las caderas huesudas, independientes la una de la otra como si perteneciesen a animales diferentes, para alejarse de nosotros, qué extraño estar hecho de trozos clavados al azar temblando balidos, será mía esta pierna, será mía esta nariz, quién me dicta lo que pienso, a lo lejos napalm, en la frontera con Zambia, los catangueses

–Uhuru

encontré en el mismo sitio del cuello del hombre la peca que yo tenía, qué rara la peca y qué raro acordarme de repente de ella yo que creía haberme olvidado de todo, además de la peca la forma de los dedos idéntica, la última falange del pulgar cortísima, no hablaba con mi madre, no dormía con nosotros, entraba y salía, uhuru, distraído, sin una mirada, sin una pregunta, alguna que otra vez tiraba de ella hacia la esterilla en medio de las calabazas, los pollos y los hermanos y se quedaban tumbados un rato, de frente, en silencio, con mi madre sin soltar el ala de un gallo que se debatía, todo uñas y pico, por salirse del cesto y una vieja fumando en un rincón, con el mentón en las rodillas, sin prestar atención, masticando sus propias encías vaciándose de sí misma, qué tendrá dentro, el hombre y yo nos detuvimos junto a los leprosos, de camino al río, cogiendo latas con lo

que quedaba de los muñones, de los dientes, porque no tenían labios, enormes, una chica casi desnuda persiguiendo a otra chica chillando de furia, apretando un palo inseguro en los codos, el hombre se recogió del suelo mientras buscaba peces con una red, encontró uno pequeño que se guardó en el cinturón, apartando con una patada a un chucho que saltaba a su alrededor, volvió a ponerme en sus hombros y entramos en el bosque mientras un cocodrilo con los párpados mortecinos se deslizaba en el barro, todo esto sin hablar conmigo mientras me decidía finalmente por uno de los cuchillos en la bodega, Su Excelencia con miedo, bajito

–¿Seguro que eres el cerdo que van a matar de aquí a nada?

en chimbunda, no en portugués qué extraño, a veces, al mirarte, no te sentía blanca, perdona, te sentía negra, igual que yo por amor a mí, imagínate lo tonto que estaba, y casi te amaba, casi no, te amaba, no me importaba que te rieses de mí, me tratases mal, no me importaba que hicieses poco, no me importaba tu amiga, me bastaba con que estuvieses allí, lo entiendes, me bastaba con escuchar tus pasos, escuchar los objetos cuando los tocabas, tu miedo a veces

–¿No has sentido un ruido ahí dentro?

tu petición mientras te encogías en el sofá

–Ve a ver si hay alguien en la terraza anda

me bastaba con que aceptases, de vez en cuando, no digo ya un abrazo, digo una caricia discreta, como de amigo, en tu hombro, pedirte

–No me eches

pedirte

–Déjame mirarte

pedirte

–Quédate conmigo

y en lugar de eso Su Excelencia con miedo, bajito

–¿Seguro que eres el cerdo que van a matar de aquí a nada?

en chimbunda, no en portugués qué extraño, dónde estoy al final y en la bodega del pueblo ya sillas arrimadas a la pared, ya gente esperando fuera, por ejemplo mi abuelo, con la perra de las perdices, a mi padre

–Me pregunto cómo te las apañas con el animal desde que morí

con un fondo de ironía, un fondo de burla, un fondo de falta de confianza en él, nunca confió mucho en mi padre verdad, nunca creyó que sobreviviese a la guerra, pensaba que el de la radio

–Manda mosca manda mosca

y el helicóptero llevándoselo, que una emboscada, que una bala certera, en el pueblo una brisita en las esquinas, una amenaza de lluvia, yo a caballito en el negro de camino a no sé dónde, casas coloniales de vez en cuando devoradas por el pasto, tumbas de jefes rodeadas de palmeras, el hombre de bruces parecido a mí hasta en la manera de andar, Su Excelencia a mí

–Al final ¿quién es tu padre?

y yo

–No lo sé

como juro que no sé a dónde me llevan ahora o cómo va a acabar esto tantos animales degollados tantas personas muertas y pájaros volando al azar, y jabalíes, y un búfalo viejo, inmóvil, estudiándonos, mi padre buscando la catana en el cinto, el cerdo que a esta hora deben estar metiéndolo en la furgoneta picándole el lomo con varas y él retorciéndose y protestando mientras andaba, intentando morder a las personas dándole bocados al vacío con una desesperación asombrada, raspando el suelo con las uñas, Su Excelencia a mí

–¿No te da pena?

y no sé si me da pena porque no sé quién va a morir cuando él muera, mi padre, yo, otra persona cualquiera y después la casa del pueblo desierta, nadie, unos trastos que se llevará la prima que se ocupa del panteón, unas fotografías antiguas, algo de ropa y al final la lluvia disolviéndolo todo, no solo mi pasado aquí, en África con mi padre, con él en un unimog de camino a cualquier objetivo

–Mata mata

no solo mujeres y cabras intentando escaparse entre balidos, él una cerilla y gasoil y cenizas que los perros salvajes olisquean en busca de un hueso, un trozo de carne, un trozo de mango con un trozo de piel que se disputaban amenazantes, gruñendo, mordiéndose, quién me explica si estoy en África o en Portugal señores, quién me explica

dónde vivo, si le preguntase a mi madre ella

–No lo sé

porque las piedras no la dejaban ver, tantas piedras a su alrededor, tantas piedras en los ojos, todo más ligero que el agua, todo más ligero que el aire, el médico a ella

–La veo más animada si no tuviese marido le preguntaría si me permitía acompañarla

hablando de esto y de aquello que lo que no falta es vida, nosotros poco a poco más amigos, más íntimos y su marido, aquí presente, a lo mejor sonriéndonos, entendiendo, perdonando, apartándose porque tengo mis tácticas, mis trucos, mi manera de insinuarme a las mujeres, mi esposa, por ejemplo, no resistió mucho tiempo y ya hace treinta y dos años que me aguanta, claro que hemos tenido nuestros problemas pero con una pizca de paciencia todo se soluciona, dos hijos, cuatro nietos, una relación sólida lo que no quiere decir que en cualquier momento, nunca se sabe, y estoy siendo completamente sincero, las cosas cambien, vamos a ponerle un poquito más de suero, vamos a alterarle la morfina, la quiero más suelta, más animada, interesándose por la muerte del cerdo porque conmigo solo mueren los cerdos, mis enfermos no, puedo traerle varios, ponerla a hablar con ellos, creer otra vez, más que creer, estar segura de que se va a curar, el médico a mí

–Ya parece mejor ¿no cree?

con la mariposa metálica en la chaqueta, con otro anillo en el dedo de la alianza, con una silla de ruedas para no cansarse entre el dormitorio y la cocina, todo parece tan lejos cuando no estamos bien, me he fijado en que vosotros, los negros, en ciertos asuntos no falláis, estáis más cerca del instinto de los animales, más cerca de los sentimientos sencillos del mundo, no os han llenado la cabeza en la escuela con tonterías inútiles, de qué sirven las capitales, las sierras, batallas que pasaron hace siglos, el que me llevaba a caballito encontró por fin un sendero

–Ajá

y empezamos a seguirlo, me pareció que algo porque voces, motores, a cada dos por tres el brillo de la alambrada entre los

árboles, gente lavándose en un charco, mi hermana cogiéndome el codo con fuerza, haciéndome daño con las uñas en los huesos

–Tengo dolores y vómitos ¿no tendrás algo de polvo?

estremeciéndose, pálida, con un hilo de saliva cayéndosele de la boca

–¿No tendrás algo de polvo?

de repente tan frágil, tan pobre, balanceando el cuerpo adelante y atrás, intentando un paso, resbalándose, poniéndose derecha, apoyándose en el muro, no con gestos de persona, con gestos de muñeco articulado balanceándose inseguro

–Polvo

ojos cavernosos, extraños, solo iris

–Crees que en el pueblo

al mismo tiempo que mi abuelo a mi padre, en un susurro

–Callado

porque las hierbas se movieron cerca del relieve donde por fin iba a aparecer la primera perdiz, girando la cabeza hacia nosotros sin vernos, ni siquiera las orejas de la perra que empezaban a hincharse igual que la punta de dos dientes a la vista mientras el cuerpo de mi hermana vibraba, con la boca comiéndose a sí misma como se comía el sudor de la nariz y la frente, yo a mi hermana y al níspero que se apoyaban mutuamente, los dos con muchos brazos, cuál va a secarse antes, inclinarse, caerse, si al menos relámpagos en el Mussuma incendiando el pasto que la electricidad ayuda, si al menos en esta huerta algo de cáñamo que calmase los cólicos, no conozco a nadie en el pueblo salvo al empleado del taller, llegamos y a quién le preguntamos, dime, a los viejos con zamarra que ni siquiera hablan, la única respuesta que dan, mientras afilan un palo con la navaja, es chupar la saliva de las colillas apagadas, en una calle cercana a la capilla anunciando el domingo, nadie se parece tanto al otoño como las campanas, cuando muere alguien, incluso en junio, octubre siempre y la luz, por la mañana, nostálgica, y después el hombre que me lleva a caballito no para, no va a parar nunca para huir de los soldados, del helicóptero armado, de los ge tres

–Mata mata

mi hermana a mí

–Vámonos a Lisboa por favor

y yo a mi hermana o al níspero, cuál de los dos sufría, cómo vamos a tener tiempo de ir a Lisboa con la matanza, ya en la furgoneta olisqueando el suelo, dentro de una hora como máximo, la sangre en los barreños, el cuerpo que casi rompe las cuerdas, los gritos, no puedes aguantarte sin angustiar a tus padres, no puedes comportarte como una mujer de verdad, sonreír a los cólicos, callarte, no rascarte así, no llorar, los perros salvajes alrededor de los leprosos, esperando, y el hombre que me llevaba apuntándoles con el trabuco, los hocicos agudos, los dientes, mi padre, incluso con el periódico en el sofá, siempre en la guerra, obligando al unimog a avanzar al lado del camino, mi madre apartando las piedras que la molestaban para respirar

–¿Me permite que la acompañe?

y ella callada en el sillón, quieta, sin vernos, tú en ese estado, yo negro, no hay nadie normal en esta familia, Dios mío, que pueda existir por todos nosotros, mi abuela

–La que me ha caído

respirando esas flores de los diabéticos, con paños mojados en las heridas de las piernas, era el cerdo el que estaba solo por todos nosotros, vivía en la casa del pueblo y no en la cochiquera, dormía en nuestras camas, se llevaba bien con los vecinos, se sentaba en un taburete a ver pasar la tarde sin hablar con nadie, los cambios de la luz, el anochecer cuando la acacia deja de existir transformada en suspiros y el gallinero sollozos discretos, el hombre de bruces en la llanura conmigo y la sensación extraña, difícil de explicar, de que entre él y yo, de que entre nosotros, esto poco tiempo antes de que los soldados entrasen en el poblado, antes de las orejas, de las manos, de las granadas junto con el gasoil en la paja, el jefe de rodillas

–Señor

perdiendo la catana, buscándola en la tierra, a gatas junto a las botas de un soldado

–Señor

que le pisaba los dedos empujándolo con el cañón del ge tres

–¿Qué hacemos con este?

recuerdos perdidos que volvían de repente, llegados de qué parte mía o si no ha sido el cerdo el que las ha traído, Su Excelencia

–¿Qué pasa?

y no lo sé, palabra de honor que no lo sé, qué le ha pasado a África, que casi nunca ha estado conmigo, para volver ahora, me apetece comer grillos, crestas de gallina, hormigas, fumarme una cachimba, limar los colmillos, hacer trampas para jabalíes, saludar

–Hey mamá

a las mujeres muertas, chupar un pecho vacío, enterrar a los muertos en una tabla charlando con ellos, algo entre el hombre de bruces y yo que no entendí lo que era, tras el ataque se me olvidó y ha vuelto con la llegada del cerdo a la bodega que ya lo oigo ahí fuera, los resoplidos, los suspiros, un gruñido que pregunta y al que no sé responder, mi hermana

–Ayúdame

más níspero que hermana, retorciéndose en el muro

–Solo quería verte adiós

Su Excelencia llevándome a la calle en dirección al coche

–Por favor

qué ha sido de tu amiga, qué ha sido de tu desprecio por mí, qué ha sido de tu asco por ser negro, de oler a negro, de tu disgusto

–Por favor

con miedo de qué dímelo, con ganas de huir, con ganas de que te acompañe, un negro en mi cama qué horror, un negro a mi mesa, esos cuchicheos, ese reloj, esa pulsera ridícula, esos perfumes baratos, ese diente de oro delante que no necesitaba y sin embargo

–Por favor

llamándome, buscándome, cogiéndome del brazo

–Tú

como si yo casi blanco, como si yo al final blanco, mi padre con ropa de camuflaje

–Chico

más joven que yo ahora y sin embargo

–Ni tocarlo

y sin embargo

–Chico

poniéndome a su lado en el asiento del unimog, lejos de los soldados y de las llamas y no sé qué resistiendo desde entonces en mí, no aceptándolo por completo, dudando, escapándose, es decir aceptándolo y huyendo al mismo tiempo, olvidado de las manos cortadas, olvidado de las orejas, olvidado de la mujer en el suelo que antes me llevaba a la espalda, envuelto en un paño, apartando a los pollos para que me durmiese, aplaudiéndome

–Eh

cuando empecé a andar, el hombre de bruces no hablaba conmigo, entraba y salía y casi no llegaba a verlo, no se acercaba, no me prestaba atención, no recuerdo que se interesara por mí como lo hacía mi padre, hacerme preguntas, ponerme la mano en el hombro, yo afilando mejor los cuchillos en una tira de cuero, en la bodega, sin reparar en mi padre solo

–¿Con cuál me vas a matar?

y un golpecito en la espalda, divertido, observándome mejor, poniéndose serio

–Estaba bromeando tonto

poniéndose aún más serio

–No me digas que te lo habías creído

con expresión ofendida

–Como si yo fuera capaz de hacerte algo como si yo fuera capaz de hacerte daño

y una cara idéntica a la que ponía cuando se enfadaba con mi madre porque la sopa fría o una mancha en el cuello de una camisa planchada, él que al principio todo formalidad, mesura, respeto

–¿Me permite que la acompañe?

y después una impaciencia aquí, otra allí

–Lo que tardas en contar una historia

mi padre observando la bodega

–Sí señor sí señor

pensando que a mi abuelo le gustaría estar aquí el pobre, todavía tenemos dinero para matar un cerdo, aún no somos pobres, los perros

debían empezar a oler algo porque se ponían nerviosos, corriendo de un lado al otro con el hocico levantado y en esto mi hermana diciendo mi nombre, inclinada hacia delante, vomitando en las lechugas, es decir primero inclinada hacia delante, después de rodillas, después tumbada en la tierra, por favor levántate antes de que te vea padre, no lo asustes, mientras mi madre caminaba despacito, intentando equilibrar las piedras en su interior, hacia la puerta trasera, qué le hemos hecho a nuestro cuerpo para que ahora se vengue, Su Excelencia a mí

–Por favor no me obligues a marcharme sola

asustada con mi padre, asustada con el cerdo, asustada con mi madre, asustada conmigo, pensando, sin comprender qué pensaba

–¿A quién están matando?

–¿A quién van a matar?

–¿Por qué tienen que morir?

comprendiendo solo su miedo, con ganas de enroscarse en el sofá de nuestro salón y olvidarse de la casa del pueblo, de mi familia, de todo, solo mirar el Tajo, mirar las gaviotas, los charranes, los albatros, las nubes, mi madre caminando despacito en dirección a la puerta del corral con todas sus piedras alrededor, entrándole y saliéndole del cuerpo, volando en torno a ella, acercándose, alejándose, tantas piedras, Dios mío, más ligeras que el agua, solo los muertos en el suelo de los chozos más pesados, bajando lentamente por la tierra y transformándose en hierba, el médico a mi madre

–Todavía estamos aquí ¿verdad?

y todavía estamos aquí cierto pero dónde estamos, en el cuerpo de un animal o en los barreños de sangre, mi hermana al ver los cuchillos

–No

del mismo modo que mi madre a las piedras

–No

procurando apartarlas con los dedos que trabajaban sin conseguir aún que se fuesen, el hombre que me llevaba a caballito no intentaba protegerme huyendo de la guerra, intentaba protegerme de la casa del pueblo, con el agujero de su bala en la cabeza y mi peca en el cuello, lejos de los viejos que me espiaban en la plazoleta, con la hembra

chillando delante, que también se escapaba, Su Excelencia a mí

–Ni los gansos aguantan esto ¿te has fijado?

mi madre en el corral, apoyándose en el muro ahora que nadie

–Mata mata

que ninguna cuerda de tropezar, ningún napalm, ningún bazuca, ningún exfoliante, ningún general

–Veo en vuestros semblantes

solo la humedad de la niebla, los sapos, las ranas, la negra sin manos

–Ay mamá

mirándome, el hechicero que bailaba sobre el gallo degollado agitando una calabaza llena de caracolas, el viento, de repente, tumbando el pasto, los árboles confusos, los bichos, el silencio de las cosas, el de la ametralladora callado, serio, tranquilo y a pesar del sol tanta noche por debajo Dios mío, tanta noche, la vida de los insectos en la oscuridad, las conversaciones de los muertos, Su Excelencia

–Voy a hacer la maleta y voy yendo al coche

y yo

–Espera

porque dentro de una hora como mucho estaría todo acabado y nosotros de vuelta a Lisboa ya casi sin acordarnos de haber estado en el pueblo, quizá mis padres se quedasen más tiempo para poner unos crisantemos en la tumba y mi padre mirando la sierra antes de venirse, según él allí fue feliz, las gallinas del monte que se comían los zorros, el pueblo más grande, una farmacia, un café, si el capitán a mi padre

–Déjese de infantilidades y destruya todo aquello mi alférez

seguro que ahora teníamos más suerte, Su Excelencia desde la puerta de la cocina

–Ya tengo lista la maleta

ella que desde el día antes, qué sé yo por qué, me trataba como a un blanco, la misma consideración, la misma formalidad, la amiga celosa, sin tocarla, sin sonreír, dando vueltas por las calles planeando venganza, repentinamente más mayor, casi de la edad de mi madre sin piedras, mirándome con odio, mi hermana que vomitaba junto al

níspero ya no angustiada, agotada, el hombre de bruces en el suelo, conmigo a hombros, tan lejos ahora, si lo llamase, por ejemplo

–Padre

no lo entendería, rodeamos un riachuelo, otro riachuelo, vimos una manada de ñus trotando sin prisa, vimos venados, la alambrada de los soldados muy lejos, de vez en cuando casitas de rastrojo que se iban comiendo las hormigas rojas, las enredaderas en las columnas caídas, un lince encaramado en una mesa acechando, si lo llamase

–Padre

nada en él se alteraría, comíamos raíces, unas bayas, hormigas, alguna fruta caída de los árboles, huevas de peces de un lago, a cada rato una población en la selva, mujeres, viejos, gallinas, niños desnudos sin interés por nosotros, mozas riéndose y el hombre arrodillándose delante de la silla del jefe con un hueso pintado en la mano, sujetos fumando sin curiosidad por nosotros, una finca pequeña con un blanco en un tractor decrépito y una docena de negros trabajando en el algodón, el blanco un sujeto mayor arrastrando un arado y las bielas del tractor rechinando deshechas, vivía con dos negras, que llevaban agua en la cabeza, en una construcción con una pared antigua y el resto de paja y un chivo a la entrada cubriendo a una cabra, el único blanco que vi antes de los soldados de mi padre solo que con pantalones cortos y descalzo, estimulando de vez en cuando la pereza de los negros con una vara, las dos mujeres, ya también mayores, le daban juntas al almirez, el jefe seguía en su silla, yo que hasta entonces no había visto ninguna, inmóvil, sin reparar en nadie, de vez en cuando un gesto y un sujeto amable trayéndole agua o mandioca, el dios Zumbi, de madera, a su lado en una especie de nicho, pollos minúsculos, perros, todo oscuro, miserable, poco limpio, Su Excelencia tan cambiada ahora, sin despreciarme, sin criticarme, arrastrando la maleta hacia el automóvil

–¿No me ayudas?

y yo, sin las palabras, claro que no te ayudo, aunque quisiera no te podría ayudar, acuérdate de los chozos ardiendo, acuérdate de las mujeres sin manos, de las llamas del gasoil acabando con todo, de las ametralladoras, de los tiros, de mi madre que se va a morir muy

pronto, menos pesada que las piedras, te lo aseguro, caminando hacia la bodega sin mirarnos, acuérdate de mí al lado del alférez marchándome de la alambrada, de las cabañas de madera, de las latas de conserva vacías esparcidas por el suelo, del alférez detrás de la caseta de las herramientas levantando el ge tres hasta la barbilla, viéndome, bajándola, gi

–Veo en vuestros semblantes la alegría de ir a servir a la Patria

miendo bajito mientras me abrazaba

–No puedo no puedo

y yo sorprendido de tener por momentos la misma edad, es decir no teníamos la misma edad pero teníamos la misma edad, unas veces él era mayor que yo y otras yo era mayor que él, qué extraño cuando teníamos la misma edad pero me daba, cómo expresarlo, placer que tuviésemos la misma edad, hoy tenemos la misma edad, voy a matar a un hombre de mi edad, van a matarme a mí con su edad o si no él mayor, o si no yo mayor y más joven, nosotros dos detrás de la caseta de las herramientas sin que nos viesen Su Excelencia y mi hermana, nadie nos veía a no ser nosotros dos, nadie lo sabía, nadie lo supo nunca, nosotros amigos verdad, si no fuésemos amigos no lo mataría, si no fuésemos amigos ninguno de nosotros, África África, moriría, nosotros abrazados solo que él, veo en vuestros, sus hombros, por así decirlo, saltando mientras se frotaba con la manga

–No aguanto más

no solo los ojos, toda la cara que intentaba sonreír porque el soldado portugués es tan bueno como los mejores y Portugal, el último baluarte de la civilización cristiana, uno e indivisible del Miño a Timor, Su Excelencia intentando besarme nosotros que hace siglos que no nos

–Por favor ven conmigo

besábamos, con una voz que no daba órdenes como de costumbre, pedía

–Por favor ven conmigo

mi padre haciéndonos señas de lejos

–Habéis llegado pronto

con mi hermana soltándose del níspero y las ramas moviéndose un

poco hacia arriba y hacia abajo, el blanco del tractor, me fijaba ahora, un ojo más abierto que el otro, sin pupila, ciego, hace tiempo que habría venido del jardín de Europa a orillas del mar plantado, casi tan indigente como los negros, casi tan miserable mientras las ruedas, las pobres, se esforzaban en la hierba, claro que he llegado pronto, ninguno de nosotros podía perderse nuestra muerte no, Su Excelencia una expresión de niña que no le conocía

–No quiero quedarme sin ti

como si yo fuese importante para ella, como si me quisiera, o fingiese que me quisiera, un poco, mi padre

–Menos mal que no me entiendes negrito

mandando a un furriel formar el pelotón, yo detrás de él y no entendía nada de nada como tampoco entendía el peso de las piedras o la mujer sin orejas ni manos, el hombre me alzó de nuevo hasta sus hombros y otra vez la selva mientras un perro le olisqueaba los tobillos antes de olvidarse de nosotros o con miedo de otros perros o de una hiena con las pupilas amarillas que avanzaba hacia nosotros, dudando, apartándose, mi hermana a Su Excelencia y a mí, rascándose sin parar

–Me voy con vosotros a Lisboa

y no vamos a, el segundo pelotón no es mejor ni peor es el que es, y no vamos, pelotón, a Lisboa, si bajas a la carretera ningún autobús porque nadie a esta hora, te quedas en medio de los plátanos haciéndote señas a ti misma, un cabo repartía las raciones de combate mientras el berliet esperando para llevarnos hasta el puente y dejarnos, el capitán en una caja en silencio, las últimas mariposas de la neblina, el dios Zumbi ahora en todas partes, el alférez del berliet haciéndole señas a mi padre

–Aunque te llame no me vengas a buscar

los perros vagabundos de la alambrada oliéndonos, la ropa de camuflaje desteñida después de tantos meses, casi sin color, arreglada por una aguja con prisa, Bichezas en el escalón del comedor restregando un plato con el mazo del almirez levantado, vertical como siempre, el psicólogo del hospital oyéndonos en el círculo de sillas, cruzando la pierna, descruzando la pierna, cruzando la pierna de

nuevo, el espacio entre los pantalones y la piel sin ningún pelo que el tiempo pasa señor, hace nada veinte años y ya cincuenta, ya sesenta, cada vez menos militares en las comidas del ejército porque siguen muriendo no aquí, en Angola, aunque no estén allí es en Angola donde se muere, aunque parezca un pueblo del norte con una playa al lado, de esas donde las gaviotas se posan en el alféizar de las ventanas, el comandante murió hace un tiempo, claro, el oficial de operaciones, amigo de las prisioneras, también murió, la casa del pueblo, se nota enseguida, despidiéndose de nosotros, el hombre de bruces, con el tiro en la cabeza y la herida en la espalda, volvió a andar, una vez o dos

–Niño

y yo siempre callado, empezaba a reconocer algunas partes de la selva, algunos caminos y una hilera de mangos antiguos, señales de búfalos que se frotaban en los troncos, un olor todavía lejano que empezaba a parecerse al olor del chozo, el sol no redondo, torcido, líquido, mi madre cruzó el corral apoyándose en el muro, le pregunté

–¿Me permite que la acompañe?

y ni me miró, arrastrando una pierna con un paso lento que dejaba un surco en la tierra, la espalda delgada, el cuello curvado, el médico

–Sinceramente no noto empeoramiento una cierta palidez y eso es todo estos medicamentos nuevos son más seguros pero son lentos tenemos que darles algún tiempo

y los ojos de Su Excelencia criticándome fijos, qué ha cambiado en ti, qué ha cambiado en mí, qué ha cambiado en nosotros, mi madre bajito, qué comedia todo esto

–Tal vez sienta menos las piedras

flotando en su cabeza, aquí o allí, tan sencillas, tan claras, el cuerpo delgado pero las piedras sin doler, libres, es decir flotando en la superficie del dolor, no en el fondo, era solo al cuerpo al que le costaba, no a ellas, las piedras a su alrededor sin hacerle daño, la puerta de la bodega abierta aunque el animal aún no había llegado, dentro de nada empezamos a escuchar el carro con él, los ejes de las ruedas, las maderas, todo aquello bajando la ladera que pasaba por la capilla, Su Excelencia mirándome, la boca moviéndose en una única palabra que a pesar del silencio no se callaba en mí

–Tú

sin que mi padre, que se acercaba a nosotros, la escuchase, si mi abuelo estuviese allí bien, con la escopeta sirviéndole de bastón y la perra en los talones, África muy lejos, la guerra acabada, el napalm olvidado, los torreznos de los chozos disueltos en la lluvia, los animales degollados comidos por la tierra, el pequeño claustro de la misión solo algún que otro arco y parte de un cubo de plástico en el brocal del pozo, celdas sin puerta, limoneros muertos, yo a hombros del hombre que caminaba siempre, un grupo de mandriles en una cuesta con un macho persiguiendo a otro macho y una hembra, que confundí con Su Excelencia, chillando, gruñendo, el primer viento de la lluvia, los primeros relámpagos pero aún lejanos, pequeños, una cabra intentó huir hasta caer de lado y el macho que la perseguía ahuyentó a los demás enseñando los colmillos afilados, mi padre trajo un butacón para mi madre y lo puso en la entrada de la bodega en la que ella se amontonó como un vestido vacío, los zapatos uno al lado del otro, sin cuerpo por encima, como cuando nos acostamos y se quedan ahí, solitarios, vacíos, como la cara de mi hermana sin ningún rasgo, los pocos que quedaban sin relieve, dibujados en la piel, la gente en la bodega esperando callada, la prima que se ocupaba del panteón, la hija de la prima, un sujeto que no conocía con una muleta al lado, mi padre amable

–Todavía vivo este chaval

y yo a su lado de vuelta a la alambrada, no junto al conductor, en el asiento de arriba para engañar a los guerrilleros y sin la marca de los galones en los hombros, una bandada de palomas pasó a ras del tejado, dio la vuelta a los eucaliptos y desapareció en dirección al pueblo, debían dormir junto a las campanas de la iglesia donde no llegan los ratones, con incisivos que parecen uñas, curvados, vacíos, una vez acabado el cerdo esta casa vacía también durante todo el año, se guardan los manteles, se guardan las cortinas, se guardan los paños de la loza en el baúl, queda en la cómoda el retrato de la hermana de mi padre que murió a los tres años y que mi madre besaba de modo que siempre tenía restos de saliva en el cristal, manchas secas y una columna de hormigas en los azulejos de la cocina, con pavos y gansos

pintados, un pavo un ganso, un pavo un ganso, un pavo un ganso, recuerdo a los pavos sollozando, enseñaban las plumas hinchando el pecho con la papada roja balanceándose en el pescuezo, mi padre orgulloso de la mano certera de su padre y de que el cerdo ni le rozase el brazo, le cortó las manos a la mujer, eso lo vi, no estoy seguro de si le cortó las orejas como tampoco estoy seguro, somos amigos

–Chico

de si somos más que amigos, por ejemplo parientes

–Hijo

siempre el uno con el otro, siempre juntos, los domingos, junto al Tajo, con mi madre haciendo punto, la alegría de ir a servir, me enseñaba a pescar, cómo se hace con el cebo, cómo se lanza el hilo, cómo se calcula la trayectoria de los peces por las manchas del agua, mi madre de vez en cuando casi ri

–¿Me permite que la acompañe?

casi riéndose pero mientras trabajaba en casa, y aunque digan que las blancas cantan nunca la oí cantar, no es que estuviese triste, no lo sé, pero nunca la oí cantar de la misma forma que ponía el ro

–Fuego a discreción

sario en la radio aunque no lo rezaba con las voces, por qué se casó con mi padre señora

–¿Se lleva bien con él?

y no me respondía o respondía

–Tanta pregunta niño

y por lo tanto no lo sé, me acuerdo de la caja de costura con los botones en un tubo de pastillas para la tos, de las agujas clavadas en un corcho, de los alfileres en un tubo de metal con un caballero con barba medio borrado en la tapa, de los botones con dos o cuatro agujeritos, nunca uno, nunca tres, nunca cinco, los de Su Excelencia ningún agujerito, se cosían por dentro, no los entendí nunca y ahora el riñón y las piedras, y ahora enseguida, si pudiese decírselo, si fuese capaz de decírselo y no lo consigo, no puedo, la mujer muerta no me deja, entre nosotros dos comprende, entre nosotros dos, para siempre, soy y no soy su hijo y se acabó, digo

–Madre

no digo

–Eh mamá

digo

–Madre

y eso es todo, y el

–Madre

me cuesta a veces, obligo a los labios a

–Madre

y me da vergüenza, siento que la traiciono como traiciono a la mujer sin manos ni orejas que si lloraba me daba el pecho vacío o le sacaba leche a una cabra para dármela, el pecho hueco en mi boca y yo ya sin llorar, señora, yo sin miedo a los soldados y a los tiros y la sangre y los jeeps de un lado a otro pisándonos y las voces que gritaban y los perros corriendo unos pasos antes de caer y un alférez, qué sé yo por qué, agarrándome

–Este es mío

avisando a los ge tres

–Ay de quien lo toque

un sujeto en otro tiempo delgado y ahora viejo al que en las últimas semanas engordamos como al cerdo obligándolo a comer, y los delantales de goma, los barreños, los cuchillos, Su Excelencia intentando apartarme de los cuchillos

–Por amor de Dios vámonos

empujándome, tirando de mí, colgándose de mí

–Por amor de Dios vámonos rápido

mientras el alférez delgadito me sonreía contento

–Eres tú quien va a matarme ¿verdad?

el alférez enseñándome a las personas de las sillas, con la mano en mi cuello

–Quiero que sea mi chico quien lo haga

radiante, orgulloso, observando conmigo los cuchillos, apartando un poco uno de los barreños con la puntera, calculando la posición desde el gancho del techo mientras las piedras de mi madre, a nuestro alrededor, iban girando, girando cada vez más deprisa, las piedras a mi madre

–¿Nos permite que la acompañemos?

el médico, triunfal

–Como ven no hay razón de alarma

el hombre que me llevaba a caballito se arrodillaba en el chozo con un último tiro y yo me quedaba allí de pie, dudando entre la explanada y la bodega, con la palabra

–Padre

caída de mi boca, la palabra

–Padre

la única piedra que me pertenecía, dudando entre los dos.

21

Cuando una voz a mi lado me preguntó

–¿Me permite que la acompañe?

estaba a unas tres manzanas del trabajo, doblando la esquina del café donde los empleados, en mangas de camisa, empezaban a colocar en la acera las mesas y las sombrillas, no solía responder a los hombres que de vez en cuando me decían cosas por la calle, regalándome palabras envueltas en sonrisas y gestos que no entendía, con la guinda de un guiño de ojo que parecía tener dientes encima, pero como nunca me habían preguntado

–¿Me permite que la acompañe?

miré al bies a la izquierda y descubrí a un sujeto bajito, más o menos de mi edad y por lo tanto, por ser chico, más joven, torturando la oreja para atreverse e insistir

–¿Me permite que la acompañe?

con una voz de final de grifo que se cierra, con las sílabas goteando cada vez más espaciadas y el

–Acompañe

yéndose tímido por el desagüe, en una gota ya arrepentida de sí misma

–Disculpe disculpe

de modo que consen, de pequeña quería ser mariposa, tí que me acompañase a la entra, hasta que vi a una salamanquesa comerse una en el patio de mis tíos con un trozo de ala agitándose en la boca y tuve un miedo horrible a morir como tengo miedo a morir ahora, que me acompañase a la entrada, el médico a mí

–Esa mariposa metálica es usted ¿verdad?

y yo entendiendo por su cara que no le gustaba, le parecía de mal gusto o de pobre y de hecho fue de mi abuela que no era rica, tenía una tiendecita más arriba de Portalegre que vendía desde botas a arroz y una mula que nos odiaba a todos dando coces en el corral,

recuerdo los ojos rojos del bicho y a mi abuela arreándole con una tabla en la barriga, mi madre decía que solo se amansaba conmigo

–Niña

casi con una sonrisa pero escindiendo la sonrisa

–Niña

y con los demás feroz, la única vez que mi abuelo le levantó la mano apuntó con la escopeta

–Maricón

y me vendría bien que ella me ayudase ahora con las piedras, quitándole el seguro al arma

–Maricón

el médico, que no la vio jamás, claro, frotándose la barbilla, con la duda

–Puede que dé resultado qué sé yo

cuando mi marido llegó con el uniforme me fui a llorar al dormitorio y si llamaban respondía desde la almohada

–Ya voy

y el médico

–Va a salir todo bien

no en ese momento, ahora, y claro que no va a salir bien, las piernas cada vez más débiles, una molestia en el pecho como si la respiración tropezase no sé dónde y se quedase pidiéndoles a los pulmones, sentada en un escalón, masajeándose las rodillas

–Venid vosotros aquí

y nadie venía con nadie en mi interior, cosas que flotaban, se removían, se evitaban las unas a las otras, episodios, piedras, dolores, recuerdos muy antiguos, mi padre a mi madre

–No vuelvas a teñirte de rubia que esta es una casa seria

y mi marido, de uniforme, veo en vuestros semblantes, más indefenso todavía, acompañándome al trabajo, acompañándome a casa, si por casualidad su codo rozaba el mío lo apartaba con un movimiento

–Disculpe

una tarde, debido a un gesto que explicaba no sé qué, su meñique se enredó entre mis dedos y se quedó allí, avergonzado, inerte, a la

segunda o tercera tarde se le unió el anular, después el corazón y dudé entre apartarlos un poco o encoger la mano despacio, al encoger la mano los acaricié sin querer, él se dio cuenta y ya no pude quitarlos de forma que nos fuimos quedando así, indecisos, sudando qué vergüenza, sintiendo que me ponía colorada, no era agradable ni desagradable, era raro, o sea tengo que confesar que agradable y al mismo tiempo raro, poco a poco se fue haciendo menos raro, días después me puso la mano en el cuello, días después me rodeó los omóplatos con el brazo, días después se lo conté a mi madre, días después, al entrar en el salón, mis padres estaban charlando en el sofá, mi padre preguntándole a mi madre

–¿Palabra de honor?

y se callaron al verme, durante la cena me observaron todo el rato a hurtadillas, miradas de reojo fugaces, sinalefas creyendo que no me daba cuenta, mientras me entretenía con el cuadro de manzanas y peras de la pared, nunca lo miré tanto en toda mi vida, seis peras y cuatro manzanas, una de ellas con una hojita en la base, ahora lo tenemos en el pasillo y casi no me fijo en él pero si me fijo me viene enseguida esa noche a la cabeza, imito para ellas, dándome cuenta después, una de las sinalefas de mis padres y el cuadro, por lo general sin hacerme caso, enseguida atento, opinando

–¿Por qué no?

como estoy segura de que mi madre, argumentando en voz baja, mientras llevaba los platos a la cocina creyendo que no la oía

–Veo en vuestros semblantes

qué patético

–Veo en vuestros semblantes

cuando mi padre fue a la guerra, mi madre

–¿Por qué no?

y la respuesta fue echarse otro trago de vino, él que casi no tocaba el vino, manchando el mantel que por casualidad estaba limpio de forma que en las cenas siguientes, sin que mis padres se dieran cuenta, un diálogo constante, plagado de indecisiones y preguntas, entre la mancha y yo, sin grandes resultados porque siempre que yo

–¿Y ahora?

un silencio vacilante, el médico a mí mientras auscultaba las piedras

–¿En qué estás pensando?

en la consulta donde todo era demasiado blanco como para no ser trágico, la camilla, el biombo, la mesa, las sillas, las ramas de un árbol en la ventana, el sol fuera, solo las nubes oscuras, mi marido y mi hijo sentados detrás de mí, la enfermera cambiando la sábana de la camilla para el próximo enfermo, no vayan a cogerse las enfermedades los unos de los otros, la cara del médico, mientras me auscultaba, demasiado cerca de la mía, una cara de una fuente echando un hilito no muy convencido de esperanza por la boca de cal

–Muy bien muy bien

yo con ganas de apretarle la bocina de la nariz como le hacía a mi hija diciéndole

–Po po

y una cucharada de sopa, en la otra mano, lista para entrar en el garaje de los labios, nosotros zopencos mintiendo a la gente, tan infantiles, tan memos, lo que me cuesta fingir que me creo la historieta de las piedras, lo que cuesta estar de acuerdo

–Pues claro

mientras muero, Dios mío lo que nos asusta la muerte de los demás, lo que nos aterra la vida que se marcha, nos quedamos allí sin estar allí y el impulso de buscarlos bajo los muebles, tal vez se encuentre una mirada, una frase y qué se hace con la mirada, con la frase, me acuerdo de mi madre en el hospital, con dificultad

–Hace solecito ¿verdad?

y tiene razón señora, hace solecito, todo iluminado, brillante y nosotros iluminados, brillantes, nosotros los tonos, los colores, los reflejos, todavía los nota verdad, seguro que todavía siente julio, cuando esté mejor vamos al río a ver los barcos, las gaviotas y los barcos, un señor en una silla de ruedas limpiándose la frente con un pañuelo o volvemos a Portugal incluso sin la abuela, creemos nosotros, y el médico auscultándola, auscultándola

–Muy bien

porque incluso sin la abuela ella fuera en el muro esperándonos, seria como siempre que se creía radiante, cuanto más radiante menos

simpática ella que no fue nunca simpática, más seria, mi marido mirando al médico con la esperanza de que le explicase las cosas con los ojos y el médico ni siquiera una mirada de reojo, se expresaba con los hombros, un hombro encogido esto, un hombro blando aquello, los hombros o el cuello, por ejemplo la última vez, la semana pasada, solo el cuello

–Cinco o seis semanas máximo

como la voz en el muelle de los soldados, con mi marido allí abajo sin que pudiera distinguirlo de los demás, eran tantos, los pobres

–Veo en vuestros semblantes la alegría de ir

o sea, de hecho

–Cinco o seis semanas máximo

debido a todos aquellos instrumentos de la guerra, pistolas, escopetas, cañones, lo que me gustaba que el médico me dijese

–Hace solecito señora hace solecito

y que mi marido me llevase al muelle en vez de traerme aquí, un pueblo abrazado a un cementerio, una sierra llena de animales furtivos espiándose los unos a los otros y la matanza del cerdo más sus gritos de hombre, todos los años se desangra uno y por eso no hay casi nadie por las calles excepto media docena de viejos sin sexo, solo inmovilidad y silencio, de cuclillas sobre una piedra, devorando poco a poco lo que les queda de vísceras, se trajo el

–¿Me permite que la acompañe?

al piso de mis padres y las manzanas y las peras midiéndolo desde la pared como me mide el médico, las manzanas y las peras solo hombros, el

–¿Me permite que la acompañe?

en el borde de una silla, con las manos atadas la una a la otra supongo que todavía con un dedo mío dentro que ni siquiera lo ayudaba, inerte, cómo cambian mis dedos si los coge otra persona, no conozco nada más tímido, el

–¿Me permite que la acompañe?

igual que los cerdos de la bodega solo que incapaz de luchar, intentando mantener el equilibrio no en la punta de un sofá, en una esquina de sí mismo mientras el médico lo llamaba aparte cuando yo

al otro lado del biombo y le hablaba cuchicheando, en cuanto la mariposa en mi solapa apareció él más alto, no al

–¿Me permite que la acompañe?

a mí

–Seguimos en la lucha

con mi hijo diciendo que sí, o sea asintiendo, o sea no creyendo que sí porque cinco o seis semanas no llegan a ser una lucha, son una espera pero de qué, si consiguiera sentir como mi madre en el hospital que hace solecito, hija, no lo hace, que hace solecito en vez de esta tarde opaca, solecito, qué hay mejor que el solecito mientras las piedras van girando a mi alrededor, las veo pasar sin prisa, casi paradas, dentro o fuera de mi cuerpo, a veces el

–¿Me permite que la acompañe?

se sienta en la cama a media noche aunque siga durmiendo

–Mata mata

y yo despierta porque las piedras siguen, cuando entran en mí duelen, cuando salen duelen, cuando giran duelen, incluso más ligeras que el agua duelen, incluso sin aristas duelen, me invaden los órganos y duelen, el agua que bebo duele, los caldos que me dan duelen, la ropa que visto duele, los zapatos que calzo duelen, dentro de poco me van a llevar a la bodega donde me colocarán, con una almohada en la espalda para estar cómoda, en una butaca de enea, la misma donde sentaban al padre del

–¿Me permite que la acompañe?

antes de morir, presencio la agonía del animal al mismo tiempo que agonizo, me pregunto si tendré pies porque no los siento, piernas aún más imprecisas, mi madre al

–¿Me permite que la acompañe?

aumentando la seriedad de la pregunta poniéndose las gafas

–¿En qué trabaja?

con las manzanas y las peras aumentando, curiosas, los muebles del salón de repente solemnes, más caros, mi madre inclinándose hacia delante para oír mejor la respuesta, mi padre resonando en sí mismo, separando las sílabas

–¿En una compañía de seguros?

como si escuchase las palabras compañía de seguros por primera vez, calculando con la lengua el peso de cada sílaba

–Compañía de seguros

estudiando una cada vez, juntándolas después y encontrando la respuesta más o menos, quería alguien con formación, pero en última instancia venga una compañía de seguros, una ocupación aceptable, los empleados de las compañías de seguros portuguesas son tan buenos como los mejores y una cama de matrimonio en mi dormitorio, cortinas nuevas hechas por mi madre, un armario más grande, yo mirando al

–¿Me permite que la acompañe?

como un extraño

–¿Qué hace este aquí?

porque de repente alguien a quien no estamos habituados en casa, la sorpresa de la primera reacción

–¿Quién es?

la segunda, todavía un poco rara

–Es el ¿Me permite que la acompañe?

la tercera, con una arruga sorprendida en la frente

–Es mi marido

y mi marido significa la mitad de la cama, la mitad del armario, la mitad del aire, una respiración desconocida sobresaltándome en la oscuridad, una tos imprevista, chanclas enormes en el suelo, ropa no se sabe de quién, en no muy buen estado, retorcida en la silla, no vestidos ni blusas ni sujetadores, una chaqueta gigantesca, desconocida, con una hombrera casi suelta, pantalones deslizándose hacia el suelo con una lentitud irritante pareciendo que iban a detenerse y no lo hacían, al final se soltaban para agruparse en una especie de montón con la hebilla del cinturón apuntando al techo, dispuesta a perforarme el talón, un calcetín en la alfombra con un agujero en el dedo gordo, unos calzoncillos de rayas con una abertura delante, todo propiedad, a primera vista, de una criatura insólita, sin olvidar una toalla de baño colgada al azar del tirador de la puerta y una corbata, con el nudo hecho, en un ángulo del espejo, dispuesta a ahorcarme, me bastaba con metérmela alrededor del cuello y

colgarme de la lámpara a la entrada de la habitación, con la mano en el pecho, mirándome sin entender nada, entendiendo que mi dormitorio irremediablemente ocupado por el

–¿Me permite que la acompañe?

convertido en esa criatura inexplicable que llamamos esposo, siempre con el perfume equivocado, la loción de afeitado equivocada y el desodorante equivocado, asquerosos, demasiado dulces, los del médico, vaya, algo mejores cuando apartaba con las manos una de las piedras de mi riñón que flotaba a su alrededor, a la derecha y a la izquierda, dudando dónde posarse, me desnudé en el cuarto de baño para que el

–¿Me permite que la acompañe?

no me viese sin ropa e incluso así le pedí que se tapase los ojos con el brazo, no con la mano, claro, porque los dedos tienen huecos, cuántas veces me dijeron de pequeña

–Tápate la cara que ahora no quiero que me veas

para esconder un caramelo que tenía que encontrar después, revolviendo los cojines, y yo viéndolo todo por los huecos de las falanges, los ojos escondidos con cuidado tras el brazo, incluso en el cuarto de baño lo que hice fue ponerme el camisón de encaje por encima de la blusa y de la falda y desabrocharme por abajo dejando caer todo alrededor de mis pies, antes bonitos, rosados, redondos, sin ninguna vena salida, que han cambiado tanto con la edad señores, callos, huesos torcidos, manchas amarillas, una desgracia completa y

–Veo en vuestros semblantes la alegría de ir a servir a la Patria

qué sé yo por qué se me ha quedado esta frase, escuchada a través de los altavoces repartidos por el muelle de embarque de los soldados y dicha por un general con el pecho lleno de metal, en enero, en medio de la lluvia y gaviotas y marchas mojadas y que les quitaba la majestad, igual que me quedó el grito lanzado a cada rato, durante el sueño, desde la almohada a mi lado y la petición, cerca de la cómoda, de una criatura diferente, que no me imagino quién sería, pidiendo

–Manda mosca manda mosca

en una súplica autoritaria lo que parece una contradicción pero no lo es, escuché docenas de ellas, todas diferentes, a lo largo de la vida,

nadie refleja más angustia que los que piden el

–Manda mosca manda mosca

a veces parecía traer lágrimas dentro, después de acostarme y apagar la luz me sentía en el fondo de un pozo con una presencia deformada a mi lado que se dilataba y encogía, se transformaba en un suspiro que deseaba

–Buenas noches

o en un tobillo que me rozaba ligeramente, o en un bulto quieto resoplando, o en un tentáculo de calamar que intentaba agarrarme, incluso con el estor bajado se notaba vagamente la ventana, halos de lámparas, el viento en las esquinas, sirenas de ambulancia porque, nunca he entendido el motivo, por la noche la enfermedad gana terreno, ningún

–¿Me permite que la acompañe?

sustituido, veo en vuestros, por un suspiro de lamento, una caricia disimulada en un toque casual y yo refugiada en una punta del colchón, con miedo, se oyen tantas conversaciones, una vez un beso en mi nuca, otra vez un beso en mi escápula que me conmovió un poco y me hizo sentir una especie de escalofrío por la columna que las suelas de mi padre en el pasillo, cuando estaba a punto de darme la vuelta para el beso, estrangularon, hasta que en julio, el día veintiocho de julio, una mano en mi culo de la que no pude escapar y que se fue esparciendo, enorme, por todo mi cuerpo, no solo la espalda, el vientre, el pecho, el cuello, al final la raíz de mis piernas, aumentando el

–Veo en vuestros rostros la alegría de ir a servir a la Patria

que se empezaba a extender en mi interior llegado de lo alto de la lluvia con algunos silbidos de micrófono por medio, mi cuerpo, sin que palabra de honor me diese cuenta, de espaldas en el colchón, un suspiro que no sé dónde nació, las rodillas que empezaron a apartarse porque la raíz de mis muslos empezó a hincharse separándome las piernas, una boca buscando la mía que la ayudó a encontrarla, el olor de la loción de afeitado, qué sé yo por qué, ahora menos desagradable, después desagradable, después hasta agradable, de verdad, encontré una cabeza, encontré un pecho y al contrario de lo que creía no me

dieron asco los pelos, envolví el dedo índice en uno de ellos, formé un rizo, porque además era divertido, el anular en otro, encontré, a un palmo, el ombligo, el inicio de la pelvis, los huesos sedosos, una pierna entre las mías mezclada con la alegría de ir a servir a la Patria que casi se me apoyó en la horquilla del cuerpo, primero de soslayo, después cada vez más presente, en medio de los huesos de la pelvis una parte del

–¿Me permite que la acompañe?

creciendo, intenté ayudarla porque, no sé el motivo, se me pegó a la mano, una especie de cilindro con la punta mojada que seguía creciendo, el

–¿Me permite que la acompañe?

pidiéndome

–No huyas

en una súplica que me soplaba en las orejas, en los labios, en la garganta, se me doblaba en la lengua, hecha también lengua, hecha cielo de la boca, hecha dientes, hecha saliva, hecha susurro que no se entendía, hecha petición

–Déjame entrar en ti

sin acertar con la puerta, un cuerpo entero sobre el mío que no olía a loción, olía a una mezcla de parque zoológico y prisa mientras yo, prestándole ayuda, solamente prisa, una especie de necesidad de completarme porque me faltaba algo en el cuerpo, algo del

–¿Me permite que la acompañe?

en el interior de mi cuerpo, guardado dentro, cerrándome a mí misma, cerrándome a los demás, cerrándome al mundo, el

–¿Me permite que la acompañe?

en una especie, al mismo tiempo, de orden de hombre y petición de niño

–Ahora

hasta que lo encontré apuntándome, abajo, perdido, consiguiéndolo casi, sin conseguirlo, a punto de conseguirlo de nuevo, disminuyendo un poco, aumentando otra vez, disminuyendo de nuevo, dilatándose triunfal cuando lo agarré, con el meñique estirado, lo fui guiando hacia mí mientras el

–¿Me permite que la acompañe?

me susurraba al oído

–Ay caramba caramba

me lamía la oreja

–Ay caramba caramba

me comía la nariz

–Ay caramba caramba

deslizándose hasta el fondo de mí, echando raíces en el fondo de mí

–Ay caramba caramba

lanzando tentáculos hacia mis muslos, mi vientre, mi pecho, mi cuerpo entero, sobre todo los dedos de los pies que nunca creí que pudiesen doblarse tanto hacia arriba, mientras mis ojos navegaban, cerrados, por toda la habitación como esas semillas sin peso, peludas, que entran por la ventana, se posan aquí, se posan allá, se marchan, vuelven, una se queda temblando en la cortina mientras otra en la tipuana me ensordecía

–Ay caramba caramba

el viento

–Caramba

disminuyendo y aumentando, mi sangre vibraba en el cuello, en las sienes, en la barriga, mi corazón enorme, mucho más grande que yo, mucho más fuerte que yo y yo con miedo

–Va a reventar va a reventar

y dejando de tener miedo, yo al mismo tiempo conmigo y lejos de mí y conmigo de nuevo, el micrófono del general anunció con una energía eléctrica

–La alegría de ir a servir a la Patria

tan intenso en mis oídos, caramba, mientras el

–¿Me permite que la acompañe?

existía o no existía, es decir existía lo que me parecía un muslo, un trozo de ombligo instantáneo, el rostro que se parecía y no se parecía a él, una mejilla pegada a mi mejilla, mi brazo en su espalda

–Amor

sobre todo mi brazo en su espalda

–Amor

pellizcándolo, retorciéndolo, arrancándole trozos, devolviéndoselos mientras una voz angustiada pedía

–Manda mosca manda mosca

y un sonido de motor cada vez más cerca llenándome los oídos, mis oídos inmensos, nunca conocí oídos tan grandes ni un

–Amor

tan fuerte, tan denso, tan ronco, tan mío y no mío, quién lo decía por mí, mi abuela rascándome la cabeza

–Lo que has crecido niña

y he crecido, más grande que ella claro, más grande que el pomar, más grande que la casa, el

–¿Me permite que la acompañe?

tan sin importancia, tan pequeño, tan ligero, mi boca ya no

–Amor

callada, mi cuerpo reduciéndose lentamente, o sea mi cuerpo verdadero surgiendo de este cuerpo gigantesco que se disolvía despacio, yo fijándome en la cama, en la almohada y bajando al suelo, las sábanas arrugadas, una manta en algún sitio, fijándome en la habitación y una voz en mi interior, la voz de no sé quién en mi interior que empezaba a pertenecerme, me pertenecía, era mía, casi la voz de costumbre y después la voz de costumbre con la que vivía hacía años

–¿Qué ha pasado Dios mío?

bajo la voz de mi abuela fallecida la semana de mi confirmación, sin hacerme caso

–Tardaste en ser mujer tú levántate y trae el cubo con las ciruelas que la ciática no me deja

y el dormitorio a mi alrededor, la ropa del

–¿Me permite que la acompañe?

rodeándome, tantos zapatos, tantas camisas, tantos zarrios que poco a poco se iban reduciendo, el

–¿Me permite que la acompañe?

tumbado a mi lado, con la nariz en el techo, solo lo recuerdo con claridad el día que se marchó y el día que llegó con nuestro hijo negro, el

–¿Me permite que la acompañe?

tan diferente uniformado, más adulto, mayor, al volver del barco arrugas que no le conocía, la piel más oscura, la boca más estrecha, casi una cicatriz encima de la barbilla, los movimientos más rápidos, su abrazo más solemne, me parecía que más decidido

–Mata mata

más grande, entre sujetos uniformados, a él

–Mi alférez

y apretones de mano, despedidas, abrazos, mi suegro llorando o sea una especie de humedad a los lados de la nariz, una aguadija, el negro pegado a él, inmóvil, mirándonos, el médico a mí con un pellizquito simpático en la mejilla

–El trabajo que me da usted

esperando radiografías y recogiendo aparatos, yo al otro lado de la mesa, con la mariposa metálica en la chaqueta y una piedra que no volaba como las demás doliéndome en la columna y otra en lo alto de la cadera que me dificultaba un poco la marcha, ganas de ordenarle a alguien pero a quién

–Trae el cubo de ciruelas venga es que el cáncer no me deja

a mi hija, a Su Excelencia y con vergüenza también de pedirlo, no había ciruelas, ni Portalegre, ni tienda, estaba el médico mirándome asombrado

–¿Perdón?

y la mariposa metálica disculpándose por mí

–No le haga caso doctor a veces le viene el pasado a la cabeza

el

–¿Me permite que la acompañe?

sentado en el colchón poniéndose el pijama

–Ojalá no se hayan enterado tus padres

con la señal de mis uñas en las costillas y la de mis dientes donde empieza el cuello, qué pasó de verdad, qué es lo que hicimos, solo me acuerdo de separarnos y juntarnos constantemente, solo me acuerdo de un viento interior abriéndome todo el cuerpo, solo me acuerdo del

–¿Me permite que la acompañe?

existiendo y no existiendo al mismo tiempo, qué has hecho de mi

cuerpo si tengo sangre ahí abajo, qué les has hecho a mis muslos que me duelen sin dolerme, qué nos ha pasado, al tronco que tarda en pertenecerme de nuevo, hay fracciones que conozco, fracciones que no desconozco, fracciones que había olvidado, pies de nuevo pequeños, redondos, mi pecho tan duro, las rodillas menos agudas, una enorme paz en mí, una especie de sueño, no me toques ahora, no me beses, déjame, los soldados al

–¿Me permite que la acompañe?

–Nos vemos por ahí mi alférez

hasta a aquellos que se quedaron nos veremos por ahí, el Zanahoria, el Seca Bodegas, Bichezas, los demás, el de la ametralladora

–Voy a Trás-os-Montes mi alférez

con la voz tranquila de siempre y las cejas gigantescas, el médico, divertido, interrumpiendo la receta

–¿Seca Bodegas?

y de repente él con pena de mí

–Al final nos encariñamos con los enfermos ¿sabe?

de modo que aproveche para encariñarse rápido, doctor, que ya no tiene mucho tiempo, unas semanas más, dos meses, tres meses y dejo de responderle como dejo de oírlo, me quedo mirando el techo en la cama sin molestar, sin respirar, me quedo en el panteón del pueblo, contra mi voluntad, con toda la sierra por encima, oigo las jinetas en invierno, oigo la lluvia y los árboles o entonces no oigo nada, no existo, cuando sacaron a mi abuela de la tierra unos cartílagos sueltos y unos harapos de tela que se deshacían en los dedos, dos tablas rotas, qué ha sido de su autoridad, qué ha sido de sus enfados, el médico cogiéndome de la mano

–Lo que viene por ahí Dios mío

con miedo no por mí, por él, a ninguno de nosotros nos queda mucho tiempo, es así, hay más difuntos debajo de nosotros que granos de arena en la playa y en cuanto al alma qué es eso, ni las piedras más ligeras que el agua seguirán aquí, se deshacen con el resto del cuerpo, mi hijo a mí

–Voy a llevarla a la bodega señora

con su ayuda a un lado, un bastón al otro y mirando hacia abajo

para evitar tropiezos todavía puedo pasear por la casa, el huerto, todavía sonrío, todavía inclino la cabeza, el

–¿Me permite que la acompañe?

a mi hija

–¿No tiene tu madre mejor aspecto?

mi hija una mirada de reojo que significaba todo y una seña que no significaba nada, mi hijo junto a los cuchillos, sin volverse hacia mí

–Claro que sí

con la voz resonando en el cemento y los resoplidos del cerdo aquí cerca, viajó en furgoneta, le están atando las cuerdas, van a empezar a traerlo, hay momentos en que pienso que yo llevada de esa forma al hospital, como un fardo, el

–¿Me permite que la acompañe?

siempre una manta para las rodillas porque yo frío, tanto frío en este momento aunque tenga mejor aspecto, con un aspecto estupendo, el médico

–Si no supiese lo de las piedras no me lo creería

y por lo tanto es cuestión de tiempo, cuestión de paciencia, cuestión de que el medicamento vaya limpiando, limpiando, cómo cinco o seis semanas, años, lo que no sé si es buena idea porque ya se ha imaginado la cantidad de nietos que va a tener que aguantar, manos pegajosas, diarreas, todo fuera de su sitio, los nietos portugueses son tan buenos como los mejores, todavía lejos, al acercarnos en taxi a la casa, mis padres ya esperando en la terraza y el

–¿Me permite que la acompañe?

saludando uniformado y yo pensando

–Has cambiado

pensando

–No sé en qué pero has cambiado

no feliz como yo me imaginaba, raro, la forma de la boca diferente, ninguna sonrisa, una atención minuciosa a todo, los oídos alerta, la mano no cogiendo la mía, olvidada en la rodilla o alzándose de repente en busca de no sé qué en la cintura cuando algún escape más fuerte, espiando a los demás coches, espiando la acera, mirando a hurtadillas por el cristal de detrás, despertando de repente, rozándome

la rodilla con la rodilla

–Estás un pelín más delgada

yo que desgraciadamente no estaba más delgada, estaba dos kilos más gorda que se comprueba en las mejillas, en la cintura, el

–¿Me permite que la acompañe?

observándome mejor, de una forma que nunca olvidaré, el

–¿Me permite que la acompañe?

a mi lado en el taxi preguntando

–¿Me permite que la acompañe?

con el tono en que me preguntó por primera vez en la calle

–¿Me permite que la acompañe?

dudoso, tímido, en un hilo de grifo que se cierra, con las sílabas cada vez más espaciadas, escapando por el sumidero hasta la gota final, ya arrepentidas de sí mismas

–Disculpe disculpe

y algo dentro de mí

–Amor

sin que me rozase siquiera o tal vez mi brazo en su espalda

–Amor

en su nuca

–Amor

en su cuello

–Amor

el médico a nosotros, sorprendido

–¿Cuántos años hace que están juntos?

con el cerdo ya en la bodega, cabizbajo, midiéndonos mientras mi hijo se ponía el delantal de goma, las botas de goma, buscaba el clavo donde se colgaban los guantes y a pesar de tanta piedra a mi alrededor, subiendo, bajando, apartándose de nosotros, acercándose de nuevo, a pesar de mi cansancio, a pesar de mi miedo, la voz del general en el muelle de embarque a nosotros dos, no a la tropa de abajo

–Veo en vuestros semblantes

el médico en el taxi con nosotros guardándose el bolígrafo con el que dibujaba el contorno de las manchas en el bolsillo de la bata

–¿Cuántos años hace que están juntos?

y mi mano en la rodilla del

–¿Me permite que la acompañe?

mi barbilla en su hombro, mis ojos cerrados, el uniforme del

–¿Me permite que la acompañe?

que olía a sudor, a tierra, a pólvora, a selva pegado a mi camisón de encaje y los dedos de mis pies súbitamente grandes, mi cuerpo que él cerraba con el suyo, un zapato de lado en el suelo, una almohada cayéndose, no cayéndose, cayéndose, una boca pesando sobre la mía y a pesar de los dolores, a pesar de la debilidad, a pesar de las dudas en mi pecho, a pesar de mi cadera, yo al médico con mi voz de antes

–Tal vez no se lo crea pero hemos empezado ahora mismo doctor.

22

Tras media docena de meses ya no leía las cartas que me escribían desde Portugal, para qué, noticias de un mundo que había dejado de existir para mí, la salud y qué me importa a mí la salud de unos extraños, el tiempo que hace en un sitio que ya ni sé cómo es, la boda de un primo yo que he dejado de tener parientes, mi mujer a lo mejor ningún problema en el riñón que es un órgano que tienen ellos, yo no, puesto que los análisis casi normales excepto una cosita sin importancia que de acuerdo con un enfermero conocido de mi suegro basta con reducir el azúcar y tú qué haces en África chico, los periódicos aseguran que todo pacífico en Angola, un problemita aquí, otro allí pero se charla con los jefes de los negratas y todo se arregla, y a propósito por qué no nos respondes, recuerda que tienes una familia que a pesar de todo se preocupa por ti, no te desconectes de nosotros y es verdad yo desconectado de todos, o en el escalón del comedor mirando al vacío o en la selva con los soldados

–El flanco izquierdo más dentro del camino

qué me interesaba el país que solo existía bajo la forma de besos antes de los nombres, mi madre añadía los recuerdos de mi padre que aprobaba con la cabeza

–Le he mandado recuerdos tuyos

pensando en otra cosa, en la empleada de la farmacia que lo trataba de

–Hola simpático

o en el rollo de la hernia que le fastidiaba la vida, mi madre con las cejas desconfiadas

–¿Hola simpático?

y mi padre disculpándola

–Es una chica educada

y la verdad con un pecho más educado todavía, a punto de explotar en la bata, me acordaba de la cicatriz en la mejilla que mermaba el

mérito del pecho, a lo mejor era demasiado caro para su sueldo quitarse la cicatriz, mi padre calculando precios y mi madre que para ciertos y determinados asuntos tenía antenas

–¿Estás pensando pagársela?

dejando a la empleada de la farmacia a merced de otros generosos más libres, la cicatriz acabó por desaparecer y fue el flanco izquierdo el que pagó el pato

–He dicho más dentro del camino coño

porque nunca se sabe lo que preparan los guerrilleros, cuando menos se espera una granada, fuego, menos mal que sus escopetas más antiguas, casi trabucos las pobres, a cada rato se atascan, tiraba las cartas de Portugal en la lata de desperdicios del comedor, es decir la cicatriz de la empleada y la boda de un primo, parece que la novia epiléptica la pobre, Portugal unos sobres que no me interesaban nada, el riñón de mi mujer estupendo, para qué pensar en eso, nos preocupamos sin motivo, nos agobiamos sin razón, ya me basta el flanco izquierdo y los cañones sin retroceso que afirman tener, el de la radio dice que han hecho caer una DO con un misil, a veces en la cama, en el barracón, a oscuras, me sentía de repente pequeño en casa de mis padres y me entraba, es decir no sucedía pero sentía una especie de obstáculo en la garganta, una dificultad para respirar como antes de las lágrimas pero sin ninguna lágrima, claro, todo esto por dentro, hasta que creía escuchar los pasos de mi madre y entonces crecía de repente y la echaba

–Déjeme dormir en paz

enfadado con ella, enfadado con el mundo, enfadado conmigo, me apetecía que me trajesen docenas de cartas de Portugal para romperlas todas sin abrir, romper el asalto a la joyería, el divorcio del vecino, los análisis incluso los casi normales de mi mujer, todo aquello que ya no existe, todo aquello que había perdido, la alambrada qué cosa, África qué cosa, la guerra qué cosa, la respiración de los árboles qué cosa, el olor denso de la tierra qué cosa, se ponía las botas y salía hasta la parada en pijama, viendo el perfil de los berliet, de los unimog, de los almacenes torcidos, sintiendo las luces que se movían entre el pasto, sintiendo el aliento pegajoso del calor, recordando a mi madre a la

entrada del dormitorio

–¿Estás dormido?

y yo callado, claro, como mucho

–El flanco izquierdo más dentro del camino

como mucho

–No hay prisa no hay prisa

tanteando la tierra con la puntera de las botas antes de pisarla y dentro de mí, furioso conmigo

–Madre

que me escribía sobre las averías del calentador, la muerte del perro de la vecina del sótano derecha, el precio de la carne siempre subiendo

–Al menos no tienes que preocuparte por estos problemas

y yo feliz por no tener que preocuparme por estos problemas, solo tengo que dirigir un pelotón, aguantar hasta marzo del año que viene y después seré otra vez persona, solo tengo que cuidar a treinta hombres que tal vez crean en mí yo que no creo en mí, tal vez creyese si mi padre conmigo o mi abuelo

–Hijo

aún lo oigo

–Hijo

incluso hoy, el día de la matanza, lo oigo

–Hijo

delgado, con perilla de chivo, de pequeño quería tener un perro pero mis padres no me dejaron, lo que los odié por aquello, si hubiera tenido una pistola de fulminantes los habría matado, cómo serían las noches solo y sin saber encender el fogón, además bastaban los pasos de mi madre en el pasillo, por la noche, conmigo ya acostado, para ahuyentar a los ladrones, con ella presente quién se atrevía a robarme metiéndome en un saco, aún hoy a veces sueño con eso, cuando mi abuela murió vi a mi padre llorando y tuve tanto miedo de que él más joven que yo que no lloré ni una lágrima, no me llevaron al funeral, me quedé en casa esperando con un tren de juguete, al volver vieron la alfombra torcida y nadie dijo nada, se sentaron muy quietos en las sillas, sin hablar, mientras yo los atropellaba, uno a uno, a todos, una

de las picas dio en algo y el soldado de minas y trampas, en cuclillas, fue apartando la tierra con la mano cuidadosa hasta levantar una cajita de madera que hicimos explotar de un tiro en una humareda oscura, protegidos tras montículos de tierra, una cajita de madera llena de trozos de metal, clavos, tornillos, no hubo ninguna otra que explotase por simpatía, solo la vegetación recomponiéndose lentamente, el cerdo de este año igual que los demás y por instantes, sin esperarlo, me dio pena y solo me di cuenta de que me daba pena por la forma como me miró, de repente, mi hijo, ya con los zuecos y el delantal de goma, al empezar a andar de nuevo sentí el relente del agua y vi aparecer el río, en África el agua nunca azul, marrón, con huellas en el barro, se echan dos pastillas en la cantimplora antes de llenarla de modo que además de saber a polvo también un gusto a medicamentos, a veces al beber agua de la jarra, a la mesa, aún lo siento en la lengua, mi mujer

–¿Qué caras son esas?

y solo entonces me doy cuenta de que no llevo ropa de camuflaje, en mangas de camisa sin haberme quitado la corbata, si le preguntaba

–¿Te acuerdas de la mina?

no me miraba siquiera o respondía

–Come

es decir come tubos, leche condensada, una bola de queso, pastillas de sal, mi hija fuera de la bodega, sentada en una caja sin saludar a nadie, tocando una babosa con un palito mientras sudaba, sudaba, huellas de botas junto al río, una lata de conservas rusa abollada, tanto sudor en la cara, un casquillo de rifle, pájaros pero temerosos, sin posarse todavía, el cerdo ya en la bodega, tumbado, con las patas amarradas, dispuesto a morder a quien pasara cerca, el guía a mí, señalando las huellas de alguien descalzo

–Hay guerrilleros en el poblado

no una, dos personas descalzas, un hombre también con zuecos empezó a limpiar al animal con un estropajo después de mojarlo con la manguera, con Su Excelencia, tapándose la boca con las manos, viéndolo, yo un momento en la huerta, sin hablar con nadie, hasta mandar traer la butaca con brazos del salón para que mi mujer lo

presenciase mientras una bandada de tórtolas atravesaba la ventana, en la sierra jinetas, creo que vi una hace años pero no es seguro, esas orejas triangulares, esa forma de correr, más almohadillados que los gatos y de repente solo uñas en caso de una liebre cerca, si mi mujer muere cómo me las apaño después, hay una viuda, en el edificio más allá del nuestro, a la que me encuentro a veces en el bar, con el carrito de la compra pegado a la pierna para sentir su falta si se lo intentan robar, una tarde llamé a su puerta para darle un encargo que vino equivocado para mí y me encontré con un ojo tremendo, entre el batiente y la pared, que gracias a Dios se quitó las gafas para descifrar mejor el remitente, curioso cómo las gafas y las arrugas de la atención nos vuelven más profundos, más seguros, el capitán mandó venir al jefe del poblado junto a la alambrada y lo lanzó contra el mástil de la bandera de una bofetada

–¿Quiénes son aquí los guerrilleros?

el jefe con la mano enorme en la mejilla, docenas de tórtolas junto al río, reunidas

–No hay guerrilleros capitán

una segunda bofetada, una tercera, el hombre, tan miserable, dándonos un cubito, después de cenar, con la esperanza de comida, el capitán levantándolo por los harapos del pecho

–Bandido

no escribí ni una carta más hasta que acabó la comisión, para qué, si me pasara algo malo el Ejército los avisaría, del otro lado sensiblerías, una operación de vesícula, la educación carísima, la dolorosa separación de unos primos que casi no conocía, mi hija que no dejaba de rascarse

–¿No estarás haciendo ninguna tontería?

las piedras de mi mujer, como era de esperar, dilatándose, yo con la idea de preguntarle al médico

–¿Para qué engañarla?

el médico, bajito

–¿Cree que tenemos derecho a robarle la esperanza a una persona?

sobre todo desde que le dijeron que su duodeno algo que había que estudiar y casi le apeteció protegerse con una mariposa metálica en la

solapa o una velita a un santo, plantada en una iglesia cualquiera, con la llama inclinándose siempre que abrían la puerta o que tal vez fuese una señal de mejoría, lo era seguro, pensándolo bien, una señal de mejoría, el jefe al ver la pistola

–No me mate capitán

mientras el cerdo en silencio, las patas atadas, luchando contra las cuerdas sin librarse de ellas, el pueblo antiguamente algunos comercios y un borracho que tocaba la campana los domingos, la feria de San Miguel el último sábado de cada mes, gitanos, orfebres, trastos sobre mantas, fotografías en un escenario de cartón, con agujeros para las caras, que representaba la Última Cena y nadie quería ser Judas, querían ser el discípulo dilecto con Jesús, sin agujero para la cara, inclinando la barba hacia él, el médico tocándose constantemente la barriga, duele menos, duele igual, duele un poco más, a veces se olvidaba durante una hora o dos hasta que el duodeno volvía de repente con su final en bandolera, mi hijo, encima de una mesa, comprobaba la resistencia del gancho en el techo de la bodega colgándose en él pedaleando en el vacío, Su Excelencia

–Qué horror

dándose la vuelta incapaz de sentarse, por primera vez mal peinada, con ropa desaliñada y algunas canas que nadie esperaba, es la vida, dentro de nada cuarenta, dentro de nada cincuenta, dentro de nada la sonda, es la vida también, qué le ha pasado a mi cuerpo, a mis piernas, a mi manera de andar, el jefe volvió por la noche, se encerró con el capitán en el cuartucho que servía de carpintería mientras yo dudaba entre dos cuchillos hasta elegir por fin uno y mi hijo otro más largo, más grueso, me pareció que me espiaba de una forma diferente pero le sonreí

–Chico

pasando la cuerda de las patas traseras por el gancho y mi hijo y yo y dos hombres que vinieron del pueblo empezamos a tirar del cuerpo hasta colgarlo arriba, sujetándolo con fuerza mientras el animal se encogía a un lado y al otro de momento sin gritos, solo respirando con fuerza, furioso con nosotros, con la boca abierta y las narices abiertas, todavía sin entender, incapaz de liberar las patas, mi hija ahora en el

fondo de la bodega, casi sin rascarse, mirándonos, mi mujer sin las piedras alrededor y de repente entendí que desde que empezó la enfermedad sola, si por casualidad yo

–¿Me permite que la acompañe?

lo más seguro era que ni me oyera, oía su propio cuerpo o ni siquiera el cuerpo, oía solamente a la enfermedad, nunca más

–Amor

claro, nunca más el brazo en mi espalda, nunca más el camisón de encaje, las manzanas y las peras indiferentes a mí, me gustaría haber tenido un perro de pequeño, el capitán al jefe envuelto en una tela desteñida, se comían nuestros restos e insectos y bichos pequeños, se quedaban siglos con la mano tendida en la alambrada con la esperanza de un trozo de pescado seco, de un hueso, de los tubos casi vacíos con las raciones de combate, ya no tenían gallinas, ya no tenían cabritos, cocían hierbas, el capitán al jefe

–Quiero a los guerrilleros que han escondido

y el jefe de rodillas intentando besarle las botas

–No hay

mientras los soldados rebuscaban en los chozos, levantaban las esterillas, quemaban las raíces de mandioca que todavía quedaban, les daban patadas a perros que huían gimiendo, mi mujer, antes de las piedras, despertándome en mitad de la noche

–No llores

encendiendo la luz de la mesilla

–No llores

cogiéndome la cara

–Era un sueño no ha pasado nada era un sueño

de pequeño quería tener un, era un sueño, un perro, mi mujer

–¿Un perro?

y tal vez fuese un sueño, no lo sé, tal vez siga siendo un sueño, nada de esto ha pasado, nada de esto verdad, las orejas cortadas, el napalm, los tiros, cosas que inventa la cabeza, estuve en África es verdad, me traje a mi hijo de allí pero después nos inventamos cosas sin darnos cuenta, qué ametralladoras, qué muertos, qué me está pasando, si le preguntase a mi hijo

–¿Te acuerdas de Angola?

él callado, cómo podría acordarse con cuatro o cinco años, un hombre de bruces, una mujer sin orejas, mi hijo de espaldas a mí analizando el filo del cuchillo

–No sé

la única respuesta suya que tuve y no fue

–Manda mosca manda mosca

fue

–No sé

de modo que mi mujer tiene razón, solo sueños

–Tranquilo

yo sentado en la cama mirándola

–No eres negra

asombrado de que ella manos, de que ella viva, el psicólogo en el círculo de sillas del hospital

–La gente exagera siempre es comprensible

como exagera el médico con las piedras de los riñones, no he visto nunca ninguna flotando por esta habitación, no hay enfermedad que no se trate, no hay muerte que no se pueda evitar, lo que nos montamos, lo que suponemos, por ejemplo el capitán abofeteando al jefe delante de su pueblo, cada vez menos pueblo porque huían de la alambrada, un día aquí ni media docena de infelices, solo nosotros persiguiendo un camino sin divisar a nadie, una tarde un búfalo galopando por el pasto, una tarde hienas alrededor de un venado tirando, tirando, otra tarde un brazo en mi espalda

–Veo en vuestros semblantes

no, el brazo en mi espalda

–¿Me permite que la acompañe?

no, el brazo en mi espalda

–Amor

mi hijo a mí, en la bodega de la casa del pueblo

–Podemos empezar dentro de cinco minutos

con el cerdo mirándome como yo os miro ahora, intentando liberar los tobillos de las cuerdas de modo que tuvimos que atarlo mejor, recuerdo que la primera vez que lo vi lloré, mi padre cambiando un

barreño lleno de sangre por otro barreño vacío, gotas en mi blusa, en mis pantalones, en mis brazos, los gritos que me ensordecían debilitándose poco a poco, los ojos con pestañas transparentes que me miraban olvidándose lentamente de mí aunque me siguiesen mirando, qué raro estar al mismo tiempo aquí y en otro sitio, mi hija observándome a hurtadillas, yo sabiendo lo que pensaba sin querer saber lo que pensaba y por lo tanto sabía y no sabía lo que ella pensaba, o mejor no quería saber que lo sabía, me prohibía saber que lo sabía, qué le pasará a la casa del pueblo a partir de mañana, al cementerio donde me guardarán, a la sierra, tal vez quede un viejo en un banco de la plazoleta, de niño la viuda del herrero que vivía más allá de la capilla, el final de la calleja donde empezaban los campos, me llamaba siempre

–Niño

me llevaba dentro del taller, cerraba la puerta con una llave enorme

–Niño

que giraba con ruidos sucesivos

–Niño

me apretaba contra ella metiéndome la cabeza en el delantal

–Niño

mientras me tocaba la barriga, la espalda, el culo, sofocándome con sus abrazos, observados por una perra desde un rincón, mi hijo me va, tumbada en una manta, seguro que mi hijo va, el capitán al jefe

–Desaparece de mi vista

un perro pequeño, claro, que jugase conmigo, mi mujer

–No llores

y no era por la guerra por lo que lloraba ahora, los cerdos también lágrimas cuando ya no gritan, nos ponemos al lado y lágrimas aunque ya no sufran, les da pena dejar de comer, lo echan de menos y sin embargo, si pueden, hasta a los hijos se tragan, la viuda del herrero me soltaba por fin

–Márchate

después de sentarse en un trípode desnuda hasta la cintura, apretándome contra el pecho ordenando

–Muerde

y yo desaparecido en ella, muy asustado, olía a carne y a polvo de taller, pliegues blandos enormes, ningún hueso me hacía daño pero era difícil existir apretado entre dos montañas, cada cual con una especie de moneda, dura, oscura, en el vértice, ella en un suspiro, aplastándome los cartílagos de los hombros

–Chupa niño así creces más deprisa

en que a veces asomaba una gota muy antigua, la viuda del herrero, con la nuca lanzada contra la pared de detrás

–Dime que te sabe bien hijito dímelo

y tanto cuanto me acuerdo no sabía bien ni mal, me lo quedaba en la boca para escupirlo después, al llegar a casa me lavaba la lengua en el grifo, hace unos años le pregunté a mi prima, la que nos cuidaba el panteón

–¿La viuda del herrero?

y ella cambiando el agua de las flores en los jarroncitos de cristal

–Murió hace siglos la pobre se tiró a un pozo

y cada vez que se pescaba un ahogado surgía lleno de lodo, con la cabeza muerta sobre los hombros, los brazos azules y los rasgos hinchadísimos, morados, así de repente me viene a la cabeza el sacristán, todavía con la ropa hecha harapos, y un chico muy tímido, que saludaba siempre

–Disculpe

en lugar de

–Buenos días

que se pasaba los inviernos quieto mirando la lluvia desde el interior de la ventana, se quitan las gotas de los cristales y su cara detrás, el capitán mandó poner otra alambrada alrededor del poblado que pasamos a patrullar a horas alternas pero no descubrimos nada a no ser, de vez en cuando, unos jabalíes y unos perros salvajes que nos perseguían, aquellas orejas enormes, aquel galope, ya casi toda la gente estaba sentada en el sótano para presenciar la matanza, mi mujer, mi hija, Su Excelencia, la prima del panteón, los dos hombres que trajeron al animal, obligándolo a entrar en la furgoneta picándolo con una vara, a cada golpe con la punta metálica un saltito gruñendo, no podía morder a nadie porque el hocico amarrado, no podía

echarnos las patas, no podía atacarnos, solo nos odiaba, un helicóptero pasó a nuestro lado puesto que un ataque a la compañía después de la nuestra, oímos en la radio las peticiones de mosca entre docenas de silbidos, de interferencias, de otras radios más lejanas, sonidos que parecían de mortero noventa, ráfagas, una voz distorsionada

–Deprisa

mientras el cerdo se balanceaba en el gancho curvándose, saltando, odiándonos como el guerrillero que cogimos, herido en la ingle, tras una emboscada con suerte, intentando arrastrarse hacia el pasto, mi mujer

–Otra vez estás soñando

y tienes razón, otra vez estoy soñando, es evidente que nada de esto ha pasado, me lo he inventado, como no pasó la policía política matando prisioneros, como no pasó ellos haciendo el propio hoyo y metiéndose dentro de cuclillas, esperando, ni siquiera levantando la cabeza hacia nosotros, con las manos en el regazo, con ojos que no me imaginaba tan tranquilos, mi hijo a mi lado, con el cuchillo en la mano, tratándome de

–Padre

explicándome, dentro del

–Padre

sin cambiar de expresión

–Tú no eres mi padre tú mataste a mi padre

una criatura de bruces en la tierra en la que casi ni me fijé, llevándolo a caballito, sin palabras, sin prestarle atención que era su forma de llamarle

–Hijo

el hijo del negro de bruces en la tierra dividido entre dos padres, al mismo tiempo indeciso y decidido, reticente y seguro, pensando que perder al padre blanco era la única forma de conservar al negro y Su Excelencia, callada en un rincón, entendiéndolo sin entenderlo, comprendiéndolo sin comprenderlo, Su Excelencia a mi hijo, sin pensar las palabras pero diciendo las palabras

–No me trates de Su Excelencia trátame por mi nombre

y por lo tanto todo bien, todo bien, cuando mi hija deje de temblar todo bien, cuando desaparezcan las piedras del riñón de mi mujer todo bien, no estoy preocupado, no estoy triste, no tengo miedo, me alegra que todo bien

–Manda mosca

todo bien, como el guerrillero sentado en el pasto

–Todo bien

amontonándose en la hierba y todo bien, como el alférez paracaidista sin piernas en el helicóptero

–No se preocupen todo bien

como el soldado de espaldas en el camino en lugar de

–Cuando se entere mi abuelo se mata

insistiendo

–Todo bien

como el médico quitando argollas de bota de los cuerpos de los demás y todo bien con los demás, todo bien, yo en la bodega a mi mujer

–Dentro de unos minutos se acaban los sueños y por lo tanto todo bien

yo dispuesto a caminar a su lado

–¿Me permite que la acompañe?

yo buscándola en la oscuridad porque tengo que buscarla en la oscuridad, tengo que encontrar su cuerpo, encontrar mi cuerpo y

–Todo bien

hasta el cuadro de las manzanas y las peras

–Todo bien

hasta tus padres escuchándonos desde el otro dormitorio

–Todo bien

un sueño que no pasa de eso mismo, lo que se inventa la cabeza, lo que hace la imaginación, el médico a mi mujer

–Esto del riñón al final sin importancia

y una mariposa de latón, barata, grande, desprendiéndose de la solapa y volando por el sótano, tal vez se pose en uno de los barrotes, tal vez salga volando por la ventana, tal vez desaparezca en la sierra, tal vez mi padre, sin acordarse de la escopeta y las perdices

–¿La has visto?

mi padre

–Portugal uno e indivisible del Miño a Timor

pero mi padre apuntando con la escopeta a un cabezo de tierra a diez o veinte metros

–Las perdices

con la perra con la boca abierta, inclinada hacia delante, esperando, el hocico creciendo y retrayéndose, mi padre a mí

–No respires chico

y tranquilo que no respiro señor, estoy buscando la arteria en el cuello del cerdo, comprobando el cartílago, encontrándola por fin evitando la mandíbula que intentaba dañarme, mi hija en la puerta trasera siempre rascándose, limpiándose en el pañuelo, sin atreverse a entrar, por qué motivo no te atreves a entrar si está todo bien, todo bien, solo quizá tu hermano moviéndose de forma diferente, atento al mismo tiempo al animal y a mí, es decir más atento a mí que al animal, yo buscando la arteria del cuello del cerdo y me pareció que él buscando la mía pero debo de estar equivocado, puedo estar equivocado, seguro que estoy equivocado, por qué narices iba a buscar la mía, por unas orejas, por unas manos, por un negro en el suelo, además qué negro vale algo, Portugal uno e indivisible del Miño a Timor, qué quieren ahora, mi hijo a mi lado no observando al animal, observándome a mí, el psicólogo en el círculo de sillas del hospital

–¿No está exagerando?

la manera como me miraba mi hijo igual a la manera como yo miraba al animal, quizá se acuerde, no sé, de los chozos que ardían, tal vez se acuerde de las personas, de las gallinas, las cabras, quizá se acuerde de ese tiempo, nunca hablamos sobre África, nunca se refirió a nada, no sé lo que recordaba, cómo recordaba, lo que sentía, lo que recuerdo de mí de niño más allá de querer un perro son objetos enormes, el sofá, la mesa, ventanas a las que no llegaba, un reloj en la cómoda dando las horas sin fin y yo pensando

–Qué grande es el tiempo

o sea agujas gigantescas girando despacísimo sobre una rueda de números y las agujas que mandaban en nosotros, mi madre las miraba

y me montaba un escándalo

–Las nueve y media y no estás en la cama

eran las agujas las que mandaban en los días, definían el momento de las comidas

–Las ocho y media y todavía no hemos cenado

traían a mi padre a casa a las siete, le ordenaban salir a las seis y media de la mañana, mi madre alarmada

–Ya pasa un minuto de las seis y media y sigues aquí parece que quieres perder el trabajo

señalándole los números que le regulaban la vida, mi padre con ojeras

–Después de las cuatro no me he vuelto a dormir

y yo observando el cuatro, tan poderoso que hasta impedía dormir con consideración, con respeto, lo que no entendía es cómo hacían los números, yo a mi hijo, bajito

–¿Te dice algo África?

pero todo resonaba en el cemento del sótano, incluso hablando en secreto las palabras grandes, mezcladas con el eco de los pasos, los sonidos de una palangana que arrastraban hacia mí o de las patas de una silla que arrimaban a la pared, en la ventana las palomas de Cardal Florido dando vueltas, blancas u oscuras según iban en dirección al sol o se alejaban de él, de repente se posaban en la plaza, quietas, de repente se alzaban todas juntas, el hermano de mi padre vivía solo en Cardal Florido desde que su mujer se marchó con un orfebre ambulante, mi tío siempre con un cuchillo en el cinturón

–Un día los encontraré

mi padre le mandaba un trozo de cerdo que él no, oíamos en la radio a otro pelotón pidiendo instrucciones al Mando, lo agradecía, seguía sentado en el escalón de la puerta mirándose las manos

–Un día los encontraré es cuestión de tiempo

más estrecho que mi padre, más pequeño, liándose un cigarro con una lentitud interminable

–Es un problema de tiempo

a mí me decía siempre la misma frase, sin una sola mirada, concentrado en el tabaco

–No caigas en la tontería de crecer chaval

mi padre escudriñaba la despensa por miedo a que escasease la comida, escudriñaba el armario

–¿Tienes mantas para el invierno?

mandaba a mi madre fregarle la casa, coserle botones que faltaban, echar un vistazo a la lata del azúcar donde él guar, lluvia civil no moja, daba el dinero, lluvia civil no moja a militar, y juntar un billete o dos a las monedas que encontraba en el fondo y mi tío siempre sentado liado con el tabaco, una única vez, cuando ya nos marchábamos, se levantó de repente, abrazó a mi padre, dijo

–Hermano

volvió a sentarse y a arrimar una cerilla al cigarro, durante el camino de vuelta mi padre con una gota en la nariz que secaba en el pañuelo difícil de sacar del bolsillo, sin responder absolutamente nada a mis preguntas, le dije una gota en la nariz, no le dije una gota en los ojos, los ojos secos, claro, solo la garganta, aunque no estuviese comiendo nada, tragando, tragando, poco antes de morir, ya en la cama, me tocó la mano, me dijo

–Lluvia civil no moja a militar

dijo

–Chico

y tragó de nuevo, nada de quejas ni lamentos, tragó y ya está, si por casualidad le diese un cigarro seguro que se lo fumaba interesadísimo en las palomas, seguro que solo interesado en las palomas, está allá abajo en el cementerio, espero que con un pañuelo porque la nariz a veces, siempre hay algo en nosotros que nos gasta bromas, puede ser el riñón, puede ser la nariz, a mí es la pierna izquierda la que de vez en cuando me falla, voy tan bien andando y falla, después afortunadamente se recompone, el médico de mi mujer a mí

–Nos gastamos

y ahí está una gran verdad amigo, todo se pierde por el camino nosotros que éramos capaces de obtener placer hasta de las cosas tristes, quizá no exactamente placer, una cierta dulzura, una melancolía tierna, yo a mi hijo

–¿Te acuerdas de África?

y no me respondió ocupado en mejorar el filo de un cuchillo en una tira de cuero, de espaldas a mí, sentí que mi hija casi

–Padre

por un instante sin rascarse, solo con la boca abierta, con frases dentro que no dejaba que salieran, mi hija por primera vez preocupándose por mí o interesándose por mí, no recuerdo un

–Padre

por su parte desde hace miles de años, algún que otro

–Tú

y el resto del tiempo nada, no es que me haga falta pero me intriga, no es que me haga falta niña, admitamos que me hace, esos brazos más arriba, cadetes, esos brazos más arriba, quizá no me haga mucha falta, nos acostumbramos como mi mujer se acostumbró a las piedras y yo a la cama de su muerte, unas semanas, unos meses, cuánto tiempo hace que ningún brazo en mi espalda, cuánto tiempo hace que ningún

–Amor

como dice el médico nos deshilachamos y yo añado que todo se deshilacha, reptar hasta mí, al mismo tiempo que nosotros, deje algo de barro para el camarada que viene detrás de usted cadete, no lo use todo, esa carita tan guapa, esa carita no se ensucia, esto no es un concurso de belleza amigo, tranquilo que cuando acabe la guerra puede meterse a actriz si le da la gana que nadie le va a llevar la contraria pero hasta entonces te aguantas como los demás y después dicen que quieren ser oficiales, cabos cuarteleros es a lo más que vais a llegar, niños, cabos cuarteleros, para ser sincero si mi hija

–Padre

me gustaría, debo de estar amariconándome con la edad, convirtiéndome en un cabo cuartelero mi teniente, al menos en mi caso tenía razón, a pesar de ser portugués no soy tan bueno como los mejores, me fui aguantando y ya está, yo con la canilla hinchada por una caída y el teniente

–No se venga abajo cadete no se venga abajo es solo dolor

de modo que cuando el cerdo empieza a gritar, llenando el sótano de angustia y sangre, le explico que también es solo dolor, es solo

dolor o entonces en lugar del teniente la voz de mi hijo que me previene

–Es solo dolor

mi hijo no hombre todavía, un niño de cuatro o cinco años en los detritus de un chozo, gallinas sin cuello, cabritos destripados, perros muertos, una mujer sin orejas ni manos entre mujeres sin orejas ni manos, un hombre de bruces del que no se distinguía la cara pisado por soldados que todavía corrían, el olor de los perros salvajes escondidos en el pasto además del olor de la mandioca podrida, hienas trotando esperando, el olor a orina y mierda en la bodega, el olor de los delantales de goma, de los guantes, la voz de mi padre como siempre antes de clavar el cuchillo

–Vamos a ello chico

mientras mi madre se encerraba en casa, horrorizada, tapándose con las manos

–No lo aguanto

los gemidos, los berridos, las lágrimas aunque los negros ni gemidos, ni berridos, ni lágrimas, de vez en cuando solo un suspiro bajito

–Mi arfere

o

–Mi cabo

o

–Mi furriel

amontonándose en silencio en el suelo, un viejo que intentaba huir juntándose lentamente sobre trapos ardiendo y su ropa una llama que al final se apagó, quedó un montoncito de polvo, restos de carbón encendidos, un sujeto de pie, después de rodillas, después a gatas, después un cráneo desapareciendo en la raíz oscura de la mandioca, después nada, quedó solo mi hijo mirando, descalzo, minúsculo, con la barriga hinchada y yo

–¿Te acuerdas de África?

yo delante de él a los soldados

–No se toca

y seguro que mi hijo se acordaba como se acordaba de la mujer a la

que le corté las orejas y las manos y del hombre que dormía en el chozo con ella, en medio de los pollos, de bruces en la tierra con una ráfaga de ge tres por la espalda, mi hijo callado como ahora callado, serio como ahora serio, cerca de mí como ah

–Es solo dolor es solo dolor

como ahora cerca de mí

–Me acuerdo

no mi hijo, no el chico que salvé en Angola, que impedí que matasen, que me traje de África, que alimenté, que protegí, que ayudé a crecer, al que puse mi nombre, el marido de Su Excelencia, el hermano de mi hija

–Es solo dolor es solo dolor

un negro miserable, un negrata que no era ni persona, un mono que no hablaba hasta que hice de él una criatura casi como nosotros, un portugués perteneciente a un pueblo tan bueno como los mejores

–Marcha lenta y tranquila

un descendiente de los conquistadores del mar, de los descubridores del mundo, sin gallinas pequeñas, sin cabras esqueléticas, sin perros famélicos, sin chozas infelices, sin insectos y ratas que comer, una criatura insignificante, ingrata, un salvaje, mi hijo que casi nunca me hablaba

–Me acuerdo

mi hijo con el delantal de goma, con el cuchillo colgado de la mano

–Me acuerdo de mi madre sin orejas me acuerdo de mi padre de

el instructor a mí

–Siga corriendo cadete que es solo dolor es solo dolor

mi hijo en el tono en que hablan las personas durante la siesta

–Me acuerdo de mi padre de bruces en el suelo

mi hijo que delante de mí casi siempre en silencio

–Me acuerdo de que usted los mató

solo dolor mi hijo, solo dolor

–Me acuerdo de que usted los mató

mi hijo más un eco que una voz

–Que usted los mató

mientras las piedras más ligeras que el agua giraban a nuestro

alrededor, mientras mi hija se cubría con los codos, mientras mi mujer

–Amor

mientras yo me volvía hacia el cerdo y el cuchillo le entraba de golpe en el cuello, vi el primer chorro de sangre, escuché el primer gemido y no sé quién lo soltó.

23

Hasta el último momento quise decirle

–Márchese rápido padre

y creo que me escuchaba, estoy seguro de que me escuchaba y fingía no escucharme, decirle

–Coja a madre y vuelva rápido a Lisboa

y él que seguía preparando la bodega y haciendo como si no me viera, en cierto momento me pareció que respondía sin las palabras

–Es así ¿no hijo?

de la misma forma que yo sin las palabras

–No es así no lo consienta no quiero que muera

yo comprobando el cuchillo escuchando a las tórtolas

–No me deje matarlo

como no dejó que me matasen en África interponiéndose entre los soldados y yo, caminando decidido hacia ellos, desviando de repente el arma hacia un alférez que bajó la suya

–No te atrevas

y se puso delante de mí, y me protegió con su cuerpo, y me condujo a uno de los unimog en la entrada del pueblo

–Este no

avisando al conductor

–Si le pasa algo te mato

el conductor, con miedo, retrocediendo con el unimog al interior del camino sin que entendiese muy bien de qué hablaban, lo entiendo ahora, quise decirle

–No se quede aquí

pero aunque le pidiese

–No se quede aquí

él no me oía ocupado en protegerme, mató a mi madre, mató a mi padre, destruyó todo lo que pudo y sin embargo algo le pasó por dentro que lo obligó a impedir que me matasen, en cuanto llegaba de

una misión en el camino preguntaba enseguida

–¿Y el niño?

con el dedo en el gatillo, girando la escopeta a izquierda y derecha hasta descubrirme agachado, cerca de algún barracón, cambiando con un palito el trayecto de las hormigas, sin prestarme atención como cuando quise decirle, en la bodega de la casa del pueblo

–Márchese rápido padre

y él haciendo como que no me oía, tal vez quisiera que lo matase, tal vez desease que lo matase no lo sé pero juro que no me apetecía matarlo, lo quería, el médico afirma que mi madre va a morirse muy pronto, cuando las piedras terminen de comérsela y después él solo en casa con Angola visitándolo por la noche, los heridos llamándolo

–Mi alférez mi alférez

y él apoyado en un tronco sin poder hacer nada, él a mí cuando yo en la bodega

–Márchese rápido padre

respondiendo sin las palabras

–Me marcho ¿a dónde?

pensando en la muerte de mi madre y por lo tanto solo en casa mirando la calle desde la ventana, las farolas por la noche, el temblor de los árboles, nadie que le haga la cama, nadie que cocine para él, un amigo del ejército, de vez en cuando, arrastrando una pierna porque una bala en la rodilla le disolvió la rótula, cuando se marchaba mi padre llegaba a la terraza y se quedaba siguiendo su meneo allá abajo, inmovilizándose descansando en un tronco, si mi madre estuviese allí lo llamaría dentro y mi padre sentado en el salón mirando sus propios dedos, mi madre

–¿Te apetece un té?

y la oscuridad de la tarde creciendo, el cerdo esperando como él esperando pero esperando el qué, si me duermo pegado al cuerpo de tu madre mejoro

–¿Me permite que la acompañe?

esto en el caso de que las piedras se olviden de llevársela con ellas, cuando lo rozaba él sonriéndome

–Chico

contento de verme, mató a mi padre, a mi madre y no sé si soy capaz de matarlo, no quiero matarlo, quiero dormirme a su lado en una cama de mimbre, quiero sus dedos en mi cuello

–Hijo

quiero que siga protegiéndome yo que no necesito su protección, es decir la necesito, me traía una copita de anís, me daba una palmada en la rodilla, se enorgullecía de mí yo que no me enorgullecía de nadie, tenía mi retrato en la cómoda

–Mi pequeño

mientras yo en la bodega de la casa del pueblo

–Por favor márchese rápido padre por favor márchese

con las palomas de Cardal Florido aumentando sin cesar, no una docena, no dos docenas, centenares, millares de palomas dando vueltas, posándose por un momento en el tejado, con garras enormes, ojos feroces, picos larguísimos, antes no eran así, tan tímidas, tan mansas, qué ha cambiado, por qué me odian díganme, por qué me odian, Cardal Florido en otro tiempo un barrio y hoy día ruinas desde que quebró la fábrica de celulosa, quedan media docena de paredes, un trozo de chimenea, anillas de la cadena del perro guardián en la tierra, un animal siempre corriendo de un lado a otro a lo largo de la alambrada, mi hijo sin soltar el cuchillo cuyo filo cambiaba si yo cambiaba, siempre apuntándome a mí

–Márchese

y a dónde, explícamelo, en cuanto diese dos pasos las piedras de mi mujer me lo impedirían, su cara me lo impediría, el brazo en la espalda me lo impediría, la voz casi contra mi boca

–Amor

me lo impediría, su cara, en la noche del dormitorio, aumentando, África un cuerpo de mujer que no termina nunca, tantos brazos, tantas piernas, tanto

–Manda mosca

y después aquella voz carnívora

–Amor

que nos ata, nos amarra, nos aplasta lentamente, el cerdo a mí

–Si me cortas las cuerdas te ayudo y huimos de aquí los dos

de Su Excelencia, de mi hija, de los grillos quemados, de los negros que se vengan

–Te toca morir a ti

de una jineta en lo alto de la sierra siguiéndome de lejos, parándose si yo me paro, caminando si camino, esperando que yo distraído para agarrarme por el morrillo, mi mujer

–Te tenemos

ella tan tímida al principio, tan vergonzosa y yo con pena de mi padre, palabra de honor, con pena, yo medio olvidado de África y sin embargo siguiendo allí, confundiendo episodios, inventándome recuerdos, mezclando memorias, cuentos antiguos, evocaciones desteñidas, fragmentos sin sentido, mi madre con nosotros o lejos porque las piedras la llevaban y la traían, mi abuela a mí de niño cogiéndome del brazo

–Te da miedo el cerdo

mi abuelo indignado

–Vaya mariquita ¿qué ha heredado de mí?

sin zuecos de madera ni delantal de goma, mi abuelo clavando el cuchillo en el cerdo hasta encontrarse a sí mismo, con la cabeza apoyada en su cabeza gritando también, un segundo cuchillo, un tercero

–Tarda tiempo en morirse

con un cigarro clavado en los dientes fumando, fumando y la nariz y el pecho escarlatas de sangre, mi abuelo no sé a cuál de los dos, a mí o al animal

–Muere

midiéndonos alternadamente, mi madre de súbito

–No

con una voz mucho más fuerte que aquella de la que era capaz, una voz de repente sin enfermedad, sin piedras y que yo nunca escuchaba, siempre hablaba bajo, se movía casi sin ruido, existía bajito, ya no me da miedo el cerdo como ya no me da miedo la guerra, ya no me doy miedo yo mismo como el alférez paracaidista no tenía miedo de él, se despidió desde el aparato

–Hasta ahora

y no volví a verlo, su mano tan pálida, su boca tan blanca, los ojos casi cerrados

–Hasta ahora

y no fue el helicóptero el que se alejó, fueron las copas de los árboles las que comenzaron a inclinarse cada vez más lejos, pasaron la llanura, se tranquilizaron, minúsculas, antes de la segunda llanura, el de la radio nos comunicó

–Nuestro alférez paracaidista manda un abrazo de adiós a todos

con una voz que tembló a lo largo de la frase aunque él pensase que no había temblado como nosotros pensamos que no habíamos temblado, me acuerdo de prepararnos para marcharnos, de empezar a andar en rombo con el abrazo para todos con nosotros, me acuerdo de la belleza de Angola, del cielo, de los colores, del cuerpo de mi mujer recibiéndome, de mi hijo esperándome en la alambrada y yo contento de que mi hijo esperándome en la alambrada, creo que si me matas no me va a costar, creo que incluso después de muerto, te lo juro, sigues conmigo, mi hija sudando, esperando, mi padre a mí

–Llévatela fuera que no está en condiciones de ver esto

las palomas de Cardal Florido volvieron de nuevo posándose en el techo de la bodega, en los árboles, en el tejado de la casa del pueblo, los halcones de la sierra interceptaban una o dos durante el vuelo y fueron bajando, bajando, con las uñas clavadas en el cuerpo, hasta caer en una esquina del cementerio donde los picos las despedazaron en media docena de golpes con gatos de hocico atento, quietos en el muro, esperando, mi madre mirándome en la bodega, mirando a mi padre, mirándome de nuevo, de pequeño me obligaba a beberme un vaso de leche en medio de la noche

–No engordas ni para atrás

y yo con miedo de que no tuviese orejas ni manos, con miedo de que no se moviese, me estiraba mejor las sábanas, redondeaba la almohada, me pasaba un dedo lentamente por la frente

–Ya puedes dormirte otra vez

y se alejaba hacia su habitación, sin oler a sangre ni a mandioca ni a tierra, me acuerdo del sonido de los muelles de la cama cuando se acostaba, de mi padre diciendo cualquier cosa, de ella responderle

–Los centinelas garantizan que está todo tranquilo duérmete

y me pregunto si los halcones estarán ahí fuera esperando a mi padre, más arriba o más abajo, planeando, hasta el último momento quise decirle

–Márchese rápido padre

y no tiene que irse muy lejos, basta encerrarse en casa hasta que muera el cerdo, creo que ya lo he matado y me he olvidado de usted, he pensado pedirle a mi madre

–Madre por favor saque a padre de la bodega

porque ella tenía que entenderlo, porque ella lo entiende, nunca tuve que explicárselo todo, la mayor parte de las veces ni necesitaba hablar porque ella lo sabía, estoy más que seguro de que adivinó punto por punto lo que pasó en Angola, las ametralladoras, los unimog, las granadas, los chozos ardiendo, creo, no estoy seguro, que en Angola tuve una hermana como aquí, más pequeña que yo, colgada del pecho de mi madre, de la mujer de las manos cortadas, de mi madre pero no me acuerdo de ella, hablo solo de una impresión, claro, una hermana no blanca, negra, una hermana negra callada y mi madre, la mujer de las manos cortadas, ofreciéndole el pecho que ella a veces rechazaba, probando con una cabra y mi hermana aceptando, después del ataque no volví a verlas, vi a mi padre corriendo detrás de una cría de cochino, vi un perro muerto, vi lo que me parecieron perros salvajes huyendo con no sé qué en los dientes, un trozo de carne que intentaban quitarse los unos a los otros, atacaban a animales mucho más grandes, búfalos, antílopes, les rompían los tendones de las patas, nos obligaban a caer y después les mordían la piel, arrancando pedazos entre llantos agudos, hasta que los huesos empezaban a aparecer lentamente, los antílopes levantaban las cabezas, cada vez con menos fuerza, y entonces los perros salvajes les daban bocados en los hocicos y los animales por fin quietos, solo una pata que se doblaba y se estiraba lentamente, sin fuerza, un soldado disparó una ráfaga contra ellos, uno de los perros salvajes saltó pero siguieron dándose mordiscos luchando contra carne muerta, luchando entre ellos, con las mandíbulas ensangrentadas, furiosos, tenaces, las hembras empezaron a acercarse con las crías, un grupo de hienas llegó

sin prisa, pájaros con el cuello pelado esperaban en una raíz, uno de los perros salvajes saltó al cuello de uno de ellos y escapó enseguida porque el pájaro un picotazo vengativo, mi mujer zarandeándome

–¿Estás soñando o qué?

y una ambulancia en la calle, mi padre tranquilamente en zapatillas en dirección a la cocina, qué alivio Lisboa, en los huecos de la persiana de la ventana las farolas de la calle, la tranquilidad de los edificios, la madre de mi mujer porque el padre de mi mujer no dejaba de abrir y cerrar armarios

–¿Cuándo te vuelves a la cama?

y él de vuelta al dormitorio masticando, se dio con la rodilla en una cómoda y ella

–Hasta que no te hagas daño en serio no te vas a quedar tranquilo

mi mujer bajito

–Deberíamos buscar una casa solo para nosotros

el padre de mi mujer, ya acostado, tirando de la ropa al azar y quitándosela a ella

–Hasta que no me constipes no te vas a quedar tranquilo

yo no

–¿Me permite que la acompañe?

yo

–Como si ganásemos dinero para eso

con una hija pequeña y el hijo negro durmiendo en la terraza, siempre hubiera ahorrado algo si lo hubiese dejado en su pueblo de Angola pero su pueblo cenizas y después lo que le hice a la madre, lo que le hice al padre, había momentos, palabra de honor, en que nos volvíamos locos, quién me asegura que al crecer no lo recuerda y se venga, no sé lo que se me pasó por la cabeza para traérmelo, durante la matanza cuanto más crecía él más me venía esa idea a la cabeza, mi mujer pensando lo mismo que yo

–No te sorprenda

y después, cuando menos se esperaba, el riñón, al principio pensábamos que una costilla fuera de sitio pero el médico, desconfiado

–Hay algo que no cuadra tenemos que hacer más pruebas

y con más pruebas

–Ya me parecía

apareció el riñón, el médico intentando tranquilizarnos

–Puede que sea solo un quiste vamos a ver vamos a ver

pero su cara rara y los gestos más rápidos, cerca de un diploma enmarcado en la pared, Bichezas me trajo un vaso de agua sin que se diera cuenta mi padre, el médico pidió análisis negando con la cabeza, arrugando la hoja, empezando de nuevo, me pareció que las alas de la mariposa de metal amarillo se estremecían en la solapa de mi madre, con piedrecitas de cristal de colores diferentes y una de las antenas menos derecha que la otra, cuando volvió Bichezas con el vaso vacío al cuartucho que servía de cocina un ruido de mortero a veinte o treinta metros de nosotros que solo yo noté, soldados corriendo, la voz del capitán

–A los refugios deprisa

órdenes, gritos, a los lados de la pista de aviación una costurera cantando, el médico dándole el papel a mi padre

–Me gustaría hacer esta prueba para evitar dudas

que lo dobló en dos, que lo dobló en cuatro, que se lo guardó en el bolsillo, mi madre callada mirándolos, uno de los alféreces ordenando con pasos apresurados

–Vamos arriba a la pista

a medida que un segundo mortero agitaba los árboles de la calle y el capitán

–Protéjanse y abran fuego desde ahí

una nueva costurera cantando, un mortero nuestro, otro mortero nuestro en dirección a la pista y dos conos de humo y hierba, cabrones, cabrones, el médico a mi madre, señalando el bolsillo de mi padre

–Para quedarnos tranquilos señora

el capitán mandando dos secciones a los poblados y un pelotón rodeó la pista por abajo para coger a los guerrilleros por la retaguardia después de un círculo amplio, un nuevo mortero cayó sin explotar entre las letrinas y el puesto de socorro, que un grupo rodeaba de sacos de arena

–Muy cerca no estúpidos muy cerca no

desencadenando una ofensiva y haciéndola rodar en dirección al mortero

–Protéjanse detrás de los sacos que no quiero ver ni una cabeza

en la consulta del médico libros, el retrato de una señora con un niño con la boca igual a la del médico, un fichero de hospital, la granada explotó a cuatro o cinco metros del mortero, cuando llegue el resultado los llaman, la cosa tarda una semana o dos como máximo y el mortero igual, quince días después llamamos para pedir cita sin que mi padre se atreviese a abrir el sobre, el médico nos recibió sonándose, con la voz nasal

–Me he cogido un buen constipado no hay enero que no me traiga una gripe

chupando una pastilla curativa perfumada de violeta, de vez en cuando le clavaba un diente y se escuchaba un crujido, se sentó a la mesa con la bata peor abrochada que de costumbre, con las violetas de la pastilla de un lado a otro y la nariz tapada, los ojos rojos, salidos, eran los ojos que resoplaban como alcantarillas, no la nariz, qué raro resoplar por los ojos pero era verdad, mientras nos sentábamos al otro lado daba sin cesar golpecitos con el sobre en la superficie de la mesa apuntando con el dedo a un punto de la garganta

–Me duele aquí

no con voz de adulto, con voz de niño, a lo mejor pensaba que iba a morirse o algo de eso mientras la esquina del sobre golpeaba, golpeaba, su corazón el sobre cada vez más rápido, por fin lo abrió más rompiéndolo que despegándolo, tapándose un carraspeo con la palma de la mano y mi mujer con pena de él, le daba pena el mundo entero, solo no se quejaba de sí misma, se apretaba la cintura con la mano, en silencio, tras el disfraz de una sonrisa, si le preguntábamos cómo estaba respondía siempre

–Bien

con una voz jovial que sacaba del interior de sí misma, no sé si la quiero mucho pero cuidaba de mí, de la ropa, del alma, de esas minucias, también francamente no veo gran diferencia entre la ropa y el alma, una viste por fuera, la otra viste por dentro, eso es todo,

seguro que las dos tienen botones iguales, nunca oí de su boca otra palabra que no fuese

–Bien

extraída de donde viven sensaciones oxidadas que no se adaptan las unas a las otras y chillan y protestan, mira esas señoras que se apoyan en bastones de suspiros que todavía les permiten andar, un poco de lado, un poco inseguras pero a pesar de todo andar, o mejor desplazarse un poquito hasta la pared más próxima donde se quedan, con la boca abierta, esperando un refuerzo de oxígeno, con una segunda granada el mortero por fin se deshizo en un estornudo vertical de polvo y acero, cuando se entere mi abuelo se mata, lo que rezaba, lo supimos por un mensaje, murió en Luso, dejó una virgen de barro y un padre que meses después se disolvió en un pozo, al traerlo para arriba, vino una bota y una navaja o sea la fortuna de un hombre, qué más tenemos al final, el médico examinó el sobre mientras se sonaba, demorándose en el papel, informó desde el interior de líneas mecanografiadas

–Tenemos unas piedras en el riñón nada que no tenga tratamiento

y sin embargo nos vienen acompañando hasta ahora, el médico tranquilizando a mi madre a través de una neblina de bronquitis

–La vesícula forma piedras la vejiga forma piedras no faltan en el cuerpo

unas veces nos aumentan los huesos, otras circulan por las venas, otras se libran de nosotros y giran alrededor, por ejemplo en la bodega, incluso con el cerdo colgado del gancho, vemos algunas circulando por ahí, mi padre sorprendido

–¿Piedras?

el médico estudiando a mi madre en la camilla detrás del biombo, susurrando mientras ella se vestía

–La situación es complicada

mientras yo confuso dentro de mí

–¿Me permite que la acompañe?

tan bajito que lo oyó todo el mundo, acompañarla hasta la puerta de su casa y charlar sin respuesta alguna, Bichezas a mi padre

–Hasta que Fininha habló conmigo pasaron tardes y tardes no se

imagina la saliva que gasté mi alférez

todo esto para morir en África sin volver a verla, le regaló unos pendientes, le regaló un collar, fue a su casa a hablar con sus padres, la madre de Su Excelencia apuntándome

–¿Un negro?

a pesar de mis zapatos brillantes, de mi traje nuevo, de la corbata de puntitos que de milagro no era de seda

–¿Un negro?

sin que mi padre me defendiese

–Es mi hijo

porque no estaba conmigo, él que me defendió siempre, me acompañaba a la escuela, me traía de la escuela, argumentaba con la profesora

–Por ser negro no quiere decir que sea más estúpido que los demás por dentro es blanco como ellos

y yo en la bodega de la casa del pueblo oyéndolo

–Por ser negro no quiere decir que sea más estúpido que los demás

con dificultad con los números, con dificultad con las letras, con dificultad para juntar toda aquella confusión, formar palabras, sumar, restar, ríos no auténticos, unas líneas sin cocodrilos ni culebras, ningún tiro, ningún chozo ardiendo, nadie sin manos ni orejas, todos vivos menos, por lo que parece, mi madre verdadera entre dos cabañas, qué difíciles de entender las personas aquí, los blancos, su forma de vivir, lo que dicen, lo que hacen, mi padre contaba que el general

–Veo en vuestros semblantes la alegría de ir a servir a la Patria

y nada de alegría, miedo, los difuntos en cajas, no en una tabla, el capitán a él

–Se va a arrepentir de llevárselo

el capitán a él

–Cuando sea grande lo mata

y no quería matarlo, palabra de honor que no quería matarlo, dejé el cuchillo en la mesa del sótano, volví a cogerlo, volví a dejarlo, no quería matarlo, no quería ver su sangre, no quería oír sus gritos, no quería mirar los barreños en el suelo, la madre de Su Excelencia

despreciándome

–Un negro

cuando mi padre no me despreció, me defendía

–Ay de quien lo toque

a lo mejor no fue él

(pero fue él)

quien cortó las orejas, a lo mejor no fue él

(pero fue él)

quien amputó las manos, a lo mejor no fue él

(pero fue él)

quien le perforó la espalda a mi padre y lo dejó de bruces en la tierra, a lo mejor no fue él

(pero fue él)

el que degolló a las gallinas, los perros, los cabritos, echó gasoil en la paja, les prendió fuego a los chozos, nos mató a todos porque a lo mejor estoy muerto, me morí al traerme de África o dentro de nada, en Lisboa, una jauría de perros salvajes me coge por detrás y me rompe los tobillos, las rodillas, los codos, la columna, la gente esperando en las sillas arrimadas a las paredes del sótano, mi abuelo, al que no conocí, lavándose los brazos en una tina, arremangándose y secándose en un paño de la misma forma que mi padre lavándose los brazos en una tina, arremangándose, secándose en un paño, ninguna ametralladora en la pista de aviación, ningún mortero, solo el murmullo del viento en la hierba y en un ventanuco a la derecha el cementerio, la mesa de piedra donde ponemos a los difuntos antes de enterrarlos y la gente alrededor callada, las mujeres con pañuelo, los hombres con el sombrero en la mano y ahora todo sucio, abandonado, ya no hay nadie para morirse aquí quitando algún que otro perro vagabundo, algún que otro viejo y nosotros, los halcones de la sierra, los mismos del principio que no disminuyeron nunca, subiendo los montes o bajando de repente enfilados hacia un lagarto o una culebra para subir de nuevo, escalando el aire peldaño a peldaño porque la nada, como se sabe, peldaños sucesivos, el cerdo ya no intentaba liberarse, esperaba, los ojos rosas, la piel rosa, la barriga redonda, la madre de Su Excelencia

–¿Un negro?

escandalizada conmigo porque yo de hecho un negro, yo un negro, cutículas rosas de negro, boca rosa de negro, lo demás negro, negro, mi padre dándome en el hombro

–¿Has elegido bien el cuchillo chaval?

probándolos en un cartón, la mariposa metálica de mi madre en la solapa, su cara muy cansada, alguna que otra piedra flotándole alrededor, un pelotón llegando de la selva, agotado, primero los guías, después los batidores, después el alférez, después los demás, el capitán contándolos

–¿Están todos?

y aunque no respondiesen, siguiesen andando, estaban todos en medio de las espirales de neblina, en medio del polvo, estaban todos, un cabo mecánico inclinado sobre un berliet, acelerando y desacelerando el motor, un camarada mecánico a él

–Es ese cilindro de ahí la biela no responde

y si la biela se avería en la selva estamos jodidos, los guerrilleros aprovechan para dispararnos libremente, un soldado que hablaba, un segundo callándose de repente y cayendo, el enfermero de rodillas rebuscando en el bolso, un cabo

–Monta guardia monta guardia

media docena de hombres dentro del pasto y en esto una antipersonas explotando, el médico a mi padre

–No sé si vale la pena operar a su tirador vamos a probar con medicación

estuvo ingresado quince días en el hospital con globos corriendo hacia la vena, en la cama de al lado un sargento siempre dormido, despertaba de vez en cuando con un suspiro

–Ay yo

y se ausentaba de nuevo, en la mesilla flores en un jarroncito, una caja de bombones que nadie comía, un par de alpargatas inútiles junto al colchón, un chico rubio inclinado sobre la almohada mirando en silencio, mi madre señalándolo

–Es mi hijo

sin que nadie le respondiese, es imposible cuando nos mandan

–Tosa

toser normalmente, se inventa una especie de carraspeo que indigna siempre a quien escucha

–¿No puede hacerlo mejor?

y no puedo, tengo miedo, claro que no es ningún verdugo, doctor, no necesita decírmelo, pero me da cosa estar cerca de usted, su cara tan cerca de la mía, sus rasgos tan claros, la inconcebible cantidad de enredos

–¿Me permite que la acompañe?

que hay en una cara, nariz, mejillas, boca, para qué tantas santo Dios, un agujero y un ojo eran suficientes, la cantidad de cosas inútiles que tenemos se ha fijado, podríamos ser mucho más sencillos, deberíamos ser mucho más sencillos, no me deje morir, el médico

–Qué disparate morirse ahora

y esta fiebre, y este dolor, y esta molestia en la barriga que me aprieta, un doctor jovial

–Buenos días a todos

y fuera lluvia, luces encendidas, el carrito cromado de la comida tintineando metales, comida parda, bebidas pardas, un postre pardo, una servilleta atada al cuello para que todo aquel gris entrase en las personas

–Vamos vamos que todavía me faltan un montón de enfermos

y la cuchara insistiendo contra la boca cerrada

–El tiempo que tarda en masticar santo Dios

la sopa masticada, el puré masticado, hasta las natillas, que se tragan solas, masticadas, la madre de Su Excelencia

–¿Un negro?

y Su Excelencia con vergüenza, hasta los chinos dan menos impresión, de los gitanos no hablo porque lo único que hacen es robar, el médico acabó dándole el alta a mi madre

–Lo que hace aquí puede hacerlo en casa

las piedras se movían a su alrededor sin parar, al principio pesadas y ahora más ligeras que el agua, suben, bajan, se acercan, se alejan, ahora no le duele mucho verdad, los medicamentos van cumpliendo su función, sirven para eso, cumplir su función, si no sirviesen para

nada no se usarían, la cantidad de gente que hay por todo el mundo ocupándose de esto, un negocio morrocotudo para los laboratorios que se pudren de ricos, americanos, ingleses, alemanes, lo que quiera que sean, esto solo en nuestro país, el soldado portugués es tan bueno como los mejores, somos unos tiesos incompetentes, comida barata, ropa barata y ya está, hasta en la guerra, al final, ya teníamos armas peores que las de los guerrilleros aunque ellos negros y nosotros blancos y, a propósito de negros, por qué se me metió en la cabeza traerme uno aunque tenga modales como los nuestros y no coma lagartijas y bichos crudos, ratas por ejemplo, ya he oído decir que ratas, mi madre en casa en el sofá o arrastrándose de habitación en habitación para hacer las

–¿Me permite que la acompañe?

tareas domésticas, siempre había platos que lavar, no tenía fuerza para abrir los pestillos de las ventanas y airear las estancias, el médico a mi padre

–Va empeorando lentamente tiene que tener paciencia

y de repente, en mi cabeza, el chozo de cuando yo pequeño, que creía perdido, un círculo de paja en medio de la selva, el mango grande, el mango pequeño, los murciélagos que volaban entre uno y otro silbando señales, los campos de cultivo, los perros tumbados en la tierra, uno dentro de otro, en una inmovilidad tristísima, no he visto nunca ojos más desilusionados que aquellos, más resignados, cuando por fin conseguían liberarse se quedaban por allí rumiando angustias pensativas, lo que se imaginarán los muy infelices, Dios mío, hasta yo, de vez en cuando, medito, los domingos por ejemplo, que es siempre un día mucho más largo que los demás, en lugar de doce números en los relojes debería haber, qué sé yo, treinta y seis, Su Excelencia y yo en el sofá, sin mirarnos el uno al otro, vacíos, esperando no sé qué que vendría hasta nosotros, que nos abandonó para siempre, los mismos edificios a la izquierda, los mismos edificios a la derecha, los mismos edificios enfrente, los mismos empleos, las mismas caras, la misma vajilla en la mesa, el cuadro de las manzanas y las peras ahora en este salón, en la pared de allá, el bazar cerrado, la farmacia cerrada, el mismo vacío en mi cabeza, cuestionándose

–¿Y ahora?

Su Excelencia pintándose las uñas por pintarse algo, en África al menos, en la época de mi padre, siempre se moría de vez en cuando

–Cuando se entere mi abuelo

siempre se deseaba volver, siempre nos imaginábamos regresando, siempre se estaba seguro de que después y al final solo esto, la casa del pueblo, de la manera que está, no creo que aguante dos inviernos, para qué arreglarla, quién la va a querer visitar, las hierbas invadirán el cementerio, nadie reparará en las lápidas o los panteones caídos, visto desde la carretera de Lisboa nada, la prima en otro sitio no sé dónde, la hija de la prima emigrada, mi padre mandó finalmente que colgasen el cerdo y ahí estaba él, cabeza abajo, protestando con gruñidos, no gritos todavía, los cuchillos esperando, los barreños debajo, seis o siete helicópteros sudafricanos, sin insignias claro, pasaron a nuestro lado de dos en dos de camino a una operación cualquiera, mi madre con las manos una dentro de otra, por primera vez desde que enfermó no vi ninguna piedra al mirarla, de tan más ligeras que el agua desaparecieron por la ventana para siempre, si yo a ellas

–¿Me permiten que las acompañe?

no encontraría ninguna, estamos solos el uno con el otro, padre, al cabo de tantos años estamos por fin solos, usted

–Chico

con los pantalones de camuflaje de la guerra que todavía le quedaban bien aunque desteñidos, viejos, con la cazadora de camuflaje abierta sobre una camisa gastada y arrugas que no tenía en el cuello, los brazos más delgados que en otro tiempo, mirándonos el uno al otro yo que de niño ni lo miraba, yo que siempre lo miré poco como siempre miré poco a quienquiera que fuese después de las manos y las orejas cortadas, después del hombre de bruces, después del todo ardiendo mientras los soldados

–Mata mata

mientras, incluso después de los tiros, los soldados no dejaban de repetir

–Mata mata

y mi hermana sin parar de sudar, tres o cuatro personas que no conocía y el cerdo, el cerdo, nosotros en unos minutos rojos de la sangre del cerdo, de la sangre de las gallinas y de los cabritos sin cuello, de la sangre de los perros, mi padre delante de mí

–Que nadie lo toque es mío

y francamente me da pena matarlo señor, no me apetece matarlo pero tengo que

–Mata mata

hacerlo, solo un golpe en el cuello y ya de rodillas, a gatas, tumbado sobre el barreño y mi madre

–Disculpe señora

viéndonos, mi madre callada, mi madre

–¿Me permite que la acompañe?

apartándose de nosotros, Su Excelencia a mí

–No

moviendo los labios sin sonido, Su Excelencia con los ojos

–No

Su Excelencia solo con los ojos

–No

y yo intentando explicárselo sin podérselo explicar, intentando decirle que un seno vacío en mi boca, que mis manos en su cuerpo, que mi cuerpo contra su cuerpo

–Ay mamá

que el hombre de bruces fumando una cachimba de espaldas a mí, el sótano con una lamparita en el techo que multiplicaba sombras y gente, tantos soldados y tantos negros con nosotros, tantos animales comiendo, cogiendo a mi padre, derribándolo, saltándole encima, mi padre con el brazo tendido hacia mí

–Chico

su cara un momento antes de desaparecer bajo los animales, una pierna que se encogió, se estiró y permaneció estirada sin la bota de lona de caminar por la selva, descalza, mi padre cogió el cuchillo y se acercó al cerdo en compañía de Bichezas

–Mi alférez

mientras Fininha a sus amigas

–Es ahora atentas

o sea mi padre empujando a la negra contra la pared y cortándole las manos mientras las granadas seguían explotando y la costurera cosiendo, mientras el jefe se arrodillaba

–Mi arfere

con la cabeza deslizándose, cayéndosele, el cuerpo todavía moviéndose en el suelo, los ojos ni abiertos ni cerrados, ausentes, Su Excelencia a mí, en el sofá del salón

–¿En qué estás pensando?

y estaba pensando en la muerte de mi padre, su mano deslizándose por mi hombro

–Chico

mis dedos deslizándose por su pecho hasta soltarlo, bajar hasta el coche ayudando a mi madre

–¿Me permite que la acompañe?

ella andando sin responderme, ella pensándolo mejor

–Vale

el médico a nosotros, sorprendido

–La mayor parte de los enfermos en este estado terminal ya no puede andar

los guardias que vendrían, sin tardar, a buscarme aquí a casa, mirando el cuadro de las manzanas y las peras, mirándome a mí

–Vamos

mientras alguien descuartizaba el cerdo por nosotros, lo que gritó señores, la cantidad de veces que llamó

–Chico

con la mano en mi hombro, que llamó

–Chico

a medida que caía, la mano en mi pecho

–Chico

bajándome por la pierna

–Chico

cogiéndome el tobillo y soltándome el tobillo ya sin

–Chico

solo un viejo militar, que el soldado portugués es tan bueno como

los mejores, avisándonos

–Estoy bien

mientras llegaba el helicóptero, aunque el de la radio rompiendo la cifra

–Urgente urgente

y el capitán sin protestar, callado, aunque el de la radio

–El niño negro ha matado al alférez con el cuchillo del cerdo

y la mano de mi madre en su espalda

–Amor

tumbada a su lado en la cama intentando despertarlo

–Es un sueño no te pongas nervioso es un sueño

y las piedras de vuelta una a una, lo que sufren los cerdos Dios mío, lo que sollozan, lo que lloran, mi padre, colgado por los pies del segundo gancho, gimiendo, no ha sido ningún cerdo el que ha venido de la cochiquera, dando tumbos por la carretera, de rodillas o intentando levantarse, ha sido mi padre y no quería hacerle nada malo, lo juro, me ha cuidado, le tenía cariño, no quería, no ha sido a mi padre al que he matado, han sido los tiros y la guerra, el gasoil, el fuego, ha sido el recuerdo del alférez paracaidista junto al puente, han sido las cuerdas de tropezar, han sido las minas, ha sido el general en el muelle

–Veo en vuestros semblantes la alegría de ir a servir a la Patria

ha sido solo eso señores, la alegría de ir a servir a la Patria, han sido los negros a los que la policía política obligaba a abrir un hoyo para hacerles saltar la cabeza dentro, para verlos saltar contra las paredes de tierra hasta quedarse por fin inmóviles, han sido los choques eléctricos en los testículos, ha sido la broca del dentista en un diente sano, han sido los palillos bajo las uñas, ha sido el psicólogo en el círculo de sillas del hospital

–Eso no puede haber sucedido

y tiene razón doctor, no ha sucedido sino cuando yo dormía y por lo tanto solo pesadillas, nada real, claro, nada verdadero, solo pesadillas, lo que sale de mi cabeza Dios mío, lo que exageramos, lo que pensamos, he vuelto a África no he vuelto, soy feliz no lo soy, ningún balanceo de unimog me hizo daño en la columna, ningún problema en

el estómago, mis tripas perfectas, de vez en cuando un sueño y eso es todo, con las exageraciones de los sueños, ningún

–Mata mata

ningún sufrimiento, veintisiete meses de vacaciones, tres o cuatro sustos sin importancia, unos tiros a lo lejos, a veces problemas de comida pero nos las apañábamos, problemas de falta de agua pero aquí estamos, la casa del pueblo ahora una ruina, se acabó el huerto, la pila de lavar la ropa caída, el níspero muerto con las raíces casi todas fuera, pesando bajo el muro curvado que va perdiendo ladrillos, algunos nísperos podridos, verdes, la mitad de la cancela de las traseras en pie aunque incapaz de girar en sus bisagras, la otra mitad en el suelo, si incluso así consiguiese moverla seguro que mi padre

–Chico

de la misma forma que mi madre dijo

–Estoy bien

dijo siempre

–Estoy bien

hasta la víspera de su muerte se maquilló

–Estoy bien

aunque mi padre en el suelo de cemento y yo de rodillas a su lado, casi abrazándolo, hasta que lleguen los guardias, mientras de repente marzo golpeaba los marcos de la ventana abierta.

António Lobo Antunes, «el mejor autor vivo de Portugal», regresa a los fantasmas de la guerra de Angola con una novela vertiginosa marcada por la violencia de la colonización y el racismo.

«António Lobo Antunes ha levantado otra novela-catedral. Sobre la memoria, el sufrimiento, la pérdida, el amor y todas las cosas frágiles, casi indecibles, que se nos escapan o nos faltan».

José Mario Silva, *Expresso*



Hasta que las piedras se vuelvan más ligeras que el agua es un libro vertiginoso, violento y, por momentos, duro. Maestro de la prosa introspectiva, António Lobo Antunes teje en esta novela coral un tapiz en el que las emociones fluyen en una danza hipnótica, entre pasado y presente.

En las calles empedradas de Lisboa, las voces de múltiples generaciones resuenan en una desgarradora sinfonía. A través de los ojos y los corazones de personajes inolvidables, Lobo Antunes nos guía

por las vidas de una familia marcada por la violencia y los secretos, los amores prohibidos y los deseos inconfesables.

Hasta que las piedras se vuelvan más ligeras que el agua es una novela que desafía las convenciones literarias, y que invita al lector a explorar la naturaleza de la identidad, de la pérdida y de las relaciones personales. Lobo Antunes edifica otra obra maestra que discurre como un río melancólico, arrastrándonos en su corriente mientras nos sumerge en una experiencia de lectura que perdurará mucho después de haber vuelto la última página. Una novela, en definitiva, donde las palabras se convierten en un espejo de las almas, capturando la esencia misma del ser humano.

La crítica ha dicho:

«Las escenas de Lobo Antunes están animadas por la poesía de lo cotidiano y teñidas de la autoparodia más fina».
J.M. Coetzee

«El heredero de Conrad y Faulkner».
George Steiner

«Lobo Antunes muestra empatía hacia las contradicciones de los sentimientos humanos. Es un escritor de sangre caliente».
The New York Times Book Review

«Uno de los retratistas psicológicos más hábiles».
The New Yorker

«Leer la prosa del más grande escritor portugués, que es también uno de los más grandes escritores de su época, es una experiencia rara, inquietante y, al mismo tiempo, cautivadora».
Bruno Corty, *Le Figaro*

«Un autor con una facilidad prodigiosa para atrapar obras maestras

que dentro de cinco mil años, en arcilla o en polvo de estrellas, continuará siendo leído con pasión».

El País

António Lobo Antunes nació en Lisboa en 1942. Tras estudiar la carrera de Medicina, sirvió en el ejército portugués durante la guerra de Angola. Su experiencia vital durante ese periodo marcó su destino y su posterior carrera. Tras su regreso a Lisboa, y después de abandonar la profesión de psiquiatra, Lobo Antunes se dedicó a desarrollar una carrera literaria de extraordinaria brillantez y ambición. Es considerado por muchos críticos como uno de los escritores vivos más importantes, además de ser uno de los más firmes candidatos a la obtención del Premio Nobel de Literatura. Su obra ha sido galardonada con el Premio Rosalía de Castro del PEN Club gallego, el Premio de Literatura Europea del Estado austríaco, el Jerusalén en 2004, el Camões (el principal galardón en lengua portuguesa) en 2007, el FIL de Literatura en Lenguas Romances y la condecoración Comendador de la Orden de las Artes y las Letras Francesa en 2008 y el Premio Internacional Nonino en 2014.

En su vasta obra destacan títulos como *Buenas tardes a las cosas de aquí abajo* (2004), *Yo he de amar una piedra* (2005), *Ayer no te vi en Babilonia* (2007), *Mi nombre es Legión* (2009), *El archipiélago del insomnio* (2010), *¿Qué caballos son aquellos que hacen sombre en el mar?* (2012), *Tercer libro de crónicas* (2013), *Sobre los ríos que van* (2014), *Comisión de las lágrimas* (2015), *No es media noche quien quiere* (2017) y *De la naturaleza de los dioses* (2019), *Para aquella que está sentada en la oscuridad* (2021) y *Memoria de elefante* (2022), todos ellos publicados en Literatura Random House.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club





Título original: *Até que as pedras se tornem mais leves que a agua*

Primera edición: noviembre de 2023

Funded by Camões I.P. and the DGLAB/Cultura - PORTUGAL.





Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial a partir del diseño original de Publicaçoes D. Quixote
Fotomontaje de portada: Rui Garrido

ISBN: 978-84-397-4187-9

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

Índice

